



LENA VALENTI

SI TE MARCA, ESTÁS PERDIDA.

PARA VERTE
MEJOR

Las Sombras del Alpha, I

EDITORIAL VANIR



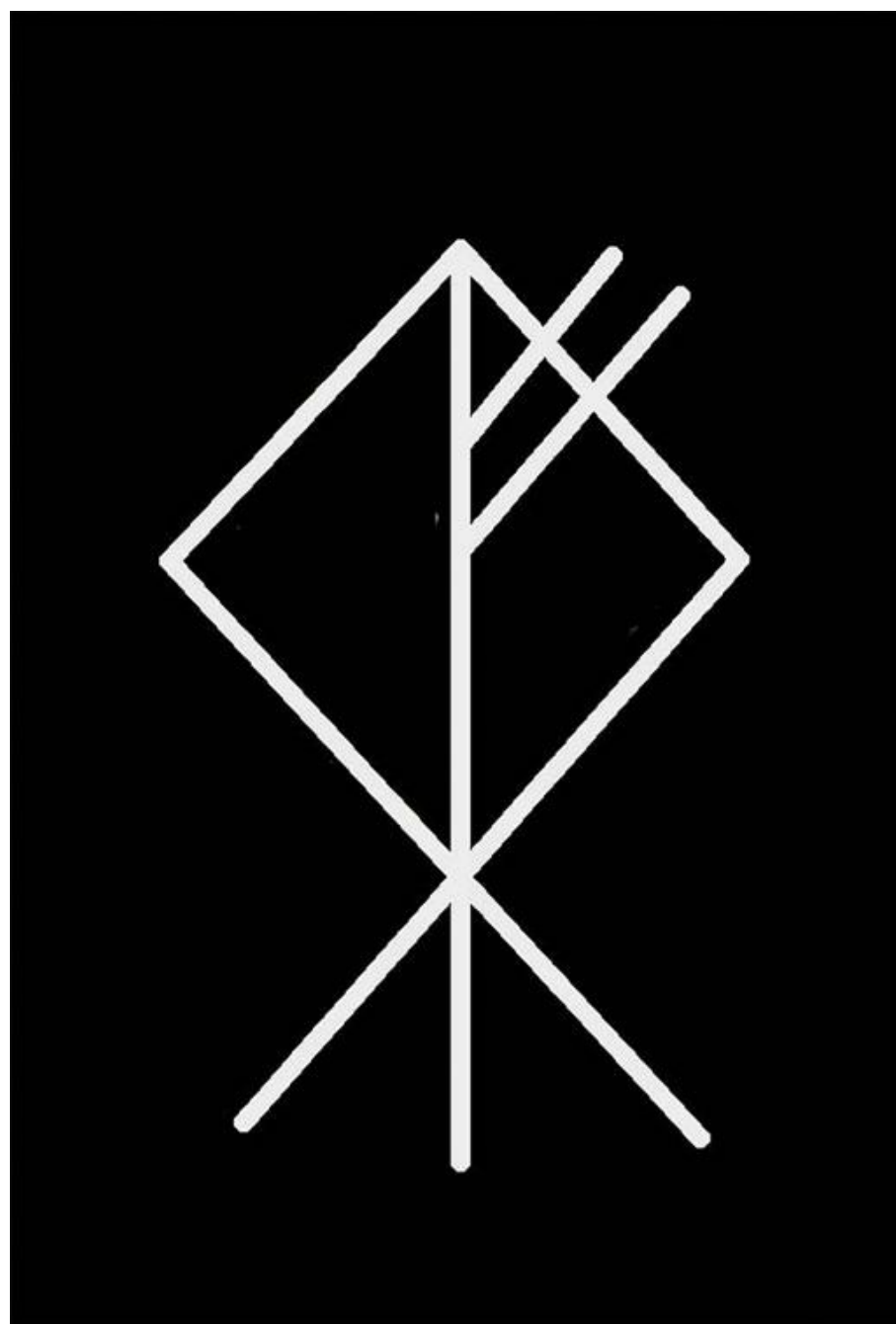
LENA VALENTI

SI TE MARCA, ESTÁS PERDIDA.

PARA VERTE
MEJOR

Las Sombras del Alpha, I

EDITORIAL VANIR

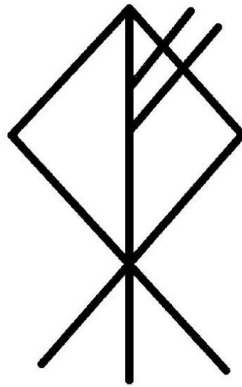


PARA VERTE MEJOR

Las Sombras Del Alpha, I

Lena Valenti

Consigue la firma de la autora:



Primera edición: abril 2024

Título: Para verte mejor

Colección: Las Sombras del Alpha, 1

Diseño de la colección: Editorial Vanir

Corrección morfosintáctica y estilística: Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:

Shutterstock

Del diseño de la cubierta: © Editorial Vanir, 2024

Del texto: ©Lena Valenti, 2024

De esta edición: © Editorial Vanir, 2024

ISBN: 978-84-17932-91-6

Depósito legal: DL B 7640-2024

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)

***Mientras el lobo no tenga a su loba,
seguirá aullando a la luna y a las
estrellas.***

Capítulo 1

Hacía mucho que no pisaba ese lugar. Kayla tenía vagos recuerdos de los años de veraneo que pasó en su infancia, correteando por los prados y yendo en bicicleta por las calles adosadas del centro del pueblo, pero de eso hacía ya unos dieciséis años, y muchas cosas podían cambiar en ese tiempo, como así había sucedido allí: Atlas había cambiado mucho.

El precioso pueblo de montaña se había modernizado, tenía hasta un enorme casino, salas de cine y todo tipo de restaurantes y cafeterías preciosas en las que los nómadas digitales trabajaban mientras degustaban una exquisita *muffin* y un buen café. También había un casco más antiguo donde había un cementerio de estilo gótico, una pequeña catedral y señoriales jardines por los que poder pasear como en un pequeño oasis rodeado de modernidad.

No podía evitar prestar atención a los nuevos caserones que asomaban en lo alto de los cerros que rodeaban el valle, iluminados casualmente por los tímidos rayos del sol que intentaban atravesar las espesas nubes bajas. Todos del mismo estilo, respetando la armonía ambiental, de teja gris oscura y madera. Se decía que Atlas era un lugar en el que a los ricos les gustaba tener propiedades y también competir por ver quién la tenía más grande. Que era un retiro dorado, de extensiones verdes y tierras altas interminables que acababan en el límite del mundo.

Los veranos que pasó en aquel pueblo le sirvieron para hacer amigas con las que poder mantener el contacto pasados los años a través de las redes sociales. Y gracias a eso, fue que Kayla recibió el mensaje de Susana y Jenni queriendo contratar sus servicios y que, después de tantísimos años, ella se dignase a pisar ese lugar de nuevo, con sentimientos encontrados.

Allí, su memoria se dividía entre el disfrute del verano, las noches bajo las estrellas, las expediciones con linternas al cementerio, y las acampadas en Lago Alto, y también con el descubrimiento de una terrible cara oculta de su padre, de las infidelidades a su madre y de cómo, desde entonces, ellas tuvieron que mantenerse siempre bien lejos de él.

El último verano que pasó allí supo que su padre nunca la quiso y que, en realidad, le daba techo y comida porque su madre sabía algo de él que nunca, bajo ningún concepto, debía salir a la luz. Esa era la conclusión a la que había llegado pasados los años. Kayla tampoco esperaba nada de él, tenía la suficiente inteligencia emocional como para darse cuenta de que ella a él le estorbaba y que era una carga pesada cuando estaba cerca o a su alrededor. Y estaba bien... No pasaba nada. Había niños queridos y niños no queridos. Había padres amorosos, y padres malos y dictadores.

Su padre, Dan Aro, era de los ausentes, de los que solo habían cedido el semen y gracias. El amor que él pudiera atesorar como padre se lo había dado todo a su primogénita, quince años mayor que ella, Ari, una hermanastra con la que Kayla jamás tuvo *feeling* ni lazos de ningún tipo.

Pero Kayla no estaba ahí para revivir viejas rencillas ni ahondar en su familia completamente

desestructurada. Kayla volvía a Atlas solo por trabajo.

A los veintitrés años estaba licenciada en seguridad privada y era una de las investigadoras más jóvenes de la profesión. A los veinticuatro, un caso que ayudó a resolver relacionado con un fraude en el mundo empresarial, le dio notoriedad para abrir su propio despacho como investigadora privada, y a los veinticinco, con más experiencia y numerosos casos de éxito, volvía a Atlas para ofrecer sus servicios a sus amigas. Y, por lo que parecía, iba a ser un asunto un tanto turbio y complicado. Aunque ellas le habían asegurado que profundizarían en lo sucedido cuando la vieran en persona.

Habían quedado en una cafetería mirador en el centro del pueblo a las doce del mediodía. Pensó que sería mejor verlas primero y después ya dejaría todo en el *bungalow* que había alquilado. Aparcó su Countryman híbrido de color negro en la zona de estacionamiento, y se aseguró de que llevase en su tote de marca su iPad y su teléfono móvil. Iba a necesitar tomar apuntes.

Kayla cerró los ojos e inspiró profundamente. Olía a cruasán, a aire fresco, a río y a hayedo. En pleno otoño aquellos debían ser los olores más predominantes de Atlas, dado que esos elementos podían definir aquel mágico lugar a la perfección. Ella siempre estuvo allí en verano, así que era una experiencia nueva transitar sus calles con el peso de la entrada de octubre y sus colores naranjas y ocres por todas partes.

Se miró por el retrovisor. Con el meñique limpió el *eyeliner* que se había corrido de la comisura de su ojo de color verde amarillento, se humedeció los labios para que su *lipstick* estuviera en su lugar, se pasó las manos por sus ropas para que no luciesen demasiado arrugadas por el viaje, y se mesó el pelo castaño oscuro con las puntas más rojizas, para darle más vida y volumen. Kayla tenía una melena muy abundante y con mucho peso, a veces, difícil de domar.

Entró en la cafetería El Vendaval. Se llamaba así porque las vistas desde allí eran preciosas, dado que era un mirador, pero si salías a la terraza exterior te azotaba un viento que echaba a perder cualquier peinado de peluquería.

Cuando entró en el local, descubrió que era enorme, con una iluminación exquisita y un ambiente también muy americano. Las ventanas rodeaban la sala y dejaban ver unas vistas panorámicas del peñasco, que impresionaban a los que tuvieran vértigo.

Las vio sentadas muy juntitas, sujetando sus tazas blancas de café. Las hermanas Amez rondaban su misma edad, por eso habían congeniado tan bien cuando pequeñas, pero en ese momento, Kayla veía a unas mujeres que parecían mayores que ella, por el ánimo y la actitud que transmitían.

Susana y Jenni parecían distintas, desubicadas, con la expresión de quienes no sabía qué les había sucedido exactamente. Estaban desprotegidas, y sintió compasión y preocupación por las dos inmediatamente.

Cuando llegó a la mesa, se parapetó frente a ellas y dejó el *tote* negro sobre la silla vacía de al lado. Susana y Jenni alzaron la mirada y, en cuanto la vieron, sonrieron felices de encontrarse con ella de nuevo, aunque esa felicidad no llegó a sus ojos agotados. Las dos hermanas poseían rasgos parecidos, pero Susana era rubia con la melena larga y algo ondulada, y Jenni tenía el pelo castaño oscuro con reflejos, melena lisa y flequillo largo y recto. Sus ojos eran oscuros, de un negro muy encantador, aunque, ahora, con los surcos bajo los párpados no pareciesen tan hermosas como antes.

Se abrazaron a ella como si fuera una salvación, y Kayla les devolvió el abrazo, sobrecogida por aquel reencuentro y con muchas ganas de poder ayudarlas.

Hacía muchísimo que no se tocaban.

—Hola, chicas.

—Kayla —murmuró Susana agradecida—, es extraño abrazarte y que estés aquí después de tanto tiempo.

Claro que era extraño. El único contacto que habían tenido desde que Kayla dejó Atlas, fue mediante las redes sociales, y les pidió que lo mantuvieran en secreto. Que nadie supiese que ellas hablaban por esa red social. Se escribían y comentaban cositas, al principio a menudo, pero después, con el paso de los años, ese contacto se hizo más escueto, aunque no había un año que no supieran las unas de las otras.

No eran sus mejores amigas. Pero sí eran amigas a las que les había tenido cariño durante una época de su vida, y todavía el recuerdo hacía que se lo tuviera.

—Después de que me contactaseis, ¿cómo no iba a venir?

Susana y Jenni supieron de su graduación en el ámbito de la seguridad privada y la investigación, pero Kayla nunca pensó que su reencuentro tuviera lugar por su profesión.

Las tres tomaron asiento, y Kayla se pidió un cortado.

Ella tenía grandes aptitudes psicosociales, y siempre hacía caso de su intuición. La energía que las hermanas Amez irradiaban no era buena.

—¿Cómo estás, Kayla? —preguntó Jenni pasándose los dedos por su flequillo castaño oscuro—. Tienes un aspecto increíble. Estás guapísima.

—Gracias —contestó agradecida, abriendo su iPad a modo de libreta y tomando su *Pen* para escribir—. Vosotras...

—Nosotras damos pena —contestó Susana. La rubia estaba tan contrariada e insegura como su hermana—. No hace falta que seas educada. Ahora mismo no estamos nada bien.

—No estáis tan mal —lo dijo con un tono un tanto desenfadado que provocó que las hermanas sonrieran cuando no tenían pensado hacerlo. Aún se tenían ese tipo de confianza, la que hacía que pudieras ser irónica o sarcástica sin miedo a ofender a nadie.

—Mírate —dijo Jenni admirada—, totalmente independiente, con tu propia empresa, exitosa... qué estilazo, y nosotras somos las mismas de siempre...

—Nunca somos los mismos —contestó Kayla fijándose en las uñas mordidas de las manos de Jenni y en los moratones que asomaban por debajo de sus mangas largas.

—Seguimos siendo las chicas del aserradero, con pajaritos en la cabeza y sueños de divas que no podemos cumplir... —dijo agriada.

Kayla recordaba que las Amez siempre quisieron ser modelos. Tenían cuerpo para ello, eran muy guapas.

—Nunca es tarde. Aún sois muy jóvenes.

—No. Las cadenas de Atlas son muy resistentes —contestó Susana jugando con la taza de café—. Estamos destinadas a seguir aquí, heredando el legado de nuestros padres.

Atlas tenía un aserradero en el valle, propiedad de los Amez, donde se cortaba la madera y se la trabajaba para venderla a industrias de segunda transformación para objetos de consumo. Kayla había jugado muchas veces allí con ellas.

—¿Vuestros padres siguen bien?

—Sí —contestó la pelicastaña—. Como todos los matrimonios, con altos y bajos, pero sí, ahí siguen.

Kayla asintió y desvió sus ojos de color verde gatuno con motitas amarillas hacia la garganta de Jenni. Se había intentado maquillar el cuello, para ocultar unas marcas rojizas.

—Sentimos mucho la muerte de tu padre y de tu hermanastra Ari —admitió la joven—. Fue el año pasado, ¿no?

—Sí.

—Hacía mucho que no venían a Atlas. De hecho, vendieron la casa hace años y nunca más pasaron por aquí.

Kayla no sentía absolutamente nada hacia ellos. Hacía dieciséis años que había dejado de tener contacto por orden expresa de su madre, y a ella no le costó nada obedecerla.

Su padre Dan y su hermanastra Ari murieron el año pasado en un gran incendio, en su casa de los Pirineos. Las llamas les rodearon y no pudieron salir a tiempo. Kayla siempre pensó que debió ser un modo terrible de morir.

—En realidad, ya sabéis que nunca fueron mi familia, así que... —Se encogió de hombros—. No tengo un duelo que cursar. Pasó y ya está. Quiero pasar desapercibida —advirtió—. No quiero que nadie me relacione con ellos. Entiendo que solo vosotras sabéis que estoy aquí, ¿no? No habéis dicho ni a vuestros padres que he venido a Atlas.

—No hemos dicho nada a nadie. No te preocupes, sabemos que necesitas discreción absoluta, pasar desapercibida y que nunca te ha gustado tener nada que ver con el apellido Aro.

—Exactamente —adujo.

Las hermanas asintieron, comprendiéndola perfectamente. Ari y Dan habían sido unos déspotas con la madre de Kayla y con la misma Kayla. Las habían tratado siempre como si fueran de segunda división.

—Pero no creo que pases muy desapercibida si vas a quedarte aquí —dijo apreciando su atractivo y sus facciones—. Estás tan guapa, Kayla...

—Gracias, chicas, pero dejad de pirolearme, que no lo llevo bien... —reconoció con algo de vergüenza—. Para quedarme aquí me tiene que interesar lo que me contáis, porque en Atlas no se me ha perdido nada —les recordó—. Así que, vamos a hablar en serio. No puedo evitar fijarme y me puede la curiosidad... —En ese momento el camarero le trajo el cortado y ella carraspeó, le dio las gracias y esperó a que se fuera—. Tenéis cardenales —objetó con seriedad—. Jenni, a ti te encantaba pintarte las uñas y hacerte manicuras. Nunca te las mordías... Y ahora tienes hasta heridas de mordértelas. Estáis pasando por un gran momento de ansiedad, es evidente... ¿Me contáis ya por qué estoy aquí? En el mensaje me dijisteis que era muy urgente. ¿Qué os ha pasado?

Jenni y Susana no sabían por dónde empezar. Se las veía nerviosas y miraban alrededor desconfiadas, como si creyesen que cualquiera podría oírlas. Pero habían dado el paso de contactarla, y no podían dar marcha atrás.

—Sucedió el sábado pasado —explicó la rubia.

—Hoy es sábado. Hace una semana ya —Kayla encendió la aplicación de grabación de voz del móvil y, al mismo tiempo, abrió el Notes del iPad para empezar a tomar apuntes.

—Sí —era Susana la que llevaba la voz cantante de las dos—. Como sabes, siempre nos interesó el modelaje. No hemos desistido en ello, pero aquí es difícil tener oportunidades —dio vueltas con la cucharilla a su café—. No ha sido nuestra idea más brillante —reconoció—, pero pensamos que sería mejor entrar en algún lugar con catálogo, para... para poder conocer a personas influyentes, ya sabes...

Kayla parpadeó lentamente sin quitarle la vista de encima.

—¿Un lugar con catálogo?

Jenni se removió avergonzada y se pasó la mano por la nuca.

—Qué mal... —murmuró la de pelo más liso.

—Yo no voy a juzgar a nadie, solo estoy aquí para escucharos —quería tranquilizarlas—. ¿Qué es un lugar con catálogo?

—Es un sitio de *escorts*... Chicas de compañía, ya sabes. Son muy discretos y muy pocos lo conocen.

—Claro, así debe de ser —objetó Kayla irónica.

—Entrábamos dentro de los estándares que pedían. Te aseguraban que irías a fiestas de gente muy rica, que podrías crear tu propia agenda de contactos, que solo se ofrecía sexo si tú querías y que no estabas obligada a nada... Y también te aseguraban formación dentro del mundo del modelaje.

—Menudo combo... ¿Hay un lugar así en Atlas? Qué sofisticado... —Kayla no se lo podía creer. Atlas era un pueblo precioso de alta montaña, con mucha biodiversidad y diferentes clases sociales, aunque estaba claro que la clase alta empezaba a predominar gracias a las grandes oportunidades de inversión en esa tierra. Se estaba convirtiendo en un Las Vegas mezclado con el Gstaad del cantón de Berna. Es decir, todo un caramelo goloso para los millonarios.

—Sí —contestó Susana—. Nosotras somos de la parte del aserradero, y allí somos todos de clase media tirando a baja —reconoció—. Pero el resto de Atlas empieza a apestar a dinero, Kayla y a gente muy conservadora. Ya has visto todo lo que hay, ya ves cómo ha cambiado el pueblo en poco tiempo... Hay hasta un casino... —reconoció resoplando—. Tu padre y tu hermanastra, que en paz descansen... Es decir, vosotros erais de la parte de los ricos, vuestra casa de vacaciones era de las más grandes y envidiadas de la zona, por eso nos sorprendió tanto que te hicieras nuestra amiga.

—Por suerte, nunca tuve nada que ver con ellos y mi madre me educó muy bien —contestó Kayla. Y así fue. Para ella su familia estaba hecha en dos partes; su madre y ella, y luego, la que apestaba a clasismo, que la formaban su padre y Ari—. ¿Cómo se llama ese lugar de *escorts*? ¿Quién os contrató? ¿Y cuánto hace de eso?

—Hace tres meses. La contratista se llama Minerva. Y el sitio se llama La Agencia.

—Bien —Kayla apuntó esos nombres y las animó a seguir—. Entonces, formasteis parte del catálogo de la Agencia...

—Nos hicieron fotografías con ropa, y también en bikini. Y nos añadieron a su banco de modelos para «ofrecernos» como pack de hermanas. Donde iba una iba la otra, ¿sabes? Fuimos a un par de fiestas nocturnas organizadas en mansiones que no están muy lejos de aquí... Y era cierto, siempre puedes encontrar a gente con mucho poder y popularidad en esos lugares —reconoció Susana, pero ya sin fascinación—. Hasta que llegó la invitación a una fiesta organizada en el complejo militar.

A Kayla aquello le llamó mucho la atención.

—¿Un complejo militar? ¿Hay un complejo militar en Atlas?

—Sí, se inauguró hace un año. Es un complejo de inteligencia militar de alto rendimiento. Creo que están especializados en batallones, en la formación de grupos de acción de élite... Vamos, lo mejor de lo mejor.

—No tenía ni idea. —Pero no le extrañaba. Atlas era muy grande y poseía grandes extensiones de prados y campiñas sin explotar, de ahí que fuera tan atractivo para todo tipo de inversores. Incluso el Gobierno había pensado en la zona para construir instalaciones militares.

—Fuimos el sábado por la noche porque se cumplía su primer aniversario. Fuimos nosotras y algunas chicas más de la Agencia, entre las que estaba también, Sandra. ¿Recuerdas a Sandra?

—Sí, claro. La hija de la heladera artesana. Ella nos acompañaba de vez en cuando a nuestras salidas nocturnas.

Jenni y Susana sonrieron con melancolía.

—¿Ella también está en la Agencia? —quiso saber Kayla.

—Así es. Es una mulata guapísima y tiene mucho éxito. Así que también estuvo con nosotras. La fiesta en la base militar estaba llena de gente influyente, de altos cargos militares y de miembros del Gobierno Municipal. La noche era un éxito... hasta que nos invitaron a nosotras y a algunas más a alargar la fiesta en otras dependencias de la base. Para entonces, tanto mi hermana como yo, no nos encontrábamos demasiado bien, como si estuviéramos borrachas, pero no habíamos bebido demasiado...

—Estábamos borrachas pero sin beber —aseguró Jenni.

Kayla miraba a una y a otra con mucha atención.

—La cuestión es que la sensación que teníamos era incómoda, pero también nos sentíamos osadas y muy conscientes de nuestra sexualidad... —admitió Susana.

—¿Excitadas sexualmente, quieres decir?

—Sí —reconoció Susana—. Yo no he estado así de caliente nunca. Pero no entendía por qué estaba así. Y ellos... bueno... no sé muy bien cómo fue —aclaró nerviosa.

—Susana... —Kayla la tomó de la mano—. Tranquila. No hay prisa. Cuéntamelo todo bien.

—Es que es confuso. De repente, estábamos en un sitio oscuro, con camas... Había muchos militares y eran muy grandes... y muy serios. Y empezaron a tocarnos y, no podíamos apartarlos porque —se humedeció los labios— apenas teníamos fuerza ni voluntad. Y todo se volvió extraño y borroso, como en un sueño. Escuchamos ruidos muy extraños, rugidos, y a veces, tengo en la mente recuerdos de lo que me hacían o de lo que les hacían a otras...

—¿Fue consentido? —preguntó Kayla poniéndose de muy mal humor, ofendida por lo que estaba escuchando.

—No —contestaron las dos a la vez—. La sensación de estar caliente era muy rara, pero nunca accedimos a eso... Sin embargo, nos los vimos encima y... —Jenni se retorció las manos, y después se llevó los dedos a la boca para morderse las uñas que ya no tenía. Su hermana se las retiró para que no se siguiera haciendo daño—. Nos hicieron mucho daño —admitió con los ojos llenos de lágrimas.

Kayla tomó aire por la nariz, tenía el pecho helado.

—¿Quiénes fueron? ¿Os acordáis de sus caras?

Susana negó con expresión frustrada.

—No las podemos recordar bien... No los veíamos bien, estaba como a oscuras, pero recordamos cosas... Eran muy grandes, Kayla.

—¿Qué quieres decir con que eran muy grandes?

—Grandes de tamaño, de estatura... No eran... no eran normales. Y no hablaban demasiado... Te sujetaban con mucha fuerza, eran muy rudos y no atendían a nuestros gritos de dolor ni a nuestras súplicas pidiéndoles que parasen... Nos dejaron el cuerpo llenos de marcas muy extrañas. Y había un moderador.

—¿Cómo dices?

—Un moderador —repitió Jenni—. Él les ordenaba cuándo tenían que parar... Los militares llevaban collares en el cuello, como si fueran perros.

—¿Y el moderador del que habláis, les decía que parasen y ellos le obedecían?

—Llevaba algo en las manos. Un aparato eléctrico. Se acercaba a ellos, hacía algo con él y se

apartaban sin más.

—¿Os acordáis de su cara? ¿Lo sabríais reconocer?

Tanto Jenni como Susana contestaron que no estaban seguras.

Kayla se frotó las sienes con las manos, y tomó un sorbo de su cortado. ¿De qué demonios le estaban hablando? ¿De una violación en manada? ¿Las habían drogado para eso?

—Esto pasó el sábado pasado. ¿No denunciasteis el domingo?

—Pusimos una denuncia en la comisaría explicando lo que había sucedido. Fuimos al Hospital Municipal para que nos revisaran. No estamos bien... —reconoció—. Tenemos... lesiones. Mordiscos...

—¿Mordiscos? Hijos de puta —gruñó contrariada.

—Nos desgarraron por... por dentro —Kayla aguantó la respiración, muy afectada— y estamos con antibióticos, antitérmicos y cicatrizantes. Tenemos marcas y arañazos profundos en la piel.

—Dios mío... —Se le estaba revolviendo el estómago—. ¿Os hicieron algún tipo de examen toxicológico?

—Nos hicieron análisis y nos dijeron en el hospital que los resultados estaban bien. Que estábamos limpias.

—¿No había rastro de nada?

—Según los análisis, no.

—¿Y en la comisaría? ¿Quién os tomó declaración?

—El inspector Spencer. Supongo que te acordarás de él... Era un poco más mayor que nosotras, y todas estábamos un poco locas por él. Vini —aclaró—. ¿Te acuerdas?

—¿Vini? ¿Vini Spencer?

—Sí. Es inspector. Hablamos con él al principio y le explicamos lo sucedido. Él nos dijo que nos fuéramos a hacer pruebas para tener un parte médico con el que poder hacer la denuncia oficial, que ellos necesitaban ese material.

—Bien —Kayla se apuntó todo en el iPad—. Y ya le habéis entregado todo —no era una pregunta.

—Sí.

—Y el análisis de sangre que afirma que no había sustancias en la sangre.

—También.

—¿Y había algo de alcohol?

—No demasiado, tampoco —aclaró Jenni.

—Ahá... —acabó de apuntar algo en el iPad—. Si habéis hablado con la Policía y habéis hecho la denuncia pertinente, ¿qué queréis que haga yo?

Jenni y Susana se miraron de soslayo, con preocupación.

—Nadie nos ha llamado desde entonces —contestó Susana—. Nadie ha hecho nada por nosotras, Kayla. No se están haciendo cargo. Es como si nuestra declaración hubiese caído en saco roto. La Policía no ha pasado por aquí para preguntar ni para interesarse. Tampoco han ido a la base militar. Nada ha salido en los medios y todo sigue con total y absoluta normalidad en Atlas.

—Eso no es habitual. Ante denuncias de abuso sexual y manadas deben ponerse en marcha inmediatamente, aunque no haya análisis de sangre que puedan corroborar vuestra versión sobre un estado no consciente.

—Se han pasado las pruebas médicas por el forro —gruñó Susana—. Pero tampoco se sabe

nada de otras denuncias de otras chicas, y te aseguramos que allí había más con nosotras. Pero eso no es lo peor.

—¿Aún hay algo peor? —dijo consternada.

—Sandra. No se sabe nada de Sandra desde entonces. Creemos que no salió de allí. Nosotras salimos por nuestro propio pie y, contra la sugerencia de la Agencia, denunciamos.

—¿La Agencia os dijo que no lo hicierais?

—Nos vino a decir que no debíamos beber tanto... Que eso iba a quitar credibilidad a nuestro relato. Pero tenemos el cuerpo lleno de marcas y heridas... Y ellos aducen que hay personas que les gusta jugar con el dolor y con el placer.

—Qué cabrones... ¿quién os ha dicho eso? ¿Minerva?

—Sí. Pero nadie dice nada de Sandra —declaró Jenni.

—¿Sus padres no han puesto ninguna denuncia? —indagó Kayla cada vez más irritada.

—Sus padres murieron hace un par de años en un accidente de tráfico.

—Vaya, qué pena... —dijo afectada. Los recordaba con cariño. Alguna vez les habían regalado conos de nata.

—Está ella sola. Y solo tenía los beneficios de la Agencia, porque la heladería cerró. Ese era su único sustento.

—¿Fue ella la que os metió allí?

—Sí. Fue por ella que supimos del tema de las *escorts*.

Kayla apuntó en la nota: «Sandra lleva una semana desaparecida».

—Necesitamos que alguien nos crea, que intente hacer algo por nosotras y por Sandra... —pidió Jenni acongojada—. Es desesperante darte cuenta de que eres víctima y nadie te hace caso. Tenemos la sensación de que no nos toman en serio y que nos ven como... como putas. Pero nosotras no hicimos nada ni quisimos hacer nada de eso, Kayla, ¿tú nos crees? Nosotras... —Jenni se cubrió el rostro con manos temblorosas y arrancó a llorar.

Kayla las entendía. Eran tantos los estigmas contra las mujeres, eran tantos los miedos y los escollos que superar cuando se trataba de denunciar algo así. Porque la sociedad creía que si ellas estaban ahí como *escorts*, y habían ido ahí por propia voluntad, también entendían entonces que, dada su profesión, podía haber sexo y más. No eran estúpidas, vendían su cuerpo y su imagen para algo. Esa era la manera de pensar de los rancios. Y estaba muy extendida, entre hombres y entre mujeres casposos y conservadores. Sin embargo, estar ahí no le daba a nadie el poder para aprovecharse de ellas ni para hacer con ellas lo que quisieran.

Kayla se sentía tan agraviada como Jenny y Susana.

—Os creo al cien por cien —Kayla alargó el brazo y puso la palma boca arriba en la mesa, para que Susana apoyara la suya en ella y encontrar algo de calor y confianza en ese gesto—. No me imagino por lo que estáis pasando. Bueno, sí lo imagino, que es lo peor, y me sabe muy mal. Voy a ponerme con todo esto. Pero quiero que seáis conscientes de algo: no sois responsables de los actos de los demás. Cuando una mujer dice que no, es que no, y no importa en qué momento de la intimidad se esté. Habéis sido víctimas de una violación en manada, en una base militar. Hay detalles escabrosos, que me ponen la piel de gallina —aseguró revisando sus apuntes. Palabras como «mordiscos», «desgarros», «rugidos», «heridas y arañazos», o la existencia de un moderador y de militares con collares eléctricos... ¿qué tipo de casa de los horrores era esa?—. Pero no se le puede dar la espalda. Además, Sandra ha desaparecido y nadie ha denunciado su desaparición.

—Nosotras sí lo hicimos —aclaró Jenni pasando el brazo por los hombros de su hermana—.

Hablamos con Vini antes de ayer para denunciar su desaparición. Él lo tiene todo.

—Está bien —murmuró muy extrañada—. ¿Hay algo más que penséis que sea importante, algún detalle que recordéis que pueda ser de utilidad? Lo que sea —añadió—, cualquier cosa puede ser importante.

Las hermanas negaron con la cabeza. Kayla estaba convencida de que seguían en *shock* por lo sucedido.

—¿La Agencia os dio un recibo por vuestros servicios? ¿Algo que pueda demostrar que fuisteis a esa fiesta contratadas?

—No. Pagan en negro. Dan el dinero en sobrecitos —dijo Susana.

Kayla resopló y asintió mientras se quedaba pensativa.

—Creo que necesitáis ayuda especializada. Esto no lo vais a superar solas. Mejor con ayuda.

—No vamos a ir con el cuento a nadie de aquí —replicó Jenni a la defensiva—. Atlas es muy grande pero, al mismo tiempo, tiene comportamiento de pueblo y todo se sabe enseguida. Hemos dado los pasos adecuados para denunciar y no nos están haciendo caso. No nos toman en serio porque, por estar en nómina de La Agencia, nuestra palabra es poco creíble. Y no quiero hacer más ruido... ni tampoco preocupar a nuestros padres. Tenemos el aserradero... tener problemas con los militares no es nada bueno y no queremos que el sustento familiar se vea afectado —reconoció—. Solo quiero que esto pase y entender qué nos hicieron. Y que los agresores caigan.

—Lo sé. Debe ser frustrante. Mi madrina es terapeuta. Trata a víctimas de violaciones y hace hipnosis, ayuda a desbloquear algunos recuerdos. Ya sabéis que el cerebro tiene su propio sistema de protección y guarda en cajones desastres todo lo que le hace daño. Si lo necesitáis, podríais hacer una sesión con ella *online*.

La idea pareció agradarles más que contratar a cualquiera de Atlas.

—Es muy buena. Y muy empática. Os ayudará mucho.

—No sé si... no sé si quiero recordar —murmuró Susana—. Cuando pienso en lo que pasó y en los recuerdos que tengo, me pongo a temblar... tengo una sensación de terror constante.

—Es el *shock* post traumático.

—Puede ser el *shock* pero... —alzó los ojos teñidos de miedo—, ahí pasó algo terrorífico de verdad. No es normal, Kayla.

Y Kayla sabía que lo que tuvieron que pasar a manos de esos bestias debió ser atroz.

—Quiero ver vuestras lesiones. ¿Tenéis el informe médico?

—Sí —Jenni echó las manos a su mochila, colgada en el respaldo de la silla, extrajo los informes y se los colocó encima de la mesa—. Supuse que los querrías ver. Está todo. Los análisis, las fotos que nos hicimos, el informe del médico... Incluso una copia de nuestra denuncia.

Kayla sonrió agradecida y tomó los dos sobres pero, antes de abrirlos, Susana posó su mano sobre la de ella, deteniéndola.

—Impresiona. No es agradable —la estaba preparando para el impacto—. Por eso no entiendo que alguien crea que eso pudo ser consentido. No quiero que lo leas aquí.

Kayla asintió con respeto. Estaban avergonzadas, pero ellas no eran las culpables.

—¿Me los puedo llevar para leerlos en el *bungalow*?

—Sí. Pero no se lo enseñes a nadie, por favor —le suplicó Susana.

—Todo esto es confidencial. Confiad en mí. Vamos a llegar al fondo del asunto.

—¿En el *bungalow*? —dijo Jenni—. ¿Te hospedas en las casas cúbicas de madera del Mirador?

—Sí.

—Te van a encantar —aseguró Jenni—. Atlas, a pesar de todo, sigue siendo un lugar de ensueño. El problema es la sociedad de ricos que se está creando alrededor. Todos tienen conexiones con todos, todos tienen negocios con todos, se protegen los unos a los otros... Pueden hacer lo que quieran y cuando quieran.

—Es un comportamiento normal y sectario en las sociedades de élite —admitió lamentándolo tanto como ellas—. Mi padre era uno de ellos, así que sé cómo funcionan, cómo piensan, cómo actúan... Sé de qué va esto.

—Pues espero que mientras investigues tengas cuidado, Kayla —le sugirió Susana—. Aunque no lo creas, aquí hay gente muy peligrosa.

—El mundo lo es —sonrió para sosegarlas, aunque la afirmación de Susana le puso la piel de gallina—. Nada nuevo.

Kayla tragó saliva, dio otro sorbo al cortado que se había quedado frío y se quedó charlando un rato con las dos hermanas, haciendo tiempo y preparándose mentalmente para el momento en que estuviera en la soledad de su *bungalow* y leyera el parte de lesiones de las dos chicas que se había guardado en su bolso.

Y ya intuía que no tendría estómago para eso.

Pero iba a ayudarlas y para eso debía ver con sus propios ojos las imágenes facilitadas, y entender la profundidad y la veracidad del relato de la agresión y de la violación que habían dado las chicas del aserradero.

Capítulo 2

Hunter no se lo podía creer. Todos sus sentidos estaban en alerta, activados por ese maldito olor que, por una parte, había esperado no volver a oler jamás, y por la otra, estaba deseando volver a inhalar, solo para encontrar la venganza que su corazón ansiaba con tanta desesperación.

Y no era exactamente igual a como él lo recordaba. La esencia había cambiado. Era más dulce, también más cítrica, pero aún más perturbadora. Solo una Aro podía oler así. Y si una Aro pisaba aquel lugar, no eran nunca buenas noticias.

Los años habían pasado, pero no las pesadillas ni la ansiedad que, a veces, golpeaban cuando menos las esperaba.

Hunter y los suyos habían esperado a que los Aro volviesen a escena y apareciesen en aquel lugar que ellos vigilaban día y noche desde hacía semanas. Y allí, indudablemente, en esa zona de El Mirador, una mujer había aparecido en escena. Una de ellos, de los Aro.

Las casas cubiculares tenían unos ventanales gigantes de cristal y la estructura era de madera. Desde donde él estaba, podía espiar perfectamente a esa joven.

Pero, consternado, advirtió que no era la doctora Aro. Eso estaba claro.

Tenían complexiones distintas, y sus rostros no compartían las mismas facciones. La doctora era estirada y altiva, y no había nada dulce, compasivo o muy humano en ella.

Esa chica que Hunter estudiaba era radicalmente opuesta. Y Hunter se sentía inquieto por lo mucho que atraía su atención. Tenía unos labios graciosos, en forma de beso y sus ojos se estiraban hacia arriba ligeramente. Eran ojos gatunos, seductores y llenos de inteligencia. Llevaba el pelo suelto, escalado, y las puntas, un poco más claras rojizas que el castaño que salía de su raíz, con si se las tiñera a propósito, señalaban graciosamente hacia todos lados. Descubrió, muy a su pesar, que le costaba apartar la vista de ella. Le atraía cómo se movía, cómo respiraba y cómo su pecho se alzaba rítmicamente a cada inspiración.

Hunter gruñó, le irritaba. Su olfato no lo engañaba. Su sangre olía a cazador. Y él había aprendido que al cazador no se le daba ni agua.

La chica revisaba concienzudamente unas hojas que había dispuesto sobre la mesa. Y parecía horrorizada. Se presionó los ojos con la punta de los dedos y suspiró, haciendo noes con la cabeza. Fuera lo que fuese lo que oteaba, estaba muy contrariada y la removía a niveles emocionales.

No iba a estar mirándola toda la eternidad. Había decidido que actuaría inmediatamente, pero antes debía estudiar su alrededor, por miedo a que aquello fuese una trampa o él mordiese el anzuelo sin querer.

Sin embargo, debía darse prisa. Les había dicho a Yael y a Asher que él se haría cargo. Pero también sabía que, ante la presencia de un Aro, a sus hermanos les costaba acatar órdenes.

Por eso debía darse prisa y hacer las cosas a su manera.

Necesitaba a esa chica viva. Y sus hermanos no tenían la sangre fría que merecía una ocasión como esa. Él tampoco era que tuviera demasiada, pero de todos, era el que más autocontrol poseía. Así que se movió ágilmente entre la arboleda, aprovechando sus sombras y sus anchos troncos para no ser visto.

La noche oscurecía el valle y la teñía con un manto mazarino que le iba bien para no ser detectado.

Debía reconocer que Atlas le había sorprendido por su belleza, y que le recordaba a Irati, las tierras de las que él y sus hermanos venían. Esas casitas de miniatura en forma de *bungalows* modernos que permitían a las personas vivir la experiencia de dormir en medio de la naturaleza, dejando que el mismo bosque formase parte del paisaje de esos cubículos pero sin entrar de lleno en sus casas, le parecían coquetas y encantadoras.

Pero toda la belleza de Atlas nunca podría tapar la vergüenza y el terror que Hunter sabía que dormitaba bajo su suelo y que muchos desconocían, otros hacían la vista gorda y otros tantos formaban parte activa. Hunter y sus hermanos estaban allí para hacer volar todo por los aires. Pero necesitaban hacerlo bien, sin llamar demasiado la atención y pasando desapercibidos.

Rodeó el *bungalow* donde se encontraba su objetivo, pero se detuvo abruptamente.

La chica había salido al pequeño balcón de lamas de madera para airearse. Parecía agobiada. Llevaba un albornoz largo de color negro y se abrigó con él, reajustándose mejor las solapas sobre su pecho.

Bajo el albornoz se apreciaba un cuerpo sinuoso y precioso, pensó Hunter paralizado al contemplarla de tan cerca.

Toda ella lo era.

La joven no lo veía, pero estaba a tan solo cuatro metros de ella, escondido en la pared lateral del cubo. Y ella era un ser extraño... Hunter sintió que parecía que estaba contemplando por primera vez las formas de una mujer, como si fuese la primera vez que veía una.

Ella alzó la barbilla y miró hacia las estrellas que inundaban el valle del Mirador. Los grillos y el aullido de algún lobo alteraban el silencio.

Hunter pudo contemplar el perfil de su rostro, y se vio afectado por las perlas brillantes que colgaban de sus largas pestañas. Estaba llorando. Lo que fuera que leía en esas hojas, la habían emocionado. Mal.

Y para él fue como si el tiempo se paralizase. Se quedó congelado ante lo mucho que le afectaba verla así.

Y no lo entendió. Era una maldita cazadora. Todos los Aro tenían en sus genes el ansia de martirizar a los suyos. Y esa chica no iba a ser distinta. Por eso tomó la decisión de dejar aquel vago pensamiento en una esquina oculta de su cerebro, porque en ese momento lo único que quería hacer con ella era llevársela de allí y obligarla a que le dijese todo lo que sabía.

Pero, de repente, ella se dio la vuelta, como si hubiese leído su pensamiento, y entonces lo vio.

Hunter no estaba lo suficientemente oculto como para que ella no lo identificase.

Los ojos plata de Hunter se clavaron en los de ella, que no se atrevía a mover ni un solo músculo, al descubrirlo allí, en medio de la noche.

Ella osciló levemente las pestañas, sin apartar la vista de él. Pero no le tenía miedo. Y era normal. Las cazadoras como ella no tenían miedo a los que eran como él, porque sus genes no estaban hechos para temerlos, sino para perseguirlos y torturarlos.

—Ho-hola... —dijo ella en voz muy baja.

Hunter frunció el ceño. Odió su voz. La odió al instante porque... no era como él esperaba. Le hubiese gustado oír la voz rígida y poco modulada que tantas veces había oído en los Aro... pero aquella voz era diametralmente opuesta a un sonido yerto.

Y la recibió como una caricia. Una jodida caricia inesperada que lo humilló.

Se sintió asqueado por su propia reacción, como un vendido, y eso lo envalentonó para hacer lo que había ido a hacer allí.

Sin embargo, cuando iba a lanzarse contra ella, sus ojos se dilataron y su oído se afinó.

Inhaló un par de veces, de modo no profundo. Y supo que su intuición no fallaba.

¡Plas!

Algo bestial apareció de un salto en la pequeña terraza. Había saltado desde la parte superior de la casita cuadrada.

Y ella, esta vez sí, gritó al verlo y se llevó las manos a la cabeza al ver que iba a ser golpeada por una bestia salvaje.

Pero fue Hunter quien lo evitó. Corrió y lo placó con su cuerpo y ambos arrancaron la baranda negra metálica que delimitaba el balconcito, para caer los dos por el precipicio, cuatro metros hacia abajo, dejando a Kayla sola, temblorosa y en *shock*. Aunque la joven se asomó para ver qué había pasado.

La caída podría haber sido mortal para cualquiera, pero Hunter cayó encima del agresor, el cual, alguna vez había sido humano, aunque ya no quedaba rastro de humanidad en él. Su rostro estaba desfigurado por la grotesca transformación, sus colmillos habían herido y abierto sus labios, igual que sus mejillas que, aunque estaban cubiertas por pelo, también se habían rasgado con profundos y sanguinolentos surcos. Sus orejas estaban deformadas y acabadas en punta y su hocico se había alargado como el de un animal.

El cuerpo estaba descompensado, la parte de arriba mucho más ancha que la de abajo, con la espalda curvada hacia delante, producto de su propio peso, y los dedos de las manos y de los pies más largos y huesudos, cuyas uñas eran auténticas dagas afiladas que podían arrancar cualquier extremidad de cuajo, fuese del material que fuera.

Era una bestia. Y Hunter ya las conocía. Sabía de dónde salían y cómo se originaban. Y la bestia también lo sabía. Por eso había ido a por la joven del cubículo.

Esa chica era una Aro. No era inocente y sabía absolutamente todo lo que se cocía allí.

Por eso Hunter debía tener la cabeza fría y no dejarse llevar por sensaciones extrañas.

La bestia le arañó el lateral de las costillas, pero Hunter ni siquiera se quejó. Había aguantado miles de castigos peores y aquello solo era un rasguño.

Alzó su mano, y lo sujetó por el cuello con la otra, sentándose sobre su torso.

—Lo siento mucho —le dijo sinceramente.

Hunter hundió sus uñas por el esternón, y sumergió hasta el fondo los dedos, abriendo la carne toscamente, y profundizando hasta que estos encontraron lo que buscaban: el corazón.

Se lo arrancó de cuajo y se quedó con el órgano palpitante y deformado en la mano, para dejarlo suavemente sobre el piso montano, cubierto por las hojas amarillas y ocres que habían sucumbido a la nueva estación.

Hunter se sacó el móvil del bolsillo y envió una nota de voz a sus hermanos.

—Os envío ubicación, pasad a recoger el regalito que os he dejado. Y llevaos todo lo que hay en el *bungalow*, que nos va a hacer falta —alzó la mirada al cubículo y vio el rostro pálido, incrédulo y atemorizado de su objetivo—. Voy a por la chica.

¿Qué era lo que le estaba pasando?

Kayla no podía entender lo que sucedía. Corrió al interior del apartamento, y se hizo un ovillo al lado de la cama, acucillada en el suelo, como si así pudiese ocultarse de algún modo, dado que las piernas no le funcionaban para correr por el bosque y la distancia entre *bungalow* y *bungalow* era considerable. Por eso El Mirador era un retiro tan buscado.

Había salido un momento a tomar el aire, porque las imágenes del parte médico de Susana y Jenni eran terribles. Quería oxigenar el cerebro, ya que no entendía cómo habiendo presentado esas pruebas, tan evidentes, tan crudas, en las que se mostraba un abuso en toda regla, no se les estuviera dando prioridad ni ningún tipo de importancia.

¿Cómo no habían movilizad a la Policía?

¿Cómo no habían avisado a las autoridades ni habían ido a pedir explicaciones a la base militar de lo sucedido? Los análisis de sangre de las chicas aseguraban que estaban limpias y que no habían sido drogadas. Pero, daba igual, drogadas o no, ¿quién en su sano juicio iba a permitir que se les hiciera esas barbaridades? ¿Estaban todos locos?

Sin embargo, al salir a la terraza, tuvo la sensación de que la estaban observando. Se giró hacia un lado y lo vio. No era un hombre cualquiera. Le había causado una impresión muy profunda, tanto que su sola visión la sobrecogió.

Era un hombre mucho más alto que ella, con unas espaldas grandes y anchas y un cuerpo bien esculpido y muy masculino. Tenía el pelo dorado de hebras lisas pero escaladas, con algunas mechas incluso más claras, y lo llevaba largo, le llegaba por encima de los hombros. Vestía de negro, con un jersey de cuello alto y de manga larga, y unos tejanos rotos y ajustados que marcaban unas piernas escandalosamente sexis y musculosas.

Todo él era escandalosamente abusivo en cuanto a belleza. Sus ojos, plateados, parecían destellar en la oscuridad de la noche. Sus cejas eran bajas y gruesas pero bien dibujadas, un tono más oscuro que su pelo.

Kayla no supo cómo reaccionar cuando lo vio. Parecía que no era de este planeta, o que lo habían expulsado del cielo, pero seguro que en algún momento fue un ángel.

Tuvo que tragar saliva y cuando habló, tartamudeó al decirle un torpe: «ho-hola».

Pero, de repente, fue atacada por un ser gigante, que parecía un hombre pero no lo era. ¿De dónde había salido? ¿Estaba encima del tejado? Nunca había visto nada tan aterrador. Fue terrible. El rubio se ocupó de él y cayeron los dos por el pequeño precipicio, y no pudo evitar contemplar lo que pasaba allí abajo entre ellos.

Y lo que vio la hizo ser consciente de que no era un evento normal, porque ninguno de esos dos eran seres humanos normales y corrientes.

Lo certificó al ver cómo el hombre hermoso alargaba sus uñas hasta convertirlas en pequeñas armas, y hundía la mano en el pecho de la bestia para extraer su sanguinolento corazón.

Cuando miró hacia arriba, Kayla pudo contemplar que su cara estaba completamente manchada, estocada por la sangre del agresor.

Así que, ella, asustada, corrió a buscar refugio en el interior.

Temblaba sin parar, no había pensado ni en coger el móvil para pedir ayuda, pero no quería salir de su escondite.

Entonces, escuchó pasos en el interior del *bungalow* y, de repente, algo tironeó con fuerza de

su pelo y la levantó sin ningún tipo de amabilidad.

Kayla gritó y clavó las uñas en las anchas muñecas de ese hombre, para liberarse.

—¡Suéltame! —gritó entre lágrimas, mirando de soslayo al rubio. Le dolía el cuero cabelludo.

Él sonrió malignamente y miró cómo se le abría la bata por completo para contemplar sus pechos desnudos y su hermoso abdomen con más hambre de la deseada. Esa mujer era preciosa. Como una pantera, igual de elegante y sexi, pero también igual de peligrosa y letal.

—¿Qué está pasando?! ¿Qué quieres?!

Hunter se humedeció los labios con la lengua y le enseñó los colmillos. Eran largos y muy puntiagudos. Y Kayla se quedó helada al contemplarlos.

—¿Qué... qué eres? —le costaba hasta respirar—. ¿Quién eres?

—Sabes muy bien lo que está pasando y lo que soy, señorita Aro —la zarandeó del pelo y la arrastró fuera de la habitación—. Soy Hunter, perra del Demonio. ¿No has visto mi cara en vuestros archivos?

—¡No he visto nada! ¡No sé quién eres y no soy una Aro! —En realidad, no le mentía. Ella nunca se había sentido una Aro—. ¡Para, por favor!

Hunter no la quería oír hablar ni gritar, así que le cubrió la mano con la boca y la aplastó contra la pared. Pero fue una mala idea, porque sintió el dulce cuerpo de la mujer contra el suyo, y lo suave que se le antojó, y eso provocó en él una excitación aliena que difícilmente podía compararse con cualquier momento en el que hubiese disfrutado de esa sensación.

Sus ojos se volvieron amarillos y Kayla cerró los suyos para no verlo, mientras se ahogaba con sus propias lágrimas.

—No me mientas. Compartes su misma sangre. La sangre de la doctora Ari y el doctor Dan... Te huelo. Eres hija y eres hermana. Eres igual que ellos —su mano descendió—. Eres como esa perra.

Kayla movió la cabeza negativamente. El corazón se le iba a salir por la boca.

—Ya sabes cómo funciona esto. Tenéis muchas nociones sobre tratamientos, hormonas, genes y demás... Todos los Aro sabéis más que el resto y tenéis experiencia. No finjas que no sabes lo que te voy a hacer. Sabes lo que voy a hacer contigo, ¿no? —las lágrimas de Kayla mancharon sus dedos y Hunter sintió un pinchazo de compasión que no esperaba. Eso lo enardecía más y lo obligó a ser más duro. No mostraría clemencia ni debilidad contra los que habían intentado destruirles—. Tu hermana y tu padre crearon muchos sueros a partir de nosotros. Uno de ellos sirvió para castigarnos y para intoxicarnos. Era un suero que ella misma se inyectaba para que no pudiéramos atacarla, porque nos dejaba aturdidos. Pero... ¿sabes qué? —Hunter deslizó su palma abierta por sus clavículas, por el centro de los globos de sus pechos desnudos hasta posarla en su abdomen—. Han sido muchos años estudiando sus procedimientos, averiguando lo que hicieron con nosotros y todo lo que querían conseguir... y nosotros también hemos aprendido a protegernos. Nos hemos inmunizado a su suero, pero sabemos detectarlo... —Hunter unió su nariz al cuello de Kayla y lo inhaló profundamente—. Ya sabemos que no se detecta en la piel, solo en la sangre...

—Por favor... —murmuró contra su mano—. No sé por qué me estás haciendo esto... No me hagas daño, por favor...

Hunter rechinó los dientes, frustrado con el tono de esa mujer. No iba a hacerle creer que era inocente. Una Aro nunca lo era, porque eso decían sus años de tradición y todo su árbol genealógico.

—¿Cómo te llamas?

—Ka-Kayla —contestó inocentemente.

—Lo que te va a pasar depende de ti y de que me digas la verdad. Puedo ser muy duro y muy cruel, porque he aprendido de los Aro —gruñó—. Así que, si quieres que esto sea menos doloroso para ti y que acabe pronto, necesito saber la verdad sobre el paradero de tu padre y de tu hermana. Dime dónde están y dime el lugar exacto donde se encuentra la nueva Fábrica.

¿De qué estaba hablando ese hombre? ¿Qué Fábrica? Le sonaba todo a arameo.

—No soy... no soy... —Kayla no sabía qué decir ni de qué defenderse—. Por favor, no he hecho nada y no sé qué está pasando. Mi pad... —se corrigió inmediatamente—. Dan y Ari están muertos y yo... ¿de qué Fábrica hablas?

—¡No me mientas! —le gritó en la cara, dando un golpe fuerte en la pared de madera con el puño, haciendo un boquete—. ¡Esto es serio! ¡Y no tengo paciencia!

—¡Te estoy diciendo la verdad, cretino! —replicó ella alzándole la voz igualmente, replicándole.

Su valentía lo dejó momentáneamente sin palabras. Y solo por eso le dio unos segundos, por respeto. Porque era muy guerrera. O muy hipócrita.

—¿De verdad quieres que llegue a esto? —preguntó con asombro, señalándose los colmillos. Entonces cayó en la cuenta—. Es porque crees que el suero te da inmunidad, ¿verdad? Tal vez penséis que lo habéis perfeccionado —se rio de ella—. Pero créeme, lo que ha pasado es que, después de años de torturas, somos nosotros los que hemos desarrollado resistencia a él.

Kayla gritó frustrada, atragantándose con su congoja.

¿Que llegara a qué? ¿Qué quería hacerle?

—¡No sé de qué me hablas, joder!

—¿Sabes lo que puede pasar cuando te muerda? ¿Lo que soy capaz de traspasarte si me da la gana? Una orgullosa Aro, eternamente cachonda por uno de los bastardos que siempre han intentado someter... —Kayla palideció y se quedó muy quieta—. ¿Vas a obligarme a que te muerda para conseguir todo lo que quiera de ti? A mí no me va a importar... —aseguró encogiéndose de hombros—. No significas nada para mí ni tampoco lo vas a significar jamás. Solo eres un medio para un fin que nos dé la venganza y la justicia que buscamos. Lo que estáis haciendo no puede continuar...

—Te estás equivocando. Te... no soy quien tú crees.

—No tengo ningún remordimiento —aseguró—. Vosotros tampoco los habéis tenido jamás... Ojo por ojo.

Kayla abrió los ojos consternada al ver que ese hombre le agarró un pecho sin miramientos, y lo presionó con los dedos para abrir su boca y cerrarla sobre él con la suficiente fuerza como para hacerla gritar de dolor.

Eso era imposible. ¡La estaba mordiendo! Ese hombre tenía los colmillos de un perro y sus ojos se habían vuelto demasiado amarillos e irreales. Había clavado sus fauces profundamente en un lugar tan sensible como ese y a Kayla se le había acelerado el corazón, y sabía que se estaba desmayando de la impresión.

Hasta que cerró los ojos y todo se volvió negro para ella.

Hunter la aplastó contra la pared, sorprendido, primero porque no notaba ningún tipo de suero protector contra él y su mordisco; segundo, por su sabor tan narcótico y delicioso, que le explotaba en el paladar e irradiaba en todo su cuerpo, acumulando una gustosa sensación en su entrepierna. Y tercero... porque no se podía detener.

Su lengua estaba plenamente apoyada contra su piel, sus colmillos dejaban ir su hormona en su torrente sanguíneo para que campase a sus anchas, y los músculos de su mandíbula se movían haciendo succiones involuntarias, queriendo mamar de ella bien. Y Hunter era experto en su especie y sabía lo que significaba aquel tipo de contacto y de recepción en el mordisco de un macho.

Cuando vio que la joven se había quedado lánguida y se había desmayado, desclavó los colmillos de su teta a toda prisa, y la cogió en brazos antes de que cayera al suelo.

Hostia puta, tenía su sabor por toda la boca y estaba excitado como nunca. ¿Sería posible que los Aro hubiesen creado un suero inyectable que provocase que el ansia de apareamiento y el frenesí se activase en el prevalente en vez de en la hembra?

—Mierda... —gruñó Hunter mirando el rostro vuelto hacia atrás de Kayla. Parecía una virgen sacrificada. Entonces, detectó que Yael y Asher llegaban al *bungalow* y, cuando vio que Kayla estaba expuesta con los pechos descubiertos, se afanó en cubrírselos con el albornoz. Él mismo se incomodó ante su propia acción, pero consideró que lo mejor que podía hacer hasta descubrir qué estaba pasando allí, era preservar algo su intimidad. No dejaban de ser machos y Hunter la había mordido con la intención de volverla loca con su mordisco, por eso se había activado también una parte ínfima de su instinto de posesión. No en ningún sentido de propiedad ni nada romántico, pero hasta que no se calmase no dejaría que Yael o Asher interactuaran con ella.

No se fiaba de ella. No la creía. Era una Aro, y el mayor error de los suyos era no ser contundentes con sus enemigos.

Y Hunter pensaba tener a Kayla bajo control. Los Aro eran manipuladores y mentirosos por excelencia. Y aunque esa chica podía engañar por su aspecto bondadoso, también tenía un aire terrible y seductor con el que podría jugar a maniobrar en contra de ellos. Porque los Aro eran expertos en las malas artes.

Así que se dio la vuelta y enfrentó a sus hermanos Yael y a Asher.

Asher apareció vestido con ropas oscuras y una chaqueta tres cuartos militar con capucha. Tenía el pelo rojo afeitado casi al cero, excepto por arriba que era ligeramente más largo. Se acostumbraba a afeitar toda la cabeza, pero se cansaba mucho de sí mismo y siempre probaba nuevos *looks*. Tenía un diamante en una oreja, y sus ojos eran un tono plateado más oscuro que el de Hunter, pero no tan blanquecino azulado como el de Yael. Asher no hablaba, gracias al trato que le dieron Ari y Dan mientras los tuvieron cautivos. Le destrozaron las cuerdas vocales y se las dejaron muy tocadas, aunque no inhabilitadas por completo. Sin embargo, arrastraba dolor y trauma por lo vivido, y solo hablaba si era estrictamente necesario. Y, aunque estuviera más o menos recuperado, había encontrado una calma necesaria y un extraño sosiego en el silencio. Así que había decidido no pronunciar palabra. Asher podía confundir por su expresión callada y dulce, como si fuera un peluche. Pero el monstruo dormitaba en su interior y era oscuro e impredecible, con serios problemas de irascibilidad.

Yael tenía el pelo negro, con mechones largos arriba en forma de capa, y mucho más corto y rasurado por la nuca y los laterales. Tenía la ceja negra partida en horizontal y su aire gamberro junto a su carácter sarcástico y estirado, encantaba a las mujeres. Llevaba una chupa de cuero negra y puede que fuera el que tenía más sentido del humor y aire más desenfadado, pero mejor que eso no lo confundieran con benevolencia o extroversión. Era un gran hijo de perra y un sádico en potencia.

Asher fijó sus ojos en Hunter y frunció el ceño, escondiendo una sonrisa malévola en la

comisura de su labio, mientras miraba a la chica que su hermano tenía en brazos. Movi6 los dedos de la mano abriendo y cerr6ndolos como un comecoco, y lo mir6 interrogativamente.

—SÍ, la he mordido. Nada importante. Se ha cagado de miedo y se ha desmayado —contestó Hunter. Asher se rio—. No tiene suero —aclaró—. Pero es una Aro. Nos la vamos a llevar a casa. Tiene que contarnos todo lo que sabe.

—¿No has conseguido tú que hablase? —preguntó Yael igual de sorprendido que su hermano de pelo rojo—. Si eres el más persuasivo de todos... Menudo hueso tiene que ser, la zorra. Ya le bajaremos los humos —dijo desdeñoso.

Asher revisó las hojas de los informes que habían desperdigadas por la mesa y lo recogió todo, para llevárselo.

—Trae pocas cosas —aclaró Hunter—. Cargad con todo.

Asher hizo el saludo militar burlándose de su hermano, y Yael se quedó mirando fijamente a Kayla. Se acercó a su hermano y la agarró del pelo alzándole el rostro para verla bien.

Hunter sintió una sacudida de reprobación hacia él y estuvo a punto de gruñirle, pero, al advertir que reaccionaba de un modo inusual y exagerado, prefirió callarse. ¿Qué coño le pasaba?

—Vaya... —reconoció—. Huele de un modo distinto a Arianne, pero es innegable que comparten la misma sangre. También es más joven —se pasó la lengua por un colmillo—. ¿Cuántos años debe tener? ¿Veinte? ¿Veinticinco?

—No lo sé.

—Da igual. Está muy buena, Hunter. No se parece en nada a la doctora Perra.

Ari era guapa, como lo podía ser una villana.

Kayla era hermosa, como una amazona.

—La tenían muy escondida a esta... ¿Por qué no sabíamos que Ari tenía una hermana?

—Porque a los Aro les encanta el elemento sorpresa. Ya deberíamos estar acostumbrados —murmuró Hunter.

—Malditos, Aro. Siempre acaban apareciendo, se reproducen como las setas —Yael pellizcó la barbilla de Kayla—. ¿Podremos jugar con ella? —preguntó emocionado.

Hunter se tensó y apretó los dientes con frustración. Conocía todo tipo de juegos que ellos mismos habían sufrido a manos de los Aro, pero no sabía cómo se sentiría si todo eso se lo hacía a una mujer, por cabrona que fuese. A esas alturas de su vida no comprendía de dónde nacía esa repentina compunción, porque para ellos ya no había límites entre el bien y el mal. Ya no se regían por esas reglas.

—Estamos en nuestro derecho de hacer a una Aro todo lo que ellos han hecho con nosotros —insistió Yael ante el silencio de su hermano—. No somos hermanitas de la caridad. Con ellos nunca. Esa puta nos trastornó durante años y nos hizo perrerías. ¿Por qué no podemos hacer nosotros lo mismo con su hermanita?

Hunter no supo contestarle. Tenía miedo a que todo aquello se les fuera de las manos. Sabía las ganas que tenían de destaparlo todo y de hundir a los Aro, y Kayla podía ser un arma arrojadiza estupenda y un medio para llegar adonde querían llegar. Pero la había mordido y lo que él percibía era muy distinto a lo que creía.

Si no tenían cuidado, el arma podría estallarles en la cara.

Necesitaban interrogarla lo antes posible y averiguarlo todo y después, ya verían lo que debían hacer con ella. Por ahora, Kayla iba a experimentar en su sangre Aro la vergüenza de haber sido mordida por uno de ellos y de tener las humillantes necesidades que provocaba el

tener parte del ADN y las hormonas de los suyos en su torrente sanguíneo.

Iba a ser una experiencia inolvidable para esa chica.

Y puede que también lo fuera para ellos.

Capítulo 3

Cuando Kayla abrió los ojos supo que algo no iba bien. Tenía ansiedad, el cuerpo le ardía y ya no se hallaba en el *bungalow* ni en un lugar mínimamente conocido. Era una sala cementada, sencilla y espartana. Sin nada que pudiera decorarla o darle calidez. Solo una luz en forma de lámpara de techo que se movía inquietantemente, iluminaba el habitáculo.

Recordaba lo que había sucedido en el *bungalow*, y lo peor era que estaba inmovilizada, con las manos atadas por encima de la cabeza, como si fuera una asesina de guerra y la fueran a interrogar.

Ahí estaba en el centro de aquel habitáculo a prueba de bombas, colgada de mala manera como un jamón, y con sus pies desnudos tocando solo de puntillas en el suelo. Era incómodo y le dolían las muñecas y las axilas. Y también el pecho, donde el rubio salvaje la había mordido.

Se le saltaron las lágrimas al ser consciente de lo que estaba viviendo. Era un secuestro.

¿Qué tenían pensado hacerle? ¿Se ponía en lo peor? ¿Qué era lo peor?

¿Que la violasen?

¿Que la torturasen y la vejasen hasta la muerte?

¿Que la dejaran morir de inanición mientras día tras día la maltrataban?

Kayla sabía que la violencia existía en muchas formas. La violencia contra las mujeres se disfrazaba de muchas máscaras.

Sabía que, ante ella tenía a tres hombres imponentes y desafiantes. Lo sabía porque divisaba sus siluetas en la oscuridad. Tres hombres a los que no les importaba hacerle daño. No tenían ni una pizca de compasión. Había visto cómo el rubio, en un parpadeo, sin titubear, le había arrancado el corazón al animal que la había intentado agredir. De hecho, si lo pensaba bien, a ese tipo le importaba poco si su víctima era un hombre o una mujer. Llevaba la palabra muerte por bandera.

Y no lo entendía. No entendía lo que estaba sucediendo. ¿Por qué a ella? ¿Qué tenía ella que pudiera interesarles? Ese hombre, según le había dicho, había tenido problemas con su padre y su hermanastra. Pero ella no tenía nada que ver con ellos.

—¿Qué...?

—Silencio —ordenó el rubio.

Kayla miró al frente y lo divisó apareciendo entre las sombras de la sala. No se había equivocado al verlo por primera vez. Era hermoso. Pero lo que tenía de guapo lo tenía de abusivo e hijo de puta.

—¿Me has mordido?! —le echó en cara—. ¡¿Qué está pasando?! ¡Soltadme! ¡Os estáis equivocando de persona!

—Me llamo Hunter —le dijo mientras caminaba tranquilamente hacia ella y revisaba las imágenes y los informes de las agresiones a Susana y a Jenni que habían sustraído del *bungalow*.

También tenía una tarjeta de visita entre los dedos, en la que se indicaba el nombre y el apellido de Kayla, su agencia de investigación y su teléfono—. Dices que nos hemos equivocado de persona... —Tiró todo lo que tenía a los pies de Kayla, exigentemente—. Eres hija de Dan Aro y hermana de Ari Aro. Y tienes contacto con los quimeras... —le señaló las fotos de los cuerpos marcados de sus amigas—. Supongo que estás haciendo seguimientos de todo lo que hacen... ¿Es para informar de los progresos a tu papá?

—¿Qué estás diciendo?! ¿Qué quimeras? ¡¿Estás loco?!

—Cuéntame qué haces aquí exactamente —Hunter se acercó a ella y le hundió la mano en el pelo.

Kayla sacudió la cabeza y se humedeció los labios.

—¿Tratas así a todas las mujeres? Hijo de puta abusón —gruñó entre dientes—. Te denunciaré. Y no descansaré hasta que estés entre barrotes...

—Si tienes sangre Aro no eres una mujer. No eres una persona —convino Hunter mirándola con curiosidad—. Eres un monstruo.

—¿Yo? Me has mordido y me has secuestrado... Y estáis usando métodos de interrogación militar conmigo... —señaló, odiando cómo sus largos mechones de pelo cubrían su rostro. Pero lo miraba a través de ellos jurando venganza—. Tú eres el monstruo.

—Kayla... —pronunció su nombre tal y como estaba escrito en la tarjeta—. ¿Por qué estás aquí en Atlas? ¿Dónde están tu padre y tu hermana? —insistió.

—¿Y a mí qué me cuentas, maldito loco?! ¡Están enterrados, son alimento para los gusanos! ¡Murieron hace un año! ¡Esto es una locura! —sacudió con fuerza las cuerdas que le oprimían las muñecas, hasta hacerse sangre—. ¡Liberadme ahora mismo!

En una esquina de la sala, Asher y Yael observaban a Kayla con mucha atención, analizándola y haciendo un estudio de su comportamiento.

—Cuéntame entonces qué haces aquí y qué relación tienes con papá Dan —insistió Hunter frustrado—. A ver qué te inventas... Los Aro sois muy hábiles con las mentiras.

—Esto no puede estar pasando...

Hunter la zarandeó del pelo.

—¡Eh! ¡Espabila! ¡Sí está pasando! ¡Empieza a hablar! ¡No me hagas perder más el tiempo!

Kayla resopló y miró los informes esparcidos por el suelo.

—Me llamo Kayla Mihura. No tengo relación con los Aro. A los nueve años mi madre se separó de mi padre y nos alejamos de él. Mi padre es Dan Aro, pero nada más. Yo no tengo ni su apellido. Me quedé solo con el de mi madre.

—¿Mihura?

—Sí. Ese es mi apellido. Hacía muchos años que no hablaba con él ni lo veía, hasta que saltó la noticia hace un año de que él y mi hermana habían muerto en un incendio. Ni siquiera fui a su entierro —reconoció sin sentirlo un poco—. Hace dieciséis años que... —tragó saliva—, que no pisaba Atlas, hasta ahora.

—¿Por qué hasta ahora?

—Mis amigas Susana y Jenni han tenido una muy mala experiencia con la base militar. Abusaron de ellas, como puedes ver —señaló las fotografías con un golpe seco de su barbilla—. Soy investigadora privada. Y estoy aquí para averiguar qué sucedió en el aniversario de la base militar. Me reuní con las dos, ayer, en una cafetería, y me explicaron todo lo sucedido... Estaba revisando los partes médicos en el *bungalow* cuando esa cosa, esa... bestia, apareció en mi balcón e intentó agredirme...

Hunter miró por encima del hombro a sus dos hermanos. Yael y Asher parecían igual de confundidos que él.

¿Qué demonios le estaba explicando esa chica?

¿Qué historia era esa?

¿Dan Aro tenía una hija que no quería y de la que no sabía nada desde hacía tantos años? ¿Le estaba tomando el pelo?

La bata de Kayla se abrió y volvió a exponer parte de sus pechos. Hunter divisó la marca de sus colmillos y sintió un estremecimiento en la boca del estómago, extraño e inquietante.

—Me has mordido —lo increpó ella acongojándose de nuevo—. Pensé que me estabas defendiendo de esa cosa... pero evitaste que me agrediera para agredirme tú.

Él la miró muy serio y ofendido.

—¿Eso crees? Tal vez debí dejar a que él jugase un poco contigo, para que vieras nuestras diferencias.

—No me ha hecho falta. Me has desgarrado el pecho, salvaje de mierda.

Hunter frunció el ceño y con gesto divertido le abrió un poco la bata para contemplar su mordisco mucho mejor. Sus ojos brillaron con interés.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Tápame, maldito monstruo! —le ordenó sintiéndose muy humillada.

Hunter no pudo evitar sentir un poco de admiración por ella. Era orgullosa, como una reina, y no se dejaba amedrentar, aunque le temblase la barbilla como señal de debilidad.

—No te he desgarrado nada. Tu pecho está bien, solo tiene un mordisquito...

—Vete a la mierda. —Le había dolido demasiado para que fuese solo un mordisquito.

—Es normal que te queme y te duela. Lo he hecho con esa intención.

—Te he dicho que no tengo nada que ver con los Aro, más allá de una similitud sanguínea. Suéltame ahora mismo. Esto que estás haciendo es completamente ilegal.

—Asumes demasiado bien tu papel, Kayla Mihura. ¿Estás actuando? —Hunter debía presionarla más. Era convincente, pero le costaba creerla, por sus antecedentes familiares—. ¿Acaso... te estás riendo de mí? —Hunter acercó su rostro al de ella, tirando de su pelo de nuevo.

—¡Ah! ¡Me estás haciendo daño, animal! —exclamó con el cuello inclinado hacia un lado, mirándolo entre sus pestañas—. ¡¿Qué demonios eres?!

—¿De verdad no sabes qué soy? —sus ojos se volvieron muy amarillos, como los de un lobo. Sus rasgos se afilaron, tornándose más perfectos y marcados. Sus colmillos aparecieron por debajo de su labio superior, y sus orejas cambiaron de aspecto a unas más puntiagudas—. ¡Mírame, mujer! ¡¿De verdad no tienes ni idea de lo que soy?!

A Kayla se le paró el corazón, pero no se le apagó la voz.

—¡No, maldito seas! ¡No lo sé! ¡Seas lo que seas, no eres bueno! ¡Suéltame! —Kayla cerró los ojos con fuerza. Ya había visto sus facciones, pero no quería creérselo. No era del todo humano y compartía características de un animal. Sin embargo, eso no pasaba en la vida real... Solo en las novelas, las leyendas y la religión pagana. Ese hombre podía cambiar su aspecto a uno mucho más amedrentador y mucho más letal.

—¿Me estás diciendo que no tienes nada que ver con tu padre —inhaló el lateral de su cuello — y que no sabes lo que él y tu hermana hacen?

—Es... es la verdad. No sé qué quieres que te diga... —empezó a llorar, muy afligida, porque sabía que dijese lo que dijese no la iba a creer—. No sé qué problema tienes con ellos,

pero no tiene que ver conmigo... Nunca han significado nada para mí, y me daría mucha rabia que alguien me matase porque creyese que así les molestaría y podría vengarse de ellos. Te aseguro que no les pude importar menos. Además, como te digo... están muertos.

Hunter soltó el pelo de Kayla y resopló perdiendo la paciencia que le quedaba.

—Venid.

Kayla buscó desorientada por toda la sala, hasta que vio aparecer a los otros dos individuos.

Yael y Asher salieron de entre las sombras de la sala de tortura y la miraron con ganas de hacerle daño y llevarla al límite.

Kayla miró lo que tenía Yael en las manos. Era una vara de metal con una L en el extremo. Y estaba ardiendo.

Ella abrió los ojos lentamente y sollozó asustada. Se quedó pálida.

—¿Por qué no me creéis?!

—Porque eres una Aro —convino Yael.

—¡Soy una Mihura, gilipollas!

—Nosotros sufrimos lo indecible en manos de tu hermana y de tu padre... —Yael acercó poco a poco el extremo de la vara candente al vientre desnudo de Kayla—. Nos hicieron cosas terribles, Kayla. Vamos a hacértelo todo a ti.

—¡No! ¡No! ¡Soltadme! —Se removió como una culebra en apuros.

—Dinos la verdad y tendremos clemencia —le advirtió Hunter—. Que es mucho más de lo que cualquier Aro se merece.

Asher se acercó a Kayla con una sonrisa fría en los labios. Se colocó tras ella y se desabotonó el pantalón.

Kayla empezó a temblar y lo miró por encima del hombro. ¿Qué pensaba hacerle?

—Tócame y te mato —gruñó Kayla desafiando al mudo.

Él entrecerró los ojos y se bajó la cremallera del pantalón. El sonido congeló a Kayla.

—¡No, por Dios! —Al ver que estaba completamente vencida, se derrumbó. El tipo de atrás la mantuvo inmóvil por las caderas y el moreno de pelo corto acercó la vara metálica ardiendo a su cuerpo. ¿Iba a marcarla como al ganado? ¿Cómo a un trozo de carne? ¿La iba a violar el otro?

Alzó los ojos llenos de lágrimas y echó una última mirada a Hunter, que observaba la situación de brazos cruzados, como si aquello no pudiera importarle menos y fuese solo una transacción más en su día a día.

—Me da igual lo que seáis —aseguró ella con sus ojos gatunos clavados en los de Hunter—. Pero más vale que me matéis, porque si no lo hacéis, os perseguiré toda la vida y no descansaré hasta enterraros al lado de Dan y de Ari. No sé lo que ellos os hicieron, pero está claro que si pagáis con la misma moneda, la misma mierda sois. —Kayla inhaló profundamente al sentir el hierro a un centímetro de su piel. Quería ser lo suficientemente fuerte como para tolerar lo que fuese. No iba a flaquear frente a esos tipos. Pero no soportó la tensión, y volvió a desmayarse por la impresión, antes de que la quemasen.

Hunter se secó el sudor de la frente con el antebrazo. Se había tensado con todo aquello... Cuando vio que Kayla se desmayaba y que prefería que la torturasen a decir la verdad, entendió que no estaba mintiendo.

Nadie soportaría eso para guardar ningún secreto. Kayla se había rendido porque, en el fondo, no había secretos y no sabía cómo defenderse. Así que se entregó al dolor, deseando morir. Como si no hubiese otro destino para ella.

Hunter exhaló, aliviado al ver que todo aquello con esa chica había acabado. Detenerse era una excepción con esa persona, porque Kayla parecía realmente inocente. De lo contrario, no hubieran titubeado. Ya no tenían un gramo de compasión que ofrecer a nadie.

Su misión y su legado era claro.

—Se ha desmayado —le informó Yael tirando el hierro al suelo—. Ha aguantado la puesta en escena más de lo que creía. Es dura.

Asher se apartó de detrás de su espalda y se subió la cremallera del pantalón. Hizo un movimiento con la mano, señalando su cuello, como si tuviesen que cortar el rollo y acabar con eso y habló sin emitir ni un solo sonido: «Esta chica no tiene ni idea de lo que está pasando». Sus hermanos estaban acostumbrados a leerle los labios perfectamente.

—Sí, es evidente que no sabe nada —sentenció Hunter.

—Es raro que Dan tuviera una hija y no la instruyera en la caza y en las torturas como a Ari, ¿no creéis? —preguntó Yael mirando con interés a Kayla.

Hunter asintió pensando lo mismo. Se descruzó de brazos y se colocó frente a Kayla. Por primera vez, le abrochó el albornoz para cubrirla bien y que no se le viera más carne de la necesaria. Después empezó a quitarle las cuerdas que marcaban y habían herido las muñecas de la joven, y la liberó, sujetando su cuerpo contra él.

—Es raro. Pero tenemos que averiguar el porqué. —La cargó en brazos y se quedó mirando a sus hermanos—. ¿Por qué la desechó? Los Aro son muy orgullosos de los suyos.

—Siempre hay una oveja negra —Yael se encogió de hombros—. En fin... ¿qué vamos a hacer con ella?

—Hay que investigar a la madre de Kayla. Arañar en su pasado y entender por qué huyeron de Dan —dijo cavilando muy serio.

—Ya nos ha visto, ya ha visto a un quimera y está investigando a la base militar... Y la has mordido. Tenemos un problema —aseguró Yael—. Te lo repito: ¿qué vamos a hacer con ella, Hunter? ¿Y si se va de la lengua? Estará muy enfadada y puede que haga más ruido del que necesitamos a nuestro alrededor para proceder.

—Es un cervatillo en medio de un campo de lobos —murmuró Hunter—. Es evidente que no sabe dónde se ha metido. No tiene ningún tipo de suero protector en su sangre contra nosotros, y cree firmemente que el doctor Dan y Ari están muertos. Es una pieza suelta con la que no contábamos. Pero sigue siendo una Aro. No podemos ignorarla y hay que vigilarla de cerca. Un quimera fue a por ella, posiblemente olió lo mismo que nosotros en su sangre... Tal vez no sea el único que lo haya hecho.

Asher chasqueó con la lengua desaprobando la decisión. Se señaló la nuca.

—Ya sé que el quimera tenía un implante, pero estaba destrozado, Asher. Es imposible que hubiese grabado nada. Por el número de localizador, es uno de los cuatro que escaparon del furgón cerca del cerro Grande —Hunter necesitaba meditar bien qué debían hacer con la joven que tenía en brazos—. Son dos bestias, dos depredadores. Están dejando cadáveres a su paso, pero se están encargando de encubrirlos bien. No obstante, de los dos, aún falta otro. Si está por aquí, ese maldito olor que desprende Kayla también lo atraerá.

—¿Por qué huele así? —Se preguntó Yael—. Es... es para volverse loco. Es inquietante —reconoció abrumado por el perfume de la chica—. Y llama demasiado la atención.

Hunter lo sabía. Era desesperante, y afectaba mucho a sus feromonas.

Asher asintió dándole la razón a su hermano.

—No lo sé. Por eso hay que atarla en corto —admitió Hunter.

—Deberíamos retenerla —sugirió Yael—. No puede salir de aquí.

—No podemos retenerla para siempre —convino Hunter—. Pero, por ahora, es lo que haremos.

—Es la hija de Dan. Y ese cerdo no está muerto. No puede ser una casualidad que huela así. Es un perfume hecho para afectar a nuestra especie y también a los quimeras, joder —gruñó Yael pasándose la mano por el pelo—. Es una locura.

Hunter pensaba igual que ellos. Kayla era un problema, y lo peor era que ni ella lo sabía. Parecía tan inocente...

—Le daremos inhibidores —sentenció Hunter, empezando a andar con ella para salir de la sala.

Asher arqueó sus cejas con sorpresa.

—No me mires así, tío —añadió Hunter—. Tu mezcla es cojonuda. Podemos dársela a ella también. Es el único modo de encubrir su olor.

—Puede tapar su olor. Pero la has mordido con la intención de afectarla y enloquecerla, Hunter, pensando que así la podías castigar. ¿Qué va a pasar ahora cuando empieza su demanda?

—Los inhibidores servirán —El rubio se encogió de hombros y continuó andando con gesto solemne—. Tienen que servir. No contábamos con esta chica. Pero no va a desviar nuestro plan. Va a estar todo controlado.

Yael y Asher se miraron con cara de poco convencimiento, porque sabían cómo funcionaba todo en su mundo y no iba a ser tan sencillo.

Una mujer con un olor así podía cambiarlo absolutamente todo, por muy adiestrados que hubiesen estado contra ese tipo de persuasión.

Kayla abrió los ojos en una cama de colchas nórdicas blancas, en el interior de una habitación de nuevo sin ventanas. Estaba tan cansada... Sabía que aquello le iba a dejar secuelas. Era imposible que pasar por un trance así no la dejase mal, mental y emocionalmente.

Se había desmayado dos veces, por la impresión, por la angustia de ser sometida de ese modo, de no poder defenderse, y por la anticipación de un dolor que sabía que no iba a poder tolerar. Ella siempre se había considerado fuerte y valiente. Debía serlo para dedicarse a lo que se dedicaba. Pero nunca hubiese imaginado verse en una como esa. ¿Qué estaba pasando allí realmente?

Se incorporó en la cama y se pasó las manos por todo el cuerpo. No le dolía como esperaba. Se pasó la mano por el vientre y advirtió que allí no había ninguna marca ni ninguna quemadura. Y después apretó los muslos, y fue consciente de su interior. No notó la incomodidad ni el dolor que precedería a las consecuencias de una violación. No sabía qué habían hecho con ella, pero su cuerpo no había sido sometido.

Sabía que estaba sana y salva. Kayla se cubrió el rostro y arrancó a llorar, aliviada por seguir viva y por tener todo su cuerpo en condiciones aceptables, sin lesiones que lamentar ni extremidades perdidas.

Pero entonces, algo a su lado derecho se removió, y Kayla volvió a palidecer, haciéndose un ovillo contra la pared, cubriéndose como podía con la almohada.

Hunter había estado ahí en todo momento, observándola, sentado en una silla, con una pierna cruzada sobre la otra.

—¡Lárgate de una vez! ¡Déjame en paz! —le gritó Kayla—. ¡Quiero salir de aquí!

No le veía bien el rostro, porque, como siempre, en esa pequeña habitación no había demasiada luz. Y Hunter, como hombre que amaba el suspense y la intimidación, estaba en la zona menos iluminada. Hasta que se inclinó hacia adelante y Kayla pudo volver a ver su hermoso y demoníaco rostro.

Algo había cambiado en él. Estaba tenso, pero ya no la miraba como si fuera la reencarnación de Belzebú en la Tierra.

—No te hemos hecho nada. Nadie te ha herido y nadie ha abusado de ti. —Las palabras de Hunter salieron atropelladas, como si fuese víctima de un dolor parecido al de ella.

Kayla cerró los ojos con fuerza. Los odiaba. Los odiaba a los tres.

—¡Tú me has hecho daño! ¡Me has mordido una teta! —entornó los ojos asesinándolo lentamente con la mirada—. Hijo de la grandísima p...

—Esa boca.

—¿Mi boca? Serás cínico... ¿A qué os dedicáis? ¿A esto? ¿Secuestráis a chicas, las aterrorizáis y abusáis de ellas en...?

—No abusamos de nadie —Hunter se levantó de la silla y se inclinó para agarrar algo que había debajo de la cama. Era la maleta de Kayla, su bolso y todas sus pertenencias—. Aunque, créeme, que estamos en todo nuestro derecho de hacer lo que nos dé la gana a personas sin alma y carniceros como los Aro y todos los que están con ellos. Una violación sería lo más insignificante, lo más suave, comparado con todo lo demás que teníamos pensado. Y si nos ganamos el Infierno con ello, no nos importaría, porque incluso allí los encontraríamos y les haríamos lo mismo. Nos da igual estar condenados. La maldad no merece compasión.

Kayla abrazó la almohada con más fuerza y, sin fiarse de él, se quedó mirando cómo dejaba todo sobre la cama, con un orden y un cuidado inverosímil.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Deja de temerme. No voy a hacerte nada —le ordenó él.

—Y una mierda. Te voy a tener miedo toda mi vida. Nada va a cambiar eso. Jamás.

Hunter dio un leve respingo, imperceptible para ella. Aquellas palabras lo afectaron de un modo incomprensible, parecía una promesa. Un juramento.

¿Desde cuándo le importaba lo que pensase de él una chica?

—Vamos a liberarte —exhaló el aire agotado y se sentó en la cama.

Kayla se retiró para estar lo más alejada de él posible. No se lo podía creer.

—Te vas a ir. No vas a volver a Atlas.

—¿Cómo dices?

—Vas a olvidarte de lo que estás investigando y te vas a ir, sin mirar atrás.

Kayla lo escuchaba en silencio. No pensaba rebatirle. Pero estaba loco si creía que iba a dar la espalda a eso. Algo grotesco e inquietante le había estallado en la cara y no iba a hacer como si nada hubiese sucedido. Pero si él se quedaba más tranquilo con su falsa sumisión, mejor.

—Si te acercas a esa base militar haciendo preguntas indebidas, te matarán.

Ella se rio de él con sarcasmo.

—Y si no, me matas tú o uno de esos dos que van contigo.

—No saco nada de ti matándote. Esto que estás investigando sobre tus amigas es más de lo que te imaginas... Y si ven que hay gente husmeando, y no cualquiera, sino una Aro, nos vas a joder a nosotros, porque estamos aquí por lo mismo.

Kayla se pasó la mano por el pelo y cerró los ojos para serenarse, dado que su nivel de ansiedad era alto, y no soportaba que él la hablase de ese modo sosegado cuando hacía unas horas había sido un animal. No iba a salirse con la suya ese hombre.

—Está bien. ¿Quieres que me vaya? Entonces me iré, a cambio de información.

Hunter ni siquiera valoró esa posibilidad.

—Es mejor que no sepas nada. Has sido una Aro ignorante, y seguro que has vivido mejor así. No quieras cambiarlo ahora. —La miró por encima del hombro.

—No soy una Aro, ¿estás sordo? Soy una Mihura. Esa gente, militar o no, no sabe nada de mí. No me reconocerían.

A Hunter el carácter atrevido e impertinente de Kayla lo ponía en guardia y lo azuzaba. Esa chica era una inconsciente.

—Pero tu padre sí tiene que ver con la base militar, y también tu hermana.

—No veo cómo. Mi padre era un biólogo que estudiaba procesos genéticos. Mi hermana trabajaba con él. Además, están muertos...

—Kayla, el incendio en el que dijeron que habían muerto en los Pirineos, lo provocamos nosotros. Nosotros queríamos sus cuerpos, y nunca los encontramos. La noticia la dieron sin ningún tipo de prueba forense factible. Sabemos que no están muertos. Solo están escondidos. Y nosotros solo estamos esperando a que aparezcan.

Ella entreabrió los labios, impactada por la revelación. ¿Dan y Ari no habían fallecido? ¿Seguro? ¿Y qué tenían que ver ellos con la venganza de Hunter y los otros? ¿Y con la base militar? Ambos se dedicaban a la biología, pero...

—Merezco explicaciones —dijo alzando la barbilla—. Quieres que te obedezca y me largue después de hacerme daño y aterrorizarme con cosas peores... Quiero información. La verdad —insistió soltando la almohada y agarrándose las rodillas contra su pecho con fuerza—. Soy investigadora. Exijo el relato a cambio de mi obediencia.

Hunter apoyó los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre los hombros. Esa chica «exigía» estando en inferioridad de condiciones. Qué persuasiva y perseverante era.

—Quiero saber qué está pasando. Y sobre todo... —Ella se humedeció los labios y apoyó su barbilla sobre sus rodillas—. Quiero saber qué sois.

Hunter y sus hermanos sabían que la joven no tenía ningún micro en su cuerpo, que su sangre no estaba protegida contra ellos, y que era una completa ignorante de lo que hacían o dejaban de hacer su padre y su hermana. Kayla, de algún modo, había sido retirada del núcleo familiar. Pero para Hunter seguía siendo un misterio el motivo, dado que su olor era demasiado especial y tenía que ver en mucho con todo su mundo oculto. No tenía ningún sentido.

—Antes quiero saber por qué no tienes relación con tu padre. Y yo te contaré lo que necesites.

—El chantaje es el medio de los miserables —dijo de malhumor.

—No es chantaje —Hunter sonrió y la dejó helada—. ... Es negociación. Necesito entender qué es lo que te ha hecho tan poco interesante para tu padre.

—Cuánto tacto... —espetó irónica—. Mi madre y yo nos alejamos de nuestro padre un verano, hace ya dieciséis años, después de que ella descubriese sus infidelidades. Simplemente, nos fuimos y ni él se contactó con nosotras ni nosotras con él.

—¿Y tu madre cogió las maletas sin más y te llevó a ti con ella?

—Era su única hija. No me iba a dejar con él...

—¿Y él nunca hizo por saber dónde estabas o por intentar recuperar a tu madre?

Kayla negó con la cabeza.

—Desde los nueve años he estado sola con mi madre. Cruzamos el charco y vivimos en otro continente. Nunca más supimos de él o de Ari. Hasta que saltó la noticia del incendio en los Pirineros de Terracota, porque salpicaba también la zona industrial farmacéutica que era de su propiedad. Fue un incendio gigantesco. Y murieron muchas personas.

A Hunter le daba igual quiénes hubieran muerto, porque lo sabía de sobras, y no le preocupaban. Mejor estaban entre las llamas y en el Infierno. Pero el relato de Kayla le sorprendió. ¿Cómo podía su madre coger las maletas e irse sin más, llevándose a su hija, por una infidelidad?

—¿No querías a tu padre ni un poco? ¿No te pusiste en contacto con él?

Kayla exhaló, aburrida por hablar del doctor.

—Era un completo desconocido para mí. Me obligaba a llamarlo doctor. No le guardo ningún cariño, ni tengo demasiados recuerdos con él. Ninguno memorable.

—¿Y con tu hermana?

—Era más tiesa y más estirada que él. Con ella menos. Jamás tuvo un gesto conmigo, pero tampoco tenía tiempo para eso, casi siempre estaba trabajando con él. Nos llevábamos muchos años. Cuando nos fuimos, ella tenía veinticinco y yo nueve. Y era muy opuesta a mí. Siempre la vi como un robot.

Hunter asimilaba las palabras de Kayla, y había algo que no le cuadraba. Aunque estaba de acuerdo en algo: Ari era un robot, porque no tenía corazón.

—¿Tu madre es mucho más joven que Dan?

—Era —aclaró Kayla—. Murió hace tres años.

—Lo siento.

Kayla alzó la cabeza con sorpresa. No se imaginaba que alguien como él pudiera dar condolencias.

—¿Cómo murió?

—La atropelló un conductor borracho. Salía de trabajar, y el vehículo se saltó un semáforo en rojo. Murió mi madre y también un señor de ochenta años que cruzaba el paso de cebra al mismo tiempo que ella.

—Joder...

—Después de eso, yo decidí acabar mis estudios, y mudarme a otro lugar para empezar una nueva vida, lejos de donde vivía con ella. Porque no me era fácil. La veía en todas partes —reconoció afligida.

—Entiendo... ¿a qué se dedicaba tu madre?

—Era psicóloga neurocientífica.

Hunter no parpadeó ni demostró ningún tipo de interés externo hacia aquella palabra. La madre de Kayla debió ser una mujer muy inteligente, y probablemente se enamoraría de Dan por lo mismo, porque era un hombre muy listo y transgresor en sus ideas. Ahora bien, ¿qué había pasado entre ellos?

El doctor Aro no respondía a un perfil infiel. Era un hombre con demasiado deseo de controlarlo todo, jamás se enredaría con nadie que le supusiera ser descubierto o salir de su estricto orden establecido. Todo aquello inquietaba a Hunter, porque era información cuyas

piezas no encajaban en el puzle familiar que se estaba formando. Pero Kayla no estaba mintiendo. Eso lo sabía. Podía oler la verdad en ella.

—¿Y a ti nunca te interesó la ciencia?

—No —sentenció dibujando un mohín de desagrado—. A mí me gusta resolver otro tipo de enigmas y de injusticias.

Hunter parpadeó lentamente y asintió sin más.

—Tus amigas.

—¿Qué pasa con ellas? —quiso saber Kayla.

—Sé lo que les ha pasado.

—Entonces, dímelo —le ordenó enfadada.

—Han sido víctimas de los quimeras. Las violaron y las maltrataron.

Hunter decía las cosas a bocajarro y siempre la cogía a pie cambiado.

—La violación y el maltrato ya lo he presupuesto yo con las fotografías. ¿Qué son los quimeras? Antes los mencionaste también.

—Lo que te atacó en el apartamento de El Mirador, eso es un quimera.

—No sé qué son. No entiendo nada.

Hunter se levantó de la cama y empezó a caminar como un león enjaulado por la habitación. Kayla observaba su modo de andar grácil y medido, y su estatura y, a pesar de que lo temía, no pudo evitar admirar su complexión y su porte.

—Lo que te voy a contar va a cambiar tu noción de la realidad para siempre. Cambiará tu vida. Ya no podrás ser la misma.

Ella se rio sin ganas.

—Lo que me has hecho y lo que he vivido estas últimas horas, ya va a marcar mi vida para siempre y para mal. Me debes eso.

—Yo a ti no te debo nada. Suficiente hago con liberarte.

—Tienes una curiosa manera de autoconvencerte de que no has sido un bruto y un miserable conmigo. ¿Tú...? —preguntó dubitativa—. ¿Tú eres uno de ellos? ¿Un quimera?

—¿Me ves como uno de ellos? —se detuvo en seco y sus ojos plateados se clavaron en ella—. ¿Soy tan monstruoso como lo que te atacó?

Ella se aclaró la garganta y retiró la mirada de su expresión tensa.

—Monstruoso o no, haces daño igual —Kayla se cubrió mejor el pecho con un gesto altamente protector.

—Lo que te hice... —dijo incómodo—, fue pensando que eras tan enemiga mía como Ari y Dan... Por eso quería hacerte daño. Porque nuestro mordisco... —Hunter se calló abruptamente. ¿Qué tipo de explicaciones debía darle a ella? ¿Y por qué? Los ojos gatunos y muy expresivos de Kayla tenían la mirada perdida, recordando el mordisco. Lo sabía. Y Hunter se sintió mal. Pero eso no iba a ser lo peor de su mordisco. Tal vez sí debía saberlo todo. Tal vez, sí le debía las explicaciones necesarias. Acababa de cambiarle la vida para siempre. Por eso, decidió que se lo contaría todo, a pesar de haber acordado con Yael y Asher liberarla y alejarla de allí sin dar ni una sola explicación. Pero un carácter intrépido como el de Kayla no estaba hecho para callar ni para esconderse. Hunter sabía que ella regresaría, haciendo las preguntas inadecuadas, a las personas incorrectas, y eso los pondría en peligro a todos. Si Hunter podía controlar los daños colaterales explicando su historia, lo haría—. Mis hermanos y yo no somos quimeras.

—¿Esos dos son tus hermanos?

—Sí.

Kayla se pasó la mano por la nuca, intranquila.

Como los Jonas Brothers, o los Hemsworth, o los Baldwin. Agraciados genéticamente de un modo u de otro. Ellos tres no se parecían demasiado, tenían fisionomías faciales distintas, aunque los tres eran muy apuestos y atractivos. Sin embargo, los ojos... esos ojos raros de mercurio, sí los delataban.

—¿Los tres hacéis lo mismo con...? —se señaló la boca y la cara.

—Nos transformamos, sí.

—Sois... ¿Sois...? —no le salía ni pronunciar las palabras—. ¿Qué demonios sois?

—Descendemos de un linaje ancestral. Somos lupercos.

—¿Qué?

La mirada de Hunter se convirtió en una fina línea plateada.

—Lobos, Kayla.

Capítulo 4

—¿Lupercos?

¿Qué palabra era esa? ¿De dónde venía?

Hunter se metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y apoyó la espalda en la pared, mirando de frente a Kayla.

—¿Qué conoces sobre la historia romana?

—Poco. Más bien nada —aseguró. Ella sabía de otras cosas, pero no de historia antigua.

—Desde tiempos inmemoriales, en nuestra Era y en otras, ha existido individuos que podían cambiar de forma. Lo llaman teriantrópía. En otras culturas a las personas cambiaformas se los conoce como nahuales, chamanes que pueden convertirse en sus animales totémicos. Y en otros lares se habla de licantropía, los que se convierten en lobos. —Alzó la mano y mostró orgulloso cómo podía alargar sus uñas hasta convertirlas en perfectos puñales afilados y oscuros.

Kayla se estremeció al verlo. Era una sensación a caballo entre la fascinación y el miedo.

—¿Cómo la evolución dio lugar a seres como vosotros?

—En la historia romana se habla de que Remo y Rómulo fueron amamantados por una loba gigantesca llamada Luperca. Se cree, en tradiciones antiguas, que Luperca era una licántropa. Que al ver a los bebés, en vez de comérselos, decidió alimentarlos, dado que su leche era poderosa y podía provocar cambios en ellos. Resultó que Remo y Rómulo fundaron Roma, y tuvieron muchísimo poder. No se les conocían rasgos teriantrópicos ni metamórficos, pero fueron muy importantes en la historia. Sin embargo, nadie habló más de Luperca. Se le perdió el rastro. Pero Luperca no desapareció. Se escondió para no ser cazada. Era una mujer que podía convertirse en lobo. Se decía que Luperca fue una generadora de un poderoso linaje. Su leche tenía el poder de amamantar a elegidos, a héroes y, como hembra, podía engendrar. De ella salió el linaje original de los lupercos, hombres con las capacidades de mutar a lobos, con poderes suprahumanos, hábiles, instintivos, fuertes e invencibles, y de gran longevidad. El linaje de Luperca se extendió por el mundo. Procrearon con humanos y crearon su propia descendencia. Descendencia que poseía sus mismas habilidades. Por todos los países hubo avistamientos de supuestos hombres lobo, todos tienen sus leyendas y sus historias. Muchos fueron cazados y aniquilados, pero los poco supervivientes que quedaron, se mimetizaron con el entorno y vivieron en reductos pequeños, desconocidos. Nuestro linaje desciende de los Lowell. El apellido Lowell es una derivación del antiguo nombre francés «loholt», que significa «pequeño lobo».

—Hunter Lowell —susurró probando cómo sonaba—. No tenéis nada de pequeños... —susurró Kayla en voz alta, abducida por la historia.

—Nuestros antepasados se aposentaron en Francia, y después se trasladaron a otra tierra en la Península Ibérica. Todos ellos procedían de la descendencia originaria de Luperca.

—¿De dónde sois vosotros?

—Nosotros nacimos en Irati.

—¿Irati? ¿Irati... del norte de España?

—Así es. Los lupercos tenemos muchas raíces vascas. Y siempre hemos tenido a nuestros antagonistas: los cazadores. Familias de cazadores tuteladas por grandes instituciones de poder político y científico. Linajes humanos que son adoctrinados con el objetivo de dar con nosotros. La guerra entre lupercos y cazadores empezó con Las Cazas, siglos atrás. Hubo una época en la que los cazadores cazaban demonios en nombre de la Iglesia. En esa época nos llamaban bestias. Y nos perseguían y nos masacraban por todos los continentes, como a los lobos. En esa época e incluso ahora, los genocidios lobunos se extendían por todo el mundo. Los crímenes contra la especie fueron abusivos. Hasta que se prohibió la caza del lobo en muchos lugares, dado que se temía su extinción. Pero la persecución no cesó, se perfeccionó y se hizo más sibilina.

—¿Cómo?

—Ya no nos disparaban, no nos quemaban vivos ni nos atravesaban con ballestas. Ahora nos tomaban como rehenes para estudiarnos, y empezar a ver qué nos hacía tan especial al resto de las especies. Es el paso obligatorio que da un depredador cuando deja su brutalidad y su ignorancia a un lado, y lo sustituye por una inteligencia maliciosa. Evolucionan así, volviéndose más listos y con más tecnología.

Kayla nunca había creído en las historias de hombres lobo. Ni siquiera hubiera imaginado que los rumores o las leyendas urbanas pudieran conllevar algo de realidad. Su madre siempre le había dicho que la necesidad del ser humano de creer en algo más provocaba desvaríos, sugerencias y creencias de seres sobrenaturales que convivían con nosotros. Pero que nada de eso era cierto. Para su madre, lo más sobrenatural de todo era la crueldad de nuestra especie, y que de eso era de lo que todos y cada uno de nosotros debíamos protegernos.

Pero Hunter le había dado una hostia violenta y maravillosa de una fantasía urbana muy real. Sí existían.

—Tu padre es un claro caso de esa evolución. Y la generación de Aros que lo precedió también lo era. Nos hizo un seguimiento, Kayla, de nuestro árbol genealógico. Llegó hasta nosotros. Vivíamos solos con nuestro *aita*, dado que a mamá la mataron el mismo día que iba a dar a luz.

—Dios mío... —qué terrible.

—Pero *aita* se aseguró de que nosotros nacióésemos, y nos sacó de su vientre.

—¿Parto múltiple? —Kayla sacudió la cabeza—. ¿Nacisteis a la vez tus hermanos y tú? —dijo asombrada.

—Mi padre nos sacó a los tres, sí. Los partos lupercos no son sencillos —contestó asumiendo que la biología de su especie era difícil—. Nosotros somos trigemelos.

—Trillizos, querrás decir.

—No, trigemelos —repitió dedicándole la primera sonrisa relajada—. ¿Sabías que uno de cada dieciséis millones de partos son de trigemelos? Venimos de los lobos, y lo nuestro va de camadas. Fuimos tres. —Alzó tres dedos de su mano derecha—. Nacemos a partir de un solo óvulo que se divide en tres partes y compartimos también la misma placenta, pero cada uno nos desarrollamos en sacos distintos. Mismas huellas dactilares, mismo grupo sanguíneo y rasgos físicos parecidos, pero no idénticos.

Kayla había reconocido parecidos razonables entre los tres. Pero, al mismo tiempo, tenían estilos, facciones y personalidades muy distintas.

—Nos criamos con mi padre, Eriko Lowell. Pero un día, el equipo de Dan y los suyos nos

hicieron una encerrona. Mataron a nuestro padre ante nuestros ojos —el recuerdo aún le dolía—. Nos sacaron de Irati con apenas seis años, y nos llevaron a su Fábrica...

—¿La Fábrica?

—Es su centro de operaciones. Allí hacen todo tipo de experimentos genéticos con nosotros.

—Dios mío... Antes me has preguntado si yo sabía el punto exacto donde estaba la nueva.

—Sí.

—Pero no tengo ni idea. No lo sé —se empezó a poner nerviosa.

—Te creo —dijo para tranquilizarla—. Nos secuestraron, nos metieron allí, sin ver la luz del sol ni salir al exterior, hasta los dieciséis. Nos mantuvieron presos, torturándonos y haciéndonos todo tipo de pruebas humillantes, día tras día...

—¿Quiénes? ¿Dan y Ari?

—Dan y Ari y todo el equipo que ellos tenían a su cargo.

Kayla se hacía cruces de todo. ¿Con seis años se los llevaron y durante una década los maltrataron? Era tanto tiempo... y habían sido tan pequeños... Se estremeció de solo pensarlo, y eso que no sabía qué era lo que les habían hecho en realidad.

—¿Cuántos años tenía mi hermana entonces la primera vez que trató con vosotros?

—Cuando conocimos a Ari, con seis años, ella tenía dieciocho. Lo sabemos porque el regalo de su dieciocho cumpleaños por parte del doctor Dan fue que nos cortase tantas veces como quisiera para ver cómo cicatrizábamos.

—No quiero oír esto... —Kayla se cubrió los oídos con las manos y cerró los ojos fuertemente. Era muy gráfica y hacía imágenes visuales rápidamente. Imaginarse a un niño rubio como él, de pequeño, en manos de Ari y un bisturí, la estaba trastornando.

—Debes saber la verdad. Ari es la mayor hija de perra que hemos conocido.

—No te lo rebato, en absoluto. Pero... pero eso es... ella era muy joven. Una chica tan joven, con dieciocho, y que no mostrase ningún tipo de compasión con niños... —Kayla tenía las pupilas dilatadas de lo impactada que estaba—. Por el amor de Dios... Si erais muy pequeños... ¿a ella no le importó... ?

—No pienses en ellos como humanos buenos y nobles. No lo son. Tu hermana fue una sádica salvaje sin escrúpulos con nosotros durante diez años. No le importaba rajarnos de arriba abajo con seis años, ni hacernos daño, ni envenenarnos... No le importaba nada. Disfrutaba, Kayla —la miró con intensidad—. Y tu padre también. Por eso no puedo comprender que, compartiendo esa misma sangre, no tengas nada que ver con ellos.

—No —alzó la barbilla encarándose con él—. Mi madre siempre me... —se frotó las rodillas, con inseguridad, sin saber muy bien qué decir—, siempre me mantuvo al margen de ellos, siempre guardó distancias de seguridad... Ella dejó a mi padre por sus infidelidades...

—¿Tu madre sabía a lo que se dedicaban en La Fábrica?

Kayla dijo que no con la cabeza, pero tampoco estaba convencida. ¿Su madre sabía? No tenía ni idea.

—Lo desconozco. Ella jamás me habló de nada. Sé que se enamoró de él porque le fascinaba su cabeza y su inteligencia. Él era mucho mayor que ella... pero —cerró los ojos y apoyó la frente en sus rodillas—. Ya no sé nada.

—Como sea... —Cuando comprobó que Kayla estaba demasiado impresionada para buscar respuestas a la vida de su madre y de ella, decidió continuar—: Al final, nuestro cuerpo empezó a encontrar resistencia a todo lo que nos inoculaban y nos metían. Cuando nos dimos cuenta de que, cuanto más mayores nos hacíamos, más fuertes y resistentes éramos, decidimos que

usaríamos eso en su contra. Una noche de luna llena, en la luna del Lobo, escapamos de la Fábrica haciendo creer a Ari y al equipo que estábamos sometidos por la droga. Les gustaba ver los efectos que el astro de la noche provoca en nosotros y en nuestra transformación y creyeron que las cantidades de inhibidor para mantenernos a raya eran las adecuadas, porque eso les habíamos hecho creer durante semanas. Nos colocaban en una sala tipo túnel en la que, a varios metros por encima de nuestra cabeza, había un agujero cubierto con una rejilla gruesa de metal, a través de la cual podíamos ver la luna de lleno. Y esa luna es especial para los lobos, ¿sabes? Es nuestra luna. Nos da más... fuerza.

Ella tragó saliva, hipnotizada por la cadencia de la voz de Hunter al narrar su historia. Se lo imaginó aullando a la luna y todo su cuerpo se estremeció.

—Así que, cuando tuvimos la oportunidad, y al dejarnos solos en las camillas, entubados y supuestamente controlados, nos liberamos de las correas que nos sujetaban, nos arrancamos todo lo que teníamos en nuestro cuerpo, y reptamos hasta arrancar la cubierta y salimos al exterior. Estábamos a punto de cumplir quince años cuando huimos. Créeme que intentaron detenernos, pero nos habíamos inmunizado a todas sus armas y tomamos a todos por sorpresa. Nos arrancamos los localizadores subcutáneos que nos habían insertado en los antebrazos, y corrimos sin mirar atrás, con la esperanza de no volver a verles las caras a esos hijos de puta... Escapamos con éxito.

Ella suspiró aliviada pero seriamente afectada por su pesadilla. Dan y Ari eran terribles seres humanos.

—¿Y qué hicisteis después?

—Caminamos y corrimos durante semanas, hasta llegar al sur de Francia donde pudimos labrar nuestra propia vida. Al principio, buscamos refugio en casas de acogida, porque no teníamos nada en absoluto, y todas las propiedades que había tenido nuestra familia estaban monitorizadas por La Fábrica, y no podíamos aparecer por allí porque las vigilaban. Por suerte, en este mundo también hay gente buena y desinteresada, y el viejo Jonan y su mujer Joana nos dieron asilo, a cambio de que les ayudásemos a sacar adelante su granja. Ellos ya eran mayores y no podían pagar mano de obra, así que nos ofrecían techo y comida a cambio de hacerles las labores. Y allí empezamos de cero. O, al menos, lo intentamos.

Kayla los podía entender. Cuando las cicatrices estaban tan marcadas y tan interiorizadas, ¿cómo se podía ser indiferente a ellas?

—No pudisteis.

—Claro que no. Decidimos que debíamos ir a por ellos por lo que hicieron con nosotros, por lo que harían con los que eran como nosotros y por lo que tenían pensado hacer a otros para convertirlos en lo que nosotros éramos. Pero no podíamos ir a pelo. Todavía éramos muy jóvenes. Sabíamos de dolor y de agonía. Pero no de cómo enfrentarnos a organizaciones criminales en el campo de la ciencia como ellos, protegidos por altos estamentos, sin ser descubiertos ni que saliese nuestra existencia a la luz de la opinión pública. Debíamos prepararnos mejor para enfrentarnos a nuestros cazadores.

—Pero ¿si venís de un linaje antiguo no os enseñaron a luchar contra ellos?

—Los lupercos no queremos estar en guerra con nadie. Mi padre era muy pacifista, y un gran sanador. Él nos enseñó a pasar desapercibidos, a vivir en paz, y también a huir de esos conflictos con los cazadores, porque ellos son muchos, pero nosotros somos más bien pocos. Pero después de escapar de La Fábrica y de dejar de sufrir en sus manos, el tiempo nos hizo más fuertes y nos dio más perspectiva. No podíamos escondernos más. Por esa razón decidimos vivir con Joana y

Jonan, formarnos, ahorrar y reconstruirmos, no como los salvajes y las bestias que nos hicieron creer que éramos, sino como seres normales y civiles de pleno derecho, con nuestra propia tapadera y nuestros propios métodos para ir a por ellos. Ahora estamos a la par. Ellos no lo saben, pero los cazadores están a punto de ser cazados.

—¿Y por qué estáis en Atlas? ¿Qué hizo que vinieseis aquí? —Kayla buscó calor en la almohada de nuevo y se abrazó fuertemente con ella. ¿Por qué se sentía tan rara? El cuerpo le estaba ardiendo. Posiblemente le había dado fiebre por el estrés. ¿Eso podía pasar?

Hunter miró las fotografías de las lesiones de Jenni y Susana como respuesta.

—Como te he dicho, hemos estado siguiendo los pasos de Dan y la Fábrica. Después de nuestra huida, ellos cambiaron la Fábrica de ubicación, y desaparecieron. Hicimos un barrido queriendo encontrar su centralita, pero se esconden muy bien. Hace unos quince meses saltó una noticia en Vernia. Unos excursionistas aparecieron muertos con unos desgarros por todo el cuerpo que los medios atribuyeron a osos. El caso...

—Lo conozco —contestó Kayla. Claro que lo conocía. Había salido en los medios durante días.

—Nosotros sabemos el tipo de heridas que pueden provocar nuestras garras. Porque nosotros mismos las sufrimos en La Fábrica. Tu hermanita sabía que nuestras uñas eran de las pocas armas que podían rasgar nuestra piel profundamente. Y cuando lo descubrió, se convirtió en su juego favorito. Nos extraía la uñas y hacía pequeños puñales con ellas. Se convirtió en su mejor herramienta, en su mejor bisturí para abrirnos.

—Señor... —Kayla se pasó las manos por la cara—. Es demasiada información, me va a estallar la cabeza...

—Reconocimos esas incisiones —continuó Hunter acercándose de nuevo a ella para sentarse en el colchón—. Así que fuimos a Vernia a ver qué había sucedido. Está a medio camino entre Terracota y Atlas. Hay unas cuatro horas en coche de distancia entre uno y otro. El mismo día del ataque a los excursionistas, hubo un descarrilamiento de un camión, en los cerros. Las carreteras de las montañas altas son muy estrechas y curvas y es difícil maniobrar por ellas. Mis hermanos y yo estuvimos indagando en la matrícula del camión. Resultó ser de una agencia privada de transporte que trabajaba para una de las empresas del doctorcito y su hija satánica. Iba dirección Terracota según el itinerario de la agencia.

—¿Cómo supisteis todo eso? Soy detective privada —lo miró esperando respuestas— y sé cuánto cuesta revelar ese tipo de información.

—No nos la facilitó ni la policía ni los medios —aseguró Hunter—. De hecho, ellos habían cerrado el caso y no relacionaron un hecho con el otro.

—¿Y vosotros sí?

—Como te he dicho, tenemos nuestros propios medios y hemos... evolucionado, como los cazadores. La agencia de transportes era una S.L. Seguimos los impuestos y eso nos llevó a GENQ, una de las marcas farmacéuticas de tu padre. El interior del tráiler transportaba quimeras y hacía el recorrido saliendo de Terracota. Nadie enlazó el accidente del tráiler con la muerte de los excursionistas.

—¿Por qué iba a estar enlazado?

Hunter sonrió comprensivo.

—Porque lo que te atacó ayer por la noche en el Mirador, es lo mismo que transportaba ese camión. Los años que estuvo tu padre experimentando con nosotros, le han servido para intentar jugar a ser Dios y crear la abominación de los quimeras. Hombres, soldados —especificó—, que

se están intentando vender como armas letales para el Gobierno. Pero hay que adiestrarlos y hay que tutelarlos. Como te dije, el doctor ha mejorado sus juguetes, y ahora implantan un circuito en la base del cerebelo para controlar a los soldados. Los quimeras tienen parte genética nuestra, pero no son como nosotros, no tienen autocontrol. Eso te lo aseguro. El doctor Dan ha creado a auténticos monstruos que no se pueden saciar con nada. Les encanta matar y torturar. Les da igual lo que se les ponga delante. Ancianos, niños, mujeres... todo lo aniquilan con violencia. Los excursionistas asesinados se encontraron con un grupo de quimeras, que habían aprovechado el accidente para liberarse. Así fue cómo supimos que Dan y Ari estaban cerca y que su casa y su nueva Fábrica debían estar en algún punto de ese trayecto. Finalmente la encontramos en...

—Terracota, en los Pirineos —sentenció Kayla entendiéndolo todo—. Y fuisteis a por ellos.

—Sí. En su equipo de seguridad tenían quimeras y militares, y aunque matamos a todos y destruimos e hicimos arder su casa y sus laboratorios industriales de La Fábrica, los cuerpos calcinados que declararon encontrar sabemos que no eran los de ellos. De ahí que entendamos que no están muertos.

Kayla no sabía cómo tomarse eso. Que ellos vivieran o muriesen nunca le había importado demasiado. Pero, ahora, sabiendo lo que eran y lo que hacían, la dejaba intranquila pensar que pudieran estar vivos.

—Ha pasado un año después de nuestro ataque a Terracota —explicó Hunter—. Ellos también están asustados porque saben que les perseguimos y que aquel día en Terracota escaparon por los pelos. Llevaban meses ausentes. No sabíamos cómo seguirles el rastro ni sabíamos cómo encontrarlos porque, cuando desaparecen, es como si se les tragase la tierra. Hasta que encontramos el modo de seguirle el rastro a la nueva Fábrica. Porque si encontrábamos su Fábrica podíamos encontrarlos a ellos también.

—¿Y cómo lo hicisteis?

—Asher se pasó meses buscando proyectos de obras especiales, jaqueando el Ministerio de Obras Públicas. Las Fábricas necesitan subterráneos en los que poder operar con los quimeras y poder realizar todo tipo de ensayos con los sujetos, sobre todo con unos tan fuertes como ellos. Necesitan instalaciones aisladas, bajo tierra y muy resistentes. Se trata de obras con formas muy concretas y cuyo tiempo de ejecución fuese muy acelerado, porque el doctor Dan no puede estar mucho tiempo sin jugar a los médicos. Hace dos semanas, Yael encontró por fin la aprobación de un proyecto que cuadraba a la perfección con las formas y la tendencia de La Fábrica. Pero no se trataba de una construcción industrial como tal. Se trataba de hacer una Fábrica mimetizada y oculta en las entrañas de una base militar. Y esa base militar era la de Atlas. Por eso estamos aquí, vigilando los movimientos que se llevan a cabo en la base. Esto, lo que les hicieron a tus amigas —removió los informes médicos—, solo confirma nuestras sospechas e indica que estamos en el lugar adecuado. Experimentan con todo, Kayla. Y usan a niños y mujeres como cobayas.

—¿Cómo sabéis eso? ¿Cómo se puede demostrar? —inquirió asustada—. ¿De dónde sacan a esos niños y a esas mujeres? ¿Es que no los denuncian?

Hunter guardó silencio unos segundos. No hacía falta que supiera nada más. Kayla era investigadora privada y era mejor no darle más alimento a su curiosidad y su sentido de la justicia.

—También supimos que Dan tenía una casa de verano por aquí, y que la tuvo durante años, hasta que la vendió.

Ella no lo negó.

—Sí, así es. Era la casa en la que yo veraneé. Gracias a eso me hice amiga de Jenny y Susana, las chicas del aserradero.

Hunter asintió, convencido de creerla por fin.

—Ahora ya sabes la verdad. Sus atrocidades son cada vez peores. Están sirviendo mujeres a los quimeras, porque saben que necesitan... que esos seres necesitan descargar para bajar su ansiedad y trabajar mejor con ellos.

—¿Sirviendo? ¿Descargar? ¡Las están entregando para que las violen o las maten! ¡Una mujer puede morir perfectamente con estas lesiones! —Kayla agarró la hoja de las heridas internas de Jenni y la lanzó al suelo con rabia—. ¡Esos hijos de puta son bestias! ¡Su crueldad no tiene parangón!

—No son humanos. No son racionales —explicó con calma—. Por eso el equipo de Dan tiene que controlarlos con los circuitos mentales, con los chips. Pero, si los circuitos no funcionan, como es el caso del soldado que te atacó, no hay nada que hacer ni nada que dialogar. Son asesinos. Engendros derivados de una naturaleza original como la nuestra. Ni Dan ni Ari ni nadie saben bien lo que han hecho. Pero puede ser el fin de muchas cosas.

—Esto no puede quedar silenciado. Es un paradigma de la evolución, es...

—Kayla —Hunter la calló de golpe, levantándose repentinamente—. Te he contado la verdad, ahora cumple tú tu parte. Quiero que cojas tus cosas y te vayas. Hemos traído tu coche hasta aquí, y tus maletas. Debes irte y alejarte de todo lo que tenga que ver con tu padre y con tu hermana, como has hecho hasta ahora. Aquí no tienes nada que hacer. Esto te viene muy grande como civil.

—Mis amigas necesitan justicia —contestó indignada.

—Olvídate de la justicia. Está comprada, Kayla. Todo está comprado en Atlas. Es la capital de un país independiente en el que nadie mete las narices. Es como una Suiza. Y estoy convencido de que muchos otros Gobiernos afines saben de lo que se hace aquí. Es pura mafia. Si contactas con alguien y hablas de esta historia, probablemente llegue a los oídos inadecuados, y vengan a por ti y te silencien de verdad. O, ¿quién sabe si viene tu papaíto a preguntarte por qué has desaparecido durante tantos años?

—Eso no va a pasar.

—Mejor. Cuanto más lejos estés de ese demonio, mejor será para ti.

—Pero...

—He dicho que no hay más que hablar.

—No soy un militar que deba obedecerte. ¿Qué pasa si no lo hago? ¿Me obligarás a irme? —le increpó rabiosa—. ¿Me matarás?

Hunter recogió la hoja del suelo y la dejó encima de la cama con una calma demasiado amenazante. Apoyó las manos en el colchón y se cernió sobre Kayla, que se quedó entre él y la pared, acorralada.

—Te he dicho que no somos quimeras —le recordó Hunter con el ceño fruncido—. Pero también te digo que nada ni nadie va a estar por encima de nuestro objetivo, por mucha razón que puedas tener. Nuestra misión de vida es esta. Así que espero que no vuelvas a meterte en nuestro camino y que te vayas. Pareces lista, Kayla —deslizó sus ojos plateados por todo su cuerpo y se quedaron más segundos de la cuenta en la mano que unía las solapas del albornoz, a la altura del pecho. Hunter se sentía muy encerrado con esa mujer, solo, en una habitación minúscula, y lo que se le pasaba por la cabeza era cada vez más explícito. Quería mordisquearle las tetas hasta inflamárselas, tanto como ella se lo permitiese o lo aguantase. Estresado, arrugó la

colcha entre sus dedos, hasta formar puños y se apartó de ella rápidamente—. Prepárate. En media hora te vas a ir de aquí. La advertencia es clara —recordó dándole la espalda mientras abría la puerta de la habitación—: No menciones nada a nadie y no te involucres, y es posible que sobrevivas. Pero si te conviertes en un problema... ellos no tendrán la compasión que he tenido contigo. Sé que irán a por ti, por eso debes irte lo más lejos posible. —Kayla no tenía ni idea, pero desprendía un aroma excesivamente sensual y anormal en un humano. No tenía ningún sentido para ellos, excepto, si alguna vez tuvo contacto con el doctor Aro. Y lo tuvo, dado que era su hija. Allí había gato encerrado.

La cercanía de Hunter, su modo de observarla, provocó que se le erizase la piel. Le temía, pero además del temor, convivía otra emoción en ella: expectativa y ansiedad se trenzaban en un nudo indivisible. Él la ponía muy nerviosa.

No lo quería cerca pero, cuando se acercaba, de un modo casi esquizofrénico, se calmaba, como si toda ella fuese una contradicción. Y, al mismo tiempo, quería que se alejase porque le daba pavor pensar que ese hombre volviera a morderla como lo hizo. Sin saber muy bien por qué, superada por las emociones, a Kayla se le llenaron los ojos de lágrimas y se quedó en silencio.

En otro momento habría podido soltar cualquier cosa por la boca... pero los ojos plateados de Hunter la tenían inmóvil y dominada. Sí, esa era la palabra. Dominada por completo. Solo con su actitud y su pose la estaba marcando.

—¿Y ya está? —insistió Kayla—... ¿Tengo que decirles a esas dos chicas que no las puedo ayudar? ¿Que me voy?

—Lo que tienes que decirles a tus amigas es que agradezcan haber sobrevivido, y que no se metan con el ejército o saldrán perdiendo.

—Me dedico a esto. Yo no hago las cosas así. Y vosotros no me podéis obligar a...

—Claro que podemos obligarte, joder —Él le mostró los colmillos a propósito y también cambió el color de sus ojos al amarillo. A ella se le cortó la respiración—. Es tu vida la que está en juego también. No lo pongas más difícil.

Alguien golpeó la puerta dos veces con los nudillos. Hunter la abrió y apareció Yael con un lápiz plateado en la mano que le recordaba a Kayla a los dispositivos de la diabetes.

—He traído el dispensador. ¿Quieres que se lo ponga o se lo pones tú? —El moreno sonrió maliciosamente a su hermano. Este se lo quitó de las manos y cerró la puerta.

—¿Qué es eso? —quiso saber Kayla—. No des un paso más con eso —le advirtió señalándolo.

—No voy a hacerte daño. Considéralo como una vacuna contra mi... mordisquito.

—¿Te atreves a bromear? ¿Es que todo esto es un juego para ti? —le reprochó indignada.

—Mi mordisco puede hacer que te sientas incómoda, dolorida e inflamada. Este dispensador lo ideó Yael...

—Yael debe ser el más listo de la clase, ¿eh? Siempre hay un cliché entre hermanos —lo aguijoneó ella—. Yael es el listo, el del pelo afeitado es el guapo y tú debes ser el tonto. Te he dicho que no te acerques.

—¿Quién crees que eres para darme órdenes? ¡Esto lo estoy haciendo por ti, tonta!

—¡No me insultes! ¡¿Por qué tengo que fiarme de ti?!

—Porque no tienes otra opción. No juegues con mi paciencia —la agarró del brazo y tironeó de ella hasta ponerle la punta del lápiz metálico en la parte trasera superior—. Ni siquiera vas a notar que la llevas. Es parecido a la bomba de insulina.

—¡*Ouch!* —Kayla sintió el pinchazo, pero fue menos de lo esperado.

—Es diminuto. Muy pequeño —le aclaró—. No notarás que lo llevas puesto. Te irá inoculando medicación para que te sientas bien y el mordisco no te moleste tanto.

—¿Y cuando se me acabe qué?

—No lo necesitarás... más —O eso esperaba Hunter y sus hermanos. Que con eso bastase para remitir la sustancia del luperco en su torrente sanguíneo.

Kayla y él estaban demasiado cerca. La cara de esa chica era tan hermosa que Hunter se ponía nervioso solo con su proximidad. La gastaría de mirarla, y aquello era demasiado peligroso.

Ella lo estudió atentamente, sin tenerle miedo por primera vez, y se humedeció los labios.

—Nada de esto debería haber pasado —murmuró ella—. Vosotros no deberíais existir. Y los cazadores tampoco.

—Ya estás. —El pelo rubio de Hunter cubrió su rostro y se levantó como si lo hubieran azotado—. En el mundo hay de todo, nena. Bueno y malo. Y va bien que las chicas como tú os deis cuenta de ello.

—¿Ah, sí? ¿Debía aprender que me podían tocar y morder un pecho cuándo y cómo les diera la gana a los lupercos?

—Puede —Hunter se encogió de hombros, irritado con ella y consigo mismo y se dispuso a salir de la habitación.

Kayla tenía ganas de lanzarle algo a la cabeza, pero se contuvo, porque, entre otras cosas, nada de lo que hubiera allí le servía. Así que hizo acopio de paciencia y finalmente dijo:

—Hunter.

Él se detuvo en seco y ni siquiera la miró. Kayla fijó sus ojos en su ancha espalda musculosa a través de la camiseta negra y tragó saliva antes de hacerle la siguiente pregunta.

—Me has mordido —le recordó agraviada—. ¿Las leyendas son ciertas sobre el mordisco de los lobos?

Él dibujó una sonrisa sexi pero demasiado fría en sus labios.

—Tranquila, no te vas a convertir en uno, si eso es lo que te preocupa.

—Pero ¿me va a pasar algo? ¿Debo preocuparme?

Él rechinó los dientes, tenso por la pregunta y por la respuesta que iba a darle.

—No te pasará nada que no tenga solución.

—¿Solución? —La voz de Kayla sonó rabiosa e incrédula—. ¿Qué tipo de respuesta es esa?

—La única que te puedo dar —replicó secamente—. Ahora, prepárate. En media hora saldrás de aquí.

Hunter cerró la puerta suavemente, tal y como le había hablado, con esa tensa suavidad que presagiaba tormentas, y Kayla, que era sensible e intuitiva la había percibido demasiado bien.

Se abrió la bata un poco, para mirarse el pecho y fijarse en la marca del mordisco y las incisiones que Hunter le había dejado en su piel.

Ese hijo de perra le había hecho algo. Ella lo sabía. No se sentía igual que antes, y esa sensación no tenía nada que ver con el estrés y el trauma de haber sido secuestrada.

Se pasó la yema de los dedos por los agujeritos de los colmillos y percibió la piel hinchada y ardiendo, y toda ella se estremeció.

Cualquiera en su situación se iría. Era evidente y normal.

Pero Kayla no pensaba hacerlo, porque allí pasaba algo demasiado gordo, y porque toda esa historia era aterradoramente fascinante. Se estaba hablando de leyendas que tomaban cuerpo real,

de neoevolución e hibridación de genes de humanos y animales. Y había víctimas debido a ello. Víctimas que entre unos y otros intentaban ocultar, manipulando la verdad.

¿Cómo podía ayudar a sus amigas y a las futuras chicas que pudieran ser víctimas de esa base militar y de sus bestias? ¿Qué debía hacer? No quería dar la espalda a todo aquello y, de alguna manera, sentía que los Lowell ya no querían hacerle daño, de lo contrario, no la liberarían. Al menos, tenían escrúpulos.

Entonces, se prometió a sí misma que pasase lo que pasase, aquello no iba a quedar así. Debería ser inteligente y comprender que había cosas a las que una debía temer y mantenerse muy alejada de ellas.

Pero se sentía con la responsabilidad de hacerse cargo de la situación y de investigarla y denunciarla como fuera.

Ella tenía sangre Aro, pero para nada era como Ari y el doctor. Ni hablar.

Y quería demostrárselo no solo a ellos, sino también a sí misma.

Capítulo 5

El aroma de esa mujer era una completa locura, una trampa mortal para él. Le ponía los nervios de punta y hacía que sudase. Él, que siempre había mantenido una fría calma para todo, ocultaba como podía a sus hermanos los temblores internos que la cercanía de Kayla le suscitaban. Hunter ya ni se cuestionaba por qué lo afectaba tanto, pero así era. Sus hermanos no eran estúpidos y pronto se darían cuenta, dado que la esencia de Kayla también los atraía a ellos, pero ni mucho menos como a él.

Eran lupercos y todos sabían lo que implicaba que una hembra los cautivase de ese modo.

Y aquella era la peor noticia de todas para Hunter.

Estaba encerrado en su coche, con ella. Él mismo conducía su Countryman. Le había tapado los ojos con una cinta para que no viera nada del lugar en el que ellos vivían, porque no la querían cerca ni que tuviera oportunidad alguna de encontrarles.

Miró a Kayla de soslayo mientras conducía por la carretera, incluso la estaba llevando por otro camino menos conocido, para que ni siquiera se fijase en las curvas ni tuviera en cuenta el trayecto.

Era evidente que esa mujer era inteligente, y tenía una cara que lo ponía del revés y hacía que quisiera aullar a la maldita luna.

Él no tenía tiempo para esas cosas y menos si tenía algún tipo de vínculo con los Aro. Pero era un factor que podía usar en su contra en cualquier momento. No podía ser que a un hombre como Dan Aro no le hubiese importado que se hubiesen llevado a su hija. No tenía ningún sentido.

Se acomodó en el asiento, incómodo por la inflamación de su entrepierna. Maldijo para sí mismo. Total, estaba así desde que la empezó a oler en Atlas. Pero cuando la vio, el efecto fue mil veces peor. Como un puñetazo en pleno estómago que lo dejó sin respiración. El destino se burlaba de él. Siempre había tenido curiosidad por lo que sentían los Alfas cuando encontraban a su compañera. Su padre siempre les dijo que, cuando la vieran, lo sabrían. Era una verdad inquebrantable para ellos descubrir a la mujer que iba a saber calmar, descubrir y cuidar todas las sombras que convivían en su naturaleza. Eran unas valientes, hembras sin igual.

Apretó con fuerza el volante hasta que los nudillos palidecieron por la falta de riego.

Era una maldición. Kayla se sentaba a su lado como una señorita, una reina altiva y sofisticada. Con aquel perfil y aquella naricilla graciosa parecía una niña, pero que le cayera un rayo en ese momento si lo era.

No. No había nada infantil en ella. Era elegante, tenía un cuerpo demasiado magnético para él, y cualquier ropa que se pusiese, como ese sencillo pantalón de chándal bajo de cintura, y una sudadera corta con capucha a conjunto, la convertían en una tentación. Se le había corrido todo el maquillaje de tantas veces como había llorado y cuando salió de la habitación con la cara lavada

y el pelo recogido de ese modo, se le cayeron los huevos al suelo, porque no había visto a ninguna mujer más bonita que ella, al natural. Hunter le cubrió los ojos inmediatamente con la cinta negra. Tenía que cubrírselos porque, cada vez que lo miraba, a él se le ponía dura, y era muy humillante.

Sus hermanos no dejaban de comentar cosas por lo bajini y estaba convencido de que se burlaban de él, porque lo notaban incómodo e inseguro como nunca.

Y tenían razón.

El trayecto en coche estaba siendo un martirio. Quería dejarla y que se fuera bien lejos con el coche y que nunca volviese. O, al menos, que le diera una tregua, porque tenía que pensar y meditar sobre lo que le estaba pasando.

Ella sorbió por la nariz, y aquel ruidito comprimió el corazón de Hunter. Le miró las muñecas heridas por las ataduras y pensó inmediatamente en su mordisco, que jamás se le borraría del pecho. Lamentó haberle hecho daño y haberla asustado tanto. Pero solo lo lamentaba porque era inocente. Les había hecho creer que lo era. De lo contrario, la habrían destruido, porque la compasión era una debilidad en la guerra contra los Aro.

Hunter carraspeó y miró al frente. «No pienses más en ello, Hunter», se decía. «Un poco más y ya no la tendrás cerca».

—En nada te soltaré y podrás irte. Tengo que llevarte así porque...

—No soy tonta. Ya sé que no queréis que recuerde nada del camino que lleve hasta vuestra central de operaciones. Sé cómo se procede en estos casos de secuestro y liberación.

«¿Central de operaciones? ¿Secuestro?», pensó Hunter con una sonrisa. Claro que lo sabía. Esa chica se dedicaba a la investigación privada, como un chiste de la vida.

—¿Y cómo lo sabes si nunca has estado en uno?

—¿Y tú qué sabes?

—Ha sido un secuestro corto —convino intentando ignorar su olor, y fracasando de nuevo—. Has tenido la mala suerte de ser hija de quien eres. Por eso te ha pasado esto.

—Iros a la mierda los tres —contestó Kayla torciendo la cabeza hacia él, aunque no lo veía—. La historia que me has contado, por fascinante que sea, no borra el hecho de que me has hecho mucho daño. Me has agredido. Tú y tus hermanos me habéis hecho creer que me ibais a violar y a hacer daño físicamente —Se acongojó, por la rabia y la indefensión que había sentido en manos de los tres—. Y... no... no sabes cuánto me duele el pecho, joder... —gruñó agachando la cabeza para echarse a llorar desconsoladamente—. Es... insoportable. ¿Me has provocado una infección? Me arde mucho —se arrugó la sudadera a la altura del seno y apretó los dientes.

Hunter palideció y le picaron las encías. Se le estaban afilando los colmillos. Sabía por qué le dolía el pecho. Y sabía lo que le iba a suceder a partir de ese mismo día. Él había sido el responsable. Y los escrúpulos no asomaban por ninguna parte. Si esa chica estaba marcada por él, lo estaba y ya no había vuelta atrás. No se había encontrado ningún antídoto que revocara un mordisco posesivo por completo. Solo atenuantes y calmantes que ayudaban a inhibir las hormonas de las mujeres afectadas, y había sido Yael quien tras años de estudios las creó.

—Te he dejado unas pastillas en la guantera de tu bonito coche. —Si las cosas se hubieran dado de otro modo, Hunter hubiese lanzado las pastillas y la bomba «antibiótica» que le habían puesto en el brazo a la basura y la habría calmado de otro modo, mucho más placentero para los dos, y también más anhelado. Pero ya no podía cambiar lo hecho.

—¿De mi bonito coche? —repitió. ¿Quién hablaba así?—. ¿Son antibióticos? ¿Más? ¿Como

el del brazo?

—Son... inhibidores.

Kayla procesó la información en silencio, con cara de pasmo.

—¿Inhibidores de qué?

—Del... del dolor y de la inflamación —Mintió porque no quería reconocerle la verdad. Y era muy diferente—... El mordisco provocará unas reacciones en tu cuerpo. Con el dispensador automático y las pastillas todo será controlable para ti.

—¿Se me pasará esta sensación? —se abrazó a sí misma y se encogió un poco—. Es muy desagradable.

—Con las pastillas sí.

Ella tomó aire por la nariz profundamente y se obligó a serenarse. Pero no estaba convencida con su explicación. Se veía a leguas que mentía.

—Solo quiero que sepas una cosa. Si el mordisco me afecta y me acaba transformando, voy a ir a por vosotros y os voy a degollar. Si me has infectado, sea del modo que sea, te mataré, Hunter.

Hunter sonrió e hizo noes con la cabeza, impresionado con su visceralidad.

—No somos los malos —Ella resopló sin darle un voto de confianza—. Si te transformaras, Kayla Mihura, podrías unirse a nosotros y acabar tú misma con los Aro. Librarías al mundo de auténticos indeseables.

—Si me transformase, yo misma acabaría con mi vida. Sería injusto tener tanto poder sobre el resto. Y no querría una vida de salvajismo y violencia como la vuestra.

Aquello fue un insulto para Hunter, y le afectó más de la cuenta. Eran palabras demasiado crudas que no se alejaban mucho de lo que los Aro pensaban de los lupercos.

—¿Preferirías morir a ser como yo? —insistió Hunter con tono muy seco.

—No quiero vivir habiendo perdido mi humanidad. Es un derecho y una decisión.

—La humanidad no es un derecho ni una decisión. Es un privilegio, es una actitud frente a la vida y unos valores de los que cada vez menos gente goza. Como tu familia —le echó en cara—. Tienes una herencia familiar muy tóxica y, si parece que no tienes nada que ver con ellos, es porque te crio tu madre.

—Si te sirve de consuelo, después de todo lo que me has contado, no considero a los Aro humanos. Pero también creo que debo confirmar que esas informaciones son ciertas. Y tampoco os considero humanos a vosotros, porque si sois capaces de hacer tanto daño a alguien, por mucho que se lo merezca, entonces, es que podéis igualar su maldad.

Hunter frenó el coche de golpe. Ya habían llegado.

—Ten cuidado con el freno —le pidió ella.

—Es automático, no le pasa nada. Voy a salir de este coche, y espero no tener que verte más por aquí, Kayla.

—No tengo intención de quedarme cerca de vosotros ni un segundo más —aseguró ella con el mismo tono cortante que él.

—Agradece que supimos detenernos y que estés viva. Tienes una segunda oportunidad, no la malgastes.

—Si crees que después de esto os voy a dar las gracias por algo, es que estás loco y tienes un ego gigantesco. Me habéis arruinado la vida.

—Entonces, te sientes un poco como nosotros. Adiós, Kayla. No te quites la cinta hasta pasado un minuto. ¿Entendido? —Ella asintió, sin más—. Y haz el favor de no meterte en más

líos.

Hunter cerró la puerta del piloto con fuerza y arrancó a correr a una velocidad que ningún humano sería capaz de advertir.

Dejándola sola y desamparada en medio de ninguna parte.

Ella se quedó en silencio en el coche, respirando agitadamente, respetando el minuto que Hunter le había pedido, contando los segundos mentalmente. Y, cuando llegó a sesenta, se sacó la cinta de los ojos con manos temblorosas y miró alrededor.

Era por la mañana. Buscó su bolso y lo encontró entre sus piernas. Lo abrió y sacó su teléfono móvil. Todo estaba ahí. No le habían quitado nada. Hunter le había dicho que su maleta estaba en el maletero, y se lo creía, pero no le apetecía salir del coche para comprobarlo. Miró la pantalla del teléfono y vio la hora y la fecha. Había pasado casi un día y medio apresada por esos hombres.

Eran las ocho de la mañana y la cabeza de Kayla era un hervidero de ideas y decisiones por tomar. Tenía la boca seca, le dolía el pecho, sentía calor y una extraña sensación en el vientre.

Debería irse de allí corriendo.

Eso era lo que una mujer sensata haría. Habían estado a punto de matarla, y la habían agredido, aunque, finalmente, la liberasen.

Sin embargo, Kayla, lejos de mostrar sensatez, lo que tenía era ganas de clamar por justicia y saber más, mucho más sobre lo que significaba La Fábrica, sobre los lupercos, sobre los asesinatos y los abusos... Hunter no podía abrirle la puerta a ese mundo tan oscuro y fascinante, donde se cometían tantas injusticias con la facilidad con la que se creaban las leyendas, y después cerrarle la entrada de un portazo. ¡Zas! ¡En las narices!

Las cosas no iban a ser como él quería. No funcionaban como los Lowell pretendían, según sus leyes y sus valores.

Lo que ella sentía también contaba. Lo que Jenni y Susana habían sufrido a manos de los militares de la base, quimeras o no, también debía ser investigado y, el hecho de que ella tuviera que ir con un dispositivo en el brazo y tuviera que tomarse pastillas para la ansiedad y ese extraño dolor físico, no debía ser ignorado. Quería comprender lo que estaba pasando. Hombres, mujeres y niños se convertían en juguetes de los Aro en su Fábrica.

¿Qué locura era esa? ¿Nadie los reclamaba? ¿Nadie preguntaba por ellos? ¿Quién les daba justicia?

No. Eso no se iba a quedar así.

Kayla se pasó rápidamente al asiento del piloto y miró a través de las ventanas, por el tupido bosque de hayedos, esperando ver la estela del rubio Hunter. Pero no vio nada.

Y lo peor de todo era que, no verlo, le hizo sentir angustia.

Apoyó la frente en el coche y se obligó a serenarse. El corazón le iba a mil por hora. ¿Estaba sufriendo una crisis de ansiedad? ¿Un ataque de pánico? ¿Ahora? ¿Cuando se suponía que estaba libre? «Pues claro, Kayla, los ataques de pánico no vienen cuando los esperas, aparecen cuando menos deberías sentirlos». Eso le habría dicho su madre, que había sido experta en biología neurocientífica y comportamiento.

Su madre ya no estaba, pero sus consejos y enseñanzas siempre resonarían en ella como si

estuviera muy viva y la pudiera oír allí mismo, a su ladito.

Y era lo único que le quedaba para mantenerse cuerda en ese instante de desesperación.

Abrió la guantera y tomó el frasco de pastillas transparentes que había dejado Hunter para ella. No eran pastillas. Eran unas putas gominolas de fresa en forma de corazón. ¿Qué mierda era eso? ¿Le estaban tomando el pelo? La etiqueta blanca en el bote había sido impresa y pegada de manera profesional, y ponía textualmente: «Dos al día. Una por la mañana y otra por la noche. No sobrepasar las tomas. Sin azúcar. Gluten Free».

—Hijos de perra... Se están pitorreando, encima.

Kayla gruñó, abrió el bote y se llevó una a la boca. Era una chuchería y sabía bien. Le recordó a las gominolas de vitaminas y demás que empezaban a venderse en farmacias y por internet. Así era mejor tomarlas.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el reposacabezas de piel del coche. No pensaba irse. No iba a dejar tiradas a Jenni ni a Susana. Y no pensaba quedarse de brazos cruzados mientras allí se jugaba a la Isla del doctor Moreau.

Encendió el teléfono de nuevo y puso el GPS para ubicarse.

La habían dejado a media hora de la ciudad de Atlas, a media hora también de la frontera del país vecino. Estaban demasiado confiados, creyendo que ella obedecería y que no regresaría a la ciudad. Pero nada más lejos de la realidad.

Había ido allí a resolver un caso, y le había salpicado otro en la cara, de lleno, de dimensiones gigantescas.

Pero Kayla era tenaz, constante y perspicaz y no iba a mirar hacia otro lado solo porque su vida estuviera en riesgo o porque tuviera miedo.

Si su padre y su media hermana estaban vivos, quería saberlo.

Si La Fábrica tenía base en la base militar, necesitaba confirmarlo.

Si los quimeras eran una realidad, se debía denunciar.

Su madre le enseñó a no ser indiferente jamás y enfrentarse a sus miedos. Por eso se dedicaba a lo que se dedicaba y era la investigadora más joven de su promoción.

Pero nada de lo que Kayla tenía entre manos se podría reclamar sin pruebas. Y las necesitaba, aunque eso también corroborase la existencia de los lupercos.

¿Hasta qué punto no se debía saber que la licantrópía era una realidad?

Sabía lo que debía hacer. Su mente se reordenaba con facilidad y focalizaba mucho en momentos de alto estrés.

Por eso encendió el coche y siguió el GPS en dirección a Atlas. Tenía todo el día para actuar y aclarar sus ideas. Su agenda de contactos externos serviría para mucho en momentos así y podía echar mano de ella para averiguar algunas cosas.

Lo lamentaba por los Lowell.

No. Mentira. No lo lamentaba en absoluto. No pensaba irse, aunque eso contradijese las indicaciones de Hunter.

Hunter estaba sentado en el porche de su casa del Monte, sorbiendo una taza de café, royendo parte de la pintura roja gastada de la cerámica y mirando al horizonte, hacia sus hectáreas de bosque que colindaban con su propiedad. Allí, en aquella casa rodeada de terrenos verdes de

robles, abedules y algún que otro musgo, convivían los Lowell, tras una tapadera absurda como adiestradores de perros.

Como alfas que eran los tres, los animales los olían y actuaban sumisos a su alrededor, porque sabían quiénes mandaban.

Pero Kayla, con su comportamiento aguerrido y osado, le había demostrado que era una inconsciente sin miedo. Nunca había conocido a una mujer así. Todo en ella lo había afectado para mal.

Había cometido el error de morderla con ganas de propagar su hormona afrodisíaca por todo su cuerpo, solo para torturarla. Y, al hacerlo, había descubierto que el espíritu de su lobo había aullado como si encontrase un maldito tesoro. Y no aguantaba esa sensación de anhelo. Porque le recordaba a las noches de desesperación en la que les habían obligado como adolescentes a desear, a depender, a salivar hambrientos por una hembra que pudiera ayudar a calmar su necesidad de desahogo.

Fue una agonía constante. Con la edad adulta se hicieron más fuertes y supieron contrarrestar todos aquellos afectos adversos en él, con independencia y liberación consentida. Se acostaban con mujeres solo para ponerse a prueba y descubrir si eran capaces de estar con una hembra sin hacerles daño, debido a su naturaleza. Y a unos les había ido mejor que a otros, pero los tres sabían detenerse cuando tocaba.

Estaban tullidos. Todos tenían sus taras, fruto de años de tortura y sumisión. Y luchaban contra sus pesadillas y el hambre sexual del lobo como podían.

Sin embargo, Hunter no se podía sacar los alucinantes ojos de Kayla de su cabeza. Era como si lo estuvieran mirando constantemente, con exigencias, y también con rabia. Y cómo lo ponía esa mirada... Lo excitaba, lo aguijoneaba y ponía a saltar toda su testosterona.

—Ella va a volver.

Yael apareció con otra taza de café tras él, y se sentó a su lado. Mientras, Asher, apareció por el bosque, con los perros, todos grandes y la mayoría pastores alemanes, corriendo tras él mientras les mostraba una pelota amarilla y se las lanzaba muy lejos, hasta desaparecer de nuevo.

—Contamos con ello —aseguró Hunter. Claro que sí. Ellos no la iban a dejar ir. Necesitaban que una Aro anduviera suelta por Atlas, solo para ver qué movimientos hacía y qué pasaba con su presencia—. ¿Están activos sus localizadores?

—Sí. Asher ha metido uno en su móvil y otro en su coche. Y otro diminuto en el dispositivo del brazo. La tenemos muy controlada. Solo tenemos que seguirla y ver a dónde va.

—Bien —pero no lo dijo nada tranquilo. Maldición, se sentía inquieto e histérico.

—¿Sigues creyendo que nos oculta algo? ¿Crees de verdad que la ha mandado el doctor Aro?

Hunter se encogió de hombros y dio un largo sorbo a su café largo y negro. Le gustaba intenso y colombiano.

—No estoy seguro. Sus movimientos y lo que pase a su alrededor nos aclararán las cosas.

—Ese olor, tío... —chasqueó con la lengua contra sus dientes—. No trae nada bueno. Se parece mucho a las feromonas con las que nos apestaban los cubículos en luna llena, solo para martirizarnos. Es demasiado llamativo.

—Lo sé. Todavía falta por aparecer un quimera del trailer que volcó. Ya vino uno a por ella. Este no tardará en encontrarla y anda suelto, por la cantidad de víctimas que ha habido en las montañas en estos últimos días. El olor de esa chica atrae a todos, como un puto imán, joder.

—Pero tú la has mordido...

—Ya sé que la he mordido —dijo afectado e iracundo.

—¿Y dices que estaba mal cuando la dejaste en el coche?

—Sí. Creo que la fiebre le estaba afectando demasiado. Por eso le dejé las pastillas.

—Eso no es normal, tampoco —aseguró Yael—. No tiene sentido. La fiebre debería poder contenerse y desaparecer poco a poco con el dispositivo supresor de hormonas del brazo. A una mujer normal eso le sería suficiente. Kayla no debería necesitar más hormonas exógenas para contrarrestar el efecto excitador de tu mordisco.

Los ojos plateados de Hunter se fijaron en un águila que volaba en círculos sobre la zona de su bosque.

Imaginársela estando mal por él, necesítándolo y humedeciéndose por su culpa, lo estaba enloqueciendo. Cualquier macho se acercaría a ella con sus poderosas hormonas. Le había mordido el pecho y lo que de verdad le apetecía era marcarla toda. Pero Kayla no se lo iba a poner nada fácil, no iba a entender nada, y cuando empezase a sentirse descontrolada por una fiebre que no se podía enfriar y descubriese que tenía que ver con él, porque lo acabaría descubriendo, haría que lo odiase todavía más.

—A no ser que... —susurró Yael.

—Ni lo menciones. No me jodas.

El hermano moreno hizo un mohín de burla.

—El *wolfsanker* puede aparecer de manera inconsciente. Y tú tenías muchas ganas de morder a esa mujer, solo para quebrantarla, como parte de su castigo por ser quien era. Menudo *Plot Twist* sería que ella fuera tu compañera —resopló.

Yael, como siempre, tenía una puntada que dar, el muy cabrón.

Hunter se levantó de los escalones del porche, como si pensarlo lo atribulara más que nada en el mundo, y entonces su hermano dejó ir una risotada y silbó impresionado por su reacción.

—¿Así que es por eso por lo que estás tan mal? ¿Qué sensaciones tienes? Solo por saberlo... no recuerdo mucho lo que decía *aita*, cuando nos hablaba del día que su *wolfsanker* reclamó a *aima*.

Hunter lanzó lo que le quedaba del café al suelo moteado de césped de su jardín trasero. Se le había quedado frío, como él.

—Jodido. Estoy jodido —dijo sin más—. Me escuecen las encías, me pica el cuerpo, me hormiguean las manos y llevo duro casi cuarenta y ocho horas, desde que la olí.

—Sí... —Yael asumió la situación de su hermano como muy difícil—. Huele a *wolfsanker* en toda regla.

Pero podría decirle más: ¿que cómo estaba? Tembloroso desde que la había dejado en medio del bosque de Bruños. Se sentía mal por él y también por ella. Tenía un vacío extraño en el pecho. Si era verdad, como parecía, que le había dado el *wolfsanker* a Kayla, la marca del lobo, entonces, es que su lobo la había reconocido antes que él mismo. Pero tampoco le parecía tan descabellado, viendo cómo lo había afectado la primera vez que la vio mirando a las estrellas en la terraza del *bungalow*.

El *wolfsanker* era un mordisco con connotaciones sexuales y posesivas distinto a cualquier otro mordisco que pudiera darse a una hembra. Era «el mordisco» previo a todo lo que podía venir después. Como una marca imborrable que dejaba claro a quién pertenecía y advertía a otros que no se le acercasen con intenciones románticas de ningún tipo. El problema era que eso, unido al olor de la fiebre que estaba experimentando Kayla, la convertía en alguien demasiado atrayente para cualquiera con genes lobunos, incluso hombres humanos con buenos receptores de testosterona.

Y eso era lo que más lo contrariaba.

Una humana no debía oler así. No tenía ningún sentido.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —insistió Yael—. Si Kayla es tu...

—Todavía es pronto para decirlo. Vamos a esperar a que las hormonas esteroideas la ayuden —explicó Hunter recogiendo el pelo en una coleta rubia, alta y corta—. Tal vez, solo le hacen un efecto más tardío que al resto. De todos modos, vamos a tenerla bien vigilada. Y quiero que Asher repase los vídeos del disco duro que robó de La Fábrica de Terracota y de la que nos escapamos tantos años atrás.

—¿Qué quieres que busque? —inquirió un interesado Yael.

—Que hurgues entre los vídeos de los experimentos privados del doctor Aro.

—¿Que busque el qué? ¿En qué estás pensando?

Hunter se dio la vuelta para mirar a su hermano, y contestó con expresión letal.

—Niñas. Niñas que tuvieran algún tipo de tratamiento con él. Quiero que busque a niñas parecidas a Kayla.

Yael miró el fondo de la taza de su café. No le gustó nada aquella sugerencia. Pero a Hunter no dejaba de rondarle por la cabeza que había trampa con Kayla y quería saber cuál era. Tenía sospechas de algo, pero necesitaba confirmación.

—¿Crees que Kayla pudo ser una de sus pacientes?

—No sé qué creer. Pero esa maldita chica huele como una loba, como una loba de todos los tipos, alfa, omega y beta, maldita sea —contestó más nervioso de la cuenta—. Por eso nos atrajo su esencia. Es un puto activador para los lobos. Y tenemos que tenerla controlada por si vienen a buscarla.

—Claro, prefieres llevártela tú, ¿no?

—Si tenemos algo que Dan Aro quiere, entonces jugamos con una carta a favor —convino Hunter meditabundo.

—Claro —dijo irónico—, porque no lo haces porque esa chica esté muy buena y tu lobo no quiera ni oír hablar de que alguien se le acerque.

Hunter se metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y contestó:

—Mejor lupercos conocidos, que monstruo por conocer.

Yael alzó la copa de café y brindó por eso. Su hermano, el alfa más dominante de los tres, se acababa de dar de bruces con el estigma de la compañera.

Y era una mala noticia descubrirla en medio de su misión de venganza.

Los tres Lowell siempre habían sabido a lo que enfrentarse.

Pero que uno de ellos estuviera a punto de entrar en el ciclo de fiebre, que era urgente y doloroso para la mujer si no se confirmaba la marca del lobo y se hacía una imprimación como era debido, los ubicaba ante terrenos inexplorados y pantanosos.

Y lo peor era que Kayla, siendo quien era, no podía estar tanto tiempo expuesta sin Hunter cerca, porque era él, como su lobo, quien absorbía todas sus feromonas para que nadie más las oliese.

Estaban permitiendo que esa joven tuviera una diana en su bonito trasero, solo porque la tenían controlada. Pero los lupercos eran posesivos, dominantes y protectores como hombres y como lobos.

Sabía que Hunter tenía miedo de confirmar que ella podía ser su compañera, por eso esperaba como agua de mayo que las hormonas esteroideas funcionasen y su fiebre desapareciese. Pero, si no lo hacía e iba en aumento, esa separación no podía durar demasiado tiempo porque, de lo

contrario, los expondría demasiado a los dos.

A Yael le gustaba la acción y el suspense y supo que debían estar más que preparados, porque venían días moviditos.

Capítulo 6

Kayla pensó que, antes de ponerse en marcha, debía informarse y documentarse sobre la existencia de hombres lobo, sobre cuándo y dónde se empezaron a avistar. Pero la historia que Hunter le había contado parecía tan remota que ni en Google salía nada sobre la posibilidad de que Luperca fuese, en realidad, un ser teriantrópico, o de que su leche amamantara a humanos y los convirtiese en personalidades poderosas... Era una locura. Una locura que Kayla, por lo que había visto con sus propios ojos y experimentado en sus propias carnes, se creía a pies juntillas.

Había vuelto a Atlas, se había hospedado en un hotel *boutique* del centro, en una *suite* ático que tenía vistas al centro y también a la montaña, y una vez allí, había abierto su iPad para abrir un nuevo caso de investigación en el que pudiera enlazar el caso de Jenni y Susana con la aparición de los Lowell... ¡Y vaya si podía vincularlo!

Ante sí, Kayla tenía un croquis de investigación en el que existía La Fábrica, la base militar, los quimeras, los Lowell, Luperca, sus dos amigas heridas y una chica desaparecida.

Si la base militar llevaba activa un tiempo, debía haber más denuncias de más chicas, más desapariciones, partes médicos... No podía ser todo aquel silencio. A no ser que las desapariciones no tuvieran que ver con personas del pueblo y fueran individuos externos o... o sin censo. *Homeless* que no pudieran reclamar ni ser reclamados por nadie.

La cabeza de Kayla iba a una velocidad inusitada debido al estrés. Se había duchado, sin dejar de pensar en lo que le había pasado y en el *shock* que tenía encima. Debía estar traumatizada de verdad y le sorprendía no entrar en pánico y quedar hecha un ovillo en una esquina de esa habitación. Pero la necesidad de justicia era más fuerte que su miedo.

Cuando salió de la ducha, se miró el cuerpo desnudo. El mordisco de Hunter seguía ahí. Se veían las incisiones y el morado purpúreo alrededor.

A Kayla se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar lo experimentado con él, y se llevó la palma a la herida, para transmitirse calor.

Lo odiaba. La había herido... No estaba infectada, y tampoco estaba inflamada, pero a pesar de la ducha, continuaba sintiéndose febril, nerviosa y excitada de modos impropios en ella.

Se miró el dispositivo del brazo. Era circular y blanco, como un medidor automático de glucosa. Hunter le había dicho que era un dispensador antibiótico y un antiinflamatorio, todo en uno. Que no se lo debía quitar y que las gominolas debía tomárselas una por la mañana y otra por la noche. Y Kayla lo que quería era comérselas todas de una vez.

Se sentó en la taza del váter y se cubrió con la toalla, sin dejar de tiritar. Se llevó la mano al vientre, debido a los espasmos que estaba sufriendo su útero involuntariamente, y se quedó helada cuando al llevarse la mano entre las piernas tocó tantísima humedad en su sexo. Se estaba deshaciendo, lubricándose como si quisiera que algo la invadiera.

—¿Qué demonios? —susurró sentándose rápidamente en el bidé para lavarse de nuevo.

Aquello no era normal.

Una vez limpia, se puso las braguitas y el sujetador de color negro y se quedó mirando de nuevo su reflejo.

Algo estaba pasando en ella. Parecía narcotizada, muy consciente de su cuerpo y de su sexualidad. Sus ojos titilaban con insolencia y rabia, la misma que sentía ella hacia el rubio con cara de ángel perverso y espíritu lobuno y demoniaco. Tenía el pelo húmedo, pero su mirada brillaba como si tuviera fiebre y sus pómulos se habían enrojecido.

Tomó una inspiración muy profunda para oxigenar sus pulmones y su cerebro y pensar con mayor claridad, mientras no dejaba de mirar su propio reflejo, y entonces, dijo:

—Y una mierda antiinflamatorio y antibiótico... ¿Qué mierda me has hecho, Hunter?

Estaba perdida, pero no iba a rendirse. Que se encontrase tan mal y tan excitada tenía que ver con el mordisco de esa bestia.

Y no pensaba dejar las cosas así.

Sabía lo que tenía que hacer. Búsqueda de conocimiento y esclarecimiento de los hechos, ese era su cometido como investigadora.

Pero... ¿y como víctima?

¿Cómo debía actuar como afectada principal?

¿Hacia dónde debía dirigirse su trabajo después de eso?

Jenni y Susana debían saber lo que les pasaba.

Ella también. Y todas merecían justicia.

Tenía que pensar fuera de la caja. Esa era la técnica que le había hecho infalible en la resolución de sus casos, a pesar de su juventud. Debía hacerse las preguntas correctas. Todo cambiaba con las preguntas bien orientadas.

Las noticias, las informaciones, los sucesos alrededor de ese pueblo la ayudarían a esclarecer algunas cosas. ¿Quiénes habían sido esos niños que la Fábrica usaba? ¿De dónde sacaron a las mujeres? ¿Podía relacionar alguna noticia local con esas desapariciones? ¿Cómo podía conseguir el peritaje del incendio de la casa de Terracota de su padre? ¿Quién llevaba la base militar? Todas esas cuestiones formaban una montaña de ideas en su cabeza. Ni siquiera sabía cuál era el orden a seguir.

Tenía poco tiempo para actuar. Sabía que los Lowell no tardarían en encontrarla de nuevo, del mismo modo que lo habían hecho en el Mirador, y todo por culpa de su... olor. Kayla se olió la piel del brazo, y ella misma no detectó nada especial, por eso no sabía a lo que se referían. Pero no tardarían demasiado en dar con ella, lo intuía, como si ella misma sintiera la cercanía de Hunter. Debía ser rápida para actuar y para escapar, fuera como fuese, porque no pensaba volver a estar bajo el yugo de ese hombre.

Si quería tener acceso a denuncias de todo tipo en Atlas, solo podía recurrir a una persona en ese momento. Alguien más, alguien con medios, debía poner congruencia en todo aquello y ayudarla a que lo que fuera que ocurriera en la base militar no sucediera de nuevo.

—Piensa, Kayla... —se dijo metiéndose prisa, sujetándose el pelo y echándose hacia atrás mientras se curvaba sobre sí misma y apoyaba los codos en las rodillas. Movía las piernas arriba y abajo, presa de la impaciencia y los nervios.

Y entonces, pensó en Vini Spencer. Vini había sido ese chico del pueblo, mayor que ella, de quien todas habían estado enamoradas durante los veranos que ella recordaba haber pasado en Atlas. Según le habían informado, era Inspector jefe y era el único que se estaba tomando en serio las denuncias de Jenni y Susana. Pero Kayla necesitaba más información para que, de

verdad, él tomara en cuenta el caso y actuase con urgencia. No le iba a hablar de los lupercos, porque eso la tomaría por loca, pero sí debía hablarle de otras cosas... Entonces, se le encendió la lucecita mientras revisaba por enésima vez el parte de lesiones y los análisis de Jenni y Susana.

Ella no sabía leer bien los análisis, no trabajaba en el campo de la medicina, pero sí tenía una amiga que podía leerlo sin problemas. Alexia Demona.

Debía ponerse en contacto con ella de inmediato. Ya habían trabajado juntas en otros casos, y era un apoyo externo importante para sus investigaciones. Pero no quería meterla en nada de todo aquello, porque era muy rocambolesco. Así que le escribió un *email* y le mandó las copias de todos los análisis realizados a las dos hermanas. Le pidió que le escribiera de inmediato, que era muy urgente, o que la llamase para explicarle lo que ella veía en todo aquello. Porque sus ojos, seguramente, verían más que los de ella.

Mientras tanto, Kayla buscaría noticias locales o de alrededores que pudiera esclarecer algo de toda aquella trama. Metería todo tipo de ideas rocambolescas en el buscador, hasta que diera con algo por lo que empezar a tirar del hilo. Algo que uniera todas aquellas vías de investigación.

Y a la tarde iría a ver al Inspector Spencer. Era su única baza, antes de que los Lowell se dieran cuenta de que estaba allí y de que se había pasado por la torera su advertencia y su orden para que se fuera de la ciudad.

Kayla se iría, pero no sin antes dejar claro al cuerpo de seguridad de esa ciudad que estaban haciendo muy mal las cosas y que hacían la vista gorda a evidencias que debían ser investigadas. Al menos, debía quedarles claro que la denuncia la haría pública de otro modo y que el altavoz podía ser mayor.

Tenía toda la mañana para investigar y recopilar más datos, y toda la tarde para ir al encuentro de su objetivo, hasta que acabase el día. Solo necesitaba 24 horas realmente productivas y, después, ya se vería lo que debía hacer.

Hunter era el responsable de hacerle el seguimiento a Kayla.

Gracias a los localizadores sabía dónde había decidido hospedarse y estaba muy cerca de ella. El *hackeo* que había hecho Asher al móvil y al iPad de Kayla le permitía ver en directo a través de la pantalla de ordenador de su todoterreno negro los movimientos en directo con su celular, y cualquier llamada que hiciese quedaría registrada y escuchada. Había replicado las pantallas de todos sus dispositivos y sabía lo que hacía con ellos.

Sabía que había pedido comida en el hotel, que ya le habían subido a la habitación. No había salido de allí desde su llegada a las nueve de la mañana. Pidió una triste ensalada y un sándwich, que no era comida suficiente para el estrés que había sufrido su cuerpo o que estaría sufriendo en ese momento. Él podía percibir su debilidad y su malestar. La fiebre aumentaba si no podía ser calmada naturalmente, pero, al menos, aún no se había quitado el inhibidor. El control del dispositivo también era remoto, y los Lowell podían revisarlo a distancia.

Kayla no estaba comiendo mucho, y esa chica necesitaba alimentarse y coger fuerzas. Cuando Hunter vio que se preocupaba por ella, volvió a ponerse nervioso. Esa chica se le había colado bajo la piel, aún la podía sentir en la lengua y en sus colmillos.

Pero era una cabezona, una insensata que se quería meter en la boca del lobo y que hacía

oídos sordos a sus advertencias Y eso lo ofuscaba y ponía a prueba su dominancia, porque odiaba que lo desobedecieran. Pero también era cierto que no le sorprendía; ya se había dado cuenta de que Kayla Mihura era una mujer valiente y atrevida, y que cuanto más le dijese que no a algo, más ganas tenía de hacerlo.

¿Qué iba a hacer? ¿Cuál iba a ser su siguiente paso a seguir? ¿Por qué había enviado los análisis de esas chicas para que otra los revisara a nivel profesional?

Hunter miró a través de la ventana y fijó sus ojos en el ático del hotel en el que ella se hospedaba. Se la imaginaba tomándose la ducha, comiendo, vistiéndose... Era un canto constante de sirena para él.

Deseaba irrumpir en la habitación y destruirla en la cama. Que se destruyeran los dos. El ansia del luperco era atroz, y rasgaba su carne desde dentro, clamando por lo que consideraba de su propiedad, suyo, y parte de él.

Se maldijo a sí mismo por haberla mordido y haber sido víctima del *wolfsanker*. Había marcado a esa mujer y ella respondía muy bien a su llamado, aunque no fuera consciente. Su lobo lloraba por estar con ella.

—Hunter —lo avisó Yael por el manoslibres—. Tío, tómate el inhibidor del alfa. Estamos en una cafetería a unas cuatro calles de donde estás tú aparcado y huele hasta aquí. Empiezas a apestar a desesperación.

Hunter resopló, tomó el bote de pastillas del cajón secreto debajo del reposabrazos, lo abrió y se metió una en la boca, acompañado de un sorbo de una botella de agua.

—¿Cómo lo llevas?

—Lo llevo.

—La fiebre de Kayla aumenta... lo percibo en el monitor remoto del dispositivo —Yael tenía el programa en su móvil y seguía sus constantes hormonales—. Debiste morderla con mucha fuerza y transmitirle demasiado afrodisíaco.

Hunter cerró los ojos consternado. Lamentaba lo sucedido, pero no su intención. Simplemente, Kayla no era quien él creía. Y ahora, solo pensaba en meterse en su cama y calmar toda esa angustia y ese dolor.

—¿Eres consciente de que vas a tener que acostarte con ella para que su respuesta química disminuya? Podría tener un *shock* si no disminuyen sus niveles de estrógenos y progesterona. Y tú también —dejó ir una risita—. Asher dice que te va a estallar la polla como no descargues.

Hunter se puso las gafas de sol y miró de nuevo hacia el hotel. Claro que lo sabía.

Iba a contestarles cuando vio que el móvil de Kayla recibía una llamada entrante, y todos guardaron silencio para escuchar de quién se trataba, dado que era un teléfono que no tenía memorizado.

—Señorita Kayla Mihura.

Era la voz de una mujer, y por el tono denotaba familiaridad con ella.

—Alexia, hola.

Kayla parecía cansada pero también feliz de oírla. A Hunter, escucharla, lo endureció de nuevo. Dios, iba a ser una pesadilla. Estaba en un problema mayúsculo con esa mujer.

Alexia era la especialista en laboratorio de analíticas a la que había escrito para enviarle los resultados de Jenni y de Susana. Ahora sabrían qué estaba buscando demostrar Kayla. Aunque ellos ya intuían de qué se trataba.

—Chica, no sé dónde estás ni qué es esto que me has enviado, pero estas chicas lo van a tener difícil para sobrevivir.

Hunter se quedó en silencio, como también lo hizo Kayla, impactada por la noticia.

—¿Qué quieres decir?

—A ver... Tienen los análisis completamente descontrolados. Ni un valor está en su sitio y es por la gravísima infección que sufren. Solo he visto análisis de este tipo en casos muy concretos.

—¿Qué infección? Alexia, háblame como si fuera tonta con esto, ya sabes que no sé interpretar analíticas.

—Bueno... ¿Estas dos mujeres cuánto hace que estuvieron expuestas al mordisco de un animal rabioso o al contacto directo de uno de ellos? Necesitan tratamiento. ¿Se lo están dando?

—¿Qué...? ¿Cómo sabes?

—He visto estos resultados en contadas ocasiones. Y fue con unos análisis, hace años, de un señor que fue contagiado por rabia, por el mordisco de un animal. Y parece que, aunque estuvieran vacunadas, el virus está siendo letal con ellas. ¿Qué les hicieron? Los... los valores —se oía cómo movía el ratón de su ordenador—, son escandalosamente altos, como si hubieran sido la comida de una jauría de perros. ¿Fueron atacadas por perros? ¿Se les está dando algún tipo de profilaxis a esas chicas para que combatan la enfermedad?

—Fueron... —Kayla no sabía qué contestar—. Dios mío... Alexia, ¿cuánto tarda en aparecer la rabia desde su incubación?

—A veces, dos semanas, otras meses y, en casos muy extremos, dependiendo de la cantidad de mordiscos y de si las heridas se infligieron cerca de la cabeza, hasta cinco días. Pero podría ser menos tiempo dependiendo del tiempo y la cantidad de perros infectados a los que fueron expuestas. Además, faltan más pruebas en estos informes. ¿No les han hecho prueba de anticuerpos fluorescentes...?

—Te he dado lo que les dieron en el hospital. Nada más. ¿Qué es eso?

—Es un procedimiento de inmunohistoquímica, que diagnostica la rabia. ¿Dónde te has metido? ¿Hay perros salvajes allí?

—No, todo está bien.

—No. Estas chicas no están bien. Tienen que estar delirando ya y muy enfermas... La rabia es mortal en humanos si no se trata a tiempo. Deben tener el encéfalo y la médula espinal muy inflamada.

Hunter fijó su mirada letal al frente, pensando en las palabras de la doctora. Los mordiscos de los quimeras podían transmitir la rabia. Los experimentos y los juegos del doctor Aro habían dado origen a bestias sin sentido. Un mordisco de un quimera no era lo mismo que el de un perro, era mil veces peor, y la cantidad que Jenni y Susana tenían en sangre les dejaba las horas contadas, a no ser que ellos las ayudaran.

Tal vez tenían una posibilidad, pero debían tratarlas a tiempo.

—¿En qué andas metida, Kayla? —insistió Alexia—. Estas chicas están intentando generar anticuerpos para luchar contra esa rabia, pero la exposición al virus ha sido brutal a tenor de los resultados.

—Estoy en algo peliagudo —Nunca mejor dicho.

—Nunca había visto una analítica así.

—Me lo imagino.

—Supongo que estas chicas están ingresadas y bajo vigilancia... La rabia es una infección contagiosa.

—De hecho, no lo están. Ellas ni siquiera saben que están infectadas.

—¿No se lo dijeron en el hospital? ¿Qué tipo de negligencia es esa? Tampoco tienen pruebas

de RT-PCR específicas. Es inadmisibile —aseguró muy enfadada—. Además, hay algo que no me cuadra mucho en todo esto... Se les hicieron pruebas de orina... pero aquí hay valores de estrógenos muy altos, que solo podrían darse si se han visto expuestas a sustancias u hormonas sexuales exógenas...

—¿Sustancias exógenas?

—Sí... A estas chicas se les han hecho análisis de enfermedades de transmisión sexual —hubo un silencio incómodo—. ¿De qué va esto? ¿Son víctimas de algún juego enfermo de un sádico con zoofilia?

Kayla no respondió. Hunter podía escuchar su respiración, urgente e incómoda, como si la información que escuchaba de boca de su amiga le diese ansiedad.

—Ya sé que es confidencial y que no tienes que contestarme, pero...

—Alexia, ¿puedo preguntarte algo?

En la voz de Kayla se percibía su desazón.

Hunter sabía que Kayla estaba pensando en el mismo mordisco que él le había dado. Tal vez, se temía que ella tuviera la rabia y que estuviera infectada como sus amigas. Pero ellos no eran un experimento genético, eran un fenómeno de la existencia y de la naturaleza, una realidad biológica. Los quimeras eran todo lo opuesto, un juego genético de difícil solución, inocuos de humanidad alguna.

—Siempre. Dime.

—¿Cómo reacciona el cuerpo cuando has sido expuesta a sustancias u hormonas sexuales exógenas?

—Oh... bueno, teniendo en cuenta que son elementos que aumentan la sobreexcitación y que activan nuestros órganos más reproductores, pues imagínate: la presión sanguínea se intensifica en las zonas más erógenas, lubricas de un modo insultantemente excesivo, te duelen los pechos y se inflaman, sientes cólicos en el útero, tu deseo sexual aumenta, tu parte más íntima no deja de palpar como si tu corazón se hubiese movido de lugar... La temperatura se te eleva a un tono febril, el ritmo cardíaco se acelera, y las pupilas se te dilatan como si estuvieras en *shock*... Se podría medir una sobreexcitación inusual con un análisis de sangre pero también con algunos aparatitos modernos como un perineómetro o un pletismógrafo. En fin... juegos de científicos.

—Dios... —susurró Kayla con pavor.

—Con la cantidad de estrógenos que esas chicas tienen en los análisis, han debido ser drogadas con algo muy potente y fácil de absorber por el cuerpo. Probablemente, introducido directamente desde la vagina...

—Joder, qué horror... Pero según los análisis dieron negativo en alcohol y drogas.

—Sí. Pero estos análisis están llenos de otros valores que pueden sugerir la estimulación y la infección sanguínea con otras sustancias. La persona que hizo estos análisis, sabía muy bien los valores de todo lo que tenía que pedir y analizar. Habría que pedirle explicaciones a ese colegiado.

Kayla resopló, cansada de escuchar aquello.

—Vale, está bien...

—¿Necesitas algo más?

—No, con esto me sirve. Muchas gracias, Alexia. Me has ayudado mucho.

—Para eso estamos, guapa. Oye, una última cosa. No te acerques demasiado a esas chicas si no están siendo tratadas con el procedimiento estándar de la antirrábica. Al menos, deberían llevar cuatro inyecciones ya, y ni siquiera sé si su sistema inmunológico va a salir de ese trance.

—Vale, de acuerdo —dijo en voz muy baja.

—Suerte, Kayla.

—Gracias, Alexia.

—Aquí estamos para lo que quieras.

—Lo sé. Te tengo que dejar. *Ciao*.

—Adiós. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo.

La conversación acabó allí y Hunter se quedó sumido en un profundo silencio culpable, en la soledad del interior de su vehículo. Él no quería que Kayla sintiese miedo a estar infectada. No lo estaba. Solo estaba marcada por él. Que no era poca cosa, pero era menos grave que tener el cuadro médico que esas amigas suyas.

—Hostia, tío... —gruñó Yael por el manos libres—. Los quimeras no solo son peligrosos y unos salvajes. Ya sabía que eran altamente infecciosos. Mis pruebas estaban en lo cierto.

—Aro ha creado algo monstruoso y fuera de control... —dijo Hunter meditabundo.

—¿Qué crees que va a hacer Kayla?

Hunter no lo sabía, lo que acababa de confirmar definitivamente esa llamada era que esa chica no tenía nada que ver con los Aro. No sabía que la estaban siguiendo, y podría haber llamado a su padre o a su hermana para hablar sobre esas chicas y sus análisis, pero había llamado a una analítica externa que nada tenía que ver con las empresas de los Aro. Eso tranquilizó a Hunter por fin, y pensó en ella de otro modo, sin dudas y sin el miedo a que ella, realmente, fuese solo un anzuelo para cazarlos. Y si lo era, no tenía ni idea.

El olor de Kayla era el típico que haría correr a cualquier lobo hacia ella. Pero si Aro estaba o no detrás de aquello, lo desconocía por completo. Era inocente.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento del coche y suspiró, mirando al techo de cristal de su Range Rover Defender negro.

Estaba bien. Su lobo no podía marcar a una cabrona. Y no lo había hecho.

Y eso le sacó un peso de encima que lo había estado angustiendo más de la cuenta. El sentimiento que vino después de esa revelación lo dejó perplejo y con la necesidad de ir a verla y de tranquilizarla. De tocarla.

A Hunter le ardían las manos de las ganas de estar en contacto con ella, con su piel, de impregnarse de esa esencia tan dulce y narcótica que tenía. El pantalón le iba a estallar.

—¿Hunter? —Ese era Yael preocupado—. Hunter, tranquilízate... te noto tenso. —Pero no recibió respuesta—. Escúchame, imagino que tienes ganas de ir con ella, pero no debes. Hay que dejar que ella haga lo que tenga que hacer para ver si el doctor Aro aparece en su radar y la reclama para algo, ¿entiendes? ¿Hunter? ¿Estás ahí?

Hunter había salido del coche y se dirigía al hotel en el que Kayla estaba. No había planeado un encuentro con ella tan pronto. Pero tampoco había sabido medir las necesidades que su lobo tenía tratándose de ella.

Por eso su instinto lo obligó a salir del coche.

—¡Hunter, no me jodas! —bramó Yael.

El alfa dominante de los Lowell no tenía intención de joder a nadie.

Pero tampoco tenía intención de escuchar ni de obedecer, cuando algo mucho más primitivo lo urgía a ir al lado de la hembra que había marcado.

Se había quedado cabizbaja, sentada en el colchón de la cama de la *suite*, mirando el teléfono que tenía entre las manos, pero sin mirarlo, perdida en sus pesadillas.

Lo que fuera que le habían hecho a Jenni y a Susana, le estaba pasando a ella. Hunter la había mordido, y desde entonces, se sentía extraña en su propio cuerpo.

No sabía qué motivo la había llevado a creer que podía confiar en su palabra cuando decía que no le pasaba nada que no se pudiera solucionar. ¿Con qué? ¿Con la muerte? ¿La muerte era la solución? ¿Le había contagiado la rabia ese maldito bello hijo de puta?

Rabia o no, lo que sí le había hecho era enfermarla con un deseo inhumano y con una excitación que amenazaba con enloquecerla y que apenas dejaba que se concentrara en lo que tenía que hacer. Alexia se lo había dejado claro: tenía todos los síntomas de una sobreexcitación anormal. Estaba caliente, desesperada... y lo peor era que se sentía sola. Se estaba volviendo loca. Se suponía que la rabia también podía provocar ansiedad y pensamientos extraños y psicóticos. Lo suyo no eran ese tipo de pensamientos, eran otros, también muy extraños en ella. Jamás se había sentido tan afectada por un deseo sexual de ese tipo.

Pero, gracias a Dios, además de tener los estrógenos por las nubes, también sentía odio y estaba enfurecida, y eso la llevaría a hacerlo volar todo por los aires, sobre todo, si realmente estaba enferma e iba a tener el mismo destino que Susana y Jenni. ¿Qué más tenía que perder?

Hunter y su violenta y desmedida reacción con ella se lo habían arrebatado todo. Su vida, su trabajo, su serenidad, su salud mental y emocional... ¿Se estaba muriendo, infectándose de rabia, mientras estaba llorando en aquella habitación? ¿Se iba a morir por culpa de ese fuerte deseo carnal insatisfecho?

Kayla se secó las lágrimas de los ojos de un manotazo encolerizado.

—¡Maldito Hunter! ¡Malditos! ¡Malditos Lowell! —gritó dando puñetazos al colchón, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Hunter la había engañado. Estaba infectada y correría el mismo destino que sus amigas. Le pasaba exactamente lo mismo que a ellas, con el añadido de que, además, estaba tan excitada que le dolía todo el cuerpo.

Pensó que, si iba a morir, debía llevarse a todos por delante: quimeras, Fábrica, lupercos... eran conceptos que días atrás no conocía. Pero, sin embargo, en ese momento, le habían reducido la esperanza de vida a solo unos días.

La desesperación hizo que se levantara y que agilizase su propósito. Estaba en Atlas, no se había ido, e iba a hacer que todo se supiera.

Recopiló los informes de las chicas y los guardó en una carpetita de piel para mostrárselo todo y explicárselo bien a la única persona que podía activar toda la investigación.

Se maquillaría para tener buen aspecto, porque había llorado demasiado... Sabía que su físico podría abrirle muchas puertas, y esa era su primera carta de presentación. Las preguntas incómodas vendrían después pero, para ser bien recibida, debía entrar por los ojos. Era una verdad como un templo de grande, dijese lo que dijese, y ella lo iba a explotar.

Se dirigía al baño para usar su estuche de maquillaje cuando alguien golpeó a la puerta suavemente.

Kayla abrió pensando que sería del servicio de habitaciones que vendría a recoger la camarera con los restos de la comida que había encargado al restaurante.

Abrió la puerta entre espasmos y sintiéndose cada vez más caliente y febril. Se moría de

calor...

Pero no era nadie del hotel. La persona que tenía ante ella le había jodido la vida, y estaba ahí, fresco como unas Santas Pascuas y exudando una energía, algo indetectable para el ojo humano, que a ella le atraía demasiado a pesar de odiarlo con todas sus fuerzas.

—Hunter —susurró asustada al verlo de nuevo.

Capítulo 7

Kayla le iba a cerrar la puerta en las narices, pero él solo tuvo que poner la mano para evitarlo. ¡Se había presentado ahí, el cretino de malas pulgas!

—¡Fuera de aquí o llamo a la Policía! —le gritó usando toda la fuerza del peso de su cuerpo contra la puerta. Verlo la afectaba demasiado, y no lo comprendía, por eso sentía tanta desazón y era incapaz de evitar las lágrimas—. ¡Lárgate, maldito embustero!

A Hunter no le costó nada abrir la puerta de par en par, cerrarla tras él y enfrentar a Kayla en medio de la *suite*.

Era bonita, sencilla, pero con buenas vistas de la ciudad y de la montaña. Olía a ella. Toda la habitación olía a ella y su lobo estaba como loco, dando saltos en su interior.

Kayla agarró un jarrón de color beis de la cómoda blanca de la habitación y lo amenazó con él.

—Te lo juro, cerdo, acércate y te rompo esto en la cabeza.

Hunter sonrió con diversión mientras le hacía un escáner corporal de arriba abajo. Pobre ilusa. Lo olería para toda la vida. Se había duchado creyendo que así dejaría de sentir lo que sentía, o ya no lo olería en su piel. Llevaba un albornoz blanco con las siglas del hotel en su pecho izquierdo. Y estaba preciosa y demasiado comestible.

—No vas a hacer eso, Kayla.

—¿A qué has venido?! ¡Que te den, Hunter! ¡A ti y a tus hermanos! —se encaró con él—. ¡Me habéis infectado y me voy a morir, hijos de la grandísi...!

Se movió tan rápido que la tomó desprevenida. El jarrón se resbaló de sus manos y cayó sobre la moqueta. Por suerte, no se rompió.

De repente, se vio contra la pared, con el cuerpo de él presionándola, cercada, sin posibilidad de escapar porque era muchísimo más grande que ella, y cuando estuvo a punto de gritar de la frustración, la manaza de Hunter taponó su boca.

—Vas a escucharme bien —le dijo pegando demasiado sus labios sobre el dorso de su mano—. No quiero que grites ni que hagas nada indebido. No te vas a...

¡Ouch!

Kayla le había dado un rodillazo en su entrepierna, y se quedó blanco durante unos segundos, soportando el terrible dolor. ¡Maldita perra atrevida!

Aun así, no se apartó. Tendría que matarlo para que él dejase de estar en contacto con ella. Aunque ella lo odiase, tocarla era la mejor sensación del mundo. Podía absorber sus hormonas con la cercanía, y eso también lo serenaba y lo tranquilizaba. Sosegaba al hombre y amansaba al lobo. Kayla no lo sabía pero podría tener todo el poder sobre él cuando fuera consciente del caos que le provocaba.

—¿Por qué has hecho eso? —la riñó y se recolocó inmovilizando sus piernas con su poderoso

muslo—. Te gusta demasiado tensar la cuerda. Maldita sea... Deja de llorar... —le pidió serenándose. Estaba fuera de sí, por culpa de la impotencia y de verse superada por él en todo—. Tranquilízate, no te voy a hacer daño. —Le habló en voz tan baja que eso hizo que ella se esforzase en escuchar mejor su tono y sus palabras.

Kayla parpadeó titubeante cuando sus miradas se encontraron. Los ojos plateados de Hunter ya no parecían tan peligrosos y tan fríos como antes. Estaban preocupados por ella, incómodos y ansiosos. Kayla sabía de expresiones y conocía los cambios de actitud en las personas. Su trabajo como detective la había formado en todo tipo de comportamientos, y supo que Hunter no estaba allí para amenazarla o para ponerla nerviosa. No sabía por qué él estaba ahí, pero estaba segura de que decía la verdad y de que no quería hacerle daño.

Eso, sumado al olor que percibió en él, la calmó gradualmente, hasta quedarse muy quieta contra su cuerpo.

—Bien... eso es —dijo Hunter—. Te voy a quitar la mano de la boca. No quiero que grites, Kayla, no estoy aquí para tener una pelea contigo. Aunque debería, porque te he dicho esta mañana que te largases y que no quería verte en esta ciudad... y aquí estás, desobedeciéndome.

«Mala suerte», pensó Kayla. Si él la conociese, sabría que ella no se rendía tan fácilmente. Había recibido otras amenazas como detective para dejar de investigar casos y, si había tenido éxito, era porque no había desistido en ello.

—Vamos a hablar —le advirtió—. Así que pórtate bien.

Kayla parpadeó lentamente para hacerle ver que comprendía sus palabras, y asintió. Cuando retiró la mano, los labios de Kayla estaban ligeramente hinchados y rojizos, y él tuvo ganas de mordisquearlos y besarlos hasta desfallecer.

Esa mujer lo iba a desquiciar.

—Me habéis infectado —gruñó ella en voz baja, para no llamar la atención—. Jenni y Susana tienen la rabia por culpa de lo que les hicieron en la base militar. Van a morir.

—¿Eso quién te lo ha dicho? —Él ya lo sabía, pero Kayla no debía intuir que la estaban escuchando y controlando.

—Tengo mis propios contactos. Me va a pasar lo mismo, ¿verdad? No me encuentro bien —reconoció—. ¿Es una antirrábica lo que llevo en el brazo? ¿Es eso? Sabéis la infección que provoca vuestro mordisco y por eso...

—No es nada de eso, Kayla.

—No es verdad. Tengo todos los síntomas.

—Mi mordisco no te ha infectado de la rabia. Te lo dije, no somos quimeras. Los lupercos no transmitimos ninguna enfermedad. Son los experimentos de tu padre los que han creado esa aberración tóxica.

—Gracias a experimentar con vosotros, ¿no?

—Por querer crear algo como nosotros —rectificó—. Pero eso es imposible. El lupercos nace, no se hace. Por mucho que lo intenten, nunca harán una réplica genética igual. Esto va de evolución natural, de creación divina. Sé que los científicos creen que con su ciencia pueden hacerlo todo, pero hay cosas a las que no pueden acceder. Somos únicos y especiales. Nadie nos va a replicar —aseveró—. Pueden obtener cosas de nuestro Adn y de todo lo que nos hicieron, y de todo lo que seguro que siguen haciendo... Pero, sea lo que sea, nunca se parecerá a nosotros.

Ella osciló las pestañas con rapidez y Hunter apoyó las manos en la pared, a cada lado de su cabeza, para asegurar su dominancia pero sin ser agresivo.

—¿Y entonces por qué me encuentro así?

—¿Cómo te encuentras? —inclinó la cabeza a un lado con una curiosidad pícaro. Lo sabía de sobras, pero quería que ella se lo explicase. Era demasiado hermosa, joder y estaba tan cerca...

Ella se humedeció los labios nerviosa y vio el modo en que las pupilas de Hunter también se dilataban.

—Como si no pudiera controlar mi cuerpo ni mis pensamientos. Como si no fuera yo.

Él sonrió suavemente y, de repente, exhaló. Su aliento fresco y mentolado rozó su sien, y Kayla se sintió extrañamente abrazada. Era ridículo. Los dedos de la mano derecha de Hunter se enrollaron en su pelo, disfrutando de su textura y de su brillo.

Ella se quedó inmóvil. Había demasiada complicidad y dulzura en ese gesto.

Y no se lo esperaba.

—Te sientes así porque te he mordido yo —reconoció—. Los síntomas no tienen nada que ver con la rabia, y sí con algo que se llama «fiebre Luperca». Es un estado de excitación sexual fuera de lo normal. Nuestros colmillos desprenden una sustancia afrodisíaca que estimula las hormonas sexuales. Lo hice a propósito, pensando en que quería torturarte durante días, pero la reacción que has tenido es completamente inesperada —admitió preocupado porque sabía lo que eso significaba, aunque ella no—. En teoría, con la bomba del brazo y las hormonas esteroideas tu sensación podía desaparecer entre doce horas y setenta y dos, y disminuye con el paso de los días hasta que desaparece. Pero parece que en ti no hace efecto.

—Claro que no hace efecto. Va a peor —reconoció afligida.

Hunter se humedeció los labios y, por primera vez, mostró compasión de ella.

—Reaccionas de un modo que no estaba en mi planes.

—¿Y en mis planes sí? —dijo con inquina.

—Si te sirve de consuelo, yo también estoy reaccionando a ti de modos que no comprendo.

No, nada la consolaba, pero aquello le dio curiosidad.

—¿Cómo que tú también?

—Para que veas. Yo también he metido la pata hasta el fondo y ahora lo que he hecho contigo también me salpica.

Hunter se encogió de hombros y sonrió.

Kayla olvidó dónde estaba y la situación tan comprometida en la que se hallaba cuando vio sonreír a ese hombre y se dio cuenta de los hoyuelos que se dibujaban en sus mejillas. Por Dios, era como un tiro franco. Mataba de golpe.

—Estoy en terreno desconocido, como tú. Eres una cosita... rara.

¿Una «cosita»? ¿Ella? ¿Por qué le hablaba así? Le parecía ridículamente íntimo.

Ella agachó la cabeza y se masajeó la frente con los dedos, perturbada por la información.

—No sé de qué te ríes, sádico loco. ¿Tienes idea de lo que me está pasando? Esto no es un juego.

—Para mí tampoco lo es —dijo sin más.

—A ver si lo he entendido: ¿me estás diciendo que no me voy a morir pero voy a estar así de «perturbada» siempre? ¿Así de caliente?

—No, siempre no —aseguró sin querer ahondar en la naturaleza de su vínculo, porque hablarlo incendiaba sus partes, sin más. Así de crudo era su deseo.

—¡Siento el cuerpo arder, miserable! —lo empujó por el pecho y perdió los nervios por completo—. ¡¿Cómo crees que se puede vivir así?! ¡Deja de sonreír!

—Cálmate —le ordenó él de nuevo, agarrándole las manos y apoyándolas en la pared—. No

llames la atención así. Discreción, Kayla.

—¿Con qué derecho me destrozas la vida? —le echó en cara, con un susurro rabioso y un fulgor iracundo en sus mejillas.

Verla así espoleaba al lobo de Hunter, que lo que quería era follársela de todas las maneras en esa habitación. Quería marcarla de verdad, como nunca había hecho. Quería saber lo que se sentía al tener entre los brazos, dominada por completo, a su compañera.

—¡Estoy cansada de esta mierda! ¡Cansada de ti, de tus hermanos, de vuestra historia, de mi...! ¡Argh!

Kayla se encogió de dolor y cerró los ojos con fuerza.

—Me duele... —dijo de repente, desesperada—. Mucho... Me duele mucho...

Hunter reaccionó rápido a su cólico. Agarró las muñecas de Kayla por encima de su cabeza con una de sus manos, las sujetó bien para que ella no lo apartase y después posó su mano libre y ardiente sobre el vientre de la joven.

—¿Aquí? ¿Te duele aquí ahora?

Ella apretó los dientes con frustración y ojos febriles y asintió sin más. La mano de Hunter calmó sus cólicos y su calor traspasó su piel.

—Es demasiado dolor... —admitió abatida—. Cómo te odio, cretino... Mira lo que me has hecho... —le costaba un mundo coger aire.

Hunter dejó caer la cabeza y se centró en el piercing del ombligo de Kayla. Un brillante blanco. Le encantaba. Toda ella era demasiado atrayente y sexi para él. Su piel era suave, y su vientre era plano y hermoso.

Olía sus feromonas y se las tragaba con ansias. Había entrado en esa habitación con la intención clara de calmar a Kayla como fuera y absorber sus feromonas para que ningún otro ser de la Fábrica o del exterior pudiera verse seducido por ella. En teoría, había pactado con sus hermanos que no le haría nada para rebajar su estado, porque les interesaba que atrajera de ese modo. Pero, no tanto. Aquello era excesivo para ella, por eso Hunter había decidido ayudarla. Además, quería todas sus feromonas para sí mismo, como un egoísta.

El dolor en Kayla era desesperante. Llegaba un punto en que se convertía en algo inaguantable, y las oleadas de los cólicos cada vez eran más fuertes y más subyugantes. Necesitaba una tregua.

Kayla solo rezaba por estar unas horas sin sentirse tan sometida físicamente por esa extraña necesidad. Sino, no podría seguir con lo que tenía en mente. Porque no iba a olvidarse de su plan, por muy confundida que la dejase Hunter. Pero con tanto dolor era impensable, si apenas podía hilar pensamientos. Le temblaban las rodillas de la debilidad que traspasaba su cuerpo con cada aguijonazo.

—¿Quieres sentirte mejor? —Preguntó Hunter hablando con sus labios contra su sien. Le gustaba el olor del champú de su pelo.

Kayla alzó la mirada de repente, como si esas palabras fueran un rayo de esperanza.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —lo miró como si se estuviera burlando de ella—. ¿Crees que me gusta sentirme así?

—¿Quieres que te ayude o no? —dijo impaciente.

—Las pastillas no... no funcionan. Nada funciona... —dejó ir el aire entre los dientes.

—Puedo hacer que el dolor desaparezca un tiempo. ¿Quieres que lo intente?

—¿Cómo? ¿Puedes?

Hunter acarició su vientre con los dedos y ella se estremeció.

—Puedo. Pero tienes que dejarme hacer.

Ella se rio sin ganas. ¿Dejarle hacer? Las sensaciones que recorrían su cuerpo la estaban matando. ¿Podía evitar lo que fuera que quisiera hacerle Hunter?

Parecía que había venido con ese objetivo en mente.

—Kayla —la mano que cubría su vientre se deslizó ascendentemente por su torso hasta tomar su barbilla con suavidad—. Confía en mí. No te va a doler. Y no te lo tomes como una agresión ni nada parecido. Es una ayuda, en estos casos.

—No puedo confiar en ti —dijo afectada por su situación—. Pero no tengo nada más... La otra opción es tirarme por ese balcón para que esta necesidad que ni siquiera sé qué es, acabe de una vez por todas.

—No hables así —la censuró él—. Vas a sentirte bien. Solo tienes que aceptar lo que te pasa y ponerte en mis manos.

—¿Y tengo posibilidad de decidir? Diga lo que diga, creo que vas a hacer lo que quieras.

En realidad, cuando ambos comprobasen que Hunter tenía razón y que él sabía cómo ayudarla, Kayla se lo agradecería. Pero estaba en lo cierto: nada iba a detener al lobo de darle a su compañera lo que necesitaba de él.

Esa mujer podía tener unas necesidades brutales que la estaban martirizando, pero él también las tenía.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo ella abatida y víctima de un nuevo apretón uterino, cada vez más fuerte que el anterior—. Pero quítame esto... por favor. Arregla lo que me has hecho —gruñó aguantando como podía su debilidad.

Hunter le alzó la barbilla y con el pulgar le abrió un poco el labio inferior.

—Quédate quietecita, ¿vale? No hagas movimientos bruscos —le pidió. El labio de Kayla se sentía como una nube de azúcar en su pulgar—. Recuerda que soy un lobo y hay cosas que nos ponen nerviosos.

Ella ni siquiera pestañeó cuando sintió que los labios de ese hombre rozaban los suyos. Y la respuesta de su cuerpo fue instantánea. Sintió terror por lo que estaba experimentando, pero, al mismo tiempo, estaba agradecida porque, solo con ese roce, el ardor del vientre había disminuido. Aunque aún le dolía mucho, solo que menos.

Y entonces, Hunter la besó, apoyando sus labios plenamente en los de ella, y Kayla cerró los ojos y se clavó las uñas en las palmas de sus manos, inmovilizadas contra la pared.

No iba a gemir. No iba a dar ni una sola muestra de todo lo que le estaba sorprendiendo aquel beso, pero cuando la exigente lengua de Hunter se deslizó por encima de la de ella, su sabor explotó en su cavidad bucal, llenándole el cerebro y el olfato de toda su esencia como a pipermin y hierba santa. Refrigeraba todo su ardor, y lo ralentizaba. Ya no era un volcán, era un fuego lento.

Su cuerpo se volvía gelatina con aquel beso. Kayla inclinó la cabeza mejor para que él profundizase en su incursión, y sus lenguas se rozasen y bailasen mecidas por aquel mar de lava lenta.

Hunter apesó su lengua suavemente con sus dientes, y ella ni siquiera la reclamó. Estaba hipnotizada. Los labios de él succionaron la punta rosada y resbaladiza de su lengua, y la mamaron erizándole los pezones y la piel, obligándola a ponerse de puntillas.

Y entonces su mano soltó su barbilla y se deslizó por su clavícula y su torso, pasando descaradamente por el centro de los globos perfectos de sus pechos. Ella tuvo un escalofrío, porque esos dedos habían pasado demasiado cerca de la incisión de sus colmillos.

Hunter dudó de lo que quería hacerle. Quería lamerle las tetas y también tocar toda la miel que sabía que se acumulaba entre sus piernas por él, solo por él. Hacérselo todo al mismo tiempo.

Pero prefirió ir a por el tesoro más oculto, porque no podía soportar no tocarlo. Así que deslizó la palma por el abdomen y el vientre, hasta que se internó descaradamente en el interior de sus braguitas de seda de color negro.

Ella se tensó, y ambos abrieron los ojos para mirarse el uno al otro, con los labios y las lenguas rozándose sin perder el contacto. Hunter le hizo una pregunta muda, y ella una advertencia.

«¿Me dejas?», le preguntó él.

«Como me hagas daño, no te lo perdonaré jamás», eso decían los ojos de Kayla.

Él continuó bajando los dedos hasta curvarlos y cubrir todo su sexo con su mano. Era una sensación gloriosa. Lo mejor que había experimentado en su vida y sabía que aquello solo era el principio. Suspiró aliviado y sintiéndose afortunado de poder calmarla.

Kayla no cerraba los ojos, impresionada tanto como él por aquel contacto que necesitaba sin saberlo.

—Esto es el cielo —dijo Hunter contra su boca. Estaba deshecha, y sus jugos empapaban sus dedos, como miel.

Kayla no quería oírle. Parecía estar en un mundo alternativo de sexo y placeres extraños para ella...

Hunter volvió a besarla, y al mismo tiempo, deslizó su dedo corazón entre sus labios internos, abriéndola y extendiendo todo su flujo por su hendidura. Era como patinar sobre claras de huevo.

La realidad le golpeó como un mazo. Kayla era su compañera real. Él se tranquilizaba cuando estaba cerca de ella, la olía por todas partes; y la fiebre de ella menguaba con su toque, con las feromonas de su lengua. Blanco y en botella.

Tanteó su entrada con la yema del dedo corazón, y la deslizó un poco en su interior mientras frotaba su clítoris con la palma de su mano.

Quería deslizar su miembro en su interior, pero eso era demasiado, y ni él estaba seguro de que fuera lo mejor en ese instante.

Entonces, introdujo más el dedo y esta vez sí, ella dejó ir un pequeño gemido en el interior de su boca, que él cortó volviendo a succionar la punta de su lengua... Y después sacó el dedo para volver a acariciar toda su hendidura con dos dedos más, arriba y abajo. Estaba tan inflamada y tan lubricada que lo estaba cortocircuitando. Tomaba sus labios entre las falanges de sus dedos y los frotaba, primero con uno y luego con otro, masajeándola como un experto, y después le acariciaba el clítoris que estaba a punto de explotar.

Kayla se sentía dominada por él, contra la pared. Con su boca drogándola y sus dedos sometiéndola... y la sensación le gustó demasiado. Pero no quería pensar en ello, porque confundía su naturaleza y el tipo de sexualidad que ella había creído tener en cuanto a sus preferencias. Su curiosidad en el sexo nunca había sido demasiada, le gustaba como a la mayoría de chicas que conocía. El tipo de hombres en los que se había fijado siempre habían sido manejables, fáciles y no con tanta testosterona primitiva como aquella. Jamás se sintió intimidada físicamente por ninguno de ellos, posiblemente, porque tampoco ninguno era tan alto ni fuerte como Hunter. Y tampoco se sintió tan femenina al lado de ninguno de sus amantes.

Pero lo de Hunter... Él besaba y mordía a la vez, y los pequeños pinchazos de sus colmillos le hacían cosquillas y también la irritaban hasta inflamarle los labios.

Todos los labios, los de arriba y los de abajo, estaban hinchados por su maldita culpa. Era como si la encelase continuamente.

Hunter sabía que no podía penetrarla completamente con nada, ni con los dedos. Si su útero recibía ese tipo de estimulación suya iba a exigir el plato fuerte, y eso los ponía en una situación delicada a los dos. Le estaba haciendo aquello para rebajar sus niveles de feromonas y estrógenos y aliviarle el dolor considerablemente. No para marcarla completamente.

No debía olvidar que Kayla era un señuelo para los quimeras libres, para cazarlos. Y también para atraer la atención del doctor Aro. Si le rebajaba tanto las feromonas dejaría de ser un anzuelo para sus enemigos.

Su lobo le estaba rasgando la piel, porque quería hacer justamente eso. Poseerla de una vez por todas. Estaba ahí. ¿Era tonto? Una compañera era una bendición para los lupercos y él estaba haciendo la vista gorda solo por atraer a su enemigo.

Pero si Hunter hacía eso era porque no pensaba ponerla en peligro más de la cuenta. Él siempre iba a estar cerca para evitarlo.

La besó con más fiereza, pegando su cuerpo contra ella con más intensidad y aplastándola contra la pared. Solo tenía que frotarla un par de veces más para que se corriese. Y eso la haría sentir mil veces mejor durante un buen rato, pero no haría desaparecer su fiebre. La fiebre no se iba así como así.

Decidido a hacerla sentir mejor, se centró en su clítoris y lo frotó en círculos, con una dulzura intensa que hizo gemir involuntariamente a Kayla cuando empezó a correrse.

El orgasmo fue tan fuerte que Kayla apretó los dientes y le mordió la lengua a Hunter sin querer, pero eso a él le gustó, porque, inmediatamente, sus ojos se volvieron amarillos como los del lobo que era. Y ella no se perdió detalle del cambio de tonalidad. Nunca se había corrido mirando a los ojos de un hombre lobo, por el amor de Dios... y era una auténtica fantasía loca y repleta de perdición.

—No me has hecho daño —le dejó claro él—. Tranquila...

Ella parpadeó como si le hablase en otro idioma. ¿Qué decía? Estaba en el limbo del placer y no escuchaba nada que no fuera el latido de su corazón en los oídos.

Él aguantó el orgasmo de Kayla moviendo la palma contra su sexo, ofreciéndole consuelo y calor, feliz de que moviera sus caderas al compás de sus movimientos rítmicos. ¿Cómo podía ser tan sensual esa chica? ¿Lo sabía ella lo sensual que era?

—Eso es... Déjate ir —dijo Hunter contra sus labios, pasándole la lengua por ellos—. ¿Ves como no ha sido tan difícil confiar en mí?

Kayla salió poco a poco de su trance. Aún le temblaba el cuerpo de las sacudidas de aquel orgasmo. Respiraba a bocanadas, moviendo las largas hebras rubias del pelo de Hunter con su aliento.

La conciencia de lo sucedido regresó con el sonido de la humedad de su cuerpo contra los dedos de Hunter. No estaban de concierto, y eso le dio mucha vergüenza. Jamás había lubricado tanto. Toda la situación la dejaba consternada.

Ahora que la bruma del deseo y la fiebre menguaba, su mente también se aclaraba y alejaba la niebla y la confusión de la que había sido presa durante muchas horas.

Los besos de Hunter tenían algo. Lo notaba en el gusto fresco de su boca. Su lengua... Y de repente, se derrumbó y se echó a llorar, girando el rostro para que él no la viera.

—Oye... —dijo él preocupado.

Estaba avergonzadísima. ¿Se había vuelto loca? ¿Qué iban a pensar de ella?

—¿Cómo puedo permitir que el tío que me... me ha arruinado la vida... m-me toque así? ¿Cómo he dejado que me besaras? No, no eres humano... no... ¿Me... me he vuelto loca?

—*Chist...* —Hunter la comprendía. Estaba asustada de sus propias reacciones. Pero no podía pensar en lo que le estaba pasando con su cerebro humano. Tenía que ir más allá, a lo sobrenatural—. No has hecho nada malo. Has hecho lo que tenías que hacer.

—¿Ah sí? —Se miró el cuerpo y el de él—. ¿Esto es lo que tenía que hacer? Dejar que me metieras la mano en las braguitas y que me... —se ofuscó, humillada—. ...Debería tener ganas de arrancarte la cabeza y vengarme de vosotros. Debería querer matarte ahora mismo...

—Pero no quieres —aseguró él acariciándole las marcas de las muñecas, aún rodeadas por sus dedos—. No quieres porque, en el fondo, muy en el fondo, sabes que hay algo muy malo por aquí, pero no somos nosotros.

—Yo no sé nada, Hunter —replicó con sinceridad—. Nada en absoluto. No sé de buenos ni de malos, solo de hechos. Y nada de lo que ha pasado aquí habla bien de mí.

Hunter no quería ahondar más en su ansiedad. Entendía que se sintiese de ese modo. Pero estaba equivocada. Era una superviviente, y las supervivientes luchaban por sobrevivir, fuera como fuese, para después regresar con más fuerza, con su verdad por delante.

—¿Por qué...? —Kayla se aclaró la garganta—. ¿Por qué ya no me siento mal?

Él ya no le iba a ocultar nada, más allá de lo necesario.

—Mi lengua tiene unas glándulas destinadas a dos objetivos: estimular y preparar, sanar o calmar. Mi cuerpo sabe lo que necesitas y segrega esa sustancia para que tú puedas beneficiarte de ella, según tus necesidades. Has tomado un trago de mis hormonas supresoras, que te ayudan a rebajar la fiebre. Soy como un sedante para ti.

Kayla cerró los ojos, asumiendo esa verdad, porque lo percibía en todo su cuerpo, y apoyó la cabeza en la pared, pensando sobre lo sucedido. Siseó al notar cómo Hunter volvió a deslizar el dedo por toda su hendidura.

—Suéltame las muñecas. Me... me duelen los brazos.

Hunter tardó unos segundos en obedecerla.

—Te voy a soltar, pero no me ataques ni me pegues, Kayla —le advirtió.

—No voy a hacerte nada —contestó mirándolo fijamente—. Me duelen los hombros. Suéltame, por favor.

Hunter al final le soltó las muñecas pero mantuvo su mano todavía entre sus piernas.

—¿Puedes dejar de tocarme? —preguntó ella con el rostro sonrojado, pero sin bajarle la mirada de ese color tan bonito.

A él le hizo gracia lo digna que parecía, como una reina que lo ponía cachondo. Entonces, para dejarle claro lo que acababa de pasar y lo mucho que lo había disfrutado, sacó la mano, le mostró los dedos húmedos de su esencia y se los llevó a la boca, lamiendo uno a uno concienzudamente. Como un helado delicioso del que no tenía suficiente.

Kayla entreabrió los labios estupefacta. Verlo así la excitaba y la asombraba. Era el primer hombre tan abiertamente sexual y sensual con el que había tenido un contacto íntimo. Era... era diferente. Ella misma se sentía diferente con él.

Hunter limpió sus dedos con su lengua, y cuando acabó, se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta negra y sonrió añadiendo:

—Sabes tan bien...

—¿Qué significa esto?

—Significa que te has corrido mucho.

Ella tomó aire armándose de paciencia. A Hunter le encantaba hacerse el tonto. Debía recuperar un poco el control de sus pensamientos y de la situación.

—¿Voy a necesitar un tratamiento especial basado en tus hormonas para seguir haciendo vida normal?

Hunter sabía muy bien cuál era la respuesta. Su tratamiento sería él, porque ella también debía tratarlo a él. Y no pensaba dejar que se fuera o se alejase o que ella misma se pusiera en peligro. Para él, lo sucedido en esa habitación había cambiado las cosas. La quería cerca. Esa mujer no se iba a ir de allí ni loca, o de lo contrario, su lobo iba a desquiciarse.

—No te quites el dispositivo y no dejes de tomarte las gominolas. Sirven para reducir tus niveles de estrógenos. Ahora estarás bien un tiempo —Unas ocho horas más, pero no se lo diría.

—No me has contestado. ¿Me va a dar más fiebre? ¿Voy a tener más crisis?

—Si las tienes... —Hunter se encogió de hombros, quitándole hierro al asunto—, ya sabes que hay solución.

Le estaba diciendo abiertamente que acudiera a él y que volvieran a hacer lo que acababan de hacer. ¿Estaba hablando en serio?

Kayla estaba perdida... ¿Cómo iba a depender su vida y su estabilidad emocional de si seguía acostándose o no con un hombre lobo? No podía ser.

—Vete, por favor.

La petición de Kayla no le tomó por sorpresa. Sabía que necesitaba tiempo para pensar en lo que acababa de pasar.

—Te dije que no regresaras a Atlas. ¿Por qué estás aquí? ¿Quieres que te maten?

—Nadie me va a hacer nada. Esa manía persecutoria que tienes no es real... Nadie me conoce aquí, ya te lo he dicho. Susana y Jenni lo tienen todo en secreto y jamás dijeron a nadie que tenían contacto conmigo. Y aunque creas que mi padre está vivo, no lo está. Está muerto. Como mi hermana. Y no pienso detenerme. Tal vez yo no me muera de rabia, pero es posible que mis amigas sí. Lo que les han hecho no puede quedar en el olvido.

Hunter movió la cabeza haciendo negaciones.

—Sigues sin ser consciente de lo que pasa.

—¡Soy muy consciente de lo que pasa! ¡Sé lo que eres! ¡Y estoy muerta de miedo, Hunter! Pero no me puedo quedar paralizada. ¡Y tampoco voy a irme! Hay cosas mucho peores que tú y tus hermanos ahí afuera, que están haciendo daño a civiles gracias al silencio y la complicidad de personas que supuestamente están aquí para velar por nuestra seguridad. ¡Sea lo que sea lo que pasa, desaparecen personas! Tanto en Atlas como en derredores —se cerró la bata con brío—. Lo he estado chequeando en el ordenador.

Pero Hunter ya lo sabía. Asher le había *hackeado* todo y tenían una copia de su pantalla y de todo lo que hacía con sus dispositivos.

—No puedes hacerlo tú sola. Tienes que dejarnos esto a nosotros, ¿entiendes?

—No. Tiene que haber otra manera. No sé lo que va a ser de mí en las siguientes horas, pero sí sé lo que debo hacer. ¿Me lo vas a impedir? ¿Vas a volver a meterme en un coche y a llevarme lejos? ¿Vas a volver a encerrarme en un zulo?

No le gustaba que le hablase de ese modo, tan desafiantemente. Pero lo cierto era que necesitaba que Kayla se moviese, porque era el único modo de comprobar si otros la seguían o no.

—Hunter —Yael le habló por el comunicador.

Hunter presionó el diminutoartilugio en el interior de su oído.

—Te oigo.

Kayla se cruzó de brazos y esperó a que Hunter hablase con quien fuera que le estaba hablando a través de un pinganillo. Fantástico. ¿Los habían oído mientras él la tocaba? ¿Podía sentirse más insultada?

—Deja a Kayla y ven a ver esto. Asher se ha puesto con lo que le encomendaste sobre los vídeos de los discos duros.

—Sí.

—Déjala y ven. Tienes que ver esto.

—Voy.

Cortó la comunicación y volvió a mirar al frente, preocupado por ella pero, al mismo tiempo, admirado por su valentía. No le iban a impedir que hiciese nada, porque él iba a estar muy encima de sus pasos.

—Vete, Kayla. Te vas a poner en peligro.

A ella eso le enfureció.

—¡Vosotros ya me habéis puesto en peligro!

—No —le aseguró dando un paso hacia ella con una frialdad de acero—. Nosotros te hemos salvado el culo. Pero si todavía no lo ves, es que aún no estás lista para esta conversación.

—Gracias por tus servicios, puedes irte —añadió Kayla sabiendo que lo agujoneaba con ese comentario—. Ahora ya sé lo que tengo que hacer para que la infección de la fiebre luperca desaparezca.

Hunter se envaró como si hubiese recibido un latigazo. Sus ojos se oscurecieron rabiosos por la insinuación.

—No te burles de nuestro privilegio. No es una infección.

—¿No es una infección pero sí es un privilegio? La fiebre es una tortura, no es ningún regalo.

—Hunter, deja de marcarla y ven —insistía Yael por el audífono—. Es muy importante.

El rubio dilató las aletas de la nariz, enfadado con aquellos comentarios que insultaban a su lobo. Pero no podía hacer nada al respecto, excepto tener paciencia con Kayla y demostrarle que, llegado el momento, retiraría esas palabras ignorantes de su boca. Aquella no iba a ser la última vez que se vieran. Hunter iba a ser una constante, lo quisiera ella o no.

Su lobo había decidido, y no se podía luchar contra la bestia.

Pero tampoco debía ofenderla.

—No te vas a morir, Kayla. Estás sana. Y no pienses que la fiebre se te va a ir con cualquiera. No te atrevas ni a pensarlo.

—Eso no lo sabré si no lo pruebo...

Hunter gruñó y le enseñó los colmillos, pero Kayla lo miró con abierta curiosidad. Otra se habría asustado, pero ella ya no.

—No hagas tonterías y no te suicides metiendo las narices donde no debes, cosita. Ha sido un encuentro para chuparse los dedos —entornó la mirada burlón, y se dio la vuelta para salir de la habitación.

Kayla se quedó apoyada en la pared mientras veía a Hunter salir de la habitación.

Señor... se sentía colérica. ¿Aún se creía que debía agradecerle algo cuando por su culpa ella estaba así?

¿Y a qué venía esa territorialidad? ¿Se había enfadado cuando había insinuado que podía probar con otros lo que había hecho con él para rebajar la fiebre? ¿Por qué iba a enfadarse?

Le daba vergüenza haber cedido ante él de ese modo, haberse deshecho así, pero... al menos,

ya no sentía dolor, y la fiebre había remitido.

Hunter se había ido de allí enfadado, y la había hecho enfadar a ella, y ahora estaba rara después de la discusión.

Aun así, había algo más importante que ese hombre. Se trataba de la supervivencia de mujeres y niños y de cerrar una maldita base militar.

Tenía tiempo suficiente como para actuar y hacer lo que había venido a hacer. El miedo no le iba a desaparecer así como así, pero pensaba ir con todo a pesar del miedo.

Solo así se vencían a los monstruos.

Capítulo 8

Kayla sabía cómo economizar el tiempo y sacarle el máximo rendimiento. Como investigadora, y gracias a que los estrógenos se habían sosegado y ahora podía pensar con claridad, tenía varias habilidades, como cualquier buen detective debía tener: y las había puesto todas al servicio de esa investigación que ya no solo tenía que ver con el abuso de Jenny y Susana. Ahora era todo mucho más grande y complejo.

Debía prestar mucha atención a cualquier detalle facilitado, pensar lo más rápido posible y con coherencia. Debía dejar a un lado sus emociones para ser lo más imparcial posible para que sus preguntas nunca se vieran influenciadas por sus intereses personales.

Y era lo que había estado haciendo durante esas tres horas.

Investigar y saber dónde buscar lo que quería encontrar.

De esa tenacidad había conseguido una información muy valiosa, obtenida de recortes de periódicos del último año, que tuvieran relación con Monte Blanco, el lugar del que escaparon los Lowell, Terracota donde habían quemado la última Fábrica y Atlas, la ciudad en la que se había construido esa base militar. El denominador común de esas localidades eran los Aro. Ellos habían pasado por esos sitios, como nómadas. Sus huellas estaban en esos lugares.

Pero debía saber qué buscar. Y estaba muy satisfecha con sus pesquisas. Eran una baza importantísima y muy difícil de ignorar. Con todas esas pruebas, no habría problema para que un juez o una jueza diera una orden judicial para registrar toda la base militar. Sería de locos hacer la vista gorda con algo así.

Estaba contenta por haber encontrado hilos de los que tirar. Y también estaba muy feliz por poder poner en práctica los métodos de pensamiento y análisis que su madre le había enseñado a ejecutar desde muy pequeña.

Funcionaban. No había duda.

Y ahora ya no podía perder el tiempo y debía ir de frente, pero pasando desapercibida. No quería que nadie conociera su verdadera identidad, así que tendría que jugar a los personajes.

No tenía otra opción. Jenni y Susana posiblemente no tenían tanto tiempo como ella. Las había llamado hacía una hora y, como esperaba, no se encontraban bien. La medicación no les hacía efecto y su estado se deterioraba cada vez más.

Era muy probable que, en unos días, estuvieran muertas por la infección.

Y era injusto. Allí muchos se estaban lavando las manos con esa situación; la Agencia de chicas de compañía barra modelos, la contratista, la base militar, incluso el hospital... Kayla enlazaba unos con otros como podía. Cuando los miembros poderosos de un pueblo querían silenciar un secreto, ponían a trabajar a muchos a su servicio. Y era justamente lo que parecía que se hacía allí. Unos se silenciaban a otros, en una telaraña que para Kayla había sido fácil de comunicar pero difícil de destapar.

Como investigadora usaba el mismo *modus operandi*.

Empezaba por el eslabón más débil de esa cadena, alguien a quien poder influenciar de algún modo. Y Kayla tenía claro quién debía ser.

Recordaba a Vini Spencer del lago de Atlas. En verano lo poblaban de carpas y parecía una playa. Entonces, él tenía unos quince años, y todas las niñas estaban enamoradas de él. Él lo sabía, se gustaba, y hacía por aumentar esa reputación. Siempre había sido un ligón. A Jenni y a Susana ese tipo de carácter les gustaba mucho. A ella, en cambio, puede que por su falta de interés en general en amoríos ni historias de príncipes y princesas, nunca le prestó demasiada atención. Pero sí reconocía que había sido un chico muy guapo.

Y ahora, como hombre, también lo era.

Kayla estaba en la comisaría para encontrarse expresamente con él. Y debía admitir que los años lo habían curtido y le habían dado más atractivo.

El Inspector Vini Spencer estaba sentado detrás de la mesa de su despacho. Kayla podía verlo a través de la ventana. Tenía el pelo castaño claro, espeso y despeinado, como un surfero, los ojos azul claro y se mantenía en buena forma.

Ella estaba esperando afuera, en la sala de espera, a que le dieran paso. Ya había avisado a su secretario para que lo avisase, y era justo lo que el hombre ceñudo y de barriga prominente acababa de hacer.

Se había presentado como Mimi Regir, periodista, una de sus tapaderas en sus procesos detectivescos. Mimi había sido contactada por las hermanas, ante la inactividad y la falta de interés de la justicia de Atlas sobre su caso. Vini aún no sabía lo que le venía encima, y esperaba que fuera profesional y abriese los ojos y reaccionase. Solo un ciego no querría ver la gravedad del asunto.

Se miró la punta de los zapatos de tacón y revisó que su falda negra de tubo y su americana estuvieran lisas y sin arrugas. La imagen que quería dar a Vini era la de alguien directa, accesible y con un punto de inocencia e ingenuidad, que hiciera creer a ese Inspector en su palabra, y también la idea de que era una angelita que necesitaba protección y también algo de condescendencia.

La radiografía que le había hecho al Inspector con solo observarlo unos minutos desde el otro lado de la ventana no tenía pérdida.

Si se presentaba como la detective osada y tenaz que sabía que era, echaría para atrás a un hombre como Vini Spencer, que estaba más acostumbrado a tratar con mujeres de otro perfil y más manipulables. Esa sería una buena tapadera para ella y para que en el pueblo no la reconocieran ni la asociaran con Dan Aro.

A Vini le gustaba el poder y su posición de poder porque amaba el efecto que eso causaba en los que lo rodeaban. Y si cuidaba tanto su imagen era porque aún le importaba gustar como gustaba antes, así que seguía siendo coqueto y seductor. Y tenía muy presente el efecto que podía provocar en las mujeres, porque se alimentaba de eso. De hecho, aprovechaba el reflejo del monitor de su ordenador para atusarse las cejas con los dedos.

Era un narciso. Al menos, esperaba que fuera profesional. Las chicas le habían hablado bien de él, que era muy amable y atento y que quería ayudarlas. De hecho, los consejos que les había dado no eran para nada malos, sino más bien los pasos adecuados a seguir en una denuncia de ese tipo. No obstante, todo estaba paradójicamente parado y congelado en el tiempo. Y eso, viendo la gravedad de la situación, no tenía ningún sentido.

Vini se levantó de su silla y salió de su despacho con seguridad y resolución, para ir al

encuentro de Kayla, que lo esperaba desde hacía cinco minutos.

—Señorita Regir —Se acercó a ella con una sonrisa encantadora y ofreciéndole la mano amigablemente.

Kayla se levantó de la silla, se alisó la falda y aceptó su mano como saludo, devolviéndole la sonrisa. Pero aquel contacto de piel con piel, por lo que fuera, la disgustó. Como si su cuerpo protestara por haber sido tocado. Aunque eso no la desconcentró ni la apartó de su cometido.

—Buenas tardes, Inspector.

—Tardes noches —convino mirándose el reloj de marca que lucía en su muñeca izquierda—. Me pillas en mal momento, ya me iba. —Disimuladamente repasó a Kayla de arriba abajo.

Y ella se hizo la loca, pero lo había cazado de lleno. Además, sabía que le había gustado.

—Me ha dicho mi compañero que quería hablar conmigo. ¿Es una de las chicas que quieren ir al «Encuentro»? —la repasó de arriba abajo con muy poca discreción.

—No, debe estar equivocado, no sé de qué me habla —afirmó ella—. Soy periodista. La verdad es que necesitaría hacerle unas preguntas sobre la seguridad de una ciudad como Atlas desde que la base militar está en ella. Estamos en medio de un amplio reportaje que habla de los beneficios y los efectos de estas instalaciones del ejército en sus ciudades.

—Oh... —Vini sonrió condescendentemente, como si estuviera acostumbrado a esas propuestas—. ¿De qué periódico es?

—De Parte Diario. Oh, tenga... —se hizo la despistada—. Suelo entregar siempre mi tarjeta de visita. Se me ha olvidado.

Kayla siempre iba convenientemente preparada. Mimi Regir debía ser un buen personaje, con su página web actualizada. Y Kayla medía hasta el último detalle, como debía ser. Su página web estaba programada con Inteligencia Artificial, de un modo que se refrescara continuamente redactando y rehaciendo artículos de actualidad, pero firmados con nombres de redactores inventados. Así hacía creer que su periódico era serio y que estaba activo.

—Mimi Regir —leyó en voz alta y volvió a mirarla de arriba abajo—. ¿Cuántos años tienes?

Ella se hizo la sorprendida.

—Veinticinco.

—¿Te puedo tutear?

—Claro —sonrió con confianza.

—Eres muy jovencita para que te llame de usted.

—Tú tampoco eres mayor. Debes tener unos treinta y pocos.

Él sacó pecho, agrado por la observación. Kayla pensó que era un hombre muy básico y que no había cambiado demasiado en todos esos años.

—La verdad es que por hoy ya he acabado en la comisaría. Si quieres podemos quedar mañana por la mañana aquí mismo o... —arqueó una ceja castaña clara con un encanto serpentil —, si no te importa que la entrevista sea más informal, puedes acompañarme. Iba a cenar —señaló el exterior con el pulgar.

Quedó sorprendida con lo rápido y fácil que era acercarse a Vini con un buen tacón y una falda corta. Era insultante. Pero Kayla no iba a desaprovechar la oportunidad. Solo esperaba que fuese igual de fácil sacar la información que quería de él.

—La verdad es que pensaba acabar con esto hoy. No puedo quedarme más tiempo en Atlas —explicó con naturalidad—. Si a ti no te importa, te acompaño tomándome algo mientras cenas.

—¿Cómo? No —le dedicó una sonrisa muy atractiva—. ¿Por quién me has tomado? No ceno solo si estoy acompañado de una mujer bonita como tú. Te invito a cenar y así disparas todas

esas preguntas que tienes —la animó sin mostrar sus verdaderas intenciones.

Ella se mordió el labio inferior y, al final, asintió. No iba a decir que no.

—Está bien.

—¿Te llevo o has traído coche?

—He traído el mío.

—Entonces, sígueme.

Kayla siguió al Inspector y salieron de la Comisaría juntos.

Tenía a Vini, el primer eslabón, el más accesible, y no pensaba dar marcha atrás. Haría lo que hiciese falta con tal de movilizarlo para que abriese el caso.

Y cenar sería un atajo para su propósito.

Hunter estaba que se subía por las paredes.

Los Lowell habían detenido el Defender cerca de la casa de Vini Spencer, donde Kayla y él habían entrado hacía solo unos quince minutos. Kayla había activado la grabadora del móvil, y con ello, todos podían oír, gracias a su hackeo, lo que estaba pasando allí. Pero para Hunter nada de eso era suficiente.

Estaba demasiado cabreado. Quería cámaras para ver qué hacía realmente ella y cómo se comportaba, porque su imaginación le estaba jugando malas pasadas.

Asher miraba al frente, sentado al lado de Hunter, y tenía una sonrisa de cabroncete difícil de ignorar. Miró a su hermano y se hizo círculos con el índice en la sien mientras marcaba con los labios: «Esta chica o está loca o es un puto genio».

Hunter tenía su propia versión sobre lo que era Kayla. Un grano en el culo, eso era.

Una insolente y una inconsciente.

Se acababa de meter en la casa de un Inspector de Atlas, el que se había hecho cargo de las denuncias de sus amigas, para hacerle reaccionar y sacarle información con la excusa de la base militar.

Asher había recopilado información sobre Vini, y tenía un expediente impoluto. A Hunter le molestaba que ella estuviese cenando con un tío que acababa de conocer, horas después de que él hubiese hecho que se corriera en la habitación del hotel.

Sabía que para Kayla, lo sucedido entre ellos, no tenía que significar nada, solo un trámite necesario para bajarle los estrógenos de golpe y que pudiera sobrevivir sin querer tirarse a la vía del tren. Y no la culpaba, dado que se suponía que no sabía nada de su mundo.

Pero para los lupercos eso sí significaba mucho.

Tenía su marca en su teta, y se había puesto un escote para volver tarugo a cualquier hombre. Se sentía insultado.

—Oye —dijo Yael igual de divertido que Asher—. Al margen de que esa chica esté loca o no, tiene un par de ovarios además de un cuerpazo de escándalo... Le quedan muy bien esos tacones.

—Yael —Hunter miraba al frente, a la ventana del salón donde ambos cenarían con la excusa de una falsa entrevista para un periódico—. No estoy de humor para tus comentarios.

—Que no estés de humor no borra que ella sea valiente y que nos tenga fascinados... Además, es muy inteligente. Su cerebro va a otras revoluciones. No piensa como el resto. Todo

lo que ha ido metiendo en el buscador mientras buscaba información denota una facilidad para hacer conexiones que me vuela la cabeza. Me follaría su cerebro...

Hunter no necesitaba que nadie ensalzara las cualidades de Kayla. Él las empezaba a conocer y eran más que evidentes. Ella era mucho más de lo que se había imaginado.

—Yael —la voz cortante de Hunter era una invitación imperativa para que dejase de hablar así de Kayla—. Deja de tocarme las pelotas.

Asher se echó a reír. Los dos estaban disfrutando de verlo así.

—¿Tiene cámaras en su interior? —preguntó Hunter con la mirada ensombrecida.

Asher asintió mientras tecleaba en su ordenador y se metía en el sistema de seguridad de la casa del Inspector.

—¿Hay cámara en su salón?

Asher dijo que sí y se la mostró, como también señaló con su dedo otra cámara que enfocaba la cama de su habitación.

—Vaya con el Inspector —canturreó Yael asomando la cabeza entre los dos asientos para ver bien la imagen que mostraba la pantalla—. ¿Para qué querría cámaras en su habitación? ¿Grabará a las chicas que se lleva? ¿Hará videos porno? ¿Las extorsionará?

—Lo sabía —murmuró Hunter rabioso—. Uno no puede ser noble siendo un Inspector de Policía en Atlas. Todo aquí está comprado y es corrupción —arguyó irritado con el hecho de que Kayla hubiese entrado en la casa de ese tipo por voluntad propia.

—La pregunta del millón es: ¿después de lo que Asher ha encontrado en los vídeos de sumario de los discos duros, todavía creemos que Kayla no tiene nada que ver con Aro? ¿Tú confías tanto en ella, Hunter?

Él no dudó en responder.

—Sí. Creo que me ha dicho la verdad.

—De acuerdo. Vamos a disfrutar averiguando lo que hablan estos dos en esa casa. Si están haciendo un papel, dentro dejarán de hacerlo, dado que no saben que los estamos mirando —murmuró Yael.

Pero Hunter ya no disfrutaba. Lo que Asher había revisado en los vídeos de la Fábrica era una evidencia más de que, con Kayla, había que ir de puntillas. Si era tan inteligente, podía serlo incluso para engañarlos a ellos, aunque eso fuera casi imposible, ya que los lupercos eran cazadores de mentiras. Por eso, lo descubierto en los vídeos no cuadraba con la imagen que él se estaba formando de ella.

Y no ayudaba en absoluto que tuviera contacto directo con ese Inspector, porque eso no le gustaba. Erizaba al lobo.

Para bien o para mal, Kayla estaba marcada por él, y eso no iba a cambiar.

—Quiero oír bien lo que dicen —ordenó Hunter alzando el volumen—. Callaos.

Asher lo miró de reojo tomándole el pelo. A él seguro que no lo iba a oír.

La casa de Vini Spencer estaba muy ordenada y limpia para ser la de un hombre soltero. Buenos sofás, buen mobiliario con objetos de lujo salpicados por todas partes... No era el hogar de alguien humilde. Comprensible dado que Vini siempre había sido hijo de rico. Sus padres tenían la constructora más poderosa de Atlas, y eran dueños de casi medio Monopoly. Y también

era un excelente picadero. Allí traía a sus trofeos. Porque ese hombre era de medallas y muescas en la pared, no de anillos de compromiso.

Kayla detestaba el perfil de hombre de Vini. Nunca le había gustado de pequeña pero entendía la fascinación que otras sentían hasta el punto de creerse enamoradas.

En cambio, ella lo veía como un machista condescendiente y un niño de papá.

Pero sabía cómo hacer sentir cómodas a las chicas y tenía don de gentes, sin duda. Podía hasta ser divertido si una ignoraba el hecho de que se creía el centro del mundo y su complejo de Espejito Mágico.

Había encargado cena para los dos, un japonés. A Kayla le gustaba. Y después había descorchado una botella de vino, que Kayla había declinado. Su cuerpo no estaba recuperado del todo, y el alcohol no le iba bien a las hormonas. Temía que se le pasase el efecto o que eso activase de nuevo esa fiebre que la martirizaba.

Así que Vini le ofreció un agua embotellada, pero ella prefirió que se la diera del grifo. Sabía que Atlas tenía un agua rica.

Sorprendido, Vini la obedeció y se sentaron los dos en la mesa oscura y circular que daba a la ventana.

La casa del Inspector estaba en medio del bosque, y se llegaba a ella a través de carreteras en buen estado y con buena pavimentación.

Por si acaso, ella llevaba una spray pimienta en el bolso. Era osada pero no confiada. Desconfiar salvaba vidas en muchos aspectos.

—Bien, Mimi... Háblame de ese reportaje. —Se apoyó en el respaldo de la silla como un rey y tomó su copa de vino tinto.

—Va a salir en primera plana. Es un reportaje de debate.

—¿Y eso qué significa?

Los ojos claros de Vini la miraban como si no la tomaran en serio. Típico de los machitos de su tipo. Seguramente era de los que se pensaba que las mujeres podían dedicarse a lo que quisieran, pero eso no las convertía en profesionales.

—Significa que es posible que el reportaje cree debate abierto.

—¿Por qué?

—Eres una figura de autoridad de Atlas. Un Inspector jefe de la Policía. Y necesito tu sinceridad.

Vini sonrió oculto detrás de su copa y musitó:

—¿Esto se va a poner muy serio?

—No. Solo lo justo —ella le devolvió la sonrisa coquetamente.

—Te responderé a lo que quieras si antes me respondes a mí algunas preguntas esenciales y de vital importancia.

—Está bien —Kayla cerró la pantalla del iPad y apagó el grabador de voz del iPad, aunque dejó activado el del móvil para que todo se grabase y se subiese a la nube—. *Off the record*. Aunque esto no va de mí. Va de Atlas y las respuestas de su Inspector sobre su base militar.

—¿Tienes novio?

Kayla fingió ruborizarse. Y después dijo que no con la cabeza.

—¿No? ¿Cómo es posible? Con lo guapa que eres.

—Gracias —sonrió y fingió ponerse nerviosa, colocándose el pelo por detrás de la oreja—. Pero no veo en qué puede interesarte saber eso.

—En mucho —dijo arqueando las cejas—. No se ven mujeres como tú por aquí. Tienes

mucha clase... Aquí se llevan más otro tipo de chicas, de aserraderos, casinos... y esas cosas.

—¿Esas cosas? —Tenía que fingir que nada de aquel clasismo le molestaba. Pero vaya si lo hacía. Le encantaba cuando a alguien se le iba cayendo la careta y se veía el rostro que ella había perfilado. No era tan complicado saber cómo era una persona si lo veías con los ojos correctos, sin los sueños ni los arquetipos que metían a las niñas por los ojos desde que eran pequeñas.

—Sí, ya sabes... Eres muy elegante y se ve que tienes mucha educación. Es difícil encontrar a mujeres formadas por aquí. ¿Eres de Atlas?

—No. De hecho me formé en Estados Unidos. Estudié allí y viví allí.

—Oh... —dijo complacido—. Encima políglota. ¿Ves como tenía razón? Una chica culta y preparada. ¿Tus padres son de aquí?

—De madre vasca y padre americano.

—Es una combinación fuerte —reconoció.

Kayla apoyó los codos en la mesa y se acercó a él siguiéndole el juego.

—Atlas es una ciudad rica, llena de personas poderosas, y hombres y mujeres muy bien vestidos, al menos, en su centro. Es una ciudad de negocios e inversiones. ¿Insinúas que las chicas de aquí son de... baja gama?

—Tú lo has dicho. El núcleo es pequeño en comparación con las extensiones de tierra que lo conforman. La mayoría de chicas de aquí quieren cazar a los nuevos ricos que acuden en masa para explotar las posibilidades de un lugar como este. Al final, las acciones definen a todas. No parece que tengan grandes aspiraciones, más allá de encontrar al marido que las mantenga y compren sus caprichos. Cada una se pone el valor que tiene, ¿no crees?

—Cada una hace lo que puede con lo que tiene —convino Kayla encogiéndose de hombros—. O le dejan —lo miró fijamente.

Él sonrió relajado. En su actitud sabía que nada ni nadie podía hacerle daño. Se sabía muy protegido.

—Venga, empieza tu interrogatorio —la animó—. Cuanto antes acabemos, antes podemos seguir conociéndonos —le guiñó un ojo.

A ella se le removió un poco el estómago. Menudo pedante. Se le iba a cortar la digestión con las preguntas que le tenía preparadas.

—De acuerdo. El reportaje es delicado.

—Como tú. Pareces delicada. Como una flor...

Kayla guardó silencio unos segundos. Era pedante y gilipollas.

—Las mujeres pueden ser fuertes y vulnerables al mismo tiempo —le explicó Kayla corrigiéndolo como a un niño pequeño—. ¿No te gustan con contrastes?

—Las prefiero al uso. Mujeres delicadas y que sepan comportarse, no me van las marimachos. Tú eres muy femenina y... se te ve suave y mimosa.

Kayla le dirigió una nueva sonrisa, esta más falsa que la anterior.

—Verás, Inspector.

—Vini para ti, guapa. Estamos cenando juntos en mi casa —le recordó como si aquello fuera el preámbulo de algo más.

—Mis preguntas tienen que ver con la relación que hay entre casos de agresiones y abusos sexuales a mujeres en zonas donde hay Bases Militares.

Vini también sabía actuar. La pregunta no le gustó en absoluto y la única señal que lo reflejó fue un tic en la comisura de su labio.

—¿Qué tipo de estudio es ese y sobre qué está sustentado?

Kayla estaba preparada para darle una réplica adecuada a todas las contrapreguntas que tuviera. Había pasado horas intensas ese día buscando artículos sobre sucesos, y casos de denuncias que no habían tenido recorrido. Y había sacado oro.

—Sobre casos relacionados en Terracota, Monte Blanco y aquí en Atlas. —Se encargó de mencionar las ciudades en las que los Aro y sus experimentos habían campado a sus anchas. Y sí, daba la casualidad de que todas tenían bases militares—. Todas ellas han sido localidades con base militar. La de Terracota y Monte Blanco están ya cerradas, pero solo queda en pie la nueva de Atlas. En todos esos lugares ha habido muchas denuncias de casos de abusos de militares a mujeres civiles. Denuncias archivadas y sin recorrido. Desestimaron sus casos injustificadamente, dado que había pruebas lícitas de los delitos y partes médicos con pruebas evidentes sobre las agresiones sufridas y las violaciones perpetradas. Muchas otras chicas, también afectadas, retiraron las denuncias por haber sufrido extorsiones.

Vini silbó impresionado con la información revelada, pero pareció no darle importancia.

—Me sorprende. Sea como sea, que haya localidades corruptas no implica que Atlas lo sea. Atlas es la ciudad con menos blanqueo, robos, delitos de odio y agresiones machistas de todo el Norte. Tenemos una Policía muy competente. No entiendo por qué Atlas aparece en ese estudio. —Se cruzó de brazos disconforme.

—Entonces, si recibieras denuncias con pruebas sobre mujeres agredidas aquí por militares, ¿cómo reaccionarías?

—Si las recibiera, me encargaría personalmente de la investigación —aseguró muy serio—, y haría lo posible por encerrar a esos malnacidos. Odio los abusos.

Kayla parpadeó lentamente y apretó los labios, como quien no quiere revelar todo lo que sabe.

—El caso, Vini... es que contactaron con este periódico dos chicas. Aseguran haber sido víctimas de abuso por un grupo de soldados de la Base Militar de Atlas, en la misma base militar. Según dicen, acudieron al Inspector Spencer y tú, correctamente, aunque sin acompañarlas ni llamar a los servicios médicos, les indicaste que fueran primero a hacerse un parte de lesiones al hospital. El parte de lesiones era abrumador —aseguró—. Desgarros genitales, abiertas heridas por todo el cuerpo, mordiscos... Ellas admiten que eres tú quien lleva toda la investigación sobre sus violaciones. Pero llevan días esperando una reacción, y no ha llegado nada por parte de la Comisaría. Pensaba que actuabais con más celeridad sobre estos casos, teniendo en cuenta lo sensibilizada que está la sociedad al respecto.

A Vini la sonrisa se le quedó congelada en la cara y sus ojos adquirieron un brillo tenso y amenazador.

Kayla vio el momento preciso en el que su torpe coqueteo y su comportamiento altivo, mudó a uno defensivo y mucho menos amigable.

Oh, ese hombre sabía bien de lo que le estaba hablando. Y también era evidente que se había lavado las manos.

—Sé qué caso me mencionas —sonrió fingiendo seguridad—, pero las hermanas del aserradero mintieron. Dijeron que las drogaron y que no podían ser conscientes de nada de lo que les pasaba, que todo se les hizo en contra de su voluntad. El parte médico negó cualquier tipo de droga en su sangre. Dieron negativo en cannabis, en popper, en burundanga, en heroína o coca... Con una mentira tan flagrante, su investigación se echó atrás por el juez de instrucción. Además, no son fuentes fiables, ya que es altamente conocida su predisposición a dejarse ir en reuniones con... varones.

Kayla se humedeció los labios, porque aquella respuesta la amargó tanto que le reseco la paciencia.

—Un inspector de la Policía, un investigador, no debería en absoluto juzgar ni prejuzgar. Solo debería analizar las pruebas cuando son más que evidentes. —Lo estaba molestando, y sería inteligente no hacerlo, porque no quería llamar la atención. No era nadie para recriminarle nada. Así que decidió ponerse de su parte y cambiar de estrategia, porque debía salir de esa casa sin levantar sospechas ni ponerse en contra a un Inspector de la Policía. Aunque, para Kayla, era evidente que allí no se hacían las cosas como debían y que Vini o era un machista incompetente, o prefería no llevar a cabo la investigación. Como fuera, debía creer que estaba de su parte—. Sin embargo, entiendo tu postura. Hay tantas mujeres que mienten para sacar dinero a los hombres y empapelarlos de por vida, ¿verdad?

Él resopló y se relajó en demasía ante aquella observación.

—Gracias a Dios —hizo un gesto teatrero uniendo las manos en posición de plegaria—. Por un momento creí que estaba ante una de esas feminazis locas que defienden cualquier cosa solo porque tengan tetas y un coño entre las piernas. ¿No te ofendo, verdad, Mimi, si te hablo así?

—No, en absoluto —«Gilipollas cromañón y machirulo»—. Entiendo que tenéis que pasar un rasero con todas estas denuncias, solo quería saber cómo procedías ante eso.

—Las ayudé en lo que pude, les dije que fueran al hospital porque sin pruebas no hay denuncia, presenté todo al juez instructor, y ahí se quedó. No aceptada a trámite. Porque había incongruencias, dijeron que nunca les vieron las caras. —Bebió de su copa de vino y miró el plato de Kayla—. ¿No tienes hambre? ¿No has comido nada?

—Solo un par de California Rolls —dijo Mimi—. No suelo cenar mucho... —Mentía, pero es que ese hombre le cortaba el apetito.

—Con razón.

—¿Con razón qué?

—Con razón tienes ese cuerpo... —apreció abiertamente—. Debes cuidarte mucho y hacer sacrificios. Para presumir, hay que sufrir. Yo también me cuido mucho.

—Se te nota, Vini. —Se lo estaba volviendo a ganar.

—Gracias.

—Es curioso porque, tanto en Terracota, como en Monte Blanco y también en Atlas, hay algo más en común, además del aumento de denuncias sin tramitar de este tipo.

—¿El qué?

—Hay un aumento de ingresos graves por mordeduras de perro... Todas en mujeres. Y en estas localidades también ha habido un aumento de vacunas antirrábicas. ¿Eso lo sabías?

—No tenía ni idea —aseguró.

—Un total de sesenta mujeres, todas en el mismo rango de edad, entre dieciocho y treinta años, han muerto entre las tres localidades en los últimos dieciséis años —Kayla revisaba la pantalla del iPad. Lo tenía todo perfectamente hilado y planteado en su hoja de apuntes—. Un diez por ciento de esas mujeres, habían interpuesto denuncias por lesiones y abusos. ¿Y quieres saber lo más increíble? No se ha podido contactar con ninguna de ellas porque... —Kayla retiró sus ojos gatunos de su pantalla y los clavó en Vini—. Han muerto por una infección.

—¿Infección? ¿Qué tipo de infección? —Se bebió toda la copa de golpe y abrió y cerró los dedos de su otra mano como una compulsión nerviosa.

—La rabia. Me pregunto cómo puede ser que en ciudades que hayan tenido bases militares de alto rendimiento como esta, haya tantos casos de rabia. Y que nunca se haya emitido noticia

alguna sobre ello.

—Son tierras montañosas —abrió los brazos con evidencias—. Hay perros salvajes y sueltos por todas partes.

—Sí, eso mismo he pensado yo... —murmuró destensando de nuevo la conversación—. Las Bases Militares también tienen perros adiestrados, aunque no creo que ninguno atacase a ninguna civil con saña. Los cuerpos de Jenni y Susana han sido muy maltratados... Y algunos valores de sus análisis salen alterados, como si estuvieran procesando una infección.

—No tengo nada que decir sobre eso. Los análisis de esas dos chicas están claros.

—¿Y ante la denuncia de la desaparición de la señorita Sandra Pairo? ¿Has confirmado que haya desaparecido?

Vini se incomodó y la miró con seriedad, sin camuflar lo que empezaba a pensar de ella.

—Sandra hace días que está desaparecida. Y sí, hemos activado el protocolo de búsqueda.

—¿Ah, sí?

—Claro.

—Pero no está en la base de datos de personas desaparecidas...

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué querrías involucrarte tanto en redactar un reportaje sobre algo tan delicado como el ejército y sus bases militares? Parece que tienes una prometedor carrera por delante como periodista.

Ese era un método de psicología oscura. La estaba amenazando y advirtiéndole, pero sin hacerlo directamente.

—¿Crees que me metería en un lío si sigo adelante con este reportaje?

Él puso cara de evidencia.

—El ejército tiene mucho poder en cualquier país. Es el brazo duro del Gobierno. No creo que te merezca la pena jugártela tanto por dos chicas de Atlas conocidas por ser fáciles. No busques más allá. Creo que querían pasárselo bien en esa fiesta, encontraron a un grupo de chicos con ganas de pasárselo tan bien como ellas, y decidieron experimentar. Si les gusta el sexo duro y el *hardcore* y acceden a jugar a eso, después que no se quejen. Fueron víctimas de sus propias demandas. Las mujeres de verdad no se echan para atrás y las damas jamás van a esas fiestas —arqueó las cejas haciéndole entender lo que quería—. ¿Comprendes lo que te digo?

Kayla tuvo que morderse la lengua para no escupirle ahí mismo y decirle todo lo que pensaba. Ni Jenni ni Susana iban a ese evento para que las violasen unos bestias. Nadie iba a un lugar así, dispuesto a sufrir ese abuso. Y deberían encerrar a ese hijo de puta solo por pensarlo. Vini Spencer jamás debió ser inspector de Policía, pero Kayla comprendía que estaba ahí porque sus padres tenían una posición de poder en esa ciudad. Debía ser por eso, de lo contrario, no entendía que cualquiera pudiera sacarse unas oposiciones, pasar una entrevista psicológica y, siendo un misógino y un clasista asqueroso, convertirse en inspector jefe de una ciudad como Atlas.

—Tienes razón. Supongo que no merece la pena —dijo Kayla finalmente.

—Y sobre lo de Sandra... esperamos encontrarla.

—Estoy segura de que harás un buen trabajo —mintió.

—Oye —Vini estiró la mano por debajo de la mesa y la posó en su rodilla. Y de nuevo Kayla volvió a sentir aquella sensación de angustia y de rechazo al contacto de su piel—. ¿Y si nos relajamos? Déjame subir arriba a mi habitación y ponerme ropa más cómoda y tú de mientras me

esperas aquí abajo. Y cuando vuelva seguimos con... otro tipo de entrevista —le dirigió una mirada sátira a su boca—. No sé qué tienes, Mimi, que no puedo dejar de mirarte esa boca...

—Será el *gloss* —dijo haciéndose pasar por tonta. Tenía que dejar atrás sus preguntas agudas. Y cuando él subiera, saldría de ahí cagando leches. No pensaba estar ni un rato más en esa casa, en compañía de ese cabrón que, de bien seguro, encubría muchas de las cosas que allí pasaban. Ella suspiró y le hizo una caída de pestañas que sabía que lo afectaría—. ¿Sabes qué? Creo que sí me tomaré una copa.

—Buena chica —Vini le sonrió sintiéndose un triunfador y se levantó de la mesa para subir las escaleras corriendo mientras le decía—: No te muevas de ahí. Bajo en cinco minutos.

—Aquí estaré —contesto Kayla tomando la botella, dispuesta a hacer el paripé de llenarse la copa vacía.

Kayla esperó a que Vini desapareciese de escena para tomar su iPad y su bolso y, sin hacer mucho ruido, disponerse a irse de esa casa. Pero cuando llegó a la recepción, advirtió una imagen sobre el mueble de entrada, en un marco de fotos blanco en el que no se había fijado al entrar. Era una fotografía de un grupo de personas. A Kayla no le habría llamado la atención si no fuera porque en esa foto se encontraban Ari y Dan, más mayores de lo que los recordaba. La última imagen que Kayla tenía de su padre era de dieciséis años atrás. En esa imagen su hermana tenía el pelo corto muy extremado, casi a lo chico, y su padre el pelo rizado y muy canoso, con la piel arrugada y su inconfundible bigote igual de ceniciento. ¿De cuándo era la fotografía? ¿De antes de morir?

Kayla hizo una foto rápidamente con su móvil a ese marco y se lo guardó en la americana. Se dispuso a salir de ahí, abriendo la puerta, pero el capullo la había cerrado con llave.

—Es de mala educación irse sin despedirse, señorita Mimi.

Kayla se dio la vuelta rápidamente, pero Vini la estampó contra la puerta con su fornido cuerpo y le puso el antebrazo en el cuello.

—Lo siento, pero no te puedes ir. Vamos a mi habitación. Esta vez, las preguntas las hago yo.

Capítulo 9

Le estaba presionando la tráquea con la garganta, y a Kayla se le saltaron las lágrimas. Pero no iban a volver a intimidarla así. No era tonta. Sabía que se podía meter en un lío encarando directamente al Inspector al cargo del caso de Jenni y Susana. Sabía que su irrupción podría incomodarlo y que puede que no le interesase demasiado que ella estuviera por allí rondando. Y, aunque no esperaba una reacción tan agresiva y directa por su parte, era la clara prueba de que Vini sabía que lo que hacía lo estaba haciendo mal. Y que era él el lado corrupto. Y Kayla se había preparado mentalmente para esa revelación.

Por eso metió la mano en el bolso y sacó el spray pimienta que llevaba por «si acoso», como pudo.

Vini era muy fuerte, imprimía mucha presión a su tráquea.

—Vamos arriba a mi habitación, que te enseñaré modales y me contarás quién eres y por qué haces esas preguntas... Me gustan las chicas listillas como tú.

—Así que... sabes de qué te hablo...

—Sí, y es una pena que una chica como tú tenga curiosidad por ayudar a ese tipo de mujeres. Jenni y Susana se buscaron lo que les pasó. Y... Sandra... ya no está viva, querida.

—¡Lo sabía!

—Arriba —dijo él sin más—. Veamos si puedo hacerte lo mismo que a tus amigas...

Kayla alzó la mano y presionó el botón del spray, pero el líquido pulverizado solo le dio de refilón al Inspector, aunque lo suficiente como para hacerlo retroceder y gritar de la incomodidad.

—¡Hija de puta! —clamó llevándose los dedos a los ojos—. ¡No vas a salir de aquí!

Ella buscaba las llaves de la puerta de entrada. Necesitaba abrir y escapar, pero no las veía por ninguna parte. Abrió los cajones del mueble y ni rastro de las llaves.

—Déjame salir de aquí, Vini —le pidió.

—Ni hablar, perra.

Entonces, se le echó encima de nuevo, con los ojos irritados y enrojecidos, y la encañonó con una pistola que llevaba detrás del pantalón.

—No te muevas y deja de hacer la estúpida. Vamos, arriba —cerró su puño alrededor de un grueso mechón de su melena y la arrastró para dirigirse a las escaleras de la casa.

—¡Suéltame!

Sin embargo, se escuchó un estruendo de cristales rotos en el salón, que hizo que Vini se detuviera en seco.

—¿Qué coño pasa? —gruñó.

Y lo que pasó, fue familiar para Kayla. El bramido atronador de una bestia desquiciada congeló la sangre de la joven.

—Como te muevas de aquí te pego un tiro —la amenazó Vini.

Ella se quedó inmóvil, temblorosa porque sabía que si no salía de allí, Vini o lo que había entrado, le haría algo terrible.

El Inspector soltó a Kayla y se dirigió hacia el salón con la pistola por delante, sujetándola con ambas manos y anclando bien los codos.

La sorpresa fue mayúscula cuando una bestia apareció ante ellos, con unas garras curvas y largas por uñas, el cuerpo deformado por músculos y huesos demasiado grandes, y un rostro contrahecho que ya no tenía nada de humano. A Kayla le recordó a la bestia que la atacó en El Mirador, cuando empezó toda aquella pesadilla para ella.

Si alguna vez llevó pantalones, era solo unos harapos colgando de su cintura. Sus piernas eran velludas y desproporcionadas, como sus pies, parecido a los de un lobo. Era una visión terrorífica.

Vini gritó y encañonó a la bestia. Estaba tan sorprendido como ella. Por su reacción, Kayla hubiese jurado que era la primera vez que veía a uno de esos, aunque sabía lo que eran. No había duda.

—¡No puedes estar aquí! —le gritó Vini. Las manos le temblaban como unas castañuelas.

La bestia posó sus ojos inyectados en sangre, muy rojos, en Kayla y se dirigió hacia ella, mientras pasaba su lengua larga y babosa entre sus hipertrofiados labios. No sin antes agarrar a Vini por la cabeza y separarla de su cuerpo, como quien desmonta un lego. Lo había matado. Lo había matado en un parpadeo. En una décima de segundo. La sangre de Vini había salpicado por todas partes, incluso había alcanzado el rostro de Kayla. Dios mío, qué atrocidad...

Kayla empezó a retroceder, y arrancó a correr, a tropezones, porque los tacones se resbalaban por el parqué y no dejaban que se moviera fácilmente, hasta que acabó cayendo al suelo.

Se dio la vuelta, caminando como los cangrejos. La bestia dio un salto y se encaramó sobre ella aguantándola por el hombro y clavándole una de las uñas a la altura del acromion, rasgándole el músculo.

—¡Ah! —El grito que dio fue sobrecogedor.

Ese bicho la iba a matar allí mismo y cerró los ojos porque sabía que no podía luchar contra él. Sus colmillos y su boca abierta dejaban ir un líquido baboso y mal oliente que le revolvía el estómago.

Apartó la cara porque no quería ni mirar.

Iba a morir allí mismo, asesinada por algo irreal, algo que nada ni nadie conocería. Un invento genético de su padre. Su curiosidad había sido una trampa mortal para sí misma.

Y, entonces, pensó en Hunter. No supo bien por qué, en ese momento, la imagen de Hunter cruzó su mente.

¿Él sería su último pensamiento? Tuvo la incómoda sensación de que no podía no volver a verlo. Que si todo acababa ahí mismo, sería una verdadera lástima. Sus ojos derramaron lágrimas de dolor, frustración y agonía y, antes de que el monstruo la mordiese, echó el cuello hacia atrás y gritó:

—¡Hunteeeeeer! —Hasta quedarse ronca.

En ese instante, como si la hubiese escuchado, Hunter apareció tras la bestia y lo agarró por el cuello haciéndole un mata león, apartándolo del cuerpo de Kayla.

¿La había oído?

Ella volvió a quedarse inmóvil, observando al luperco salvarla por segunda vez de un quimera.

Hunter obligó al quimera a colocarse de rodillas, asfixiándolo con sus musculosos brazos, y después, una mano traspasó el pecho del quimera, desde la espalda en adelante, y sujetó entre sus dedos su corazón.

El quimera quedó inerte entre los brazos de Hunter. Una vez sin vida, Hunter tiró al suelo el cadáver del monstruo y después lo colocó boca abajo.

—Asher —ordenó con voz serena y los ojos fijos en Kayla—. Hazte cargo de este. A ver si su circuito nos sirve.

El de pelo rasurado que no hablaba apareció en escena y miró a Kayla con preocupación, como si temiese que le hubiesen hecho demasiado daño. Después se acuclilló para inspeccionar al quimera y con una navaja que extrajo de su cinturón, le hizo un corte en la parte posterior del cráneo, para sacarle una placa diminuta parecida a una tarjeta de memoria. La guardó en un recipiente de plástico del mismo tamaño y se lo guardó en el bolsillo.

Hunter ocupó todo el campo de visión de Kayla y la tomó en brazos con expresión furibunda.

—Te encanta meterte en problemas.

—¿Cómo... cómo sabías?

—Yo lo sé todo.

—El... el inspector sabe que...

—No digas ni una palabra ahora —Hunter había clavado sus ojos plateados en la herida de su hombro—. Hay que irse de aquí, rápido —miró a Asher y dijo—. No dejes huellas.

El de pelo oscuro y rojizo lo miró despectivamente. Como si alguna vez lo hubiera hecho, pensó Asher.

—¿Qué... qué vais a hacer? —quiso saber Kayla.

—Irnos de aquí. Esto va a arder.

—Pero... No podemos irnos... Esto no está bien. Aquí...

—Joder —la miró disgustado—. Te vienes con nosotros. Ya no te puedes quedar aquí sola.

—Pero yo... —Kayla tenía los ojos llenos de lágrimas, derrumbada por la angustia y las emociones—. No puedo irme...

—No —volvió a interrumpirla él—. Claro que te vas a ir. Y te vienes conmigo. Atlas es demasiado peligroso para ti. Además —entornó la mirada para observar la herida abierta de su hombro—. Estás herida. Hay que curarte.

—Hunter... —suplicó asustada—. ¿Me estás secuestrando otra vez?

—Te estoy salvando por segunda vez. Y no va a haber una tercera, eso te lo aseguro. Esto no es un juego, Kayla. Para ti ha acabado tu aventura como Sherlock Holmes —aclaró avanzando por el salón hasta asomarse al jardín. Había un muro de dos metros que delimitaba su parcela, pero Hunter no tuvo ninguna complicación para impulsarse sobre sus talones y saltarlo sin más, con ella en brazos—. Te hemos dejado hacer. Hasta ahora. Y es evidente que no vamos a dejar que te expongas más, porque al final nos vas a exponer a nosotros. —Hunter se detuvo frente al Defender, y abrió la puerta trasera. Yael estaba esperando frente al volante. Se metió en el coche con Kayla y la sentó sobre sus piernas, dándole cobijo—. La ha herido —dijo enfadado.

—Ya veo —murmuró Yael observando la incisión desgarrada del hombro de Kayla por el espejo retrovisor—. No parece demasiado grave, pero hay que revisarla.

El maletero del coche se abrió e hizo que Kayla diera un respingo sobre el cuerpo de Hunter.

—Tranquila, es Asher. Está cargando los cuerpos sin vida del quimera y de Vini —Hunter abrió la ventanilla con un botón y Asher se asomó con una manta oscura en las manos. Se la dio a Hunter para que cubriese el cuerpo de Kayla con ella—. Gracias, tío.

A ella los dientes le castañeteaban, y su menudo cuerpo se estremecía contra el de Hunter. Había perdido un zapato de tacón y tenía un pie desnudo. Era muy bonito y pequeño, comparado con el de Hunter.

Asher acabó de cubrir los cuerpos mutilados de las dos víctimas con otra manta y cerró el maletero, cuidando de que nadie los viera ni llamasen demasiado la atención. Por suerte, en aquella zona no había casas, excepto la de Vini, y se habían encargado de *hackear* sus cámaras por si a alguien se le ocurría revisarlas para descubrir qué había pasado.

—Él se encargará de no dejar ni un cabo suelto —le explicó Hunter arropándola mejor con la manta.

—Hunter... —lo miró desolada. Su vida era un caos y ya no sabía ni quién era ni qué debía hacer—. No quiero esto. No... no puedo más —reconoció rompiéndose contra él, desconsolada.

Él sintió ternura y compasión hacia esa chica. Era normal que estuviera asustada y que no supiera qué estaba haciendo o qué iba a ser de su vida. Pero era un riesgo mayor que siguiera por ahí haciendo la guerra en solitario. Además, no pensaba dejarla sola nunca más. Se le habían ido años de vida al ver entrar al quimera rompiendo la cristalera de esa casa. Y, eso que lo esperaban pero, su lobo se asustó mucho al saber que Kayla estaba tan expuesta y en peligro.

—Lo que quieras ahora ya no importa —dijo él retirando los mechones de pelo de su cara—. Es demasiado peligroso.

—Mi vida... mi vida se ha ido a la mierda. No sé qué está pasando.

—Estás viva. Agárrate a eso. Ahora no hay que hacer lo que tú quieras, hay que hacer lo adecuado y lo mejor, y lo mejor es lo que te mantendrá a salvo. Por eso te vienes conmigo. Y no puedes hacer nada para evitarlo.

La casa de Vini empezó a arder a una velocidad vertiginosa. El fuerte viento que se levantaba a ráfagas en esa zona hizo el resto. La casa estaba aislada del bosque, y lo distanciaba en mucho de las arboledas colindantes, por eso sabían que no se extendería.

Asher entró en el coche y se sentó en el asiento de copiloto y dirigió una última mirada triunfante a la propiedad que ardía en llamas.

El coche salió de allí derrapando a toda velocidad, mientras en la lejanía dejaban una gran llamarada en el horizonte.

Kayla se quedó en silencio y acabó por aceptar su sino en ese momento. No iba a luchar contra ellos. Ya era la segunda vez que Hunter la libraba de un destino peor y mucho más violento del que él había preparado para ella en sus inicios.

Ahora, esos tres hombres eran sus cómplices y también los únicos no solo con las habilidades suficientes como para enfrentarse a los quimeras, sino también los únicos que sabían lo que hacía su padre y cómo detenerle.

—¿Cómo sabías...?

—Del mismo modo que supe dónde estabas antes. Es tu olor, Kayla. Y tu olor también ha atraído al quimera y ha hecho que ese hijo de puta de Vini haya estado empalmado toda la noche teniéndote cerca —Y aquello no le había gustado nada—. No solo afectas a los lobos —sonrió sin ganas.

Ella no podía comprender aquella sentencia sobre su esencia ni sobre su olor, pero estaba demasiado cansada como para pensar en ello.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kayla frotándose la nariz con la punta de la manta.

—A *Otsagabia*. Ahí tendremos tiempo para pensar y meditar en nuestros siguientes movimientos. Lejos de los tentáculos de Atlas, La Fábrica y los Aro. Tenemos que replantear

algunas cosas que la famosa y seductora periodista Mimi Regir ha destapado para nosotros.

Lo dijo con un tono punzante. Ella no iba a responder a la puya.

Si algo de lo que había estado investigando como una loca maníaca durante ese día les había servido de algo a esos hombres, entonces, no lo estaba haciendo tan mal. Pero si ellos habían oído algo de lo que le había echado en cara al inspector, era porque tenían ojos y oídos...

—Me habéis puesto micros, ¿verdad?

—Sí. Y también *hackeado* tus aparatos.

—Porque no os fiabais de mí. Dudabais de que fuera realmente inocente —asumió sin fuerzas para enfadarse.

—Sí a todo —dijo sin ocultar sus intenciones.

—¿Y me lleváis en calidad de rehén, otra vez?

—No. Como... invitada —dijo con seriedad—, y testigo protegida.

—No sois policías. No tengo nada de lo que deba defenderme o debáis protegerme.

—Que después de haber sido atacada por un quimera por segunda vez creas que no tienes nada de lo que protegerte, hace que piense que no eres tan lista como pareces. Somos la única justicia que te encontrarás para enfrentar a la Fábrica y a lo que están haciendo allá por donde pasan. Nadie más se involucrará en algo así. —Su tono fue estricto y severo—. No miento cuando digo que tu olor es demasiado atrayente. No es normal. Y somos los únicos que te pueden resguardar no solo de los inventos de tu padre, sino también de tu padre, Kayla.

—No sé de qué me estás hablando, ya os dije que no tengo relación ninguna con mi padre... ¡*Arhg!* —la herida le dio una punzada terrible y se encogió de dolor.

Hunter presionó la incisión con su palma y le dijo:

—Ya hablaremos. Ahora, relájate. Vámonos ya a Otsagabia —urgió a sus hermanos golpeando el asiento con la mano—. Hay que revisarle la herida.

Kayla nunca había oído hablar sobre un lugar con ese nombre. Normal, dado que no conocía toda la geografía del mundo.

Iría allí porque no tenía otra opción ni ninguna otra salida. Era evidente que estaba en manos de los Lowell.

Y estaba segura de que no estaba en peores manos que las humanas de Vini o las mutadas de los quimeras. Y, aunque tampoco eran las mejores manos, los lupercos eran los únicos que, sabiendo que ella tenía sangre Aro, la estaban ayudando a sobrevivir en un mundo de fieras.

Otsagabia era un paraíso para ellos. A casi cuatro horas de Atlas, aquel pueblo de montaña era el refugio de los Lowell.

Allí se sentían resguardados y respaldados por todos los habitantes del pueblo. No era un pueblo muy popular y así debía seguir, aunque fuera hermoso, pintoresco y con un encanto bucólico más que especial. Era el lugar perfecto para ir de escapada, perderse entre sus espesos bosques y altos cerros, o encerrarse y escribir una novela de fantasía y misterio en una cabaña con los enseres justos para sobrevivir, sin agentes externos que pudieran distraer a los inquilinos.

Las casas estaban construidas en las estivaciones de la montaña, y eran todas parecidas en cuanto a los materiales que se habían usado en su elaboración. De estilos ceretanas, rústicas en el centro del pueblo, y en derredores todas con amplios jardines.

Allí, en Otsagabia, los Lowell habían aposentado su centro neurálgico de operaciones. Allí se habían ocultado después de su estancia en Francia, y desde donde habían empezado a seguir el rastro a los Aro, mientras proseguían con su formación personal, convirtiéndose en los hombres que hoy eran.

Hacía unas horas que habían llegado.

Kayla se había quedado dormida en brazos de Hunter, en el interior del coche. Sentirla así, confiada y rendida contra él, había sido mágico. Hunter se había recreado en su olor, en su pelo, en su cuerpo duro y blando en las zonas donde debía serlo... Debía cuidarla. Esa chica necesitaba que se hicieran cargo de ella en ese momento, y Hunter estaba deseando ser ese apoyo.

Al llegar a la casa principal del pueblo, la subió a su habitación y la acostó en la cama. Le quitó toda la ropa, menos la interior, aunque le costó horrores dejársela puesta. Su instinto posesivo y territorial odiaba oler a Vini en ella, odiaba que la hubiese tocado, y no soportaba que el quimera la hubiese herido.

Se había vuelto loco con aquella situación. Sabían que Kayla sería un señuelo para el quimera y sospechaban que tarde o temprano podía aparecer, pero no intuían cómo de metido en el ajo estaba el inspector. Ahora ya lo comprendían casi todo. Solo quedaba un cabo suelto en toda aquella locura, y la clave la tenía Kayla.

Hunter se pegó a su espalda y la rodeó con los brazos, con cuidado de no rozar su herida que Yael había podido limpiar y desinfectar en un parón del trayecto mientras ella continuaba durmiendo.

Solo así, rodeándola, se pudo tranquilizar. Cerró los ojos agradecido y sorprendido de todas las emociones que esa mujer valiente despertaba en él y en su animal.

Allí nadie la haría daño. Y ellos podrían liberarse un poco y reorientar sus investigaciones a lo que sabían ahora sobre Kayla y sobre todo lo que ella había conectado. Había puntos que entender y aclarar, pero conocían muchas más cosas ahora sobre la Fábrica y cómo actuaban los Aro, que días atrás.

Y debían agradecerse a la tenacidad y la inteligencia para asociar que tenía esa joven de ojos de gata. A Hunter no le sorprendía que fuera una buena detective privada. Tenía todo lo que requería para realizar una buena investigación.

Inhaló su aroma profundamente y, poco a poco, cerró los ojos, pegándola mucho a su cuerpo. Qué bien se sentía así, imantado a ella e irradiado por su piel suave y caliente...

Bendita mujer que olía a hogar y a todo lo que él quería cuidar y poseer.

Kayla abrió los ojos y los fijó en las puertas de madera que daban a un amplio jardín que ella desconocía. Había amanecido.

Sintió los brazos de Hunter a su alrededor, su calor y su cuidado... La estaba sujetando sin fuerza, pero con miedo a que se escapase.

Todo en esa habitación era bonito y muy moderno. La estancia era muy amplia como la alcoba de un rey, y tenía todas las comodidades y los lujos que se le suponía a alguien acomodado y con recursos.

Y olía a él... olía a Hunter. Era increíble porque, solo con eso, se relajaba. Su cuerpo estaba

despertando otra vez a esa extraña fiebre que embotaba su mente y sus sentidos. Tal vez era por la herida del hombro. Puede que se le estuviera infectando... Pero volvía a notar el calor, el sofocón, esa sensación en el útero, y empezaba a tener pequeños espasmos. Le entraba pánico solo con imaginar que volviera de nuevo a experimentar toda esa agonía física.

—¿Hunter? —dijo con voz ronca y temblorosa.

—Te huelo, Kayla —le dijo al oído—. Sé que estás empezando otra vez un nuevo ciclo de fiebre...

Ella se quedó muy tiesa entre sus brazos.

—Relájate, no voy a hacerte nada... aún.

—Deja de decir que me hueles. Tengo la sensación de que apesto.

Sintió cómo él sonreía contra su nuca.

—No hueles mal para nada. Tus feromonas son un aroma delicioso para mí —Hunter pegó su pubis contra su trasero y Kayla abrió los ojos pasmada al sentir su erección.

Ella se mordió el labio y ocultó el rostro en la almohada. ¿Era así de grande? ¿Hunter de verdad era así de enorme? No. Eso no podía ser.

Era incomprensible que sintiera esa atracción hacia él o que pensara en algo más que no fuera que acababan de atacarla horas atrás. Pero mentiría si dijera lo contrario. Se había quedado dormida encima de Hunter en el coche, relajada con solo escuchar el latido de su corazón, arropada por sus brazos, un lugar que, sin duda, era muy cálido y todo un refugio inesperado.

Y ahora, al despertarse, volvía a tenerlo junto a ella.

¿Por qué se sentía protegida allí entre sus brazos? Era como si le recargase las pilas. Se miró el hombro y se dio cuenta, no solo de que tenía un parche de gasa cuadrado; además, estaba en ropa interior.

Se estaba volviendo loca. ¿Estaban piel con piel? ¡¿Él también llevaba ropa interior?! Su cuerpo era tan cálido... Y aquellas mantas de color borgoña que los cubrían eran tan suaves... Sin embargo, más allá del aturdimiento y la sorpresa, no se olvidaba de lo sucedido. Recordaba todo perfectamente: cómo Hunter la había salvado, cómo la casa de Vini había ardido... Y aun así, entre toda aquella destrucción, aún había espacio para sentirse bien con él, en esa cama.

Pero no era real. Nada de eso era real. Solo eran reacciones químicas a unas feromonas. Y ella no pensaba ser víctima de algo que no había elegido.

—Necesito más droga de esa... —apretó las piernas con fuerza—. Más hormonas exógenas. Lo de ayer al mediodía no puede volver a pasar... No quiero volver a sufrir así.

—No vas a recibir más. Lo siento.

Ella se tensó por la respuesta tan tajante.

—No puedes obligarme a hacer nada. No puedes dejar que vuelva a ponerme de ese modo... Es inaguantable.

—No te obligaré. Ni tampoco permitiré que sufras. Pero tú vas a pedir mis cuidados, Kayla. Llevas mi marca, tienes mi mordisco, y todo tu cuerpo reacciona a mi cercanía. Y yo a la tuya. Tienes que asumir que las cosas han cambiado en ti y en tu vida.

—No sé por qué me está pasando esto. No quiero esta vida... No quiero estas sensaciones —admitió acongojándose de nuevo.

Hunter cerró los ojos dolorido al sentir el rechazo tan abierto de Kayla. Su lobo no estaba acostumbrado a esas negativas ni a desear tanto con tanta fuerza. Pero él tampoco. No sabía sobrellevarlo. Le enfadaba que Kayla tuviera tanto miedo de su propia atracción y su propio deseo.

—¿Esta habitación es tuya? —sorbió por la nariz—. Todo huele a ti —Kayla se ovilló e, inconscientemente, pegó su espalda más a Hunter.

Y a él, le decía esas cosas, y se enternecía e intentaba ser todo lo comprensivo y empático que no había sido nunca. Las cosas se hacían a su manera siempre. Porque era el *Alpha* dominante del clan Lowell y tenía mucha responsabilidad sobre sus hombros. Pero Kayla era una cosa dulce y honesta que le tocaba la fibra más de lo conveniente. Y admiraba su valor y sus agallas. La respetaba. Y, al mismo tiempo, lo ponía demasiado cachondo.

—Sí. Es mi habitación. Estamos en nuestra casa. En Otsagabia.

—¿Qué nombre es ese?

—Se llama así. Lo bautizamos nosotros. Significa: nido de lobos en euskera.

Ella sonrió sin fuerzas. Debía haberlo supuesto.

—¿Vivís los tres juntos aquí? —se cubrió medio rostro con parte de la manta. Oh, es que ese aroma la deshacía...

—Sí. Esta casa es muy grande y hay lugar para todos.

—En manada —entendió. Si eran lobos, les gustaba vivir así, ¿no?

—En comunidad.

Kayla se removi6 nerviosa y lo miró por encima del hombro.

—¿Y por qué estoy en tu habitación y en ropa interior?

Él le dirigió una mirada brillante y clara, tan plateada que parecía salido de un sueño, y ella tuvo que tragar saliva para no perderse en esos ojos. Hunter la enmudecía con su atractivo sobrenatural, porque aquella belleza poco tenía de humana.

—Porque es así como se duerme —contestó él dedicándole una sonrisa abierta y perfecta, de blancos dientes y un profundo surco en la barbilla—. Y es aquí, en mi nido, donde dormirás mejor. Dormiremos mejor juntos, Kayla.

—No tiene ningún sentido —reconoció abrumada, volviendo la mirada al frente, al balcón y a su horizonte claro y despejado.

—¿El qué?

—Nada. No tiene ningún sentido este lugar, Atlas, estar aquí contigo, sentirme así... Me siento muy insegura y muy desubicada. No sé qué se supone que va a ser de mí ahora.

—Todo pasará. Estás viva, que es lo más importante. Pero no puedes volver a irte sola, ni puedes irte de aquí.

Kayla cerró los ojos y se dejó llevar por la tonalidad calmante en la voz de Hunter. Era absurdo, pero su contacto y su voz la hacían sentir mejor, aunque estuviera encerrada.

—Me dijiste que no iba a ser una rehén.

—Y no lo eres —aseguró pasándole la mano por el muslo desnudo—. Puedes salir a la calle y al pueblo. Pero no puedes irte de aquí sin mí.

Ella se estremeció y suspiró. Se parecía mucho a estar constantemente vigilada.

—Hunter... Eres algo que no entiendo. Un ser sobrenatural... que desciende de mitos...

—Sí —afirmó sin titubear—. Soy todo eso.

—Me mordiste creyendo que era tu enemiga. Y te equivocaste al meterme esas hormonas que me enloquecen. Pero no entiendo lo que pasa... Me dijiste que con el tratamiento de hormonas esteroideas mi necesidad acabaría desapareciendo. Pero no desaparece... —gruñó roja como un tomate—. Creo que ya vuelve a estar ahí. Dame más tratamiento y haz que esta sensación se vaya para siempre.

Él parpadeó lentamente.

—No se te va a ir, Kayla.

Ella se quedó en silencio, con la vista perdida al frente, al paisaje que veía sin ver.

—¿Por qué no? ¿Qué significa que no se me va a ir?

—Lo del tratamiento te lo dije antes de saber lo que sé ahora —posó sus labios en su nuca y le dio un suave beso en la piel, que ella recibió con un temblor tímido.

—Para, Hunter. No hagas eso...

—Ya te he besado antes y hemos hecho más cosas...

—Me cogiste por sorpresa.

—Y te gustó.

—Cállate —esa historia entre ellos le parecía cada vez más inverosímil y atípica, nada que ver con convencionalidades de ningún tipo. Y lo más raro era que ella pudiese sentirse tan cómoda en su presencia. Y era una comodidad que confundía, porque también la ponía nerviosa y la hacía estar en alerta activa—. No tenemos una relación de ese tipo. Somos completamente desconocidos.

—Eso se soluciona rápido.

—Quiero más droga —cortó su dulzura y su coqueteo de cuajo—. No puedes dejar que eso vuelva a pasar... No es sano ni natural.

Él sonrió contra la piel de su nuca y sus ojos brillaron peligrosamente. ¿Sano y natural? Kayla no era consciente de lo mucho que iba a cambiar su vida desde ese mismo instante en el que la tenía bajo su cuidado.

—¿El sexo no es sano y natural?

—¿Entre especies? —se rio sin ganas—. Eso tiene un nombre: zoofilia. No me va eso.

Aquel comentario fue demasiado despectivo, y prefirió no tomárselo en serio y pensar que sus palabras eran solo fruto del miedo y de la ignorancia.

—El tratamiento no funciona contigo.

—¿Por qué no?

—Creo que va siendo hora de que te cuente algunas cosas. Ya sé por qué causas tanto efecto en mí, ya sé por qué me pones así de caliente y por qué siento esta necesidad física... Mi lobo te ha marcado porque eres especial. Pero tú no lo sabes. Que tengas esa necesidad y que el tratamiento no funcione contigo solo significa que me he anudado a ti. No te puedo dejar marchar porque mi lobo no te lo va a permitir. Mis hermanos ya lo saben. Y yo también. Eres mi compañera, Kayla.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos y se quejó al sentir el dolor de la herida, pero su cara solo reflejaba pasmo y estupefacción.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Eres mi compañera.

Ella osciló las pestañas muy lentamente. Su cerebro procesó esa información como pudo, pero no podía encajarla en ningún lugar. No había ni un rincón ni un cajón adaptado para esa inverosímil idea que el atractivo luperco le estaba planteando. Así que dejó caer la cabeza hacia atrás, mirándolo de reojo con sus ojos felinos claros e inteligentes teñidos de descreimiento y soltó una carcajada que le salió de lo más profundo de su alma.

—¿Que soy tu compañera? ¿Compañera de qué?

—Compañera emocional, de vida.

—¿La compañera de un luperco? ¿Estás loco?

El rostro de Hunter estaba tallado en piedra en ese instante. Asumía que Kayla no creyese ni

una palabra. Se incorporó y apoyó su ancha espalda en el respaldo de la cama, cruzándose de brazos.

—Asumes que existen lupercos y quimeras, que puede que tu padre y tu hermana estén vivos y que mi cercanía provoca cambios en ti. Pero no aceptas que yo pueda ser tu compañero.

—¿Tu compañera? —repitió—. ¿Yo? ¿De qué hablas, Hunter?

—Cuando los lobos elegimos a una compañera la elegimos para toda la vida. Nuestro lupercos muchas veces se adelanta a las necesidades del hombre y decide con quién quiere estar mucho antes de que seamos conscientes. Nos reconocemos por el olor. Por nuestras feromonas, que son tan especiales que nos embotan la mente y las emociones. Mi lobo te mordió y te reclamó —lo dijo como quien daba el tiempo, y eso enervó más a Kayla.

—Es imposible que seas mi compañero y que yo sea nada tuyo —seguía riéndose, porque no le salía llorar más—. Me estás mintiendo.

—No miento.

—Claro que lo haces —dijo esta vez más seria, poniéndose de rodillas sobre el colchón, mirándolo de frente—. Sois lobos, ¿no? Sois leales y fieles. Y elegís a vuestra compañera de por vida.

—Sí, así es —Allí, con su ropa interior, su pelo suelto, su cuerpo y parte del maquillaje aún con el que había ido a cenar con Vini, Kayla le parecía demasiado seductora y peligrosa para él. Y estaba deseando ponerla al límite y dominarla.

—Si hubiese sido tan importante para ti, no me hubieras dejado libre ni sola... Tu lobo no estaría tan loco de ponerme en peligro. No tiene ningún sentido. Dices que mi olor atrae a hombres, quimeras y lupercos... Me lo has dicho —lo señaló desafiándolo a que la rebatiera. Pero era imposible.

—Sí —contestó mirándola fijamente.

—Si es verdad que emito ese tipo de olor... Sabías que podían venir a por mí y no creo que eso gustase demasiado a un lobo vinculado... —su rostro mutó poco a poco a uno de mayor comprensión cuando entendió lo que eso significaba. Y se sintió decepcionada—. Me habéis dejado que me fuera como señoelo —entendió con desprecio—. Contabais con eso, ¿verdad?

—Sabíamos que no ibas a irte. Así que dejamos que te movieras a tus anchas, pero controlándote, claro.

—Porque esperabais que me reencontrase con mi padre... o que atrajese a ese quimera que decíais que andaba suelto. Y me encontró. —Se llevó la mano con gesto ausente en el hombro, recordando el estrés y el miedo a estar segura de que todo acababa en ese momento. La uña de ese quimera le había rasgado la piel y se había insertado entre músculos, y aún recordaba la sensación.

—Lamento mucho que te hiriese. De hecho, no me lo perdono —murmuró afectado por el reproche de Kayla—. Pero teníamos que asegurarnos de que no tenías nada que ver con La Fábrica ni con nada que tuviera relación con Dan.

Ella lo inmovilizó con su mirada rasgada y muy fría.

—¿No te bastó que no pudiera decirte nada hace unos días incluso a riesgo de que tres tíos como vosotros estuvierais a punto de torturarme y violarme? ¡Te dije la verdad!

—No es eso —él se colocó de rodillas frente a ella—. No nos bastó, porque el olor que percibimos en ti nos dejaba muy descuadrados y con muchas sospechas, aunque defendieras tu inocencia con uñas y dientes. Es una esencia demasiado poderosa, Kayla —susurró mirándola de arriba abajo con más deseo del que ella estaba dispuesta a tolerar en ese momento—. Te hice la

visita al hotel porque necesitaba rebajar tus niveles de fiebre, porque lo estabas pasando mal y yo también...

—Me parece, Hunter... que lo mal que tú lo puedas pasar no tiene nada que ver con lo mal que lo paso yo cuando eso me sucede... —gruñó hablando entre dientes.

—La necesidad es en ambos —le recordó—. Necesitaba ir a tu lado y calmarte. No podías seguir tan caliente. Es muy doloroso... No tienes por qué pasar por eso, y mi cercanía sirve para absorber todas las feromonas que desprendes, para tranquilizarte.

A ella ninguna explicación le valía. Su vida no tenía sentido tal y como la entendía ahora.

—¡Esta mierda me lo habéis hecho vosotros! ¡Me lo has hecho tú! —apretó los puños con frustración, indignada con todo lo que escuchaba—. ¡Y tienes que deshacerlo!

—No se puede. Cuando estás marcada por un luperco, lo estás, con todas las consecuencias. Es el *wolfsanker*. La marca del lobo.

—Quiero irme de aquí —le pidió haciendo un mohín tembloroso que a Hunter le rompió el corazón.

—Lo siento —negó con la cabeza—. Vas a quedarte.

—¡Yo no tendría que estar pasando por nada de esto...! —miró a todos lados desubicada—. ¡Este no es mi mundo! ¡No tengo nada que ver con él! ¿Cómo se supone que voy a vivir así ahora? —dijo desvalida y acongojada con su terrible sino—. ¡No es que, de repente, haya venido Superman a salvarme de todos los problemas y yo tenga que aceptar su existencia! ¡La historia no es así de amable! ¡No tenéis nada que ver con superhéroes!

—Lobezno era un superhéroe —contestó Hunter sintiéndose insultado—. Los *X Men* también son superhéroes y son mutantes —apuntilló buscando hacerla sonreír.

—Tú no eres eso... ¡Sois... sois...!

—¿Qué somos, Kayla? —la animó a decirlo, con el ceño fruncido.

—Sois monstruos —espetó dejando que el silencio helado llenase aquella habitación durante unos segundos—. Y me habéis metido a la fuerza en esto. No tengo por qué aceptar vuestra existencia como una bendición cuando acabáis de destruir mi vida.

Eran palabras muy certeras, y dañinas para él y su espíritu lobuno.

—Para ser un monstruo, en casa de Vini gritaste mi nombre para que te salvase —le recordó para que no lo olvidase—. Uno no llama a los monstruos cuando siente miedo.

Ella sorbió por la nariz y miró hacia otro lado, porque sabía que él tenía razón. Pero no pensaba retractarse.

Él se pasó la mano por el pelo, de delante hacia atrás, y exhaló preocupado por ella. La comprendía. Debía ser un shock, porque el modo en que ella había conocido su mundo había sido demasiado traumático.

Pero nunca iban a dejar de lado a Kayla y a permitir que viviese su vida sola como hacía antes. Eso ya no era posible. Kayla era suya. Además, ella debía saber la verdad. Lo que ellos habían descubierto. Tal vez así, vería que no había sido tan mala suerte que se hubiesen cruzado en su vida.

—Ahora mismo no puedo hacer que cambies de idea respecto a nosotros —convino Hunter levantándose de la cama cabizbajo—. Pero sí puedo hacer que veas algo que puede que te abra los ojos y demuestre que sí hay gato encerrado contigo, Kayla, aunque tú no seas consciente. Nuestras sospechas sí tenían fundamento.

—¿De qué hablas? —replicó.

—Te espero abajo en veinte minutos. Te lo mostraré.

Hunter salió de la habitación con sus calzoncillos de color negro tipo slips puestos, y su glorioso cuerpo expuesto, y cerró la puerta con más fuerza de la que hubiera deseado.

Cuando él se fue, Kayla sintió que la soledad la abrazaba, aunque en ese momento lo agradecía, porque necesitaba recomponerse como fuera.

¿Iba a tener que vivir con ellos, con Hunter y con esas sensaciones en el cuerpo de por vida?

Se dejó caer sobre la cama y hundió el rostro en el colchón. Quería desaparecer y volver el tiempo atrás, al momento en que Jenni y Susana le pidieron ayuda.

Debería haberles dicho que no podía hacerse cargo de su investigación, dado que así jamás habría pisado Atlas.

Porque aquella no era la vida que había imaginado para ella.

Y ahora no sabía cómo escapar de todo aquello.

Y lo peor era que no podía.

Capítulo 10

No estaba acostumbrado a aquellas emociones. Ni como hombre ni como lobo había tenido que lidiar con el deseo y la necesidad de la compañera.

Kayla era su maldita mujer loba. Y no cualquiera. Tenía una esencia de alfa que costaba mucho ignorar, pero curiosamente, también desprendía feromonas de omega y de beta. Era una contradicción. Fuerte y suave al mismo tiempo. El carácter de esa mujer lo ponía cardíaco. El destino siempre tenía golpes escondidos indescifrables, incomprensibles y siempre, siempre, donde menos los esperabas.

Pero no por inesperados eran menos ciertos o menos reales.

Kayla Mihura, hija del diabólico Dan Aro, verdugo de los Lowell, era la mujer que quería reclamar y anudar.

Y ya no había vuelta atrás ni para él ni para ella. Sí, podían tirar de supresores, pero eso, a la larga, no les solucionaría nada. Siempre necesitarían lo auténtico y la química natural que se desprendía entre ellos.

Sentado en la mesa larga de madera, ubicada en el centro del amplio salón que combinaba paredes blancas cementadas, pizarra, madera y leña, liderando el extremo como el señor de la casa, Hunter esperaba a que Kayla bajase, mientras no podía disimular su ceño fruncido ni la energía inquieta y oscura que emanaba de él.

Asher se estaba zampando de un solo bocado un cruasán recién hecho de la bandeja de la mesa, sentado a su lado, con los ojos fijos en la pantalla, revisando el mismo vídeo una y otra vez, ampliándolo para ver si podía obtener más detalles de esa corta secuencia.

Y Yael al otro lado, releía una tesis sobre genética e hibridación, de esas rarezas que solo los iniciados en neoevolución eran capaces de entender y leer. O, en su caso, que solo los que habían pasado por las manos locas y sádicas de científicos neoevolutivos podían atreverse a comprender.

Asher miró de soslayo a su hermano Hunter, y le dijo moviendo los labios y señalándose la sien:

—Te vas a volver loco. Deja de pensar tanto. Por mucho que ella se enfade, no tiene más salida que quedarse aquí. Cuanto antes asuma su realidad, mejor.

Yael pasó otra página del libro y asintió, de acuerdo con su hermano más silencioso, sin apartar sus ojos de las páginas.

—Mi hermano es sabio. Habla poco pero sentencia. Además, es tu jodida compañera. No puede escapar de ti.

Hunter escuchaba las palabras de sus hermanos, y las agradecía, porque todos percibían las emociones de todos y era evidente que captaban su desasosiego.

—Kayla piensa que somos monstruos. Animales —confesó—. Nos tiene miedo y está

asustada.

—Si ser una especie superior y más evolutiva que el *sapiens* nos hace ser monstruos para ella —pasó otra página. Leían a mucha velocidad—, entonces seremos monstruos. Pero debería revisar sus conceptos.

Asher volvió a mirar a Hunter, más exigente que su hermano.

—Tienes que marcarla definitivamente. Tienes que anudarte a ella ya.

—Si hago eso, me convertiré en lo que más teme. Y si es mi compañera la quiero mucho tiempo a mi lado, confiada, tranquila, feliz y sin aristas, o será un infierno.

—¿Para qué le das espacio y tiempo? Es inevitable. La unión Luperca no tiene tiempos racionales. Esta casa... —Asher extendió los brazos abarcando el salón—, huele a ella. Y tiene una mezcla de feromonas muy loca... ¿qué cojones es?

—Eso es cierto —convino Yael divertido, cerrando el libro y mirando la desesperación de su hermano con curiosidad.

—Ni ella lo sabe, créeme —murmuró Hunter.

—No estamos aquí para ser compasivos —le recordó Asher.

—Lo que Asher está queriendo decir —Yael agarró un cruasán y se lo metió en la boca con más delicadeza de la que había mostrado el glotón de Asher—, es que, aunque a ella le asuste, tenéis que follar ya, hermano, porque lo que desprende está volviéndonos locos a todos. Y no queremos perderte el respeto.

Asher se levantó y se señaló el paquete. Llevaba unos tejanos de color negro, desgastados y apretados, y el bulto entre sus piernas era considerable.

—¡Es una tortura! —Asher hizo la forma de la pistola con su mano derecha y fingió dispararse en la sien—. Es difícil trabajar y concentrarse así.

Yael dejó ir una risa sibilina y se encogió de hombros.

—Yo estoy igual. Si yo hubiese marcado a esa chica, te aseguro que no se levantaría de la cama en una semana, hasta que entendiese quién manda. Es muy inteligente. Al final entrará en razón. Y si no lo hace, la haría entrar en razón yo...

—Es por ese tipo de comentarios por los que Kayla piensa que somos salvajes —arguyó Hunter como si no tuvieran remedio.

Sabía de los gustos de sus hermanos. Los de él eran iguales, pero ellos no habían marcado a nadie, y él sí. Y las cosas se sentían de otro modo cuando una chica llevaba su marca de compañero y reaccionaba así a ella. Claro que quería desnudar a Kayla y usar todo el mobiliario con ella, en todas las posiciones hasta que su olor y el de él fueran uno, pero sabía que no podía hacerlo así. Era complicado mantener a su lobo luperco, al verdadero alfa dominante, a raya. Él era su espíritu y sus instintos más viscerales y salvajes.

Pero no era justo dominar a Kayla. Esa chica era una víctima en todo aquello. Como ellos lo habían sido. Y las imágenes que tenían frente al ordenador y que ella estaba a punto de ver, confirmaban su teoría.

—Kayla deberá empezar a replantearse las cosas cuando vea esto —dijo seguro de su teoría Yael—. Es inteligente, y con esas ansias de saber que posee, puede cambiarlo todo.

Los tres se tensaron al oír la puerta de la habitación de Hunter, en la planta superior cerrarse suavemente. Kayla acababa de salir y bajaba a la planta inferior.

—Joder... —gruñó Yael apoyando la frente en la mesa, muerto de risa—. Es como una tarta de manzana recién horneada. No sé cómo aguantas tanto sin comértela. Debes tener la polla más dura que un turrón de oferta.

Bueno, en el norte sabían mucho de turrónes. Y su hermano, por muy capullo que fuera, no iba desencaminado.

Iba a reventar.

Asher resopló y los dos hermanos se obligaron a permanecer todo lo impasibles que podían ante el efecto Kayla. Hunter, en cambio, se envaró y las aletas de su nariz se distendieron, alimentándose de ella para que los otros dos lobos no se llevaran ni una de sus feromonas.

Kayla estaba más serena. Le habían traído las maletas y todo lo que había dejado en el hotel. No perdían ningún detalle esos hombres. Ni siquiera sabía cómo habían entrado en su *suite*, pero viendo que acababan de hacer arder una casona en Atlas con solo un pestañeo y de huir sin que nadie sospechara de ellos, imaginaba que sus medios eran ilimitados.

Le había dado tiempo a darse una ducha y a frotarse bien el cuerpo creyendo que así dejaría de oler para él. Pero intuía que era una tontería. Así que simplemente se puso ropa cómoda. Un pantalón ancho con los bajos doblados por encima de los tobillos, unas deportivas blancas Nike y un jersey negro de algodón y cuello alto. Estaban en el monte y el tiempo era parecido al de Atlas, así que la ropa de la maleta le servía también para estar allí.

Se retocó un poco, se puso su perfume a ver si con esas el «otro» que ella no percibía acababa por difuminarse... Y alzó la barbilla bajando al salón como la emperadora que no se sentía. Los Lowell eran tres hombres muy viriles, con mucha testosterona, muy alfas... Y ella era una sola mujer para tanto gallo. O sacaba su carácter o se la comerían entre todos.

No pensaba encogerse más. No iba a vivir asustada permanentemente.

Pero cuando miró a Hunter, toda esa convicción se le fue. Es que cuando sus ojos se posaban en él, todo en ella se afectaba y se aceleraba a niveles celulares y químicos. Lo podía notar perfectamente. La sangre le hervía debajo de la piel y se hipersensibilizaba. Maldito. Todo por su culpa.

Allí los tres sentados en esa mesa de tamaño familiar, no irradiaban ese desafío constante de comerse al que pasara por delante. Parecían más relajados, pero solo era un aspecto externo. A ella no la engañaban. Vestían de esa manera casual, con tejanos, deportivas y sudaderas que ocultaban sus atléticos cuerpos... Asher llevaba una gorra trucker girada en la cabeza con el logo de Lobezno en el frente. Kayla arqueó una ceja castaña oscura y estuvo a punto de sonreír. Lo había mencionado en su conversación con Hunter.

Seguían siendo igual de peligrosos que el primer día que los vio. Solo que ahora ya no querían matarla.

—Ya estoy aquí. ¿Qué queréis que vea?

—Mira la pantalla, Kayla —le ordenó Hunter—. Explícanos tú lo que ves.

Asher se levantó de la silla y se la cedió y movió bien los labios para que se los supiera leer, dado que ella no estaba acostumbrada.

—De nada.

—¿De nada qué? —le replicó ella a la defensiva.

—Supongo que se refiere a de nada por salvarte el culo —apuntó Yael.

—Siéntate, Kayla —ordenó Hunter.

—¿Podéis dejar de dar órdenes? —repuso agobiada—. No tenéis que hablarme así.

—Si no nos has dado las gracias por salvarte dos veces, no nos digas que te pidamos las cosas por favor —señaló Yael fingiendo sentirse ofendido.

—¿Qué tengo que agradeceros exactamente? —preguntó con tono menos respetuoso del que ellos esperaban—. Tu hermano me ha marcado, me mordió, me agredisteis, y ahora estoy enferma y febril para siempre —se refería a esa fiebre anormal y caliente que todo lo nublaba—. No puedo salvar a mis amigas y ya no puedo trabajar de lo mío porque ya no estoy en Atlas, pero tampoco puedo volver a mi casa, porque Hunter no me deja y me obliga a quedarme aquí. ¿Os doy las gracias por secuestrarme y por cambiar mi vida para siempre? —preguntó con ironía.

Asher resopló y miró al techo, y Yael sonrió maliciosamente.

—Es un dolor de culo total... —susurró divertido—. Me gusta.

—Cállate ya —le pidió Hunter—. Mira las imágenes, Kayla.

Asher dio un golpe sobre la mesa con un manotazo para que ella le prestase atención, y cuando lo miró a la cara, él movió los labios para decir:

—De nada por eso —señaló la pantalla del ordenador con un gesto de su cabeza—, guapa.

Cuando Kayla miró a la pantalla del portátil por la insistencia de Asher, se quedó tan congelada como la imagen que reflejaba.

Fue como si su espíritu se rodease de escarcha y quedase en el interior de un témpano gigante de hielo, del que no podía salir.

Lo que sus ojos veían era una sala, toda blanca e impoluta, con una camilla de operaciones en el centro, y una niña diminuta con los ojos cerrados postrada en ella.

Y no era cualquier niña.

Era ella. Kayla de pequeña, siendo estudiada y monitoreada por su padre, Dan Aro.

Le costó hablar y pronunciar palabra, porque Kayla no recordaba nada de eso. Y una escena como esa o un ingreso es algo que a un niño se le quedaría grabado siempre. Pero no tenía ni un recuerdo así en su memoria, y esa la desencajó y la disoció un poco por la impresión.

—¿Qué es esto? —preguntó con un hilo de voz.

Hunter estudió sus reacciones. Todos lo hicieron, dado que querían confirmar que, realmente, Kayla desconocía lo que se le había hecho.

Ella se dejó caer en la silla que Asher le había dejado vacía, con los ojos muy abiertos y sin parpadear, intentando comprender lo que estaba viendo.

—Esa niña... —dijo Hunter con tiento—. Eres tú, ¿verdad? No estaba seguro, pero parece una mini tú...

Ella tragó saliva y lo miró, desorientada. Hunter quiso agarrarla y sentarla encima de sus piernas, para tranquilizarla.

—Sí, soy yo. No entiendo lo que es esto... No sé lo que...

—¿No recuerdas haber sido un juguetito de tu padre? —preguntó Yael incrédulo.

—No. Jamás. Lo juro... —aseguró con miedo a que ellos le hicieran algo, por creer que ella tenía más relación con su padre de la que les había dicho. Y temió que volvieran a ponerse duros con ella o a tratarla mal como días atrás—. No sabía nada de esto, de verdad...

Hunter no soportó su olor a terror, miedo y desconfianza y sin pedirle permiso, estiró los brazos, la levantó y la sentó sobre sus piernas, como deseaba.

—Hunter, os he dicho la verdad —se justificó ella temblando. Sus ojos se habían dilatado por el *shock* y el temor a que se volvieran violentos, y se llenaron de lágrimas por no entender nada y no poder recordarse en una situación como esa—. No me hagais daño, por favor. No te he mentado —lo miró suplicándole, encogida, esperando a que él la creyese.

Yael y Asher se incomodaron al percibir su terror. Kayla de verdad creía que eran unos monstruos que podían hacer daño gratuito.

El rubio estaba serio y desolado mirándola. Era culpa de él que Kayla lo temiera así. No podía ser... Kayla debía comprender que, aunque fueran lupercos, no eran menos humanos que ella en cuanto a comportamiento. Sabían razonar, sentir, escuchar... No eran fieras que alzaban la mano y torturaban porque sí. Jamás habían sido así, aunque sus enemigos sí habían sido así con ellos.

Frustrado consigo mismo por la situación, le habló en voz baja y le dijo:

—Mírame.

Ella se estremeció y lo miró sorbiendo por la nariz, porque en ese instante parecía una niña perdida, tanto como la de esa imagen. A Hunter se le rompió el corazón. Lo mucho que le afectaba esa chica lo traía haciendo malabarismos como un trapecista desequilibrado.

—Te creo —aseguró—. Te creemos los tres. Nadie te va a hacer nada. No somos La Fábrica, ni tu padre ni los quimeras... Somos los buenos, aunque ahora te cueste creerlo y estés asustada.

Asher tomó la jarra de agua y llenó un vaso para ofrecérselo a Kayla. También parecía incómodo con el miedo que exudaba la joven y que ellos inhalaban.

Kayla rechazó el agua. No era capaz de beber nada. Tenía la garganta cerrada. El silencioso le dejó el vaso sobre la mesa, frente a ella. Y después, por culpa de los nervios, agarró un cruasán y se lo metió entero en la boca, de nuevo. Asher era el más glotón y el más bestia comiendo, y cuando estaba intranquilo le daba por engullir como Venom. Pero no importaba, el metabolismo de los lupercos era excelente y todo lo quemaban.

Hunter rodeó a Kayla con los brazos, suavemente, sin ser posesivo y esperó a que ella dejase de temblar. Pero no. Eso no iba a pasar. Esa mujer estaba muy nerviosa.

—Cálmate...

—No sé qué es eso... no sé qué está pasando. Yo... —acercó el rostro a la pantalla y se frotó la frente—, yo no he vivido esto... Soy yo, de pequeña, pero... —se humedeció los labios resacos—. No entiendo...

Hunter posó sus manos en sus rodillas, tranquilizándola y acercó su pecho a su espalda. Era su compañera. Sabía cómo tenía que disminuir su trauma y su adrenalina. Poco a poco ella se sentiría más en calma.

—Ya nos imaginábamos que no recordabas nada —supuso Yael, resoplando como si todo fuera evidente.

—Necesito comprender esto —pidió ella—. ¿De dónde habéis sacado este vídeo?

—Kayla —Hunter le acarició la rodilla y ella lo miró—, cuando te encontré en el Mirador, fui a por ti por tu olor. Olías un poco a cómo huelen los Aro. Pero tú hueles a algo mucho más poderoso. No es un olor normal —admitió—. Por eso imaginé que eras un señuelo para nosotros, y que tenías que ver con La Fábrica y con Dan Aro. Creímos que eras uno de ellos. Después, descubrimos que eras hija de Dan, pero que él no sabía nada de ti desde hacía muchos años y que tú no lo veías desde los nueve años, porque te fuiste con tu madre.

—Sí —asintió ella escuchándolo atentamente.

Hunter quería besarla y arrullarla para eliminar de su rostro esas lágrimas y ese terror que aún sentía.

—Te dije que tu padre era un hombre muy posesivo, y que su descendencia, por ser Aro, era lo máspreciado para él, porque le gusta instruir en la caza Luperca y quiere que su legado continúe con sus hijos. Lo logró con Ari, pero contigo, por lo que fuera, no tuvo continuidad. Sin

embargo, seguía sin entender cómo un hombre como Dan dejaba que le arrebataran un eslabón de su familia así como así. Y además, estaba tu olor... Una humana no puede oler así, jamás. No tiene sentido. Exudas feromonas de alfa, de omega y de beta, y es imposible que eso se emita así naturalmente a no ser que... que alguien haya toqueteado tu ADN o descendas de luperkos, cosa que sabemos que no es verdad.

—La rectificación del ADN es más factible —explicó Yael cruzado de brazos y escuchando las explicaciones de Hunter.

—Pero, como tú no sabías nada —prosiguió Hunter— y demostrabas que no tenías contacto con tu padre desde hacía tanto tiempo, no entendíamos qué era lo que había podido pasar. Hasta que llegamos a la conclusión de que tu padre tuvo que hacer algo contigo cuando eras pequeña, durante el tiempo que tu madre y tú estuvisteis con él. Cuando escapamos de la Fábrica, Asher se llevó un disco duro del laboratorio. Ari y Dan grababan absolutamente todas las pruebas que hacían con los sujetos y las guardaban en su ordenador central, ubicado en la sala colindante a la nuestra. Era una sala parecida a la cabina de una radio, tenía un enorme cristal desde el cual nos observaban, presenciaban nuestras operaciones y nos monitoreaban. Durante nuestras torturas, recordamos haber oído a más personas cerca, en las instalaciones; había niños, hombres y mujeres humanos —enumeró con lástima—. Sabíamos que si nos grababan a nosotros también los grababan a ellos. Así que Asher, en nuestra huida, reventó el cristal de la sala de observaciones, mató a los científicos presentes en ese momento y se llevó el disco duro, porque nos serviría en un futuro, cuando fuésemos capaces de manipularlo y entenderlo. Al cabo del tiempo, cuando pudimos ver bien lo que había en su interior, encontramos una carpeta oculta con todas las grabaciones de sus experimentos. Con nosotros, y con otros... No tienen sonido, pero las imágenes son más que elocuentes. Entonces, se me ocurrió que para que tú pudieras desprender ese aroma tan increíble, debía haber una mente maquiavélica detrás deseosa de cazarnos, como la de Dan. Pero tú decías que no sabías nada y que apenas tuviste contacto con tu padre. Entonces decidimos revisar los vídeos que teníamos y buscar esa pieza que se había perdido para entender bien la historia. Hasta que dimos con esa niña bonita, dormida como una bella durmiente y un vial en su brazo... Y supimos que eras tú. Y que, por el motivo que fuera, no recuerdas nada de lo que te hizo tu padre. Pero, estamos convencidos —dijo Hunter agradecido por ver cómo se relajaba inconscientemente sobre sus piernas—, que la única que tenía respuestas al respecto, era tu madre. La que te apartó de su lado.

Kayla agachó la cabeza, rendida ante la evidencia de que lo que decía Hunter tenía sentido y podía ser cierto. No recordaba casi nada de su niñez. Le costaba formar imágenes de esa época, y no sabía por qué. ¿Y si la respuesta la había tenido su madre siempre? No eran normales esas lagunas. Tampoco había pensado demasiado en ellos porque, siempre había tenido a su madre para hablarle de sus recuerdos, y ella los había hecho suyos. Una excursión, una acampada, un cumpleaños, una fiesta de disfraces, un día de cine... Su madre siempre le decía: ¿te acuerdas de...? Y ella dibujaba su recuerdo como un lienzo que Kayla hacía suyo. Pero... ahora dudaba de que fueran recuerdos reales.

—¿Habéis descifrado lo que me hace mi padre ahí? —preguntó de repente, centrándose en las respuestas más que en el delito. No quería regodearse en su confusión ni en sus traumas infantiles. Necesitaba empezar a entender. Porque la Kayla que era se había construido sobre una niñez olvidada. Y ahora sabía el porqué. Ahora ya sabía por qué mirar atrás nunca la sostenía, excepto a partir de los nueve o diez años que sus recuerdos fueron ya más conscientes y vívidos.

—Es un vial de transfusión sanguínea. Usan un plasma contigo pero no sabemos qué es... —

dijo Yael.

—A saber, porque todo lo que había en La Fábrica lo extraían de nosotros —aseguró Hunter—. El monitor muestra tus constantes, pero poco más. Asher revisó mil veces todo el disco duro, y aunque sí se encontraron ensayos científicos sobre muchos sujetos y la explicación de lo que hacían con ellos, los archivos y estudios de esa niña, correspondiente a un número de ensayo, habían desaparecido por completo. No hay nada sobre ti. Está eliminado. Nada de lo que te hicieron.

—¿Eliminado te refieres a borrado?

—Sí. Alguien lo borró. El disco duro compartía datos de una nube ubicada en otro lugar. Así que no sabemos si lo tuyo se borró desde La Fábrica de ese momento, o si alguien lo hizo desde el otro acceso.

—Dios mío... —Kayla se pasó las manos por la cara. Era una locura, pero no sabía por qué ahora creía esa teoría a pies juntillas.

—Tu madre murió y solo ella sabría por qué acabaste tan lejos de tu padre y nunca más tuviste contacto con él. Ni tampoco ella —sugirió Hunter llegando a la misma conclusión que el cerebro hiperactivo de Kayla estaba comprendiendo.

—Hay una parte de tu historia que está vacía y eliminada, Kayla —le recordó Yael—. Dan te hizo algo y te convirtió en un maldito imán, hizo algo con tu estradiol... tus hormonas femeninas, de dónde salen las feromonas.

Kayla se humedeció los labios y el click mental que realizó su cerebro fue casi instantáneo. Seguía sintiéndose desubicada, y la sensación de juguete roto o modificado no se la sacaba nadie de encima... pero, al menos, ahora sabía qué había pasado con sus álbumes mentales del pasado. Ya no tenía que vivir a través de los recuerdos guiados de su madre. Ahora quería saber la verdad.

La verdad sobre ella. Sobre su madre. Sobre todo.

—Deja de llorar, por favor —le pidió Hunter acariciando sus muslos—. Sé que es un *shock* y que es duro verse ahí. Pero, cálmate. Ahora estás con nosotros y estás protegida y...

Kayla no sabía que seguía llorando. No se había dado cuenta hasta que Hunter se lo había dicho.

—No estoy en *shock* —le corrigió limpiándose las lágrimas de un manotazo—. Bueno, un poco sí... pero lo que estoy es furiosa. Estoy rabiosa... y quiero saber qué me hizo —dijo decidida, ignorando sus palabras compasivas—. Quiero entender qué pasó.

Los tres hermanos sintieron admiración inmediata por Kayla. Podía hacerse un ovillo y echarse a llorar durante días porque su vida había sido una mentira. Pero, en vez de eso, quería seguir adelante y no regodearse en su mierda. Era una chica fuerte. Y era especial.

Asher y Yael dirigieron miradas de orgullo hacia Hunter, reconociendo la valía de esa mujer. La mujer del lobo de Hunter. La loba de Hunter.

El rubio sonrió levemente y sus ojos brillaron con respeto y consideración.

—Estoy seguro de que tu madre lo sabía. Ella decidió alejarse de un hombre tan poderoso como Dan por algún motivo y te mantuvo alejada de él. Fue por algo.

Claro que fue por algo. Kayla estaba ansiosa por llegar al fondo del asunto. Los lupercos existían, y su padre había experimentado con ella y con todo lo que sacaba de ellos... ¿Por qué? ¿Qué le había hecho?

—La mejor amiga de mi madre, Nela —murmuró Kayla— es mi madrina. Tenían mucha relación, trabajaban juntas y cuando nos fuimos a vivir a Estados Unidos ella fue como una tía

para mí. Es la única persona que podría saber algo al respecto. Se lo contaban todo.

—¿Cómo se llama? —inquirió Hunter con interés.

—Nela Preston. Neurocientífica y psicoanalista. Vive en Boston —dijo facilitando datos—. Solemos hacer videollamadas una vez cada dos meses... para mantenernos informadas la una de la otra.

—La contactaremos —aseguró Hunter.

—No, ahora no. Allí es de madrugada. Se asustará, y necesito que me note calmada y que ella se abra para decirme la verdad de lo que sepa, si es que sabe algo.

—No la informaste de que te habíamos secuestrado —sugirió Yael arqueando sus cejas perfectas de color negro.

—¿Querías que la preocupara y que le diera un ataque al corazón? —replicó mirándolo de frente, sin titubear—. ¿Que cogiera las maletas para venir a Atlas? No, cuanto más lejos de esto esté, mejor para ella. No quiero que le pase nada —era la única persona a la que consideraba familia. No iba a arriesgar su vida así—. No toleraría que nadie a quien tengo aprecio fuese víctima también de toda esta trama. Ya es muy duro para mí no poder ayudar a Jenni y a Susana a que se sepa la verdad y tengan justicia. Van a... van a morir por la infección de los mordiscos y de las agresiones y violaciones a las que fueron sometidas... —asumió a punto de derrumbarse otra vez. Como mujer, pensar en ello y en tanta violencia, la mataba—. Vini me dijo que Sandra también había muerto. Él lo sabía y lo ocultó todo, maldito miserable... Es todo muy injusto.

Yael sonrió y lanzó una mirada inquisitiva a Hunter.

—Tus amigas están bien —le informó Hunter.

Kayla levantó la cabeza de golpe, porque no había esperado escuchar esas palabras de su boca.

Capítulo 11

—¿Qué dices? Van a morir. Los análisis... Alexia me...

—Tu amiga Alexia tiene una voz preciosa —reconoció Yael—, pero no ha llegado a estudiar como yo —dijo sacando pecho—. Soy el más listo de los tres.

A Kayla ese tipo de comentarios le parecían surrealistas. Que un hombre tan guapo como Yael, aunque fuera un cretino, se atreviese con esa frialdad a bromear y a tomarle el pelo de ese modo, la ponía nerviosa, porque no sabía aún cómo tomarse lo que le decía.

—Están mal.

—No. Ya no —aseguró Yael convencido de su verdad—. Cuando vi su cuadro, llegué a la misma conclusión que Alexia. Me gusta la genética y la ciencia. Supongo que tengo un lado sádico y que tantos años en manos de científicos hijos de puta han hecho que quiera jugar a ser Dios como ellos.

—No te pillo, Yael —miró hacia abajo y se distrajo porque los dedos de Hunter le hacían cosquillas en el muslo, por encima de la tela del pantalón, y se sentía demasiado bien. ¿Por qué no dejaba de tocarla un rato?—. No debo ser tan... tan lista como tú.

—Oh, sí lo eres —aseguró burlón—. Pero en tu rama. En la mía no —espetó soberbio con sus ojos de acero azulinos brillantes por su sabiduría—. La cuestión es que ayer hice una visita a la familia del aserradero.

Kayla se tensó y exigió saber entre dientes.

—¿Qué les has hecho?

—Nada malo —cruzó sus manos detrás de su nuca y estiró las piernas cuan largo era, para cruzar un pie por encima del otro debajo de la mesa—. Me hice pasar por un miembro del hospital, con falsas credenciales que el pirata de Asher me facilitó, y les di un nuevo tratamiento.

—¿Un tratamiento? —no sabía si confiar en él.

—Sí. Uno que hará que les crezca pelo por todas partes y un rabo bien largo y bonito...

Kayla palideció y estuvo a punto de lanzarle el vaso de agua a la cabeza. Pero sus hermanos se reían, así que supuso que le tomaba el pelo de nuevo.

—Como les hayas hecho algo... esto no tiene ni puta gracia.

—Sí la tiene —le quitó hierro al asunto—. Solo les he dado un tratamiento basado en sangre seca extraída de nuestros propios cuerpos, y de los anticuerpos que generábamos con los mordiscos de los quimeras. En el disco duro había muchos informes, experimentos, ensayos... me costó mucho entenderlos, hasta que me saqué la carrera de genética y biología molecular, para que todo lo que hubiera en esos informes me sonase a cristiano. Y después de muchos años, hemos usado sus experimentos en favor nuestro, para intentar contrarrestar en nosotros mismos los efectos de todo lo que hacen los quimeras contra nosotros y así hacernos más fuertes. Así que preparé vacunas para posibles infecciones en humanos, y lo hice a través de nuestros propios

anticuerpos.

Ella lo escuchaba atentamente y ni siquiera sabía cómo debía reaccionar. Yael había creado vacunas para contrarrestar los efectos infecciosos de los ataques de los quimeras en humanos. Eso lo ponía varios escalones por encima de los científicos, los médicos, las organizaciones militares y gubernamentales que estaban detrás de la ocultación de lo que se hacía en la Fábrica. Eso solo confirmaba que eran mejores, más buenos, nobles y con más ética de la que muchos alardeaban tener.

—A ver si lo he entendido. ¿Has inoculado a Jenni y a Susana haciéndote pasar por alguien del hospital en el que no les hicieron ni caso y manipularon sus analíticas, con una vacuna sacada de vuestros anticuerpos? —Yael asintió con normalidad, con una sonrisa pagada de sí mismo, y Kayla deslizó su mirada hacia Hunter, pidiéndole explicaciones—. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por qué no me has dicho que las habíais ayudado? —Habían tenido tiempo para ese tipo de explicaciones, pero siempre que estaba con él a solas el ambiente se cargaba de feromonas y le nublaba la mente como para mantener una conversación con tranquilidad.

—No me has dejado —dijo Hunter muy serio—. Estabas concentrada en reprocharme muchas cosas y en ponernos a la misma altura que el resto de hijos de puta que nos quieren ver muertos.

Ella entornó la mirada, sin saber cómo replicarle, porque tenía razón. La noticia era grata y muy bien recibida, porque la hacía sentir mejor y ya no tenía la percepción de estar con hombres peligrosos. Ese concepto había cambiado. Aunque le seguía dando mucho respeto lo que eran en realidad.

—¿Y ellas están bien ahora? —preguntó con un perfil más conciliador.

—La vacuna les está haciendo efecto —contestó Yael en vez de Hunter. Hunter no dejaba de mirarla fijamente—. Así que, cuando quieras, las llamas y se lo preguntas.

—¿Que las llame? —su asombro era innegable.

Yael se encogió de hombros.

—También les dije que lo hacía de manera extraoficial por las presiones recibidas por una tal Kayla Mihura. Y que eso no debía salir de ahí. Que tú les contactarías para que estuvieran tranquilas y explicarles todo lo que estaba pasando. Que era importante que ellas no abriesen la boca ni hablasen de esto con nadie. Que mantuvieran un perfil bajo y se recuperasen en sus casas.

A Kayla todo aquello le parecía increíble y reconciliador en muchos aspectos. Estaba estupefacta.

—¿Me dejáis que siga preocupándome por ellas y que las llame? —se sentía sorprendida por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos en ese salón.

—Esto no es una cárcel, maldita sea. Deja de pensar así —La voz de Hunter fue más dura de lo que pretendía, y eso llamó la atención de Kayla.

Parecía ofendido por toda la mierda que había tenido que escuchar de sus labios. Pero ella también había comido mucha. Ninguno de ellos podía reprocharle nada porque les hubiese tenido miedo o desconfianza.

—Hasta ahora no lo tenía muy claro, Hunter —respondió seria—. No sabía qué pensar.

—¿Y ahora ya lo sabes? —esperó pacientemente a recibir una respuesta.

El ambiente crepitó entre ellos, Kayla guardó silencio y prefirió contestar a Yael:

—¿Y te han creído, Yael? —insistió mirándolo—. ¿Han creído lo que les has dicho?

—Por supuesto. Las chicas estaban solas en su casa, muy desmejoradas. Sus padres se

estaban haciendo cargo del aserradero. No dirán nada. Además, somos influyentes... podemos afectar las ondas cerebrales de los sujetos e imprimirles pequeñas órdenes.

—Sí, claro, como los vampiros —se burló Kayla incrédula—. No tenéis poderes de ese tipo... ¿o sí? —buscó la respuesta afirmativa en Hunter, pero este no contestó.

—Podríamos hacerlo. Es una cuestión de química prevalente sobre el resto —señaló Yael.

—¿Tú has hecho eso conmigo? —Kayla preguntó a Hunter de frente. Solo así entendería cómo la afectaba y lo magnético que le parecía. ¿Era él quien le provocaba esas sensaciones con su prevalencia?

Hunter se rio de ella. Aquello era muy cómico.

—¿Contigo? Nena, eres un hueso durísimo. Contigo esas cosas no funcionan... ¿Crees que si pudiera tener esa ascendencia en ti hubiese permitido cómo me hablas y todo lo que ha pasado? —Hunter se refería a prohibiciones y negaciones, y a distancias y espacios que él no quería dar y que se había visto obligado a ofrecer para que ella no se sintiera avasallada.

Y Kayla captó el tono y la intención de inmediato. No la había obligado a nada. Lo que había pasado en el hotel, había pasado porque ella lo había querido. Y porque lo necesitaba con un ansia enfermiza que ahora, estando tan cerca de él, estaba controlada pero no dormida. Ahora, simplemente, no le dolía, pero seguía deseándolo igual.

Carraspeó y miró la posición confiada en la que se apoyaba en Hunter. Encima de sus piernas, rodeada por sus manos que campaban por sus piernas a sus anchas... Y para colmo, eso la había sosegado y le daba serenidad para asumir toda esa información que tantos esquemas le rompía.

—Entonces... ¿las hermanas están a salvo?

—Sí —contestó Yael.

Esta vez, Kayla sí tenía la necesidad de darles las gracias. No tenían por qué haber hecho eso, pero acababan de demostrarle que tenían moralidad y que sabían lo que era justo y lo que no. Le costó admitir que la estaban ayudando porque aceptar esa verdad, era transformar la imagen que tenía de ellos y dejar de pensar en los lupercos como monstruos.

Y ya no los temía tanto. Todo aquello era demasiado peligroso para su estabilidad emocional.

Se quiso levantar, para guardar algo de distancias, pero Hunter la inmovilizó poniendo las manos en sus caderas, advirtiéndole que no se fuera. Ella giró la cabeza para echarle una mirada por encima de los hombros.

—Hay más cosas que debes saber, Kayla.

—Me imagino... pero no sé si puedo soportar más cosas... —aseguró intranquila—. Mi cerebro no es tan fuerte como parece... me siento en la cuerda floja, en un alambre.

Entonces, la mano de Asher la tomó de la barbilla con decisión y le giró el rostro hacia él.

—Eres muy fuerte —le recordó tocándose la sien—. Nosotros hemos pasado por mucha mierda. Nos la hemos comido y digerido como podíamos —acompañaba sus palabras silenciosas con gestos de sus manos—. Pero, se sobrevive. Tú también puedes, Kayla Mihura.

Kayla observó atónita la actitud reconfortante de Asher con ella. ¿La estaba animando? Eso sí que no se lo esperaba.

Esos hermanos Lowell eran tan extraños... Ellos la habían juzgado mal pero, después de todo... ¿ella los había juzgado mal a ellos?

No lo sabía, solo el tiempo lo diría.

—¿Qué más tenéis que contarme? —dijo al fin, dispuesta a escuchar por primera vez sin la barrera del miedo, la violencia y los prejuicios enturbiándolo todo.

Asher presionó un botón del teclado del portátil y en pantalla apareció la foto que ella había tomado del marco fotográfico de la casa de Vini.

—Esta foto nos ha dado más información de la que teníamos en los últimos años —explicó Hunter—. Eres intrépida como investigadora y sabes a dónde tienes que mirar —reconoció sus virtudes abiertamente—. Se tomó hace seis meses.

Kayla abrió los ojos de par en par, lamentando haber oído eso.

—¿Seis meses? Es imposible.

—No es imposible —rebatía Hunter señalando a Dan y a Ari—. Lo sabíamos. Eso confirma que ni tu padre ni el demonio de tu hermana están muertos. Siguen vivos. Y aquí, en esta foto, está toda la estructura piramidal de todos los que están involucrados en sus negocios científicos. Cuando ayer tu cerebro empezó a ir a toda velocidad y activaste el motor de búsqueda de internet para hacer tus asociaciones —le explicó Hunter tocándose la sien, como si él supiera lo bien que carburaban las neuronas de ella—, nos abriste los ojos y nos orientaste sobre cómo adelantar los movimientos de la gran telaraña de La Fábrica.

—Mala costumbre eso de ir metiéndose donde no os llaman —rebatía ella.

—Nena —Yael señaló a su hermano Asher—. Asher hizo con tus dispositivos lo que le dio la gana. Da gracias a que no tienes ningún chip ni motor en tu cabeza, o ya te la habría hackeado. Te duplicó el ordenador y el móvil, y activó los localizadores de tus aparatos, y también abrió los micros, así sabríamos qué hacías y con quién hablabas en todo momento... o si teníamos que actuar o no.

—¿Así que eres de esos? —Kayla increpó a Asher sin inquina—. ¿De los que violas la privacidad de la gente?

—No violo nada —respondió Asher delectando muy bien sus palabras—. Pero para mí no hay nada privado, guapa. Todo es *hackeable*.

—Enlazaste varias ideas. Y encontraste cosas maravillosas —reconoció Hunter—, como los patrones que se repetían: denuncias por violaciones archivadas, infecciones localizadas de rabia, y el aumento de defunciones de mujeres en esas zonas donde los juegos de Dan habían echado raíces.

—También di con extrañas muertes masivas en accidentes —añadió Kayla—. Todas las localidades donde supuestamente ha habitado una Fábrica, tienen historias negras de ese tipo a su alrededor. En Terracota una guardería se incendió y también hubo un autocar de despedida de soltera lleno de mujeres que cayó por un despeñadero y acabó ardiendo; mujeres y niños —enumeró alzando dos dedos de sus manos—, con cuerpos calcinados e imposibles de reconocer. En Atlas tienen a La Agencia como facilitadora de mujeres para la base militar, y esa Minerva está al cargo. Pero... hay más cosas.

—Por supuesto. Hay más —aseguró Hunter—. Tuviste la brillante idea de tomar esa foto, y fue como un pegamento para todas nuestras elucubraciones. Por fin podíamos ponerles cara a todos —argumentó con satisfacción—. Mira la foto. Vini —empezó a señalar—, que ya lo hemos anulado de la ecuación, como inspector jefe de la comisaria de Atlas. Estos dos son sus padres, los señores Spencer, propietarios de una de las mayores empresas constructoras del mundo. El calvo de gafas circulares es el encargado de la recalificación de terrenos de Atlas, jefe de urbanismo y medio ambiente, el Señor Alex Turión. A estos dos, ya los conoces —Era una rubia de pelo a lo chico, y un hombre canoso de pelo rizado y bigote, con la cara muy agrietada—: El doctor Aro y su diabólica hija mayor. Este rubio de pelo repeinado y con sobrepeso es el señor Mirror, un ingeniero productor de chips, propietario de la mayor empresa de venta de nuevos

aparatos tecnológicos. La señora que se parece a Oprah, es Miranda, la dueña de La Agencia. Y este de aquí —señaló a un señor alto, corpulento y calvo, de ojos azules muy claros y labios muy delgados—, se llama Thomas Alvur, un multimillonario del negocio farmacéutico, dueño del hospital al que acudieron Jenni y Susana, y muchas más antes que ella. Todos juntitos —Hunter sonrió con desprecio—, en un día cualquiera, en un restaurante de montaña. El tonto de Vini lleva un reloj digital, y si se amplía la imagen, además de ver que ha conseguido todos los anillos de su día, se adivina la hora y el día. Es de hace seis meses.

—Dios... —Kayla dejó caer la cabeza, abatida. Ahora que sabía el tipo de personas que eran los temía y los despreciaba más que antes—. Han fingido su muerte de verdad...

—Te lo dije. No era un invento y no estábamos locos —le recordó Hunter.

Pensar que ese hombre que debió quererla y cuidarla había estado jugando con ella y con sus células, le provocaba asco y también pavor.

—Como te dije, fingieron su muerte porque creían que así dejaríamos de perseguirlos —explicó Hunter—, y tendrían vía libre para seguir jugando a sus juegos macabros. Se asustaron cuando los encontramos y les dimos caza. Pero sobrevivieron y han jugado a ser escapistas, aunque lleven un año sin que les veamos el pelo. Lo han hecho bien, porque su Fábrica ya no está a la vista. Han usado los subterráneos de la base militar para afianzar sus laboratorios y que nadie sospechase. Pero nosotros los conocemos. Son cucarachas. No mueren tan fácilmente.

—¿Y dónde se supone que están en esta foto?

—El restaurante es El Bisonte, un lugar de alto standing que suele acoger cenas y reuniones de negocios. Asher se llevó el móvil de Vini y sacó esa información de los metadatos del teléfono, entre otras muchas que son de valor incalculable. No creemos que vayan a cambiar su hoja de ruta. El cuerpo de Vini no se va a encontrar, como tampoco el del quimera —Kayla no quería saber lo que habían hecho con ellos, no le importaban, pero se lo imaginaba—. Los padres de Spencer querrán saber dónde está su hijo, pero lo sabrán en el momento adecuado. Ese día, a esa hora, todos estaban allí, en el Bisonte. Todos estos individuos tienen o han tenido propiedades en Atlas, residencias de vacaciones. Es posible que la construcción de la Base Militar de Atlas se hablase hace muchos años atrás, en esos veraneos, pero antes debían probar la de Cerro grande que fue la primera y la de Terracota en los Pirineos. Hoy la de Atlas ya es una realidad, y en esta maravillosa foto, están todos su socios capitalistas. Pero el que más me llama la atención —incidió Hunter señalando al hombre calvo—, es este.

—Thomas Alvur —Kayla se quedaba fácilmente con los nombres.

—No tenemos demasiada información sobre él. No hay nada, excepto que su nombre sale entre los más millonarios del mundo según Forbes. Y queremos saber cuál es exactamente el papel que tiene en esta empresa familiar que todos estos individuos comparten. Los Aro son cazadores activos, genetistas que adoran la tortura y la experimentación. Los circuitos que implantan como chips en las bases de los cerebros de los quimeras tienen un desarrollador principal en Industrias Mirror. Miranda facilita mujeres a través de La Agencia, los Spencer construyen todos los edificios de los que van a hacer uso para La Fábrica, Alex Turión recalifica los terrenos para sus instalaciones... Pero Alvur nos llama mucho la atención. ¿Es cazador como los Aro o es solo socio capitalista como el resto? ¿Qué es?

Kayla miraba a unos y a otros en esa fotografía, y veía similitudes en todos. La misma cáscara vacía en todos los ojos. La mayoría allí amaba el dinero, pero la mirada de Ari, Dan y Alvur reflejaban algo mucho más profundo: buscaban relevancia y trascendencia. Y esos eran los más peligrosos porque, la evolución, como ellos la entendían, siempre acarrearía polémica,

inmoralidad y riesgos.

—Hay algo que me llamó la atención de Vini —señaló Kayla haciendo memoria—. Cuando me vio en la comisaría, una de las cosas que me dijo el muy cazurro fue si era una de las chicas del «Encuentro».

Hunter asintió como si fuera muy consciente de ese dato. Le gustaba que ella fuese tan despierta y activa y se quedase con cualquier detalle.

—Lo oímos. E igual nos extrañó entonces. Pero ahora, gracias a la extracción de los metadatos de la agenda y de los avisos del móvil de Vini, sabemos de qué va ese evento y cuándo se celebra. En tres días —concretó—. Por la noche, en el Bisonte. Y se van a encontrar todos allí.

—¿Está en Atlas ese sitio?

—Sí, en sus límites. Muy alejado del centro y también muy alejado de las pretensiones de la mayoría de atleños.

—Excepto de los millonarios que tienen casi toda la tierra comprada —dijo Kayla agriamente.

—Así es.

—¿Y qué tenéis pensado hacer? ¿Cuáles son los pasos a seguir? —Le gustaría estar al día de todos sus movimientos y de todos sus planes.

—Seguir atando cabos con toda la información que hay en el móvil de Vini, y esperar al momento adecuado para golpearles donde más les duele.

—Entiendo... Así que... vais a ir al Encuentro —comprendió llegando ella sola a esa conclusión.

—Sí.

—No quiero sentirme como una rehén. Quiero formar parte de esto.

—¿Parte de qué, Kayla? —Una ceja perfecta y puntiaguda de Hunter salió disparada hacia arriba—. ¿De nuestro ajuste de cuentas? —La miró con curiosidad.

Ella tomó aire y meditó profundamente la respuesta. Aquello cambiaba absolutamente todo. Movía el puzzle, dibujaba otra figura y modificaba el valor de cada pieza.

Los lupercos no eran monstruos; eran defensores que clamaban justicia.

Atlas no era un pueblo idílico; era un nido de corrupción sistemática y una base de experimentación amoral.

Dan y Ari jamás habían sido su familia, eran castigadores sin escrúpulos.

Ella no era una rehén de los lupercos, era una víctima de los Aro. Antes que Hunter, su padre la había marcado de algún modo y necesitaba averiguar cómo y para qué.

Y, posiblemente, años atrás, no hubo una separación amistosa entre su madre y su padre. Simplemente, desaparecieron de sus vidas sin dejar rastro. Y eso era lo que más la carcomía.

Y se sentía en deuda. En deuda con esos hombres por haberle abierto una puerta al pasado que ella no recordaba. Y, seguramente, sería la primera de muchas.

Kayla tenía mucho que asumir, que aprender y entender, pero no quería que la apartasen y la dejaran atrás.

—Quiero que contéis conmigo para enfrentaros a la Fábrica. Soy víctima —contestó alzando su nariz respingona y su barbilla, torciendo el rostro para mirar a Hunter—. Víctima de mi padre, víctima de los quimeras y víctima de tu mordisco, Hunter. Tengo derecho a ser parte de todo esto.

—Mi mordisco puede ser tu salvación, Kayla, no eres víctima de eso —le recordó con una

sonrisa conciliadora—. Fuiste un juguete de tu padre y, si te descubre, moverá cielo y tierra para recuperarte. Nuestras sincronicidades te han llevado a descubrir esto —señaló la pantalla del ordenador.

Ella se levantó de encima de las piernas de Hunter, porque no quería estar así mientras exigía sus derechos y su parte del pastel.

—Me gustaría que me mantuvierais al tanto de todo y que contéis conmigo para lo que sea que vayáis a hacer. Me has dicho —lo increpó— que no soy una rehén. No me hagas sentir como si estuviera encerrada. Si quieres que confíe en ti, haz que confíe en ti.

Los dos hermanos miraron a Hunter, a la expectativa. El rubio le echó un repaso lento y sensual a Kayla, desde la punta de los pies a la raíz de su hermoso pelo, y repiqueteó con los dedos sobre la mesa, valorando qué respuesta darle.

No pensaba ponerla en peligro.

—Eres hija de Dan. No voy a exponerte más de la cuenta.

—No voy a quedarme aquí de brazos cruzados. Os quiero ayudar.

—Ya nos has ayudado con tus pesquisas, y también te has puesto en peligro, y hemos tenido que entrar a salvarte de nuevo —objetó levantándose para dirigirse a ella e intimidarla—. No vas a hacerlo más.

—Hunter —Kayla se presionó el tabique de la nariz con el índice y el pulgar y resopló a punto de perder los nervios—. Eso tengo que decidirlo yo.

—Lo valoraré. Por ahora, eres valiosa para nosotros como para exponerte así. Prefiero tenerte aquí.

—¿Qué es esto? ¿Una dictadura? No soy mercancía. Aunque tenga sangre Aro no soy tan trascendente para mi padre como crees...

Yael y Asher intercambiaron sendas miradas. Comprendían que era mejor dejarles solos antes de que la energía de la discusión se espesara demasiado.

—Nosotros nos retiramos —explicó Yael agarrando el libro mientras Asher recogía el ordenador—. Tenemos trabajo que hacer. Ahí os dejamos, tortolitos.

Ni Hunter ni Kayla se distrajeron. Ella no permitiría que la anulasen o que le privasen de sus derechos. Hunter no podía ser tan obtuso.

—Hay diferencias entre ser protector y controlador, Hunter.

Pero él no se sintió ofendido.

—Ese vídeo en el que está tratándote, demuestra que sí tienes valor para él. Que no diera contigo todos estos años, por lo que fuera —específico Hunter—, no significa que no te haya estado buscando. Sí creo que tienes valor. Pero aún no sabemos por qué. Y hay que averiguarlo. Llámame controlador o carcelero, o lo que te venga en gana. No voy a arriesgarme.

—No podéis retenerme —aquella situación la estaba irritando.

—No te retenemos, Kayla. Te estamos cobijando. Y la relación que tenemos tú y yo —sonrió desafiantemente— no permite riesgos innecesarios.

—Hablas de esto que nos pasa como si fuera para toda la vida. ¿De verdad crees que tu mordisco me obliga a estar contigo? No estamos casados, no es un matrimonio forzado... Esto está pasado de época.

Él suspiró. Kayla aún tenía que comprender que su necesidad y su dependencia nunca iba a desaparecer. Y que, si lo hacía, era porque la fiebre se habría estabilizado, gracias a su nudo, a su vinculación definitiva. Y no había mente, por muy racional o analítica que fuera, que rompiera una conexión así. Si Luperca había sido mandada por los dioses para crear un linaje sagrado,

nada se podía hacer ante la marca y la voluntad de un dios.

—Por ahora, no hay más que hablar —espetó Hunter.

—¿Está es tu manera de tener una conversación? —Sus ojos echaban chispas de indignación. Qué guapa era cuando se enfadaba, la salvaje.

—Kayla... —su mirada se afiló y se tornó peligrosa—. Lo último que me apetece hacer cuando te veo es tener una conversación... Y la tengo, porque sé que lo otro haría que te pusieras a temblar como una hoja.

—¿A qué te refieres?

—A que, si por mi fuera, todas nuestras charlas acabarían en la cama.

Un calor mezquino arrolló a Kayla de dentro hacia afuera. ¿Qué le hacía ese hombre que solo con su mirada y el tono de su voz la afectaba de ese modo?

Ella se quedó mirando al techo porque no le aguantaba los ojos. Todo en Hunter era seducción y dominancia. Y una ascendencia muy difícil de ignorar. Eso la irritaba.

No era que no agradeciese algunas de las cosas que habían hecho por ella y por las chicas, no era desagradecida. Lo que pasaba era que odiaba quedarse al margen. Y más si había una venganza contra su maléfico padre que consumir de por medio.

—Venga —Hunter se levantó de la mesa y le sonrió de oreja a oreja demostrándole que no estaba enfadado con ella ni con su carácter peleón—. Tienes que salir de aquí y ver que no estás encarcelada. Respirar aire puro sin peligros. Desconectar de tanta tensión... Te enseñaré el pueblo.

—¿Ahora?

—¿Quieres ver Otsagabia o no? ¿Quieres conocer cosas sobre nosotros? Eres observadora —reconoció—. Seguro que estás deseando hacer un buen retrato sobre los Lowell para saber a qué atenerte.

—Créeme, tengo varios esbozos ya —murmuró entornando su mirada gatuna.

—Oh, pero hay mucho más de lo que ves, aunque no lo creas —Hunter le dio un pequeño tirón del lóbulo de la oreja. Un gesto cariñoso y de confianza, que a Kayla la tomó por sorpresa—. Daremos una vuelta en moto. Nos irá bien.

Ella parpadeó atónita.

¿Iban a darse una vuelta en moto?

¿Los dos solos?

Aquello era ocio. Algo que hacían dos amigos, o dos novios u amantes...

—No muerdo —dijo Hunter, sorprendiéndola, de repente, pegándose a su espalda con su boca casi pegada al oído—. Por ahora.

Se echó a reír cuando Kayla dio un respingo como si hubieran presionado su interruptor.

Ella le lanzó una mirada perdonavidas.

—Deja de decir eso. En ti no tiene ningún sentido. —Lo cierto era que sí necesitaba salir y refrescar sus ideas un poco. Tenía muchísimo que entender y asimilar—. Voy... voy a por una chaqueta.

—No. Te dejaré yo una de mis cazadoras. Aunque te vaya grande, tiene protecciones y pasarás menos frío. Vamos —la animó a que lo siguiera.

Ella esperó unos segundos a seguir su estela. A veces, ese hombre y su comportamiento la noqueaban. Esa amabilidad y consideración la ponían más en guardia que cuando se volvía dominante e imperativo.

La dominancia la sabía rebatir y pelear, aunque tuviera las de perder.

Pero la bondad, la cortesía y aquella actitud ponderada hacia ella, despertaban otras sensaciones más incómodas en su interior.

Darse una vuelta en moto con un hombre lobo como Hunter, era lo último que había cruzado por su cabeza que harían ese día.

De hecho, todo, desde hacía unos días, superaba cualquiera de sus expectativas.

Y en aquel instante, esperaba que esas acciones inesperadas, fueran para bien.

Capítulo 12

Otsagabia era una preciosa villa de montaña en la que perderse, bajo la protección de sierras gigantes y un parque natural. Le recordaba a los pueblos pirineicos que rozan el cielo. Este era un pueblo extraño, que tenía todo lo que cualquiera podía necesitar para una vida cómoda y sin carencias. Panaderías rústicas, restaurantes de comida autóctona, un gimnasio, un centro de formación, una zona de ocio nocturno y deportes... pero todo ello, completamente camuflado en estructuras románicas con sus tejados de pizarra oscura, ubicadas entre callejuelas de suelo empedrado. De haber estaciones de esquí cerca, ese sería un pueblo de obligada parada en el que hospedarse. Kayla observaba todo embelesada, dado que aquel lugar tenía un poder hipnótico e inmersivo. Sus ventanales de madera rojiza decorada con flores, los perros sueltos por la calle paseando con tranquilidad, el olor a chimenea y a pan, y también a cocido y carne a la brasa se mezclaba con el olor que emanaba de las campiñas verdes que lo rodeaban, de grandes extensiones, también salpicadas por alguna que otra casona coqueta y preciosa. Kayla cerró los ojos y se dejó mecer por el sonido de los ríos que lo rodeaban. Pasaron por un puente de madera cuyo precipicio daba a una zona de cascadas magnánimas, dejando salpicarse por sus rociadas. Era un lugar especial que le llenaba de calidez el corazón. Atlas era lujo en la montaña, Otsagabia era hogar en medio de la naturaleza. Una villa hogareña de verdad, donde todos saludaban con una amable sonrisa cuando veían pasar a Hunter con la moto.

Era, sin duda, alguien muy popular y querido allí.

Y toda esa belleza acompañada del olor que desprendía Hunter la estaba noqueando. Su presencia amortiguaba cualquier duda o miedo que pudiera haber tenido no solo días antes, sino, tiempo atrás en su vida, en una existencia que ahora se antojaba desconocida, porque acababa de descubrir que no había sido una niña normal, ni había tenido un padre normal... Y su madre le había escondido secretos. Eso también era real. Y todo hacía que tuviera muchas ganas de llorar, de chillar, de hacerse un ovillo y ponerse a correr para huir y dejar toda esa historia atrás; pero, no lo haría, porque también era momento de descubrir la verdad. Y estar ahí con Hunter, y que él también conociera su situación, la hacía sentirse un poco más corajuda. Aunque las dudas y los miedos, a veces, asomaran el hocico.

Por su parte, Hunter sentía que podía escuchar los pensamientos de Kayla, pero no lo hacía. Solo percibía su contrariedad.

No podía estar enfadado con ella. Kayla les había hecho un adelantamiento por la izquierda en toda regla, y con su atrevimiento al quedar con Vini, les hizo ganar terreno, con la fotografía robada y con la extracción del móvil del hijo de los Spencer, arrojando luz donde antes solo hubo incógnitas y oscuridad. Vini había estado tan metido en el ajo como lo estaban sus padres. Ahora ya podían decir que todos aquellos que facilitaban a la Fábrica la mejor situación y la protección para que obrasen de aquel modo, no lo hacían de manera ignorante; todos, sin distinción,

empezando por Miranda y acabando con el hospital central Los Ángeles de Atlas, todos, estaban involucrados y eran cómplices de sus experimentos y de las atrocidades que hacían para lograr sus objetivos.

Pensaba en todo ello mientras conducía su Guti VT III plateada y negra, con Kayla abrazada tímidamente a su cintura. Ambos llevaban dos cascos Momo de color negro Glossy. Él no se había equivocado. Su chaqueta le iba gigante, pero había sentido una fascinante complacencia al verla con algo suyo, aunque las mangas le cubriesen las manos y se las hubiera tenido que arremangar como a una niña pequeña, o que el corte largo de la chaqueta le llegase por debajo de las nalgas. Kayla tenía un cuerpo delicioso, pero era más menuda que él. Estaba guapísima con su chupa motera de cuero negra y decoraciones rojas.

Lo que más adoraba era que ella lo tocase, aunque fuera de un modo tímido y se sintiera en la obligación de agarrarse a él. Daba igual, a Hunter su contacto lo hacía sentirse poderoso y también pleno. Tenía un problema con esa mujer, y era que se había deslizado bajo su piel, no de un modo discreto y silencioso; no. Kayla se había metido en él a la velocidad de una transfusión sanguínea completa, desde la primera noche en la que la vio, desde que su olfato detectó la fuerza de su irrupción.

Los lobos sentían y se enamoraban antes de conocerse. Se intuían. Eso podía pasar, porque los instintos primaban mucho antes que la coherencia o la razón. No dejaban de tener una naturaleza animal. Sin embargo, de Kayla le gustaba todo, incluso cuando tenía el valor de enfrentarlo. Eso era lo que más le cautivaba. Porque demostraba su valor y que no le tenía miedo. Y Hunter odiaba oler el miedo en ella. No quería que lo temiese. Por suerte, ese aroma ya había sido mitigado por completo y la joven empezaba a dejarse llevar y a entender que no eran los malos de aquella película de terror, aunque tuvieran colmillos y su transformación fuese intimidante.

Pero Hunter quería saber más sobre ella. La imagen de aquella niña tumbada en la camilla a manos de Dan Aro le había destrozado el corazón. Ella había sido una víctima más, y Kayla estaba en su derecho y obligación de averiguar qué había pasado para que apenas recordase su niñez, excepto cuando se fue con su madre.

Eso debía aclararse lo antes posible, porque no solo la intrigaba y la afectaba a ella, los Lowell querían saber cuál era el fondo de la cuestión.

Se detuvieron con la moto frente a la entrada empedrada de una casa hecha restaurante, llamada «La Caseta». Se quitó el casco y sonrió al ver su fachada.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Kayla haciendo lo mismo.

—Vamos a comer —contestó sonriéndole por encima del hombro—. Llevas días sin comer bien y eso no puede seguir así. Tienes que alimentarte.

Hunter bajó primero de la moto, y tomó a Kayla de las axilas, la levantó y la bajó con delicadeza. La joven se quedó sorprendida por el gesto.

—¿Has pasado frío? —preguntó él mirándola de arriba abajo con preocupación.

—No —contestó—. El saco que llevo puesto abriga mucho.

Las comisuras de los labios de Hunter se alzaron con diversión.

—Pues ese saco te queda de muerte, Kayla Mihura —reconoció tomándole el casco y dejándolo colgado del manillar—. Vamos, que nos han preparado la comida —la tomó de la mano y empezaron a caminar.

Kayla no supo cómo reaccionar a todas esas atenciones. ¿Por qué Hunter actuaba con tanta naturalidad? ¿Por qué le parecía tan fácil y sencillo tratarla así? ¿Y por qué sentía que eso la

enternecía y la deshacía? ¿Era así de normal ceder ante un luperco? ¿Tenían ese tipo de habilidades sociales en las que solo podías dejar que hiciesen con una lo que quisiesen? ¿O acaso ella quería que él se comportase así?

Se estaba volviendo loca. Pero, entonces, como por arte de magia y en un inesperado momento, inhaló el aroma de un estofado.

Sí, un estofado. No uno cualquiera; posiblemente, el mejor que había oído jamás. Y cerró los ojos mientras la boca se le hacía agua.

Kayla se dejó llevar al interior de ese restaurante no solo por la enorme mano de Hunter que cubría la suya. Se dejó seducir por el aroma de aquel plato de comida que abrazaba el alma.

Salieron a recibirlos una pareja de unos setenta años de edad.

Ella tenía el pelo corto con capa, a lo champiñón, y de ese color plateado hermoso que dan las canas y el paso del tiempo. Y él ya estaba un poco calvo. Pero lo que le faltaba en la cabeza le sobraba en las cejas, muy pobladas y despeinadas. Tenía la nariz de gnomo, bastante grande, pero su expresión era afable y bondadosa. Y ambos poseían unos ojos con un azul claro como el cielo.

—¡Huntermo! —dijo la señora abriendo los brazos con una sonrisa de oreja a oreja y caminando hacia él.

—¡Amacho Joana! —Hunter soltó la mano de Kayla, riéndose y fundiéndose en un abrazo con la señora, levantándola del suelo como una princesa.

—¡No hagas eso, pequeño salvaje! —se rio ella.

—¡Aitona Jonan! —exclamó Hunter abrazando al hombre, uniendo frente con frente sin separarse de la mujer—. *Ondo zaudela*. Que estéis bien.

—Venga, mozo... —le tocó el bíceps—. ¿Es que no te dan de comer? No estás tan fuerte.

—A eso vengo, *aitona*. A llenar esto —señaló el bíceps—, y esto —se frotó el centro del pecho con la mano abierta.

A Kayla la escena le despertó mucha ternura. A Hunter los rasgos se le suavizaron al contemplar a esa pareja. Allí había cariño de verdad, y sintió que invadía un espacio privado y no supo bien qué hacer.

Le había hablado de ellos. Eran la pareja de franceses, que aún arrastraban algo de acento, y que los habían cobijado cuando los Lowell llegaron al sur de Francia después de huir de La Fábrica. ¿Qué hacían en Otsagabia?

—¿Quién es la bella? —preguntó Joana mirándola con afabilidad—. Ella también necesita comer, pobrecita mía —la miró compasiva.

¿Por qué tenían tanta obsesión con la comida?

—Es Kayla. Está con nosotros —contestó con normalidad.

—Ah... —Jonan asintió conforme y dio una palmada—. Pues no se hable más. A comer, que *amacho* ha hecho un estofado de carne para chuparse los dedos. Venga, jovencita —la animó a seguirlos.

Pero Kayla no podía dejar de mirar el modo en que Hunter rodeaba las menudas espaldas de Joana y la abrazaba con ternura, contándole cualquier historia que hiciera sonreír a la mujer.

Era un hombre cariñoso y considerado. No se lo había imaginado así.

Los sentaron en una mesa en ese salón restaurante, al lado de la chimenea, que estaba encendida.

Kayla observó la cálida decoración y suspiró complacida, porque sería un lugar en el que se imaginaba tomando tazas de chocolate en los días de invierno. Las ventanas al exterior, las paredes de piedra ceniza, las mesitas con mantelería blanca y un centro de mesa con una velita encendida y un centro de flores rojas.

Nada estaba siendo como ella esperaba. La violencia se desdibujaba tras ella, casi como si no hubiese sucedido. Pero Kayla no la olvidaría. Y el no olvidarla, hacía que viviese ese momento valorándolo más.

Se quitó la chaqueta que olía a él y la apoyó en el respaldo de la silla. Y después lo miró de frente, muerta de curiosidad pero sin saber por dónde empezar.

—Te mueres de ganas de hacerme un interrogatorio —le dijo Hunter con diversión, llenándole el vaso de agua de la jarra de cristal rojizo de la mesa—. No te cortes. Pregunta lo que quieras.

—No sabía que el matrimonio que os ayudó en Francia iba a estar aquí —disparó por fin.

—Ellos estarán donde estemos nosotros. Cuando nos dieron cobijo nos trataron como a su familia. Ellos son nuestra familia ahora y a la familia se la cuida.

Kayla apoyó los codos y se frotó las manos con nerviosismo.

—Todos te conocen en el pueblo.

—Claro que sí, bella —dijo Joana tras ella, cargando la olla de estofado para dejarla en el centro de la mesa—. El pueblo es de ellos.

—*Amacho*... —le dijo avergonzándose.

—¿Qué pasa? —parecía fingidamente sorprendida—. Seguro que no le has contado nada aún...

—No me ha dado tiempo.

—El pueblo —dijo Jonan acercándole una bandeja de mimbre llena de rodajas de pan de masa madre recién hecho— lo fundaron y lo repoblaron ellos.

—Cariño, háblale a esta chica —lo animó Joana guiñándole un ojo—, no seas tan discreto. Estos niños son muy herméticos y tímidos... —dijo a modo de confidencia a Kayla—, pero son buenos —acarició la barbilla de Hunter y este sonrió como un niño pequeño—. Tienen un corazón muy noble y tierno.

Kayla entrecerró los ojos. Esa señora no tenía ni idea de los mordiscos que daba su «querido niño» ni de lo perverso que podía ser... Era como una abuela ciega que adoraba a su nieto por encima de todo e ignoraba lo pirata que en el fondo era.

Pero disfrutaba con la admiración y el agradecimiento que reflejaba la mirada de esa pareja hacia Hunter. Un ser malvado jamás despertaría esas emociones tan bonitas y auténticas en nadie.

La pareja se alejó de la mesa dejándolos solos, con la olla de estofado en el centro y el pan humeante al lado.

Y ahora, quería saber más, mucho más...

—Me gustaría que me contases cosas —pidió Kayla.

—¿Y te las vas a creer? —bromeó él ofreciéndole una rebanada de pan recién hecha.

—Si creo en la licantropía de la loba capitolina... —murmuró entornando los ojos.

Hunter sonrió. Parecía contento de tenerla allí y de pasar ese tiempo con ella. Al menos, la tensión que podía haber se disipaba con cada palabra que intercambiaban. El aroma embotaba

sus sentidos y le hacía la boca agua. Hunter le untó el pan con un poco de tomate, aceite y sal y se la dio.

—Gracias, pero... ¿y si no me hubiese gustado el tomate untado? —dijo Kayla sorprendida.

—Vi lo que tenías en la camarera del hotel. Te untas el pan con tomate. Y a mí también me gusta así.

Sus ojos destellaban poniéndola a prueba, y Kayla disfrutó por primera vez de aquel Hunter y del tiempo a solas que estaba compartiendo con él. Él insistía en que su mordisco iba a atarlos para siempre. Y Kayla temía mucho que eso fuera cierto, porque no se podía elegir a un compañero de vida por clavar unos colmillos. Sin embargo, Hunter no mentía. Todo lo que le había dicho, hasta ese momento, era cierto. Y ella no sabía cómo romper maldiciones milenarias. Así que estaba perdida y se sentía insegura.

Por esa razón, momentos así, en calma, y en confianza, la hacían sentir bien.

Se llevó a la boca la torrada y disfrutó del pan casero recién horneado.

—Pan de masa madre... —señaló Hunter.

—Muy rico.

—Cuando pruebes el estofado, llorarás de emoción.

Ella tragó y se lo quedó mirando fijamente.

—Te gusta comer, eh, Hunter.

—¿A qué lobo no le gusta alimentarse? —sonrió sabiendo que le estaba dirigiendo una mirada incendiaria.

Ella suspiró y se removió inquieta en la silla.

—Cuéntame cosas... —le urgió de nuevo.

—Tú mente detectivesca no puede soportar tanta intriga... ¿eh? ¿Qué quieres saber?

—Todo. ¿Qué es este pueblo? ¿Por qué están Jonan y Joana aquí? ¿Por qué todos te saludan como si fueras un rey? Solo les faltaba lanzarte flores cuando te veían pasar en la moto...

Hunter abrió la olla y tomó el plato vacío de Kayla para llenárselo con el cucharón.

—Como te dije, cuando llegamos al sur de Francia, no teníamos nada y estábamos solos y desamparados. Pero ellos nos trataron como si fuéramos de su familia y vivimos en su casa, bajo su calor y su protección, con la calma suficiente como para empezar a estudiar y formarnos en lo que más nos interesaba, mientras trabajábamos la tierra y les ayudábamos en la granja y en sus recolectas. Hacían miel y también vendían mucha fruta que ellos mismos recogían de sus campos. No les iba muy bien, porque los animales más depredadores les estaban dejando sin sustento. Pero con nuestra llegada, todos desaparecieron.

—Obvio, el más depredador de todos erais vosotros... os tenían miedo.

—Exacto —contestó Hunter—. Su negocio empezó a ir bien, y nuestros estudios a distancia también. Tenemos un coeficiente intelectual bastante alto y facilidad para el aprendizaje. Viene con nuestra naturaleza...

—Ah, ¿además sois más listos?

—No. Más listos no. Solo tenemos más capacidades para el aprendizaje. La inteligencia se tiene o no se tiene. Puedes haber aprendido mucho en economía, bolsa y finanzas, pero si no tienes inteligencia para invertir y mover el dinero, o para ver oportunidades de mercado, de poco te sirven los estudios. Puedes haberte sacado una carrera como cirujano, pero si no tienes la inteligencia para actuar con celeridad en una mesa de operaciones tras un imprevisto, tampoco te sirve de nada. Puedes saber programación pero si no eres inteligente como para saber qué hackear y qué obtener de ello, nada de eso te sirve —le ofreció el plato lleno de estofado—.

Puedes ser detective, pero eso no garantiza que seas inteligente para pensar fuera de la caja e ir un paso más allá que el resto. No todos son Kayla Holmes.

Eso hizo reír a Kayla. Y estaba muy de acuerdo en su observación.

—Entonces... ¿debo entender que los tres hermanos os dedicasteis a tres ramas distintas?

—Teníamos el objetivo común de ir a por La Fábrica, cuando estuviéramos preparados para ir a por ellos sin tener que revelar al mundo nuestra existencia. Es decir, sin ser torpes y haciendo más ruido del debido. Y para eso —abrió el mantelillo individual de tela y se lo colocó en el cuello de la camiseta, para no mancharse—, necesitábamos más tiempo. Yo me dediqué a hacer dinero y a que tuviéramos el músculo suficiente como para poder hacer lo que quisiéramos y enfrentarnos a ellos de tú a tú. Hice las inversiones pertinentes. Compré arte, lo revendía; compré bonos, los revendía; después pude comprar empresas en quiebra, relanzarlas y revenderlas, criptomonedas, oro, NFTs... Cree mi propio exchange... había una oportunidad de que el más tonto, solo con un chivatazo del más listo, se hiciera rico.

—Y tú eras el listo —asumió Kayla mirando la estampa de ese hombre con su servilleta puesta para no mancharse. Era surrealista. Que le salían colmillos y garras, joder... Y no se quería manchar con un estofado—. Y no diste ningún chivatazo.

—El dinero es poder, y es solo para los que saben cómo manejarlo. No se le puede dar una pistola cargada a un mono —convino con obvedad—. Simplemente, veía el mercado y las posibilidades como un campo de oro. Mientras tanto, mi hermano Yael se formó en biología genética, para poder comprender qué era lo que habían hecho con nosotros y lo que querían hacer con nuestro ADN y poder contrarrestarlo en un futuro. Y Asher se convirtió en un hacker brutal que podía cambiar claves y saltarse seguridad de cualquier lugar solo con dos teclas. Teníamos un disco duro con vídeos e información, archivos de todo tipo que Asher había extraído. Así nos preparamos para poder enfrentarles y estudiar lo que hacían. Con el dinero que conseguía creamos nuestra propia central de operaciones. Un lugar alejado de cualquier Fábrica y del poder de cualquier Aro, en el que nunca, nadie, pudiera imaginar que se escondieran seres como los lupercos. Y compré este pueblo abandonado hace siete años.

—¿Este pueblo abandonado? —repitió Kayla anonadada—. ¿Este pueblo es tuyo?

—Nuestro —la corrigió—. De los tres. Y también tuyo. Si quieres —añadió como coletilla.

—Pero...

—Lo reconstruimos entero. Lo reformamos y lo convertimos en la maravillosa villa de montaña que ves, con todo lo necesario para tener una vida idílica en medio de la naturaleza. En estas instalaciones, Yael creó inhibidores hormonales, tenemos anuladores de nuestro propio olor y profilaxis para sanar el mordisco de los quimeras.

—Como la antirrábica que le habéis dado a Susana y a Jenni... —comprendió.

—Sí. Yael también ha descubierto que podía extraer un suero de nuestra propia sangre y que se podían traspasar a los humanos para ayudar a cicatrizar heridas. Al parecer, nuestro suero actúa estimulando a los telómeros humanos, y los hace más longevos, activando el Nad y el Nac de su sistema. No los hace inmortales, pero puede ayudarlos en situaciones muy críticas y en condiciones en las que cualquier humano podría morir.

—No entiendo nada de genética —asumió—. Pero es algo que, si lo patentáis, os puede hacer mucho más millonarios de lo que seguro sois.

—La Fábrica llenó cientos de tubos de ensayo de nuestra sangre, y los usó solo para la experimentación y para crear armas militares, no para la sanación ni para responder las preguntas existenciales. Es como si nuestra sangre estuviera protegida para ese tipo de menesteres.

—Porque la inmortalidad solo es de los dioses... —dijo Kayla comprendiendo el poder de los lupercos. Luperca no era un dios, al menos no era considerada así según ella había leído, pero esa habilidad era solo de los dioses. Y los lobos eran animales sagrados para ellos. Los Lowell descendían de hijos de dioses, de algo inexplicable.

—Y de aquellos con los que ellos decidan compartir su gracia —concluyó—. Como te iba diciendo, este era un pueblo norteño abandonado, de casas ya destruidas de las que quedaban solo sus esqueletos. Pero con nuestros medios le veía muchas posibilidades... Queríamos que fuera nuestra base para vivir. Sin embargo, un pueblo necesita personas, y los lupercos vivimos mejor y nos camuflamos mejor en manada.

Kayla probó el estofado y tuvo que volver a cerrar los ojos, por el gusto, la textura y el aroma... su mente la llevó a noches de abrigo y cuentos de lobos y brujas alrededor de una hoguera... Fue una visión tan real y esa comida estimulaba tanto el alma, que casi estuvo a punto de echarse a llorar.

—Dios mío... —susurró reconociendo la valía del plato—. Está delicioso.

Hunter sonrió de oreja a oreja y ella quedó deslumbrada por su maldita belleza.

—Todo lo que hacen los abuelos es exquisito.

—Ahora entiendo por qué los queríais tan cerca... Son brujos de la comida.

Él soltó una risita y ella lo observó cautivada. Cuando estaba relajado, que eran contadas veces, Hunter parecía incluso más joven de lo que era.

—Te estaba contando lo del pueblo...

—Sí, perdona —reconoció abrumada por la magia de esa comida casera. Y también por el hechizo del lupercos—. El pueblo vive de personas, sigue...

—Tenemos un lado filántropo —explicó con normalidad.

—¿Filántropo tipo... Bill Gates?

—Filántropo tipo... que ayudamos a quienes lo necesitan en el momento que lo requieren. No necesitamos hacer grandes cosas. Solo bastan pequeños gestos para hacer el bien, ¿sabes? Todos y cada uno de los habitantes de este pueblo han sido rescatados de malas situaciones de vida. Hay familias que trabajan el campo que no tenían medios para subsistir, víctimas de las subidas de los precios y la constricción del estado; hombres rescatados de la calle, mujeres que necesitaban huir de redes de prostitución que las tenían secuestradas... Personas con sueños, pero sin medios... Militares que estuvieron en manos de La Fábrica y que necesitaban recuperación para volver a sentirse útiles... Niños sin hogar, gente mayor desahuciada... Hemos creado un pueblo de supervivientes donde todos tienen nuevas oportunidades y unas vidas en las que no les faltan de nada. Tenemos escuela, talleres formativos para los adultos, gimnasios, panaderías, restaurantes, un autocine, todos tienen cosas que ofrecer en esta comunidad... Todos, no se menosprecia ni se infravalora a nadie. Gracias a ellos el pueblo funciona solo y sin gestores. Nosotros solo les dimos un techo y unas instalaciones, pero han sido sus ganas de seguir adelante y de luchar por su futuro las que han hecho que todo funcione.

Saber aquello y escuchar el tono de voz y el respeto con el que Hunter hablaba de los miembros que conformaban aquel pueblo, la llenó de respeto hacia él e hizo que temblase su corazón con esperanza.

—¿Por qué? —inquirió.

—¿Por qué qué?

—La mayoría de personas con poder no suelen involucrarse personalmente en los problemas ni en las desgracias de otros.

—Nosotros no somos personas —recordó con tirantez—. Nuestra naturaleza es otra. Y lo hacemos porque podemos hacerlo. Y debemos —insistió como detalle más importante—. Los lupercos somos excesivamente empáticos. Tenemos facilidad para sentirnos identificados con las adversidades de los demás, con el sufrimiento... y si alguien que lo está pasando realmente mal se cruza en nuestro camino, sentimos sus emociones y nos afectan, por eso tenemos la necesidad de ayudarlos. No somos indiferentes. Nos gusta involucrarnos. Además —sonrió con algo de vergüenza—, tenemos el sentimiento de manada muy desarrollado. Y no hay manada más fiel que la que se siente en deuda contigo. Nuestro pueblo está repleto de personas leales, que se sienten agradecidos y que nos aprecian. No teníamos manada. Y nos hemos creado la nuestra.

Kayla tenía un nudo en la garganta. Aquello la emocionaba.

—¿Saben los habitantes del pueblo lo que sois? No hay fidelidad sin transparencia —objetó esperando oír una respuesta negativa. No se habrían atrevido a decir lo que eran...

—Sí. Todos lo saben. Y eso es lo que más protegen —se llevó una cucharada de estofado a la boca, como un duque bien educado, sin sorber—. Estamos a salvo con ellos, porque todos protegen nuestra identidad, y cuidan de nosotros, y también se cuidan entre ellos. Es la Ley de la Manada. Uno para todos y todos para uno.

—Eso lo decían los tres mosqueperros.

—Porque eran perros. Y la manada primaba en ellos.

Kayla se quedó sin palabras ante aquella respuesta. ¿Sería verdad? Entonces dejó ir una risa auténtica.

—Esa es solo una versión de dibujos...

—Es la mejor —le guiñó un ojo.

Ese gesto la encendió y tuvo ganas de besarlo.

—¿De cuántas personas... —carraspeó— rescatadas estamos hablando?

—Trescientas treinta y tres... contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, cosita... Contigo. Ahora eres de nuestra manada.

—Pero yo no...

—Lo eres —zanjó el asunto ignorando su respuesta.

Ella tomó el agua y lo miró por encima de la copa ponderadamente.

—¿Y de la manada se puede salir? —tanteó siendo víctima de sus propios miedos.

Hunter le dirigió una mirada inteligente a través de sus espesas pestañas oscuras. Kayla no sabía lo íntimamente atada que estaba a él, por eso se atrevía a hacerle esas preguntas.

—Nadie quiere salir. Esto es *etxera*. Es casa y hogar; cuidados, valorados, queridos y recuperados. Ha sido el exterior quien les ha tratado mal. Otsagabia es refugio y nido. Y espero que algún día sientas que es el tuyo, Kayla Mihura.

Ella resopló y miró a través de la ventana, confundida con sus emociones y perpleja por lo que Hunter le acababa de explicar. Eran muchas personas a las que los Lowell les habían dado segundas oportunidades. Eran buenos. Mas buenos de lo que ella había podido imaginar.

Tenía en sus manos descubrir qué había pasado en su niñez y rebelarse contra la tiranía de su padre Dan y de su hermana. Y ahora quería llegar al fondo de todo aquel asunto y que los Lowell contaran con ella.

Y estaba viviendo una realidad fantástica e increíble al lado de un lupercos que quería reclamarla como Drácula a su mujer. Y ella no era capaz de ser indiferente a él ni de evitar que sus hormonas no se revolucionasen con su cercanía. Suficiente hacía con fingir que estaba bien,

cuando no lo estaba.

¿Qué pintaba ella en Otsagabia? Aquel no era su lugar. No podía renunciar a su vida en el exterior y olvidarla como Hunter le sugería.

Pero, al mismo tiempo se preguntaba si aquella no era una segunda oportunidad para ella. ¿Cuándo había perdido la primera? ¿En las dos veces que había estado a punto de morir a manos de los quimeras?

¿O cuando Hunter la había marcado de ese modo que hacía que separarse de él fuera doloroso?

—Come, Kayla —le pidió Hunter posando su mano sobre la de ella, libre y relajada al lado del plato. El contacto la calmó inmediatamente, como una caricia, aunque luego dejase una estela de necesidad tras ella—. Te sale humo de la cabeza. Eres demasiado analítica.

—No lo puedo evitar. Son muchas cosas...

Él asintió, comprendiendo la lucha que libraba su mente para dar un lugar coherente a todo lo que estaba viviendo. Pero la coherencia no servía en situaciones así: solo la aceptación.

—Deja que todo pase con naturalidad y disfruta de este lugar. Aquí todos sanan y todos despejan sus dudas. Tú también lo harás, ya verás.

Hunter retiró la mano y ella siguió comiendo, pensativa ante su situación.

Él era muy atento y la estaba volviendo loca con esos golpes escondidos y esa amabilidad.

Le iría muy bien hablar con su madrina. Ella era además psicoanalista. Y Kayla necesitaba aclarar sus dudas, porque no se quitaba de la cabeza la imagen de verse en la camilla de una de las salas de laboratorio de su padre.

¿Qué demonios pasó?

¿Qué demonios le hizo?

¿La ayudaría su madrina a resolverlo?

Capítulo 13

Y Kayla vio las instalaciones de todo el pueblo y, aquel día, conoció a todos sus habitantes. Uno por uno. Hunter convirtió aquel día en una ceremonia de presentación oficial. No la presentaba ni como la mujer que había marcado, ni como su compañera ni como la elegida del lobo. La presentó solo como Kayla, y eso la agradó. Porque aquello implicaba que todavía Kayla tenía independencia de elegir, aunque, en el fondo, fuese una utopía.

Así fue como conoció al clan de los jubilados. Un grupo de personas mayores, hombres y mujeres, algunos de ellos matrimonios, que habían encontrado en Otsagabia una segunda juventud y una nueva labor de vida. Enseñar a los más jóvenes en el casal de formación cosas tan básicas como carpintería, cerámica, cocina, cuidados de casa, jardinería, manipulación de alimentos... todo tipo de labores que ya no se enseñaban, al menos, no como antes. A cambio, ellos aprendían nuevas tecnologías de los habitantes más jóvenes y se modernizaban con ellos, retroalimentándose unos de otros. Después, también conoció a «las chicas», todo un grupo de mujeres que sufrieron la coacción y el abuso de unos mercenarios proxenetas en un club de striptease. Algunas de distintas nacionalidades, y de diferentes edades. Lo que más la asombró fue que ninguna de ellas ocultaban el aprecio y la admiración femenina que Hunter despertaba en ellas. Si sabían qué era él, no le tenían ningún miedo. De hecho, cuando entraron los dos en las instalaciones, todas aullaron tomándole el pelo. Y Kayla se sintió avergonzada, por cómo la miraban, como si dieran por hecho que ella era de él. Y, sin embargo, aunque había un clima de competencia que no podía ignorar, todas la trataron con auténtica amabilidad. Eran de verdad. No se sintió juzgada ni odiada por ninguna, pero sí admirada y reconocida, como si fuese especial por estar con Hunter.

De entre ellas, hubo una que a Kayla le gustó y le pareció un encanto, y con la que supo que podía hacer buenas migas. Se trataba de Kim, una chica de veintidós años, con una melena rubia que tenía un brillo y un peso maravilloso, y unos ojos de color azul oscuro grandes y continuamente coquetos y sonrientes. Ella se encargaba de enseñar el arte del Pole Dance y de ejercitar a las chicas. Y era muy buena.

Luego, estaban los pequeños... Un grupo de diez niños que habían salido de un orfanato. La directora dejó de recibir ayudas para mantener su casa hogar y estaba muy enferma, le quedaba poco tiempo, y temía dejar a los niños en manos de Dios. Y Dios se apareció en forma de hombre rubio, rico y demasiado guapo, y se los llevó a todos a su pueblo, para que allí, recibieran amor, cariño y atenciones de las parejas y familias que no podían concebir y que se habían gastado millonadas, paz y salud en intentar cumplir su sueño de ser padres. Hunter les dio a ellos unos padres amorosos, y a los padres, unos hijos que creían que no podían tener. Pero cuando los niños veían a Hunter, corrían con los brazos abiertos a recibirlo y a abrazarse fuertemente a él. Y eso no había mujer sensible que lo resistiera. Los niños lo adoraban, y Kayla

se deshacía ante aquella estampa. Porque Hunter les sacaba tres cuerpos, y en sus brazos, parecían diminutos. Tuvo que apartar la vista más de una vez porque los ojos se le llenaban de lágrimas y el corazón le palpitaba de más en el pecho. Por Dios... ¿qué le estaba pasando? ¿Por qué todo la afectaba así?

Después estaban los militares recuperados. Hombres de guerra y de honor que habían sido juguetes a manos de la Fábrica, abandonados y devueltos a sus casas con traumas y demasiada violencia en su cabeza, convirtiéndolos en una amenaza constante para los que estuvieran a su alrededor. Muchos habían intentado suicidarse, sin éxito. Porque era difícil vivir con tanto miedo y con tanto desprecio hacia uno mismo. Pero los Lowell les recogieron y les dieron esa nueva oportunidad en un pueblo en el que poder recuperarse, donde sanarían porque habría especialistas que pudieran mediar con ellos, donde podrían ir desinfectando sus heridas ponzoñosas... y ser los héroes que habían venido a ser eligiendo esa profesión, protegiendo a Otsagabia cuando ni Hunter ni sus hermanos estuvieran.

En aquella comunidad, bajo cada techo de cada hermosa casona, había una historia que empezó muy mal, pero acabó muy bien, gracias a la intervención de los lupercos. A todos, de algún modo, el sistema les había fallado en algún momento de sus vidas, y aquella era su segunda oportunidad.

Hunter les había dado a todos un presente feliz y estable.

Cuando llegaron al anochecer a la casa principal, Kayla tenía la cabeza embotada de todos esos relatos, y recordaba cada cara y cada expresión agradecida, y se le encogía el corazón.

Hunter aparcó la moto bajo el porche, junto a todos sus vehículos. Kayla se apoyó en sus hombros y se bajó de la moto. Después se sacó el casco y Hunter se quedó embobado mirando cómo todo su pelo de ese castaño rojizo caía de manera graciosa por todo su rostro y descendía dos o tres dedos más allá de sus hombros.

—Has estado callada desde que vimos a los militares —dijo Hunter sacándose el casco y apoyándolo en el depósito de gasolina, sin levantarse todavía de la moto.

—Hay tanto en lo que pensar... —reconoció—. Esos militares estuvieron en manos de mi padre y vosotros los habéis ido recogiendo. ¿Cómo los localizasteis?

—Gracias a los datos del disco duro y de los experimentos que allí habían grabados. Todo eran datos personales, direcciones... Muchos iban a La Fábrica voluntariamente para probar nuevos tratamientos de experimentación, porque creían que servirían así a su país... No se imaginaban que lo que les iban a hacer iba a afectarles químicamente el cerebro. Solo eran conejillos de Indias, pero sufrieron las consecuencias de todo lo que les hicieron. Nosotros solo nos limitamos a encontrar aquellos que aún estaban vivos. Algunos vivían en sus antiguos domicilios, devueltos, tullidos e inservibles. Otros ya habían muerto, presas de la desesperación.

Ella asintió, lamentándolo profundamente por el reguero de víctimas inocentes que su padre dejaba atrás, como un inclemente asesino en serie.

—¿Y entonces? Los quimeras...

—Son insalvables, Kayla —contestó leyéndole la mente—. Los dispositivos que tienen en sus cerebelos han anulado todo lo que una vez fueron. Por eso son máquinas perfectas de matar. Pero no tienen conciencia. Ya los has visto... ya no hay nada de humano en ellos —Hunter se levantó de la moto y se quedó a un palmo del cuerpo de Kayla.

Ella miró hacia arriba para contemplar el rostro de Hunter bañado por la luz del crepúsculo. En aquel porche, con su chupa de motorista puesta, y las vistas del monte como lienzo, Kayla se podía imaginar que venían de una cita. Pero, en realidad, había sido mucho más que una cita;

había sido una confirmación de que no estaba en peligro con los Lowell.

Y que nunca lo estaría.

—Nunca había visto tanta fidelidad y tanto respeto como el que he visto en los ojos de cada uno de los habitantes de este pueblo cuando te miraban a ti. Ha sido sobrecogedor. Los niños te quieren mucho... todos —dijo nerviosa, ante la intensidad de su mirada.

—Tenemos buena mano con los niños. Somos como lobos gigantes para ellos.

—¿Porque sois lupercos?

—No. Porque nos encantan los niños —sonrió y sus blancos dientes destellaron dejando a Kayla noqueda—. Dan vida, equilibrio, esperanza y alegría. Y deberían ser el futuro que todos queremos.

—¿Ellos os han visto transformados alguna vez?

—No ha hecho falta. Saben lo que somos y han visto indicios de lo que somos capaces de hacer.

Ella se humedeció los labios y se mordió el interior de los carrillos, inquieta e insegura, y sintiéndose demasiado intimidada por la presencia masculina de ese hombre.

—Creo que lo que habéis hecho aquí es maravilloso. Esta comunidad daría la vida por vosotros. Habéis creado una fortaleza de lealtad y vínculos reales, basados en la supervivencia, en gestos desinteresados y en la salvación. Es... precioso.

—Y nosotros por ellos —aseguró Hunter, enterneciéndose al verla tan emocionada—. Son nuestra manada. Los lobos cuidamos de los nuestros, y tú eres parte de nuestra manada ahora, Kayla. Cuidaremos de ti. Yo cuidaré de ti.

A ella le temblaron las rodillas al oírlo hablar así.

—No me pongas esa cara, cosita —le tomó la barbilla con dos dedos delicados y se la alzó para mirarla a los ojos—, que no soy tan bondadoso como crees... y me cuesta no hacerte maldades.

Ella carraspeó con mucho nerviosismo.

—No sé qué me pasa. Estoy muy sensible... —reconoció. Tenía unas necesidades a las que no sabía ponerle nombre, no las sabía etiquetar, porque nunca las había sentido.

—Al menos, has visto que no somos como creías.

Ella no iba a negárselo. No solo no eran como creía, eran infinitamente mejores de lo que creía.

Hunter sabía que aquel podía ser el momento de agarrarla y comerle la boca y darle toda la atención y los mimos que quería darle. Había estado excitado y duro todo el día, por su culpa. Pero sabía que algo estaba cambiando, lo percibía. Percibía cómo los muros de Kayla caían uno a uno y cómo poco a poco sus corazones se acercaban para tocarse.

La unión luperca clamaba por más. Hunter quería todo de ella, porque le encantaba Kayla. Caía bien de inmediato, escuchaba a las personas mirándolos a los ojos, era inteligente, tenía sentido del humor, era jodidamente preciosa y era también muy valiente... Pero tenía que dejar de pelear con lo que su cuerpo experimentaba estando cerca de él y dejar de intentar ser tan fuerte y de resistirse a lo que estaba pasando entre ellos. Las oleadas de la fiebre iban y venían de uno al otro, de ambos lados, como caricias incendiarias que activaban sus instintos más posesivos y sexuales.

Y él no era de piedra y no sabía durante cuánto tiempo más podía ser tan fuerte y resistente. Pero lo hacía por ella.

—Kayla... —Hunter la tomó del rostro y unió su frente a la suya, cerrando los ojos, dolorido

por la angustia—. Me ha gustado mucho pasar el día contigo, pero ahora tienes que meterte en la casa y encerrarte un rato, hasta que me tranquilice.

—¿Cómo hasta que te tranquilices? —preguntó aturdida, con los ojos dilatados.

—Vete, y apártate de mi vista si no quieres que te desnude y te coma en este porche, sobre el capó de uno de mis vehículos —suspiró lamentándose por no hacer con ella lo que quería hacer—. Vete ahora que aún tengo autocontrol, anda —Hunter besó su frente, le dio una cachetada en la nalga y después la empujó levemente para que se apartase de él.

Aquel comportamiento tan de macho, no estaba para nada reñido con su ternura y su consideración. Él realmente lo estaba pasando mal. Y ella también.

Kayla sabía que debía agradecerle aquella tregua y aquel tiempo que le daba. Pero, cuando escuchó el ronroneo que emitió desde el centro de su pecho, que sonó a rugido frustrado, ella dio un respingo de alerta, y salió del porche corriendo para meterse en la casa principal.

Tenía el corazón acelerado y, de algún modo que la hacía sentirse bipolar perdida, también estaba frustrada y decepcionada, porque era la primera vez que había querido que Hunter la besase de verdad.

Quería que la tocase, no por la fiebre, sino, porque lo deseaba honestamente.

Pero en esos días había comprendido algo sobre los lupercos; no eran de mimos ni besitos, y menos cuando estaba tan hambrientos como él. Ya lo había sentido en sus propias carnes con anterioridad, cuando la mordió. Y aquello solo era la primera parte de todo lo que ellos eran capaces de hacer con su compañera. El sexo humano era un chiste al lado de la entrega que exigía un ser como ellos.

Y Kayla estaba cagada de miedo, pero su intriga y también sus ganas se acrecentaban.

Como su fiebre y como todo lo que su cuerpo sufría por culpa de ese hombre.

Ellos lo hacían todo a lo bestia, desde sus entrañas y desde sus instintos más oscuros, donde las sombras eran alargadas y donde lo permitido tenía una línea difusa e intangible.

Estaba en su naturaleza.

Y quienes aceptaran al lupercos, debían aceptar y amar sus luces y, sobre todo, sus sombras.

¿Estaba dispuesta ella a dar ese paso y a romper con todas las estructuras que habían impuesto en su cabeza?

Lo comprobaría en breve.

Kayla necesitaba estar a solas y recapacitar sobre todo lo que había descubierto de Hunter, de sus hermanos y de aquel pueblo.

Se había quedado sin palabras. Eran héroes para todas esas personas a las que habían ayudado. Y también lo eran para ella. Kayla había tenido la mala suerte de estar en el lugar equivocado en el momento más inadecuado y, de no haber sido por ellos, un quimera se la habría llevado atraído por su olor y la habría descuartizado. Dos veces la habían salvado ya y, para ser sincera, aún no les había dado las gracias.

Encontrarse con los lupercos estaba haciendo que ella se encontrara consigo misma y con aspectos que habían sido silenciados. Había cumplido la orden de Hunter y se había encerrado en la habitación que habían preparado para ella. Se había duchado, porque volvía a sentir que el cuerpo le ardía y, había ingerido sus gominolas no sin antes asegurarse de que el dispositivo del

brazo aún seguía en pie y funcionando. Le dolía la herida del hombro, pero mucho menos de lo que se imaginaba.

Su mente solo pensaba en Hunter, no se lo podía sacar de la cabeza.

Empezaba a sentir necesidades hacia él... su cuerpo exigía que el luperco estuviera cerca. Se resentía si no lo estaba.

No era momento de estar pensando en Hunter, porque sabía lo que tenía que hacer y necesitaba ese instante para poner en orden su vida. Pero estaba asumiendo que lo de pensar en Hunter se iba a convertir en una moda para ella. Ya fuera por brujería, por química o por ciencia infusa... le gustaba que él estuviera a su lado. Aunque en aquel momento él no la acompañase.

Se tumbó en la cama, con el portátil sobre las piernas, consiguiendo por fin un instante de intimidad para poder hablar con su madrina.

Ojalá fuese su madre quien estuviera al otro lado, porque con total seguridad ella sabría toda la verdad, pero esperaba que su madrina la ayudase a enfocar en su pasado y a, al menos, alumbrar todos esos puntos oscuros que opacaban sus recuerdos.

Les había dicho a los Lowell que hablaría con ella, y eso es lo que iba a hacer, pero necesitaba hacerlo sin la intensa presencia masculina e intimidante de los lupercos. Aquel era un momento trascendental en su vida y, si se rompía, no quería hacerlo con nadie delante.

Nela Preston, su madrina, la esperaba al otro lado de la pantalla, con sus gafas de pasta de color negro, sus pequeños ojos oscuros llenos de cariño hacia ella y su perfecto pelo plata y negro, liso y de lados exactamente iguales por debajo de los lóbulos de sus orejas, ni un milímetro más ni un milímetro menos. Llevaba un jersey de cachemira de color rosa palo con cuello de cisne, porque así podía disimular más sus incipientes arrugas en la garganta, fruto de la vida y la edad. Era muy coqueta.

—¡Corazón! —la saludó con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo estás? Ya tenía ganas de hablar contigo...

Kayla se obligó a sonreír, pero sabía que a ella no podía mentirle. Era la mujer que mejor la conocía, después de su madre y podía leer en sus ojos cuando no estaba bien del todo.

Por eso, su sonrisa menguó y se difuminó hasta que se transformó en una mueca tensa de preocupación.

—¿Kay? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No estoy segura... —reconoció mostrando toda su inquietud y su estado anímico, sin máscaras ni subterfugios, a su madrina.

—Ay, cariño... ¿dónde estás? ¿Qué ha pasado?

—Nela... No quiero que te asustes.

—Ya me estoy asustando... ¿Tienes problemas? ¿Estás con algún caso complicado y tu vida está en peligro...?

—Sí... bueno, ahora no —la tranquilizó—. Estoy bien y a salvo. Pero acabo de descubrir verdades muy incómodas y he empezado a ser consciente de que mi infancia está llena de lagunas —el rostro de Nela se ensombreció, como si realmente esperase la llegada de esa conversación, aunque no osó a interrumpirla—. Estoy con un caso muy delicado... y, la verdad es que... he descubierto un vídeo en el que estoy en una camilla bajo la inspección y el tratamiento de mi padre. Y yo no recuerdo absolutamente nada de eso... Como tampoco recuerdo mi infancia antes de que mi madre me llevase con ella, solo *flashbacks* esporádicos del verano en Atlas, y algunas cosas más... Pero pocas —admitió tragando saliva con inseguridad—. Sé que mi madre me ocultó algo. Y quiero saber qué fue y qué pasó para que, de la noche a la

mañana, ella y yo nos plantáramos en Estados Unidos a empezar una nueva vida allí.

Nela se sacó las gafas y se presionó los ojos mientras resoplaba con fuerza, reforzando la idea de Kayla de que ella sabía algo que nunca le había dicho. Sí, su madre y Nela habían actuado ocultándole datos y hechos que la joven desconocía.

—Te pido sinceridad, madrina —suplicó Kayla con su mirada felina aguada por la desesperación—. Estoy perdida y solo quiero comprender de qué va todo esto.

—¿Dónde estás y cómo ha ido a parar un vídeo así a tus manos? —exigió saber mirándola muy preocupada.

—Eso ahora mismo no importa. Solo quiero la verdad, y si la sabes, necesito que me la cuentes.

—Tu madre me dijo que nunca te revelase nada a no ser que tú descubrieses algo... El secreto iba a irse conmigo a la tumba —juró mirando al techo—. No sé en qué te beneficia saber esto... De verdad que no lo sé.

—Mi padre sigue vivo, Nela —le dijo rotundamente, enmudeciéndola de golpe.

Al cabo de los segundos pesados y silenciosos, Nela respondió:

—No es posible. Dijeron que había muerto.

—No lo está. Y mi hermana también está viva.

Nela quedó horrorizada al oír aquellas malísimas noticias.

—No puede ser... Dime que no te han visto y que no estás cerca de ellos.

—No me han visto y no estoy cerca de ellos. Pero... tu cara refleja terror —dijo con tristeza. Era duro darse cuenta de que la habían engañado durante tanto tiempo—. Y supongo que es porque sabes lo que era mi padre y de lo que era capaz.

—Dios mío, Kayla... —agachó la cabeza sujetándose los largos mechones de su pelo negro y cano contra sus sienes—. Sí, sé cosas —admitió finalmente.

—Dímelas. Son importantes para saber a qué me estoy enfrentando. Es muy importante, madrina. Necesito saberlo ya...

Nela hizo afirmaciones con la cabeza, nerviosa y angustiada por su ahijada, y dándole la razón. No sabía bien en qué andaba metida, pero acababa de descubrir una parte de pastel, y ella tenía hasta la guinda. Entrelazó los dedos de sus manos, se removió ansiosa en su silla, y miró al frente con decisión.

—Tu madre se enamoró perdidamente del cerebro y de la inteligencia de tu padre. Esa es una realidad. Pero olvidó lo más importante: si a la inteligencia no le acompaña un buen corazón y unos buenos principios, entonces esa persona deja de ser humana para convertirse en un demonio. Tessa... lo descubrió tarde.

Kayla asumía que su madre no había visto venir al monstruo.

Y ahora, el monstruo seguía vivo, pero Kayla quería verle la cara por completo. Así que se dispuso a escuchar la historia sin interrupciones.

—Tu madre y tu padre fueron dos personas unidas por la atracción de sus coeficientes. Tessa era muy hermosa, además, y la combinación de belleza y cerebro atrajo mucho a Dan. Se casaron, te tuvieron a ti... Todo era completamente normal. Los dos trabajaban muchísimo. Él, sobre todo, se ausentaba mucho para estar con su otra hija, con Ari. Recuerdo que tu madre se

quejaba del poco tiempo que podían pasar juntos como familia, que era difícil cuadrar horarios para verse los cuatro y reforzar vínculos familiares, y que el carácter de Ari era muy arisco y complicado. Ari jamás respetó ni quiso a tu madre. Y tampoco te quiso a ti. Aunque supongo que eso ya lo sabrás. No había que ser un lince para darse cuenta —dijo apenada. A lo que Kayla le dio la razón, asintiendo con la cabeza—. Así que mi buena amiga Tessa empezó a pasar largas temporadas sola. Vivía con Dan, pero él nunca estaba... La distancia se hizo tan insostenible que llegó un punto en el que solo coincidían durante algunos días en Atlas, en la casa de veraneo.

—Sí, lo sé.

—Pero, incluso entonces, Dan se ausentaba mucho por temas laborales. Un día, tu madre necesitaba hacer una reunión urgentemente con el director de Neurogenética con el que trabajaba. Pero su portátil se había estropeado, así que necesitó usar el de la oficina de Dan. Tu padre no estaba, para variar. Dicho sea de paso —aclaró—, a tu padre no le gustaba que nadie entrase en su oficina... Ni siquiera Tessa.

Kayla tenía vagos recuerdos de eso, nada consistentes.

—Sigue.

—Tu madre abrió el portátil, con la sorpresa de que se lo encontró desbloqueado. Dan estaba tan seguro de que nadie lo iba a desobedecer que se olvidó de protegerlo. Tessa se dispuso a conectarse al Messenger para poder hacer una reunión en directo con su jefe, como se hacía entonces, pero... encontró una carpeta en el escritorio con tu fecha de nacimiento. La abrió pensando que encontraría fotografías tuyas, de cuando naciste, de tu bautizo, de los carretes que tu madre gastaba en ti —recordó—. Pero lo que halló fue un mundo de subcarpetas, con cientos de fechas distintas a lo largo de los años. En total 108 carpetas. Cada una correspondía al primer día de cada mes, y así, correlativamente, durante nueve años.

Kayla parpadeó absorbiendo esa información y llegando a la conclusión por sí misma.

—Los años que yo tenía. 108 meses. Nueve años.

—Sí —asintió, sintiéndolo mucho por ella—. Cuando tu madre empezó a abrir el contenido de cada carpeta, lo que vio le rompió el corazón y le hizo entrar en pánico. Había videos, informes, análisis, fotografías... Todos tuyos, tumbada en una camilla, bajo la supervisión de Dan y Ari. Tu madre no podía comprender ni creer lo que veía... Pero necesitaba entender lo que había en esos informes y lo que ellos pretendían hacer contigo. Tessa era lista, y por lo poco que pudo leer en ese momento, supo que Dan había hecho algo contigo a nivel hormonal... Pero debía seguir investigando y hacerlo muy lejos de él, porque se juró que él nunca jamás te tocaría de nuevo. Tessa era una madre coraje y no iba a permitir que ese hombre volviese a ponerte una mano encima. Así que, ese mismo día, cuando llegaste de jugar en el aserradero...

—Me la encontré llorando en la cocina. Me dijo que se estaban separando y que mi padre no era un buen hombre, que la había traicionado. Me habló de infidelidad, pero ya veo que era mentira.

—Hay muchos modos de ser infiel, Kayla. Infiel a una palabra, infiel a la integridad de pareja, infiel a la moral...

Ahora lo entendía.

—Me pidió que no hiciese preguntas; miré a un lado y ella ya había preparado una maleta para mí, y para ella, para irnos a toda prisa. No me pude ni despedir de Jenni ni de Susana —recordó como si lo reviviese en ese momento—. Yo le dije que me iba con ella donde dijese, que no pensaba quedarme con mi padre y con Ari, porque yo ya sabía que no me querían y a mí no me gustaba estar con ellos. Salimos de la casa a toda prisa... y nos fuimos al aeropuerto. Para

Boston, a tu casa.

Nela hizo un mohín de angustia y los ojos se le inundaron de pena.

—Sí. Tu madre dejó una nota a tu padre, en el portátil, para que fuera consciente de que ella lo había descubierto: «Ni siquiera te esfuerces en encontrarla, hijo de puta. Nunca más nos vas a ver». También grabó todo lo que él tenía sobre ti en el ordenador, en un disco duro, y se lo llevó. Y no solo eso. Borró de su ordenador todo lo que él había recopilado sobre ti. Todos sus estudios, todo lo hecho y experimentado... Lo eliminó todo. Lo dejó a oscuras.

—Mi madre era muy lista...

—Sí lo era —reforzó con admiración—. Durante un tiempo, Tessa dejó de trabajar y pidió una excedencia para que tu padre no pudiera rastrearla de ningún modo. Y, en ese tiempo, se dedicó a estudiar y analizar todo lo que tu padre había hecho contigo. Y descubrió algo inimaginable.

Pero Kayla ya se podía imaginar cualquier cosa. Estaba con hombres lobo, con lupercos... ¿qué había más increíble que eso? Después de eso, incluso el acontecimiento más inverosímil podía ser real.

—Tu padre no te quería como a una hija, pero eras su tesoro máspreciado, Kayla. Eras su ambición más deseada.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que me hizo, que mi madre sabía y nunca me dijo?

—Tu madre descubrió que Dan había estado jugando con tu GnRH, que es la hormona que libera gonadotropina. Estuvo estimulando tu hipófisis para que desde que fueras bebé elaborases y produjese hormonas luteinizantes y foliculoestimulantes. Él es un precursor de la neoevolución genética y apoya el *biohacking*. Y no le importaba si era amoral o no, o si violaba las leyes naturales. Estaba obsesionado con la hibridación de humanos y animales —asumió horrorizada, frotándose la frente con nerviosismo—. Tu madre descubrió que estaba poniendo a prueba un tratamiento contigo basado en que una serie de hormonas tuyas, las destinadas a la atracción y la reproducción, reconocieran y asimilaran hormonas exógenas a las que él llamaba alfa, beta y omega. Hormonas que los humanos no podían producir, solo los animales eran capaces de exudarlas. Dan, de alguna manera, te estaba preparando para ser una especie de súperhumana incubadora futura. Además, estaba enseñando a tus glándulas suprarrenales a trabajar desde siempre en la creación de estradiol. Cuando llegases a tu edad adulta, ibas a ser una especie de imán para cualquier ser o individuo con testosterona. Por eso, cariño... tus reglas siempre fueron tan dolorosas, por eso te vino la menstruación con solo diez añitos... Pero el maldito tratamiento al que te expuso también provocó efectos secundarios fuertes en ti, no solo la posible endometriosis estacional que sufrías. También estaban tus episodios de amnesia y tu dificultad para recordar momentos vividos. Las hormonas estresaban tanto tu cerebro que te provocaban lagunas...

Kayla se cubrió el rostro, azorada por la terrible verdad, y se echó a llorar. Siempre pensó que había algo mal en ella. Y de hecho, sí lo había. Era como una jodida mutante. Su padre había estado experimentando con su cuerpo, con el cuerpo de su hija, para llevar a cabo sus juegos macabros. Ahora entendía por qué Hunter decía que su olor era de locos, y por qué los lupercos y los quimeras se sentían tan atraídos hacia ella. ¿Por qué su padre le había hecho eso? ¿Por qué a ella?

—Eso no es todo, Kayla. Hay más. No sé qué se le pasó por la cabeza a tu diabólico padre cuando se creyó Dios para jugar a manipular a su hija, pero...

—Esto va más allá de mí —la cortó Kayla—. No he sido la única. Me lo ha hecho a mí, pero

hay otros. Madrina, todo lo que tiene que ver con él es terrorífico, y son muchas sus víctimas, tantas que...

—Tu madre también lo fue. Ella fue la primera víctima.

Kayla se quedó de piedra y se aclaró la garganta.

—Explícate.

—Tessa encontró estudios y análisis de ella, de su sangre. Tu padre y ella no se conocieron al azar. Él la eligió.

—No entiendo...

—Al parecer, tu padre tenía obsesión con un estudio de un tal Jeffrey Alvur. Un estudio llamado proyecto Rheszero. Según ella indagó, Alvur era un multimillonario obsesionado en una creencia de vida en la que afirmaba rotundamente que hay un grupo sanguíneo humano que demuestra una capacidad innata para convertirse en metahumanos; un tipo de sangre que se cree que ha estado hackeada desde el principio de los tiempos. Aunque nunca se ha podido demostrar o, mejor dicho, los que saben, lo han callado.

A Kayla se le iluminó la parte del cerebro que guardaba datos sobre Thomas Alvur y la fotografía de grupo de La Fábrica. ¿Quién era Jeffrey? ¿El padre? Le iba a estallar la cabeza.

—¿Sangre? ¿Qué sangre? ¿De qué grupo de sangre estamos hablando? —A Kayla le salía humo de la cabeza

—Tienen fijación con un grupo de sangre: con la cero negativo. Ese tal Alvur tenía un estudio completo afirmando que era un tipo de sangre modificada genéticamente por los... dioses.

—¿Dioses? ¿Qué dioses?

—Se refería a que hubo un tipo de manipulación externa para que esa sangre diese lugar. Y que solo un siete por ciento de la población era portador de la Rh cero negativo. Pero no solo era importante ser portador del Rh cero negativo para poder ser sujeto de experimentación de sus locas ideas. Lo que hacía especial a ese tipo de sangre y de portador era que, además, deben tener la P53 completamente activada, que es una proteína encargada de proteger y preservar el genoma para que no desarrollen enfermedades de ningún tipo, y alto nivel de células madre hematopoyéticas... No sé de genética, pero tu madre me dijo lo inusual que era esa combinación. Es una especie de piedra filosofal dentro del mundo Gen. Lo que fuera que estaba ideando tu padre tiene relación directa con ese Rh. Tu madre era Rh negativo, dominante. Y tú has heredado un Rh cero negativo también como ella. Pero también sospechamos que no fue casual...

—¿Por qué?

—Dan... —murmuró—, se trató para embarazar a tu madre con un tratamiento de fertilidad basado en inocularse hormonas de alfa, beta y omega... Tessa lo vio en sus apuntes...

—Estamos hablando de hormonas de...

—Lobos, Kayla.

—No me jodas —gruñó apoyando la cabeza en la pared—. Me cago en Dios...

Ahora comprendía todo, ahora sabía qué era eso especial que habían captado los Lowell en ella. Era un frasquito de los deseos para ellos. Era todo aquello que los estimulaba. ¿Y si Hunter creía que tenía un vínculo especial con ella debido a eso? Eso la entristeció, porque se había atrevido a creer en la serendipia que supuestamente había habido entre ellos. Y no había sido tal, en realidad. Solo era fruto de sus mutaciones genéticas.

—Y naciste tú, con tu sangre especial y tus aptitudes...

—No soy especial. No tengo aptitudes, más allá de ser curiosa y tener habilidad para el

análisis.

—Eso ya es una buena habilidad, querida. Pero no hablo de poderes ni cosas de mutantes... —Nela se acercó a la pantalla para que su ahijada viera bien su rostro—. Tu madre era Rh cero negativo pero no tenía tu combinación. Tú eres portadora de un tipo de sangre única en el mundo. Se podría contar con los dedos de una mano a quienes reúnen todas tus condiciones sanguíneas, Kayla. Y creemos que eso era justo lo que quería Dan Aro de ti. ¿Para qué? No lo sabemos... —Pero ella sí. Ella ya lo sabía—. Lo que sí sé es que tu madre hizo lo correcto al apartarte de ese monstruo. Tus lagunas, tu amnesia disociativa... todo era fruto del tratamiento al que fuiste sometida. Una vez dejaron de pincharte, tu cerebro se recuperó, Kayla y fuiste la niña normal que debías ser.

—Yo... nunca seré normal —reconoció acongojada—. No soy normal. Soy la creación de un genetista loco que sigue a un profeta del Rh... Lo que me hizo sí ha tenido consecuencias —afirmó—. Sí tiene consecuencias y no solo para mí. Para muchos otros.

—¿En qué andas metida?

—Es mejor que no sepas nada.

—Al menos, explícame dónde estás y si necesitas ayuda...

—No. Es mejor que te mantengas alejada de esto, madrina. Lo digo en serio. Seré yo la que me ponga en contacto contigo.

—Kayla... —ella se emocionó y apretó los labios dibujando una fina línea con ellos—. Por favor, sea lo que sea, si es verdad que Dan está vivo, aléjate de él. No te le acerques. Estoy segura de que movió cielo y tierra para encontrarte.

—Descuida, madrina —murmuró a punto de cerrar la comunicación—. Más adelante y, si todo ha salido bien, me pondré en contacto contigo de nuevo. Y gracias por contarme la verdad, aunque haya llegado tantos años tarde.

Ella movió los hombros como si no hubiese tenido otro remedio.

—Tu madre prefirió que tú no supieras nada para que no condicionase tu vida. Solo te quería ver tranquila y disfrutar de ser una niña como las demás. No puedes culpabilizar a una madre de querer lo mejor para su hija. Hizo lo que tenía que hacer: protegerte.

Y era cierto. No iba a echarle la culpa de nada. Kayla era lo suficientemente madura para razonar bien y ver que ambas habían sido víctimas del hombre que debió cuidarlas.

—Necesito que me pases toda esa información del disco duro que consiguió mi madre. ¿Lo tienes?

—Sí.

—Pásamelo por Dropbox. Quiero tenerlo.

—Lo haré inmediatamente. Diez minutos y la tendrás.

—Bien. Madrina... te tengo que dejar...

—Me lo imagino —admitió mirándola como a una hija—. Espero que lo que has descubierto no te destruya. Espero... que seas libre siempre y que, si has encontrado el modo de hacerles pagar... que paguen —sentenció con seriedad.

—Eso haré —tragó saliva muy acongojada.

—Te quiero, Kayla. Ten mucho cuidado.

—Y yo a ti, madrina. Nos vemos pronto.

Kayla cerró la tapa del portátil lentamente y se quedó con la mirada perdida hacia la pared blanca de enfrente.

Se sentía removida y devastada por las noticias.

Todo había sido una pantomima. Una mentira. Y ella tenía que ver con los lupercos y su mundo más de lo que se había imaginado.

En realidad, que Hunter y sus hermanos dieran con ella, no fue ninguna desgracia: fue una bendición que todavía le permitía seguir con vida. De no ser por ellos... ¿dónde estaría?

De repente, se sintió sola y tuvo miedo, porque lo que conocía sobre sí misma se estaba desdibujando y corría el riesgo de perderse en su nueva realidad.

Necesitaba un ancla fuerte al que amarrarse, alguien que la tranquilizase y le dijese que todo iba a salir bien.

Y entonces, Hunter abrió la puerta, como si la hubiese escuchado, como si oyese sus pensamientos. Como siempre hacía.

Llevaba una camiseta de manga corta blanca y un pantalón ancho y negro de chándal, e iba descalzo. En las manos sujetaba una bandeja con un bol de frutas cortadas, un vaso de leche y galletas.

Kayla sorbió por la nariz y observó cómo dejaba la bandeja encima del escritorio, y cómo, sin mediar palabra, se dio la vuelta y se sentó en el colchón, a su lado.

Kayla lo miró fijamente y él le devolvió la mirada.

—Hunter... —quería explicárselo todo, pero no sabía por dónde empezar.

—*Chist* —Hunter cubrió sus labios con un dedo y le dirigió una mirada llena de ternura y compasión—. Olvidas que mi hermano hackeó todos tus dispositivos. Hemos oído y hemos visto la charla con tu madrina, abajo, en el ordenador de Asher. Lo siento mucho, cosita. Siento mucho por lo que estás pasando.

Ella hizo un mohín de desesperación, y antes de que se derrumbase, Hunter la rodeó con sus brazos, y la sentó sobre sus piernas para mecerla y darle el sosiego silencioso y el calor que necesitaba.

Y aquel refugio, en esa vida de locura en la que estaba envuelta, fue su inesperada salvación.

Se abrazó a él como su salvavidas, y se permitió llorar contra su hombro y su cuello, no con miedo ni rabia, sino con la confianza del que llora para desahogarse, del que lo hace solo frente a quien elige hacerlo.

Kayla solo lloraría frente a Hunter y no frente a cualquier Lowell.

Porque él era el único que la hacía sentirse cobijada, a pesar de la exposición emocional de la que era víctima. Por eso se dejó ir con él sin juzgar si lo que sentía por Hunter era real o solo uno de los efectos colaterales del tratamiento al que la había sometido su padre.

No le importó. Lloraría hasta que se quedase inconsciente si hacía falta. Pero solo a su lado. Solo con él. Porque era el único que podía comprenderla. Incluso ella los comprendía ahora mejor a todos.

Había caído en buenas manos, dado que Hunter Lowell era lo bastante fuerte como para sostenerla.

Capítulo 14

Hunter sentía que se rompía al percibir la tristeza y la desesperación de Kayla. No toleraba verla así. Odiaba cómo cada sorpresa, cada dato revelado, laceraba los cimientos de su alma, y aumentaba su sentimiento de pérdida. Pérdida por la vida que creía que había tenido o controlado.

Pero lo que más le fascinaba a Hunter de Kayla, era su poder de resiliencia, su habilidad para aceptar las hostias mal dadas, adaptarse y sacar provecho de ellas. Puede que, en ese momento, no supiera hacerlo, y no importaba, porque él estaba ahí solo para ser su ancla. Pero no dudaba en que, aceptado su sino y lo que habían hecho con ella, Kayla tomaría la mejor decisión al respecto, y en vez de hacerse un bicho bola, que tenía todo el derecho a hacerse, sería un Fénix, como ya había demostrado en otras ocasiones a lo largo de esos días.

Ella era alguien que su lobo había elegido, pero que al hombre ya le importaba y le fascinaba demasiado. Tenía sentimientos hacia esa mujer, y habían nacido no solo de su pasmosa belleza a la que nadie podía ser indiferente; su verdadero interés había sido provocado por su osadía, por su arrojo, por su compasión, por su asertividad y su resiliencia, y sobre todo... por su aceptación y empatía hacia su mundo.

Ya no olía el miedo en ella, como esa puerta que cerraban los cobardes ante la imposibilidad de asumir y pensar más allá de la realidad que todos creían cierta. Kayla había abierto la puerta, la había derribado; había abierto la puerta a los Lowell, a Otsagabia, y sabía que empezaba a abrírsele a él.

—No sé qué soy, Hunter... —murmuró frotando su rostro lleno de lágrimas contra su camiseta blanca—... No sé qué han hecho conmigo.

—Eres Kayla —contestó él acariciándole el pelo y besándole la coronilla—. Y eres única.

Ella dijo que no con la cabeza, incapaz de dejar de llorar.

—Me lo dijiste. Me dijiste que mi olor no era normal... Y es cierto que no lo es. Esto me lo hizo mi padre, y aún no sé con qué intención. Siempre pensé que era normal que no recordase mucho de mi infancia, porque era pequeña... Y los recuerdos que tenía no eran demasiado intensos, ¿sabes? Los que más recordaba eran esos en los que estaba con mi madre, porque de mi padre solo recordaba su mirada llena de prejuicios, como si no me quisiera realmente... Como si esperase algo de mí que yo no entendía.

—Tu padre te miraba como su mayor experimento. Porque lo eras. Ha creado una hembra que puede atraer a alfas, omegas y betas... una mujer que volvería loco y atraería a cualquier luperco, como tú hiciste conmigo cuando te vi por primera vez en El Mirador.

—Puedo atraer a cualquier cosa, Hunter. No solo a lupercos. Si los quimeras tienen algún tipo de coincidencia de ADN con vosotros, también los atraigo a ellos, como puedes ver. Y a cualquiera con rabo entre las piernas —asumió disgustada.

—Es verdad, eres una mujer que fascina y embelesa a los hombres y también a las personas. Pero —Hunter sonrió y le alzó la barbilla con las manos—, deberías saber algo. Tu olor es atracción, pero no gustas por eso. Atraes por quién eres, por tu forma de mirar, por tu inteligencia, por esos andares que hacen que se zarandeen las paredes de los pasillos por donde pasas. Por esa media sonrisa que dibujas a veces, como si pensases que los demás somos indignos de caminar sobre nuestras dos patas....

Kayla dejó ir una risita que la tomó por sorpresa.

—Yo no hago eso.

—Oh, sí lo haces —Hunter se humedeció los labios y la miró a la boca—. Por supuesto que lo haces. Y no sabes lo cachondo que me pone y las ganas que tengo de quitarte esa sonrisita insolente a besos.

Ella dejó ir el aire entre los dientes y se encogió ante una nueva punzada. Hunter sabía cómo hablarle y distraerla. Necesitaba a Hunter. Lo quería en ese momento, y debía reconocerlo.

—Haz que deje de pensar en toda esta mierda... por favor. Haz que me olvide de todo y quítame este dolor.

Él desconocía si se refería al dolor físico de la fiebre o al dolor que provocaba en el alma haber sido un juguete en manos de las personas que deberían haberla querido, pero le daba igual, dado que él estaba ahí para ayudar a sanar las dos cosas.

Kayla era un piano que adoraba tocar.

Era el mordedor del lobo, el deseo de la bestia y la nana del hombre.

Cuando la besaba, toda su piel se erizaba y sentía que podía estar haciéndolo toda la vida, sin cansarse. Los labios de ella eran tan esponjosos que absorbían sus besos de un modo hipnótico, se empapaban de ellos. Lo hacía con ansiedad pero también con generosidad. Esa chica irradiaba un tipo de luz que podía dejarlo ciego, pero no le importaba.

Estaba receptiva. Hunter lo notaba, lo sentía. Kayla quería lo que le pudiera dar. Y el luperco podía darle todo y más, pero no quería ser egoísta y aprovecharse de un momento de fiebre y de fragilidad para marcarla y apoderarse de ella para siempre, para grabarse el uno en el otro con el amor infinito y la posesividad con la que se reconocían las parejas de lobos, porque eso sería y debía ser recíproco. Por eso no sería justo apoderarse de ella en ese momento. Quería que fuera consciente de lo que eso significaba. Lo haría tarde o temprano, pero con esa mujer convencida de que, una vez la reclamara y la poseyera, iba a ser para siempre, porque el modo de amar, de sentir y de compartir de un luperco, era mil veces más intenso que el de un humano.

—¿Qué quieres, Kayla? —le preguntó a sabiendas de que le daría todo y más.

Ella se apartó para mirarlo a los ojos y alzó la mano para apoyarla en su barbilla suavemente.

—Bésame —Hunter era su sostén en ese instante. Tal vez, siempre lo había sido, desde que lo vio, pero su miedo y su negación le habían prohibido ver la realidad. Porque daba miedo aceptar algo tan irracional como haber sido marcada con solo una mirada. Pero él era el que la mantenía cuerda en ese momento de su vida. Y no había sido el culpable. En realidad, Hunter Lowell, había sido su redentor, el rescataste que la había salvado del precipicio.

Hunter la besó e introdujo su lengua profundamente en su boca, para después frotarla suavemente contra la de Kayla.

Qué bien sabía esa mujer... Su miembro se hinchaba al frotarse contra ella. Podía notar su humedad y el fuego que tenía entre las piernas. La fiebre era cruel, pero lo era para los dos.

Hunter se quemaba de deseo. Por eso se quitó la camiseta y se quedó desnudo de la parte superior, y Kayla se quedó mirando su cuerpo como si fuera una obra de arte. Ella alzó la mano y

le acarició la mejilla de un modo confiado pero muy inconsciente... Tenía sus hermosos ojos dilatados por la excitación y también por el estrés.

—No sé qué me haces. No sé qué es... pero esta fiebre hace que quiera...

—Espera, cosita —Hunter tomó su mano y le besó la palma suavemente—. Intenta no tocarme demasiado ahora...

Ella asimiló las palabras y en vez de obedecerle, continuó tocándole los hombros con la otra mano. Y también el pecho... tenía el pecho más hermoso y formidable que había visto en su vida.

—Kayla...

—No lo puedo evitar —susurró—. Como si hubiese una Kayla dentro de mí que araña mi superficie para salir al exterior... Nunca había sentido nada parecido. Es una locura. —Se rio porque era una emoción y una sensación demasiado nueva e inesperada en ella.

Él cerró los ojos consternado al oír eso.

—Es el llamado de la mujer del lobo, Kay... pero, por favor, quédate quieta, porque aún no estamos vinculados como debemos y mi lobo no entiende por qué no lo estamos y es exigente y...

«Kay», pensó ella con ternura. Así la llamaban los que de verdad la querían. Su madre, su madrina, Alexia... Ese diminutivo en boca de Hunter, sonaba, definitivamente, a algo distinto. A otra cosa.

—¿Vinculados como debemos? —preguntó con curiosidad y en voz baja, perdida en la belleza salvaje de ese rostro enmarcado entre mechones de pelo largo y rubio... ¿Había más?

Él entornó la mirada y apretó los dientes al sentir la mano de Kayla jugueteando por su abdomen. Estaba seguro de que no lo hacía como una seductora nata, sino con la inocencia de alguien que, increíblemente, se encontraba a salvo con un lobo como él.

Y eso lo llenó de humildad y de paciencia. Por ella, la tendría.

Pero debía marcar los límites.

—Kayla, no —Hunter agarró ambas manos y las inmovilizó contra el colchón. Sus ojos se volvieron más amarillos, con ese fulgor y esa luminiscencia irreal y repleta de fantasía salvaje.

Ella se curvó contra él con necesidades. Pero cuando advirtió la mirada animal y esos hermosos colmillos y curvos que aparecían entre su delicioso labio superior, se quedó inmóvil en la cama, aunque no aterrada.

No le tenía miedo. Hunter había tenido cientos de oportunidades para hacerle mucho daño, pero nunca se lo había hecho. Y, aunque podía percibir el peligro y la amenaza en él, sabía de modo casi innato e interno, que él quería lo mejor para ella.

Conocía poco de Hunter, o tal vez mucho, pero, lo que sabía, hablaba de integridad, de respeto, de violencia y de guerra también y, por supuesto, de venganza. Pero el valor y los principios de ese hombre eran nobles y Kayla no podía negar, por mucho que lo hubiese intentado hasta la saciedad, que le encantaba el modo que tenía de mirarla. Siempre estaba pendiente de ella, siempre la hacía ser consciente de su presencia, como si ella fuera un presente, un regalo. La emocionaba ser la depositaria de una mirada así. Y le encantaba, porque era la de Hunter.

No sabía bien lo que le había hecho ese hombre, no encontraba explicación racional a lo que sentía ni a los pensamientos que atoraban su mente... pero aquello era real. Lo más real a lo que se podía agarrar en su vida en ese momento. Y puede que fuera lo más real que viviría jamás.

Kayla se mordió el labio inferior y decidió que le haría caso. No iba a moverse ni a ejecutar

ningún tipo de movimiento brusco. Los lobos tenían esa extraña manía de perseguir a sus juguetes, amaban la caza y no se podía desafiar al lobo.

Una vez leyó que había un perro en todo hombre, un animal que no puede controlar. En cambio, si entrenabas al perro y lo conocías, tendría la fidelidad del hombre para toda la vida. Hunter no era un perro. Ni siquiera era un lobo. Era un luperco, cuyo origen se basaba en leyendas que ahora entendía que podían ser ciertas, y su comportamiento, seguramente, distaba mucho del de un perro pachón que solo quisiera comida y juego. No. Ya había visto que no eran así. Ningún luperco era así, eran hombres de armas tomar. Y, posiblemente, necesitaban a mujeres igual de valientes que ellos, mujeres que crecieran en las adversidades y que fueran lo suficientemente bravas como para aceptar ese tipo de amor licántropo y visceral.

Ella no sabía si podía ser ese tipo de mujer. Pero lo que sí que no era, era débil, cobarde y poco realista.

Esa era su realidad ahora, y estaba dispuesta a vivirla, porque las paredes de su pasado se habían derrumbado a base de mentiras y ensayos científicos horrendos y locos. Hunter le estaba dando la oportunidad de descubrirse y de encontrarse. No sabía si se quería quedar con él ni con los Lowell, no estaba preparada para comprender sus emociones y sus propias necesidades, todavía, pero sí quería entender qué era lo que sentía en ese momento estando a solas con ese rubio que le enseñaba su hermosa boca y sus blancos y puntiagudos colmillos, sin vergüenza y sin ningún recato ni miedo.

Él era así.

Y ella se estaba descubriendo.

—¿No me puedo mover? —preguntó arrobada por su imagen.

—No. No te muevas —le pidió con voz ronca—. Déjame hacer. Haré que te encuentres mejor. Nos encontraremos mejor los dos, Kay, te lo prometo. Pero no hagas nada que haga que el lobo levante las orejas, ¿vale?

—Pensaba que tenías control sobre tu lobo.

—Y lo tengo. Pero ni él ni yo hemos estado nunca ante la mujer que queremos reclamar.

Ella tragó saliva y absorbió esas palabras para meditarlas más tarde.

—¿Tienes miedo de hacerme daño?

Hunter hundió el rostro en su cuello y frotó su cara contra él. Kayla se quedó mirando el techo, enternecida con su actitud. Dios... quería abrazarlo y hundir sus dedos en su pelo.

—Tengo miedo de hacer algo para lo que no estés preparada. Y es algo que nunca podría rescindir ni invalidarse. Y no sabes cuánto me cuesta no hacerlo. Porque llevo queriéndolo hacer desde que te vi.

Ella apoyó la mejilla en su cabeza y gimió cuando sintió el modo intenso con el que él frotaba su miembro erecto y duro contra su sexo. Le daba tanto gusto que podría correrse así. Él hacía esfuerzos y luchaba contra su naturaleza por ella. Más allá de la bruma del deseo y de la fiebre, Kayla fue consciente de su increíble gesto, y pensó que ella también podía hacer el esfuerzo de dejarse llevar y entregar las riendas. Se pondría en manos de Hunter para que la fiebre remitiese y le dejaría hacer y deshacer con su cuerpo. Quería confiar en él y quería que él viera que le hacía caso y que podía confiar en ella.

Iba a dar el primer paso para conocerlo realmente.

—No me voy a mover —dijo agradecida—. Pero, haz algo, Hunter... siento que voy a explotar.

Él sonrió contra su garganta, feliz de que ella cediese y entendiese su postura, y sonrió para

añadir:

—Lo que me pidas, cosita.

Él pasó la lengua por su cuello y después descendió lentamente por su clavícula, besando cada centímetro expuesto de piel, más allá de su bata blanca. La abrió como si desenvolviese un regalo y expuso sus pechos desnudos, que enseguida cubrió con sus dos manos, disfrutando del pequeño gemido que ella emitió. Se le erizaron los pezones y Hunter pasó el pulgar por encima de ellos. Veía la marca de su mordisco en su pecho izquierdo, y sabía que quería adorarlo durante horas. Estaba obsesionado con sus tetas. A todos los lobos les encantaban los pechos, porque eran sagrados. Sobre todo a los lupercos. Luperca amamantó a hombres poderosos con ellos, a humanos. Por eso los veían como frutos divinos.

Él se agachó sobre el pecho mordido, y lo estudió de cerca, golpeándolo suavemente con el índice.

—¿Te duele?

—Me duele todo... Hunter. Es una maldita agonía, deja de jugar.

Él le dio un largo lametazo al pezón, y Kayla abrió los ojos consternada. Tenía los pechos demasiado sensibles, tanto que con cada pasada de su lengua su sexo palpitaba y tenía una contracción.

Jamás los había sentido así. Por Dios, estaba demasiado excitada.

Hunter torturó sus pezones con su boca y su lengua, durante lo que le pareció una eternidad mientras se frotaba contra sus braguitas. Estaba empapada, lo notaba y seguro que él también.

Él abrió la boca bien para engullir el pezón del pecho que había mordido, lamiendo las marcas con su lengua y jugueteando de nuevo con sus colmillos sobre la herida que ya había cicatrizado, pero su marca, esos puntos rojizos en la piel, estaba ahí y lo estaría para siempre. Hunter se sintió orgulloso de ella, y empezó a mamar el pezón con fuerza, sin dejar de pellizcar el otro con los dedos de su mano.

Kayla sacudía la cabeza y se curvaba sobre la cama, pero Hunter la obligaba a asumir la tortura y el placer, clavándola de nuevo bajo su cuerpo.

Ella nunca pensó que podía sentir tantísimo placer solo con las atenciones en sus pechos. Eso no era normal, era... pura lascivia... una auténtica locura.

—Hunter... —dijo asustada.

—Tranquila —dijo levantando los ojos solo para mirarle la cara—, acéptalo. Acepta lo que sientes. Es tu cuerpo el que se está despertando. Eres tú... Y es una maravilla... Eres una maravilla, cosita.

Volvió a tomar su pezón entre sus labios, y lo pellizcó con sus dientes, para después volver a lamerlo una y otra vez. Hasta que decidió que mamarlo era fascinante. Hunter se sintió imantado a su pecho, sin saber muy bien qué esperar o qué era lo que quería hacerle. Succionaba y succionaba y se volvía loco con los gemidos de Kayla... Porque eran de verdad, y de gusto.

Su boca aspiraba, como si quisiera absorberle el alma.

Y Kayla se asustó de lo que estaba sintiendo. Porque el orgasmo le nacía desde los pechos, hasta sentirse preso en su vagina, contra la protuberancia de Hunter. Ella arrugó la sábana y se mordió el labio inferior, cuando sintió algo explotar en sus pezones y el éxtasis estalló en su

entrepierna y en su útero... Se estaba corriendo, solo con lo que le hacía Hunter en sus pechos. Sintió una humedad extraña emanar hacia la boca de Hunter y vio, azorada, cómo a él, los ojos le cambiaban de forma, hasta que el iris dejó de ser circular para convertirse en una forma más animal, como en un rombo sin las puntas tan marcadas. Su mirada la clavó en el sitio, como si la hubiera fulminado, y Kayla se vio reflejada en ella.

Fuera lo que fuese lo que estaba absorbiendo Hunter, salía de ella, de sus pezones, y hacía ronronear al lobo, porque le encantaba su sabor.

Hunter empezó a mamar con más lentitud, incrédulo de lo que estaba saboreando. No podía ser... No era posible. O, ¿tal vez sí?

Limpió la sustancia blanquecina e iridiscente que salía del pezón de Kayla con un lengüetazo, e hizo lo mismo con el otro. Era sabrosa, deliciosa, ambrosía única para él.

—¿Qué... qué me has hecho, Hunter? —preguntó Kayla disfrutando todavía de los temblores de su orgasmo. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos le brillaban como si acabasen de despertar a la vida—... ¿Qué ha sido eso?

Él no sabía cómo explicárselo. Los conocimientos de los lupercos se habían traspasado de generación en generación de forma oral. Los primeros decían que Luperca amamantaba a hombres que pudieran ser receptores de su poder, individuos destinados a cambiar épocas. Como pasó con Remo y Rómulo. Que lo que emanaba del pecho de Luperca no solo era leche: se llamaba *nadís*. Un flujo magnético y energético que fluía a través de los canales y las arterias del cuerpo y que las mujeres especiales podían dejar salir con una correcta estimulación a través de sus pezones. Ellas, a través de su *nadís*, podrían otorgar de una fuerza y una vitalidad especial no solo al lobo que la poseyera, también a sus hijos... Pero Hunter nunca oyó de ninguna mujer de lupercos conocida capaz de almacenar *nadís* en sus pechos. Aquella era una sabiduría antigua, aunque no había datos de mujeres así, más allá de la loba capitolina. Sin embargo, Kayla acababa de darle *nadís*. Él acababa de extraer de sus pezones ese flujo vital, que era como el prana materializado. Y, comprendió que el tratamiento al que había sido sometida desde pequeña, añadido al mordisco y el traspaso de su sustancia en su sangre, debió activar todo su flujo magnético, y convertirla en una portadora de *nadís* única.

—Hunter... —insistió Kayla pasando sus dedos por su pezón para mirar ese líquido que había salido de ellos—. Dios mío... ¿qué es esto? Es como si hubiese eyaculado... No entiendo...

Hunter le sujetó la muñeca, y se llevó sus dedos a su boca, porque jamás dejaría desperdiciar ni una gota de su preciado elixir.

—No te preocupes. Todo está bien... y tú eres perfecta.

Y entonces, sin dejar de torturar sus pechos, Hunter deslizó la mano por su vientre hasta colarla entre sus braguitas. Le quitó la diminuta prenda rápidamente y la dejó completamente desnuda, solo con la bata que ya no cubría nada.

Él descendió poco a poco por su torso y con sus anchos hombros la obligó a abrir las piernas.

—Ábrete bien —le ordenó más dominante y posesivo que antes.

Ella, que ya no sabía controlar su cuerpo y que tampoco lo comprendía, lo obedeció.

—Todo esto es para mí —gruñó emocionado.

Kayla no se podía creer lo que estaba pasando.

—Dímelo.

—¿El qué? —dijo temblorosa.

—Repite lo que he dicho —lamió la parte interior del muslo hasta la ingle y después pellizcó

el tierno músculo entre sus dientes.

—Todo es para ti —dijo cubriéndose los ojos con el antebrazo. La fiebre había disminuido con ese orgasmo tan completo y extraño. Pero aún deseaba más.

Hunter abrió la boca y pasó la lengua de arriba abajo por su raja, llevándose toda la crema y la humedad que había provocado en Kayla. La saboreó con gusto y se zambulló en su interior como si fuera un helado. Agarró sus muslos y los mantuvo abiertos mientras pasaba su lengua por todos los recovecos, dedicándole especial atención a su clítoris, inflamado e hinchado por su necesidad. Hunter lo succionó un largo rato y después clavó sus ojos en su orificio de entrada. Si algo suyo entraba por ahí, estimularía demasiado a Kayla y debería poseerla como quería en los próximos días o, de lo contrario, ella no lo soportaría. Tener sus feromonas en su parte más íntima la enloquecería. No era lo mismo besarla y transmitirle lo que sus glándulas tenían para ella, que meterle la lengua y penetrarla con ella, o incluso con sus dedos. Estaba marcando ese territorio como propiedad y terreno del lobo, de su alfa, y entonces lloraría de verdad por la invasión completa. Pero la invasión total tenía consecuencias. La anudaría a él para siempre. Kayla dejaría de emitir ese olor que enloquecía y solo él sería capaz de oler sus feromonas. Mientras tanto, hasta que eso no sucediera, Kayla estaría esperando ese momento y su lobo lloraría desesperado por ella. Si la poseía ya, ya no habría marcha atrás para ninguno de los dos.

El miembro de Hunter quería ser liberado y temblaba dentro de los pantalones.

Quería meterse en su interior hasta la empuñadura y acabar con aquella agonía, pero se había prometido que le daría ese tiempo a Kayla para asumir lo que iban a ser, lo que ella era y sería para él y él para ella.

No la dominaría y no la poseería. Aún no.

Pero se iba a alimentar de ella toda la noche, hasta que quedase satisfecho.

Y no pensaba tener piedad. Su lobo exigía mucho a cambio de dejarla libre esa noche. Y a él también había que alimentarlo.

Así que se ancló bien entre sus piernas, y la abrió con los pulgares para introducirle la lengua lentamente hasta el fondo. Los dientes de Hunter le rascaban el clítoris y su lengua se notaba larga, resbaladiza, caliente y lo suficientemente ancha como para sentir bien esa penetración.

Kayla echó el cuello hacia atrás y cogió aire, cuando notó cómo el útero se le inflamaba por la invasión, y cómo sus paredes palpitaban y su clítoris se hinchaba todavía más.

Se iba a volver loca... Después extrajo la lengua y la pasó de nuevo entre sus labios internos hasta azotar de nuevo su capullo de placer. Y rápidamente, sin avisar, introdujo su dedo corazón y el índice en su interior, rotándolos y haciéndose paso hasta los nudillos, mientras besaba y lamía su botón... Kayla no lo aguantó. Era enfermizo. Y explotó en su boca, apresando sus dedos en su interior y moviendo las caderas contra su lengua. Se mordió el antebrazo para no gritar, pero fue inútil. El gemido salió igualmente de su garganta y resonó en las paredes de esa habitación.

Creyó que él le daría tregua después de ese orgasmo, que la dejaría tomar aire, pero Hunter se colocó encima de ella y empezó a hacerle el amor con los dedos que no había sacado de su interior.

—Imagínate que soy yo —le dijo al oído—. Tienes todo mi afrodisíaco en tu vagina y en tu útero, Kayla —su voz sonó ronca—, y estás lista para cualquier cosa que quiera hacerte. Pero vamos a probar esto... vamos a ensancharte con los dedos y a hacer que te acostumbres a algo largo y grueso... Para que cuando llegue yo, no sea tan difícil para ti.

Ella cerró los ojos con fuerza. ¿Por qué todo sonaba tan erótico y descarnado? Jamás la

habían hablado así. Lo peor era que, más allá del erotismo, podía percibir su intención de cuidarla y de mimarla, y eso era lo que más la afectaba. Ni su lengua, ni sus dedos ni la posibilidad de albergarlo en su interior. Lo que la dejaba en el limbo, atreviéndose a cualquier cosa con él, era su tono y su verdadera intención. Se preocupaba por ella y su bienestar.

Hunter era miel y ella se sentía como la abeja reina.

Los dedos de Hunter se volvieron más exigentes, y su palma empezó a rozar su clítoris, hasta que a los dos dedos se le unió un tercero, y él la besó de ese modo apasionado que le ponía los ojos en blanco. Entonces, se vio cabalgando un tercer orgasmo... y se agarró a sus hombros. No iba a ser expeditiva como le había pedido, pero necesitaba una boya a la que sujetarse en aquel mar tormentoso y removido de deseo y sensualidad.

Asumió que la noche iba a ser larga. Y Kayla se entregó a lo que él le hiciera, porque su fiebre desaparecía con sus cuidados y sus orgasmos. Cada vez se sentía mejor, pero no quería que aquello se detuviese, no quería que acabase.

No quería ni tenía fuerzas para resistirse a su atracción y su magnetismo. Hunter podía tocarla y darle tantos orgasmos como quisiera.

¿Qué mal podía haber en ello?

En un mundo que se le había desmoronado y una realidad que ya no era lo que ella conocía, Hunter era el único que la mantendría cuerda.

Capítulo 15

Era la primera vez, desde que Hunter la mordió, que Kayla se sentía bien y tranquila con la situación. Volvía a estar en equilibrio con quién era, o con quién ella sentía que era: ni la hija de Dan Aro, ni un experimento de personas amorales, ni la mujer del lobo ni tampoco la hija de Tessa Mihura. Ella era Kayla Mihura, una superviviente y la afortunada que acababa de descubrir que las fantasías y las leyendas eran ciertas, pero que de ellas, los humanos podían crear auténticas pesadillas, como La Fábrica. Y debía decidir qué o quién quería ser a partir de ese momento.

Lo tenía claro. No haría nada que fuera en contra de sus principios ni tampoco en contra de sus sentimientos. Y, aunque no sabía bien qué era lo que ese hombre que tenía pegado a la espalda le hacía sentir, sí era lo suficientemente honesta y objetiva para admitir que sentía cosas por él. Muchas. Demasiado intensas y difíciles de describir.

Lo escuchaba respirar, su aliento movía los mechones de su pelo y se colaba en su oreja.

No podía recordar nada tan emocionante ni tan erótico en su vida que lo que acababa de pasar en esa cama. Jamás. Vamos, ni en sueños.

Hunter le había pasado la lengua mil veces entre las piernas, y había hecho malabares con ella, hasta enloquecerla... y también la había modelado por dentro con los dedos. Kayla sentía que la habían usado de un modo delicioso, solo con el objetivo de conseguir placer.

Desde hacía rato que estaba luchando por recobrar el oxígeno, y estaba sudada y él también. Y no solo estaba sudada. Después de tres horas de sexo oral increíble y de artes manuales, Hunter se había colocado de rodillas entre sus piernas mirándola directamente a los ojos, sosteniéndola con una mano por la cadera, para que no se moviese y entonces, como un guerrero vikingo cautivador y sexi hasta decir basta, se había masturbado gloriosamente frente a ella, sin vergüenza, sujetándose el enorme miembro con su mano y se había corrido sobre su vientre.

Y mientras lo hacía, no dejaba de pedirle perdón... como si aquello no fuera correcto o adecuado.

Después se levantó y corrió al baño para agarrar una toalla y limpiarla recogiendo la semilla con la que la había rociado.

Kayla se lo había quedado mirando fijamente, divertida con su reacción y con el sonrojo en sus mejillas.

—Lo hubiese hecho yo de poder levantarme, pero no me siento las piernas... —susurró ella.

Hunter sonrió acabándola de limpiar, y después dejó la toalla en una cesta de ropa sucia, en la esquina de la amplia habitación, e hizo lo mismo con la colcha para, a continuación, tumbarse en la cama a su lado y abrazarla muy fuerte.

Hacía diez minutos de eso, él había pegado su pecho a su espalda, haciendo la cucharita, dándole tiempo para recuperarse, y los había cubierto a ambos con una colcha limpia, que olía a

suavizante, aunque la habitación oliese a ellos, a sexo y también a naturaleza. No sabía que acostarse con un luperco dejaba olor a bosque alrededor.

—¿Hunter?

—¿*Hum*? —él abrió un ojo. No estaba durmiendo, ni mucho menos, pero se estaba relajando al sentir la calma y la serenidad que ahora transmitía Kayla, con una fiebre completamente ya anestesiada.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué no...?

Hunter sabía perfectamente a lo que se refería. Rodeó su cintura con su brazo y la acercó más a él.

—No puedo hacértelo como quiero. Eres mi compañera. Mi cuerpo reacciona a ti de todas las maneras posibles, mis hormonas se activan sin más y mis glándulas dejan ir la sustancia afrodisíaca para que tú disfrutes más. Pero si me acuesto contigo, es para dártelo y hacértelo todo, Kayla. Y si voy con todo, no hay vuelta atrás para ti y tampoco para mí.

—¿Qué significa que no hay vuelta atrás?

—Que solo yo seré tuyo y tú serás mía. Que obtendremos el uno del otro lo que necesitamos, y que estarás marcada y anudada a mí para siempre. Y yo a ti.

Kayla no se atrevió a girarse y a mirarlo por encima del hombro.

—Suen a maldición o a condena...

Él sonrió con tristeza.

—Si tienes miedo al compromiso y a pertenecer y elegir a tu persona por encima del resto, sí. Pero esto no va de elecciones, Kay. Es una necesidad, es un vínculo irrompible. La vinculación luperca no está hecha para débiles ni miedicas.

—La vinculación no es amor. Tal vez se trate solo de química y brujería.

—¿De verdad crees eso? —Kayla no respondió, se mantuvo en silencio—. A veces, el cuerpo es mucho más sabio que nuestro cerebro, y sabe lo que es bueno para uno. ¿Qué es amor, Kayla? ¿Una relación convencional es amor? ¿Has tenido novio y te has creído enamorada? —preguntó con un tono algo celoso.

—Oh, de verdad... —murmuró asombrada y también secretamente divertida—. Se te nota a leguas que estás celoso... Claro que he tenido novio.

—Pues ya has visto que eso no era amor, nena —dijo con orgullo.

Él tenía razón. Kayla no sabía lo que era estar enamorada. Alguna vez creyó estarlo, pero ahora sabía que no. Que jamás lo había estado, y lo sabía por cómo sentía a Hunter y por cómo pensaba en él. Era como si nunca pudiera sacárselo de la cabeza. Ni del corazón.

—¿Tú has estado enamorado alguna vez?

Él acercó sus labios a su oído y le susurró.

—No. He experimentado sensaciones y emociones muy... incómodas y fruto de lo que nos hacían en La Fábrica. Jugaron con nosotros de muchos modos, nos confundieron, nos hirieron, nos... estimulaban sexualmente para ver cómo reaccionábamos.

—¿Os estimulaban? ¿Quiénes? ¿Cómo? —quiso saber alertada por lo que no decía.

—Las mismas científicas que trabajaban para Ari y Dan. Les encantaba ver cómo sufríamos... Y, en ocasiones, sentíamos tanto deseo y tantas ganas de marcar, siendo tan adolescentes que... llegamos a pensar que a esas chicas les importábamos y que ellas... nos importaban a nosotros —resopló frustrado con esos recuerdos y esas vivencias tan difíciles—. Pero nada de lo que pasaba ahí era cierto. Todo era una prueba, un experimento... una puesta en escena. Lo único real era el dolor. Y esto es más de lo que estaba dispuesto a contarte sobre lo

que nos hacían en La Fábrica. Por eso sé que eso no era amor, y que las mujeres que hayamos podido conocer después... tampoco me despertaron nada más allá del instinto sexual...

A Kayla no le gustó nada escuchar aquello. Otras lo estimularon, puede que lo tocaran sin él estar dispuesto ni tener ganas... Eso también es abuso. También abusaron de ellos. Y entenderlo hizo que se sintiera muy herida y ofendida por él.

—Lo siento —reconoció agarrándose a su antebrazo, en un gesto cariñoso y confiado.

Hunter olió su pelo, del que jamás se cansaría y contestó:

—No lo sientas. Todo lo que nos ha pasado nos ha hecho ser como hoy somos. Todo ha sido un aprendizaje, Kayla. Incluso lo más malo. Y eso me ha servido para tener algo muy claro. ¿Quieres saber el qué? —le dio un beso dulce en la sien.

—¿Qué? —preguntó pasando el dedo índice por la mano y la muñeca que cubría su pecho mordido.

—Sé, como luperco, que la mujer del lobo es la única, y se sabe cuando la conoces. No hay nadie más ni habrá nadie más para mí.

Ella se tensó al oírlo. Hunter no tenía reparos en hablar de ella como su mujer, y cada vez que lo insinuaba no sabía cómo reaccionar. Era una mezcla de miedo, pero también de una ridícula ilusión. ¿Por qué se emocionaba así?

—Tienes miedo de que solo te haya elegido por el tratamiento que te hicieron —Hunter sabía leerla a la perfección—. Por tu olor. Pero esta noche ha pasado algo... Algo maravilloso y excepcional. Lo que ha salido de tu pecho reafirma que eres para mí y que soy un jodido afortunado. Eres demasiado especial, Kayla.

Hunter le explicó la magia y la leyenda sobre la loba capitolina y la sustancia mágica que desprendía de sus senos, llamada *nadís*.

A Kayla le pareció fascinante y también incómodo. No entendía nada. Su amiga Alexia era una obsesionada de los chakras y la energía... Iba a alucinar cuando le explicase lo que le pasaba.

Hunter rodeó con más posesividad los dos pechos con sus manazas.

—¿Te duelen?

—No me duelen porque los sienta llenos... Ha sido algo muy puntual —señaló—. No tiene por qué volver a pasar... Me duelen porque me has hecho mil cosas con tu boca, pedazo de bestia... por eso.

Hunter se empezó a reír en voz baja, aunque le temblaban los hombros contra su espalda, sacudiéndose como si le electrocutaran.

Ella se quedó mirando la puerta del balcón y el exterior de las vistas al valle de Otsagabia.

—Pasará —le juró Hunter—. Siempre que yo te estimule y lo quiera, pasará. Porque el *nadís* es valioso para mí y también para ti. Significa que estamos conectados a todos los niveles, físicos y espirituales. Tu cuerpo sabe lo que tiene que hacer para mí. Y, si algún día, en un futuro, tenemos hijos, tú les alimentarás y serán fuertes, únicos y especiales. Cambiarán el mundo.

Kayla se cubrió la cara con una mano. Estaba loco. Decía cosas que no podía imaginar y que no estaba preparada para escuchar ni aceptar.

¡Que le estaba hablando de hijos!

—No tienes filtro, luperco... No lo tienes. No somos nada, no somos ni pareja ni estamos saliendo y ¿me estás hablando de bebés? ¿En serio?

Él la miró con gravedad. Kayla no se imaginaba lo sensibles que eran los lobos. Y su compañera le estaba diciendo que era un exagerado y un intenso. Pero no se imaginaba ella lo

intenso que podía ser. Y no solo eso: lo intensa que sería ella cuando supiera de verdad que lo de ellos no era química; lo de ellos era alma y leyenda.

Contra eso nada podía ganar. Y no se debía minimizar.

—No te preocupes —convino él hablando contra su nuca—, yo tengo valentía de sobra para los dos.

—Deja de hablar así —le pidió, ocultando su rostro contra la almohada.

Hunter se burló de ella y empezó a cacarear como una gallina.

—¿Me estás llamando cobarde después de todo lo que he aguantado estos días?! —lo miró echando fuego por los ojos.

—No eres gallina. Solo eres... escéptica.

—Estoy en la cama, desnuda, con un hombre lobo... escéptica mi madre, que en paz descansa. Déjame tranquila.

Él se mordió el labio para no reír otra vez. Le gustaba mucho su personalidad y que fuera así de peleona.

—¿Tienes sueño? —le preguntó Hunter.

Kayla bostezó sin querer y dejó que la abrazase todavía más, con más intimidad, contra su cuerpo.

—Estoy agotada. Me has robado toda la energía, toda la grasa corporal, el *nadís* y el espíritu... —bromeó.

—Descansa. Hoy ha sido un día muy intenso.

Kayla asintió, y se vio relajándose y dejándose llevar poco a poco por el sueño.

Sin ser consciente, posó su mano sobre el muslo desnudo de Hunter, como si quisiera retenerlo allí con ella.

—¿Te quedas?

—Sí —dijo Hunter feliz de estar con ella y de verla así de confiada—. Es mi habitación —le recordó.

—Ah, es verdad...

—Pero soy luperco. Todo lo mío es tuyo —le dijo en voz baja—. Esta también es tu habitación. Este es tu pueblo, y somos tu manada, Kayla. Nunca más te vas a sentir sola. Yo siempre estaré para ti. Y, si me quieres, soy todo tuyo.

Kayla no respondió nada a esas palabras repletas de sinceridad y pasión. Pero se le grabaron en el alma. Y la mecieron y la tranquilizaron, otorgándole mucho bienestar y el primer rayo de felicidad en días. El suficiente como para empezar a quedarse dormida entre sus brazos.

—Hunter —murmuró entregándose a los brazos de Morfeo.

—¿Sí, cosita?

—¿Mañana me contarás más cosas?

A él se le deshizo el alma ahí mismo. Esa mujer lo destruiría.

—Por supuesto, bella mía.

Hunter esperó pacientemente a que ella se durmiese. Y fue lo más bonito que había visto en años. El que ella fuese cerrando los ojitos lentamente y acomodando su respiración a la de él lo llenó de paz.

Hunter se aseguraría de que Kayla quisiese siempre dormir con él y estar a su lado desde ese día en adelante.

Había mucho aún que solventar.

Los Lowell tenían entre ceja y ceja eliminar toda la estructura de la Fábrica. Pero de eso se

encargarían ellos, Kayla solo tenía que preocuparse de estar bien, tranquila y recuperarse del susto de haber perdido su vida, para abrazar una nueva como la que él y los suyos le ofrecían.

Al día siguiente

Kayla despertó sola.

Abrió los ojos por el intenso sol de la mañana que se colaba a través de la puerta de madera del balcón.

Olía a pan horneado, a cruasán y a montaña y era un aroma equilibrado en su justa medida.

Pero no olía a Hunter. A él no.

Eso la puso en alerta y echó la mano hacia atrás, buscando al hombre que la había tenido abrazada toda la noche.

Y no estaba. Él no estaba.

Aquello la decepcionó sin saber muy bien por qué, dado que le habría gustado despertar junto a él después del interludio sensual e íntimo que habían tenido. Era un pensamiento romántico e ilusionado que no debería tener después de todo lo que había vivido. Pero así se sentía. Y no podía olvidarlo ni borrarlo sin más. Las emociones estaban vivas en ella, como los recuerdos.

Se levantó de la cama y se duchó. Mientras se secaba con la toalla, se olió la piel y lamentó no oler al luperco como antes, aunque aún residía en ella. Se tocó los pechos para asegurarse de que no estaban llenos ni de que habían crecido, y no lo habían hecho. Seguían como siempre, con su tamaño habitual. Aquel líquido al que Hunter había llamado *nadís* era una sustancia que podía generar y ofrecerle solo a él, de forma excepcional. Era increíble.

Se vistió con un tejanos y un jersey largo de cuello alto y negro, unas *sneakers* de bota alta de color blanco y una cazadora. Se maquilló de manera natural y bajó a la planta inferior con un hambre como no había tenido en días.

Esperaba encontrar a Hunter y a sus hermanos sentados en la mesa, o pululando por aquella gigantesca casa que apenas había visto, pero, en vez de eso, se encontró a una mujer haciendo labores de limpieza mientras canturreaba una canción country.

Era menuda, de formas redondeadas y pelo castaño oscuro y corto. Y tenía una bonita voz.

Cuando la vio, se dio la vuelta rápidamente y sonrió azorada.

—¡Oh, señorita! ¡Buenos días! Perdón, no la oí bajar...

Kayla miró a su alrededor, esperando encontrar a un Lowell, pero con lo silenciosa que estaba la casa, entendió que allí no había nadie.

—Tranquila, no quería asustarte —contestó acercándose a ella—. Cantas muy bien.

Ella la miró con vergüenza y bajó los ojos con perfil bajo y respetuoso.

—Gracias, señorita. Y usted es tan hermosa como han dicho los chicos. Me llamo Rita.

—Y yo Kayla —se dieron dos besos para presentarse—. ¿Los chicos?

—Sí, los tres Lowell. Esos chicos cabeza loca... —sacudió la cabeza pero sonrió pensando en ellos con adoración—. El señor Hunter me dijo que tendría hambre, así que le he preparado un desayuno delicioso.

¿Cómo no iba a tener hambre si él la había dejado seca?

—Ah... y ¿dónde está el señor Hunter ahora?

—Se fue con Asher. No volverá hasta dentro de un par de días —contestó limpiando el polvo de uno de los muebles del salón.

Aquello fue un jarro de agua fría para ella. Como si alguien hubiese echado una bomba a sus pies.

—¿Cómo que no volverá?

Se le hizo una bola incómoda en el estómago y le entró una ansiedad repentina. ¿Que Hunter se había ido para dos días y no le había dicho nada después de la noche que habían pasado juntos? ¿Pero qué tipo de comportamiento era ese? ¿Por qué no le había dicho nada?

—Tienen asuntos que resolver —incidió Rita.

Asuntos que resolver... Kayla sabía qué eran esos asuntos. El puto «Encuentro» en el Bisonte. Un encuentro de la cúpula de La Fábrica que habían descubierto gracias a ella. Kayla había pedido que la tuvieran informada, que contasen con su ayuda, pero debía haber imaginado que Hunter prefería tenerla encerrada. Lobo taimado y traidor... Eso la enfureció mucho. Y la hirió, porque traicionaba su confianza. Ella daba por hecho que hoy se verían y volverían a interactuar como el día anterior, y él le había asegurado que así iba a ser. ¡Mentira!

—Señorita, vaya a desayunar —la animó Rita.

—Sí, ahora iré... —murmuró meditabunda—. Dices que Hunter se ha ido con Asher.

—Sí.

—¿Y dónde está Yael?

—Está en el laboratorio.

—¿Dónde está el laboratorio? —quiso saber.

—Oh... aquí mismo. En la parte trasera de la casa. Solo tiene que salir al jardín y lo verá.

—Gracias, Rita. Por favor, no me hables de usted. Tutéame —le pidió con educación.

—Claro —Rita sonrió de oreja a oreja.

Kayla asintió dirigiéndose a la cocina para alimentarse. Estaba famélica. Comería algo, llenaría el estómago y después iría a hablar con Yael.

—Estoy aquí para lo que necesites, querida —le recordó Rita.

Kayla sonrió amablemente, porque esa mujer no tenía culpa de que Hunter Lowell fuese gilipollas, y ella se merecía su amabilidad.

Pero eso no se iba a quedar así.

Los Lowell la iban a escuchar.

El laboratorio era una casa de montaña normal y corriente por fuera. El terreno de los Lowell era muy extenso y grande y estaba lleno de perros pastores y de caza, como si fuera la tierra de unos adiestradores. Y todos y cada uno de esos perros la saludaban como si la conociesen de toda la vida. O, tal vez, lo que querían era el tercer cruasán de mantequilla que se estaba comiendo y que tenía entre los dedos. ¿Por qué demonios allí todo estaba tan delicioso? ¿La comida le sabía de otro modo? Era una maravilla...

La puerta del laboratorio no estaba cerrada con llave, así que Kayla la abrió y se internó dentro, pero los perros no la siguieron, como si supieran que allí no debían entrar.

En el interior, Kayla advirtió que las instalaciones eran muy modernas y que aquel no era un laboratorio casero, era uno profesional, con las últimas máquinas y todos los utensilios de última

generación.

Y allí, entre crisoles y probetas, mirando a través de la mirilla de un microscopio avanzado, estaba Yael, con su pelo negro rasurado por la nuca y los laterales y por la parte de arriba más larga y despeinada. No llevaba bata de laboratorio, solo sus tejanos azul oscuros, un jersey negro de pico y de manga larga y unas Jordan negras y rojas de bota alta.

Era muy ancho de espaldas, como todos ellos, y estaba muy en forma. Apartó la mirada del microscopio solo para apuntar algo en su tablet.

—Me alegra que estés aquí, Kayla —dijo dejándola clavada en el sitio—. Necesitaría tomarte unas muestras de sangre.

—¿Me has oído entrar?

—Te he oído desde que te has despertado. Recuerda que tenemos un oído muy muy fino...

—Ya... ¿Por qué te has quedado aquí y no te has ido con Hunter y Asher? ¿Para vigilarme? Pensaba que erais lobos, no canguros.

Yael sonrió, pero no levantó la mirada del microscopio.

—Entiendo por qué le gustas tanto a Hunter. Eres una lagarta de lengua larga.

No. Larga la tenía su hermano. Pero eso no importaba en ese instante. No sabía por qué su cabeza creaba esas sinapsis.

—Supongo que el ciclo de fiebre ha desaparecido después de lo de ayer noche.

Ella alzó la cabeza como una reina y caminó lentamente hacia Yael.

—Creo que sí.

—Bien. Pero necesito igualmente una muestra de tu sangre, Kayla. Quiero analizarla —le señaló una silla a mano derecha y la invitó a sentarse—. Después de todo lo que hemos descubierto sobre ti y sobre el proyecto de Alvur...

—No lo habéis descubierto vosotros, listillos —le recordó guiñándole un ojo—. Al final, toda la información la he sacado yo. Se la saqué a Vini, y mi madrina ha hecho el resto.

—Como sea, señorita Holmes... Quiero comprobar cosas y, además, necesitaría desarrollar desodorantes para mujeres del lobo como tú, y también inhibidores adecuados, dado que la pieza del brazo a ti ya no te sirve —señaló—. Y las gominolas tampoco.

—Una pena lo de las gominolas. Estaban ricas.

—Te haré más, si quieres... pero tengo que cambiar la composición.

El mejor modo de vivir allí sería tomárselo todo con normalidad. Podía y debía hablar con el genético de los Lowell sobre ella y sus feromonas, porque era el único que podía encontrar el remedio químico para ayudarla.

Así que se sentó en la silla, se quitó la cazadora corta de cuero, se arremangó la manga y le mostró el antebrazo desnudo.

Yael dejó de hacer lo que estaba haciendo y se dirigió a un mueble empotrado en la pared. Lo abrió y de allí extrajo una inyección y una goma.

—No me gustan los pinchazos... —dijo Kayla.

—¿La niña que corre con el lobo alfa y grande tiene miedo a una aguja? —se burló de ella porque intentaba distraerla.

—Te lo digo en serio. Hazlo suave...

Yael le rodeó el bíceps con la goma y la apretó. Después le limpió el antebrazo con un algodón impregnado en alcohol y a continuación clavó la aguja en la vena más marcada.

—No necesitarías nada exógeno si tú y Hunter ya estuvierais anudados, ¿lo sabes? Os protegeríais el uno al otro, dejarías de tener ciclos tan dolorosos y nadie te olería. Pero aún no lo

estáis y es contraproducente. Es alargar la agonía sin necesidad...

—No debe ser tanta agonía si se ha ausentado de aquí para dos días... —inquirió disgustada, mirando al guapo Yael de soslayo—. Es él a quien no le ha importado retrasarlo más. Se ha ido sin avisar.

—Bueno, ha tomado esa decisión porque ayer tuviste un subidón de endorfinas que relajó en mucho tus feromonas... deberías estar bien y tranquila estos días en su ausencia. Aunque, no es una afirmación completamente cierta, dado que nunca habíamos tenido el placer de dar con una mujer como tú, generadora de *nadís*, con feromonas de alfa, omega y beta... y, poseedora de un Rh cero negativo que ha hecho que todas mis investigaciones hayan dado un giro radical.

—¿Por qué?

—Porque ahora entiendo cosas, aunque, de algún modo siempre las intuí. Nuestra sangre no se puede catalogar, está vetada —sacó la aguja de la piel de Kayla y le dio un algodón para que presionara en la herida—. No es un Rh conocido, es incatalogable e ilegible. Se pueden sacar datos de ella pero nunca la secuencia completa de nuestro adn, porque está protegido, aunque siempre he intuido que debía derivar de ese tipo de sangre, de una cero negativo. Tal vez, el primer hombre que eligió Luperca, el hombre de la loba, es probable que tuviera cero negativo. O tal vez, la portadora era ella —se encogió de hombros divagando—. Los primeros hijos de Luperca también la tendrían, y puede que Remo y Rómulo también portaran ese tipo de sangre.

—Y vosotros también...

—Sí, es posible que compartamos parte de esa secuencia. Pero el estudio de Alvur y la obsesión de Aro con la cero negativo abre el paradigma y nos pone en el camino correcto, porque ya sabemos lo que busca Aro... no es solo ese Rh... es la combinación perfecta de alteraciones en el Rh como la tuya. Tú eres su alquimia, su mejor experimento.

—Sí. Lo fui. Tu hermano me ha dicho lo mismo. Ni hija ni hermana, solo un experimento.

Yael puso cara de circunstancias.

—Lo del Rh cero negativo ha confirmado mis sospechas. Desde hace tiempo sostengo la teoría de que hay humanos con capacidades especiales, y que eso viene dado por su sangre. La cero negativa es una sangre muy especial. ¿Y sabes dónde hay más acumulación de ese tipo de sangre en el mundo?

—No.

—Los vascos la tenemos —aseguró sacando pecho—. Mi padre era de Irati, y nosotros nacimos allí. Los vascos poseemos una lengua única y antigua, el euskera. La cantidad de gente con sangre 0 negativo en el País Vasco es casi del cincuenta por ciento.

—No lo sabía —dijo Kayla impresionada. Qué dato más curioso.

—El resto es para gente con sangre de tipo A. Y de la B casi no hay... Así que, puedo decirte que esas tierras nortañas son la cuna de las personas con ese tipo de sangre, y eso demuestra otro tipo de evolución. Tu madre era vasca, ¿verdad?

—Sí.

—Y Dan Aro es americano.

—Así es.

—Saca tú las conclusiones.

—Créeme, las veo y las sé... Sé por qué mi padre eligió a mi madre. Y es por lo mismo que me estás explicando tú.

—¿Y si te digo que el paso al verdadero hombre de cromañón lo originó el pueblo vasco? ¿Qué el cromañón se desplazó y tuvo asentamiento original en el País Vasco?

—Pues te respondería que no sé de qué me estás hablando porque nunca fui buena en Historia. Pero si tú me lo dices, me lo tendré que creer. Al fin y al cabo, a estas alturas me lo creo todo.

—Ese fue mi trabajo de investigación. Demostrar que hubo un cambio en la sangre del neandertal al cromañón. Una evolución donde surgió el Rh cero negativo. Un tipo de sangre que solo heredó el 7% de los humanos, y que, como digo, es especial. Algo que mucho tiene que ver con un tipo de manipulación genética.

—¿Y qué explicación das? ¿Qué tipo de manipulación pudo haber en la antigüedad, Yael?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—No lo sé. Son palabras mayores. Pero ¿y si Luperca no era la única y esa raza de seres traspasaron su ADN especial a algunos de esos cromañones? Si los lupercos existimos desde hace tanto... ¿en qué momento de la línea histórica y temporal llegó el primer mordisco a un humano o la primera hibridación? ¿Qué fue lo que hizo que los cromañones fueran los receptáculos de ese tipo de sangre y no los neandertales?

A Kayla le estaba volando la cabeza todas esas suposiciones. Yael era un hombre muy inteligente y lleno de curiosidad, y también muy inquieto. Seguro que tendría muchas conversaciones fascinantes con él, aunque no entendiera ni la mitad.

—Sea lo que sea —añadió Yael rebajando su intensidad—, Aro y Alvur hallaron las divergencias de la cero negativa y debieron intentar llevar sus experimentos con otras víctimas, no solo contigo —prosiguió Yael sin importarle si era un tema delicado o no—. La suerte es que tú escapaste, Kayla y tu madre te escondió. El doctor Frankenstein lo sigue intentando con más sujetos, pero no le funciona igual. Porque las víctimas no tienen las mismas características que tú, aunque tengan cero negativo. Eres un bicho raro.

—Gracias por humanizarme tanto —arguyó con sarcasmo.

—Es ciencia. Cuando uno habla de ciencia, la moral humana se ausenta. Lo siento. Bueno —se rio—, no sé por qué me disculpo, dado que de humano tengo poco.

—Eso no es cierto —dijo Kayla—, tú y tus hermanos tenéis más humanidad de la que yo he podido ver en otras personas a las que se les debería presuponer. Sois lupercos. Pero eso no os hace inhumanos ni monstruos.

—Vaya, Kayla Mihura... cómo te han cambiado los mimos que te ha dado mi hermano... —sus ojos de ese gris azulado titilaron con diversión.

—A mí no se me compra la opinión con mimos ni con sexo, cazurro. Solo con hechos. Y lo que he visto y he aprendido estos días me ha servido para ponerme de vuestro lado. Por eso no entiendo por qué me dejáis al margen ni por qué Hunter ha tenido la cara de dejarme aquí sola.

—Porque eres importante para él. Y también para nosotros. Y el lobo grande no quiere exponerte. En El Bisonte estarán los no muertos Ari y Dan —eso hizo sonreír a Kayla— y toda La Fábrica, seguramente también con sus soldados quimeras mejor adiestrados. ¿Pondrías la mano en el fuego a que no te reconocerían a pesar de tu rinoplastia temprana? —preguntó mientras colocaba su sangre en un tubo de ensayo y lo metía en un pequeño cubo de cristal con más pruebas.

Kayla se tocó la nariz y lo miró extrañada.

—¿Cómo lo has sabido? Fue por un problema de un tabique obstruido.

—Yo me fijo en todo... Además, necesito un desodorante especial para ti. Y aún no lo tengo preparado. Esto —señaló su tubo de ensayo—, me ayudará a conseguirlo durante el día de hoy. Y nuevos inhibidores también para ti. Así que voy a estar entretenido...

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo de mientras? ¿Esperar aquí a que vuelvan y digan que han acabado con todos? No sirvo para ser una princesita encerrada en su torre.

—No eres una princesa. Ahora mismo eres la reina, y no vamos a dejar que te pongas en peligro innecesariamente. Hunter sí está vinculado a ti y no te puede pasar nada o él moriría de pena.

Pensar eso la sumió en una pequeña y momentánea depresión. La pena y la tristeza a perderlo la sacudió por dentro, pero intentó sobreponerse a esas emociones tan descarnadas y locas.

—Y sí —añadió Yael—, eso que estás sintiendo y que te retuerce, se llama ansiedad por ausencia, y es uno de los hándicaps de que un lobo se haya vinculado a ti pero tú a él no.

—Es una puta locura... —dijo clavando los codos sobre sus rodillas y ocultando su rostro en sus manos—. Altamente tóxico y dependiente...

—No lo es. Esto acaba cuando os anudáis. Cuando decidimos anudarnos, nosotros dejamos ir una hormona fijadora, constante y perenne en el sistema de nuestra hembra que la regula para siempre y que evita que tenga los ciclos de fiebre tan descontrolados...

—¿Y a eso lo llamáis anudaros? —preguntó contra sus manos.

—Sí.

—¿Es una condena? ¿Una atadura?

—No. Es una liberación en toda regla, para ti y para él. Es un regalo para los dos. No dejaréis de desearos ni de buscaros, el frenesí sexual no desaparecerá, pero sí la ansiedad y el miedo a que todo eso desaparezca. A que él desaparezca.

—A Luperca le gustaba esclavizar a su hombre... —murmuró medio lloriqueando.

—No. Luperca era un ser superior al ser humano, y su concepción del amor también era muy superior. Nunca dirán abiertamente que Luperca era una cambiante, en vez de eso, la ridiculizaron y dijeron de ella que era una prostituta de un bosque que amamantó a los dos bebés Remo y Rómulo. Pero ella era mucho más. Es... divina. Ella no tenía miedo a la fidelidad y al compromiso, ni al amor eterno, cuando es de verdad. Mordió y eligió a su hombre. Como nosotros hacemos con nuestras mujeres. Y en eso, los lobos no erramos nunca. Cuando encontramos a nuestra loba —aseguró mirándola de frente—, la encontramos de verdad. Hunter te ha encontrado a ti, y tú ahora eres de nuestra familia. Ni él ni tampoco nosotros vamos a dejar que te pongas en peligro.

Kayla se levantó de golpe de la silla y lo miró con desesperación.

—¿Y voy a estar ahora dos días sin verle?

Él asintió compadeciéndose de esa joven que ya empezaba a sentir la ausencia con más desesperación, y eso que solo había pasado unas horas sin él.

—Voy a intentar darme prisa, Kayla, y preparar tus inhibidores y desodorantes lo antes posible. Eres un bomba de relojería y no quiero que estés encontrándote mal aquí. Distráete. Ve al pueblo, pasea por sus calles, sal a caballo, si quieres, ve a ver a nuestros abuelos... hará que te sientas mejor porque estamos imprimados en ellos y sentirás también la presencia de Hunter. Otsagabia es tu casa ahora. Conócela.

Kayla se abrazó a sí misma con algo de inestabilidad y preguntó:

—Solo quiero saber algo más.

—Dímelo, cuñadita —sonrió como un lobo.

—¿Podría llegar a tener una vida normal si encontrases la fórmula correcta para mis inhibidores y mi anulación del olor? —Estaba muy enfadada con él por haberla dejado de lado.

Yael se encogió de hombros sin darle importancia.

—Podrías... pero ¿qué vida sería esa, Kayla? ¿Accederías a ser infeliz y a no vivir plenamente solo por tener miedo a la anudación con un luperco? ¿Quieres vivir en blanco y negro? ¿Quieres dejar de disfrutar de tu sexualidad y sentir dolor cuando otros te intenten tocar? ¿Sería eso vida?

—Tengo miedo a perder mi independencia.

—Somos todos seres independientes, pero que amemos, cuidemos y estemos vinculados a nuestras compañeras no nos hace dependientes. Solo nos hace ser consecuentes con estar enamorados eternamente. ¿Tanto miedo le tendrías a eso?

Kayla pensó en la respuesta. ¿Tanto miedo le tenía a eso? Para ella nada había sido para siempre...

—Ve y sal a que te dé el aire, Kayla —la animó Yael—. Este pueblo es maravilloso y aquí estás a salvo. Pero, que te quede claro algo: no vas a ir donde Hunter.

Kayla resopló dándose la vuelta, enfadada por esa orden.

—Me tenéis harta con vuestras prohibiciones.

—Somos cautos. Tu padre tenía razón. Él tuvo su victoria contigo. Eres una bomba, cuñadita, y por nada del mundo puede encontrarte, ¿estamos? —la señaló con un tubo de ensayo vacío.

—Sí, estamos.

—Voy a estar todo el día trabajando aquí y puede que toda la noche...

—¿Es que tú no duermes?

—Sí, duermo. Pero no cuando estoy tan emocionado. Tu sangre es como un juguete para mí. —Sus ojos se curvaron al sonreír y Kayla tuvo que admitir que era otro elemento de hombre guapo. La genética lobuna de los Lowell causaba efecto—. Además, no quiero que estés sufriendo. Mañana tendrás tu nuevo tratamiento hasta la vuelta de Hunter. No conozco del todo tu metabolismo y me da miedo que la fiebre te vuelva, y no vamos a ponernos nerviosos ninguno de los dos. —Le dedicó una sonrisa de hoyuelos matadora.

«Los Lowell y sus hoyuelos», pensó Kayla entornando la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que soy un jodido lobo, cuñada, y que no quiero que me rondes demasiado mientras no tenga tu medicina lista, ¿vale? Me gustan las feromonas tanto como a mis hermanos.

—Oh. Entendido. Me voy —Kayla dio un respingo y se alejó de ahí a toda prisa, mientras escuchaba la risa divertida de Yael.

Acababa de decirle que él también podía excitarse con su fiebre, y ninguno de los dos tenían que pasar por esa situación tensa.

Además, se moriría de vergüenza.

Lo mejor era hacer tiempo, hacerle caso y ver el pueblo con sus ojos y no a través de los de Hunter.

Era lo mejor que podía hacer para no pensar tanto en él.

Capítulo 16

Kayla pasó la mañana con Jonan y Joana y disfrutó muchísimo; primero de su comida y de lo mucho que la cuidaron; era como tener a unos abuelos adorables que ella no había conocido. Eran cariñosos, atentos, dulces... y la llamaban «*cherie*» continuamente.

Se quedó a comer con ellos y parecía que lo había hecho toda la vida, así de familiares eran. Pero lo que más le gustó fue escuchar de viva voz cómo fue la llegada de unos jovencísimos Lowell a su granja del sur de Francia, cómo los acogieron y cómo, por arte de magia, construyeron una familia de la nada.

—Hunter fue el que se encargó de que todos encajáramos —explicó Joana mientras le ofrecía un flan casero gigante con nata por encima—. Es muy conciliador y muy bueno. Y, sin duda, tiene un liderazgo natural. Él nos sonreía y nos miraba a los ojos cuando nos hablaba. Sus hermanos eran más tímidos: Yael era muy metido para dentro, y Asher tenía mucha cara, pero no hablaba nada, aunque también era muy cariñoso. Recuerdo que Hunter nos traía la comida ya hecha de restaurantes para que no cocinásemos y organizaba a sus hermanos para las labores de la granja. Él es un hombre muy servicial y le gusta cuidar de los suyos... Nos quería tratar a Jonan y a mí como a unos reyes. Pero mi marido y yo aún podíamos dar guerra y no queríamos que nos retirase tan pronto. En poco tiempo, nuestro negocio levantó cabeza gracias a ellos... Asher activó la venta de productos ecológicos *online* y eso revitalizó mucho nuestra economía. Además, nuestros productos los contralaba Yael y los trataba con unas semillas con anabolizantes naturales... Y todo lo que daba nuestra tierra era riquísimo y tenía mucha popularidad en el Sur de Francia —aseguró recordando esos momentos con felicidad—. Ellos nos salvaron de la quiebra. Y después, descubrimos que Hunter era un perfecto cerebritito inversor que nos había hecho millonarios a todos y que, entre los tres, estaban ideando un tipo de vida en comunidad en un pueblo muy retirado y abandonado, que Hunter dijo que en poco tiempo estaría completamente repoblado para entrar a vivir.

—Y esta es nuestra vida ahora, con nuestros chicos, en Otsagabia —Jonan alzó la copa de vino y los tres brindaron por ello.

—Esa es la historia feliz... —aseguró Joana cambiando el semblante—...Ay, pero, *cherie*... lo que les hicieron allí, encerrados durante tanto años, fue muy malo. Muy duro. Y todos tienen sus cicatrices —aseguró Joana, sentada a su lado, dándole golpecitos cariñosos en el dorso de la mano—. A los tres, de un modo u de otro, les afectó, y construyeron sus muros alrededor de todo ese dolor y de sus ansias de venganza. Les costaba mucho recibir caricias... ¿sabes?

Kayla asentía mientras los ojos se le aguaban de la emoción. Imaginarse a los tres sufriendo tantos abusos de pequeños, la mataba y hacía que tuviera ganas de gritar. Quería ir donde Hunter y abrazarlo fuerte.

—Fueron torturados una y otra vez —explicó Jonan—. Los tres tienen la misma edad, y

nacieron al mismo tiempo, con diferencia de segundos, pero Hunter asumió ser el mayor, el más alfa de los tres. Cuando les pegaban, cuando los abrían sin anestesia, y les golpeaban, Hunter se convertía en el más provocador para que fueran a por él y no a por sus hermanos, a los que consideraba más pequeños...

—Solo por segundos —añadió Kayla con voz temblorosa.

—Sí. Pero es que la jerarquía de los lobos es esa. Son los tres alfas, no hay ni un beta ni un omega... Los lupercos son todos alfas. Pero Hunter asumió ser el mayor y protegió a sus hermanos todo lo que pudo y tanto tiempo como le dejaban.

—También los torturaban a niveles individuales —dijo Joana sacando un pañuelo de papel para dárselo a Kayla y también para sonarse ella los mocos de la emoción.

—¿Qué tipo de torturas? —Kayla se lo podía imaginar, dado que Hunter le había explicado algunas la noche anterior.

—Eso solo lo saben ellos —contestó Jonan clavándose los dedos en las palmas de la mano y tensando los músculos de la barbilla—. Nunca hablaron con nosotros sobre eso. Y creo que nunca hablaron entre ellos sobre lo que les hicieron a cada uno. Lo mantienen en secreto, enterrado en lo más profundo. Es algo que les afecta y que prefieren silenciarlo.

Kayla guardó silencio, imaginándose todo tipo de atrocidades y humillaciones que le dolía visualizar.

¿Qué tipo de muerto escondido hacía que un hombre se mantuviera en silencio para no exorcizarlo? Uno de los peores, sin duda.

Kayla estaba deseando ver a Hunter y que los dos hablasen de su pasado y del presente que tenían. Y, ¿quién sabe de si un posible futuro...? Pero él la había dejado sola... Se encogió y se tocó el vientre con incomodidad.

—Él volverá pronto de donde esté. Se encargará de quien se tenga que encargar —asumió Joana—, y después volverá aquí a tu lado. Hunter nos dijo que cuidásemos de ti.

Era gracioso. Hunter había hablado con todos para que se hicieran cargo de ella, pero a ella, que era la única interesada, no le había dicho que se iba a ir. Odiaba la falta de comunicación y las sorpresas desagradables. Y levantarse esa mañana sola había sido una sorpresa muy desagradable. Mucho.

—Hunter se ha ido a eliminar a mi padre Dan Aro y a mi hermana Ari y a todo aquel que esté relacionado con ellos.

Jonan y Joana se miraron y sonrieron con orgullo, sin un ápice de remordimiento por las vidas que iban a segar sus lobos.

—Así es. Lo sabemos —Jonan dio un sorbo a su café largo y negro.

—La cuestión, *cherie*, es ¿qué piensas tú al respecto? ¿Estás conforme con ello?

Kayla se llevó una cucharada de flan a la boca.

—Me hubiera gustado formar parte de eso. Querría que me hubieran informado y que no me dejasen de lado. Se trata de mi padre y de mi hermana. Yo también tengo cuentas pendientes con ellos.

Joana sonrió con satisfacción al oír eso, y le acarició la mejilla.

—Entonces, querida, ya sabes lo que tienes que hacer cuando lo veas. Déjale clara tu postura. Hunter está acostumbrado a hacerlo todo a su modo. Los tres hermanos son iguales. Pero es la primera vez que se encuentran con una mujer como tú. Si es verdad que eres su compañera, solo tú puedes iluminar las sombras del *Alpha*. Y eso pasa —le guiñó un ojo— por enfrentarte a él. Tengo fe en que lo conseguirás. ¿Te vas a comer todo el flan? —le preguntó al ver que aún le

quedaba mucho.

Kayla lo protegió como si fuera un tesoro y le dirigió una mirada llena de humor.

—Ni se te ocurra quitármelo. Me lo voy a comer entero. Esta ansiedad me da demasiado hambre.

Jonan y Joana se echaron a reír, y disfrutaron de ver comer a Kayla en armonía, mientras la pareja continuó explicándole todo tipo de anécdotas de Hunter y sus hermanos que haría que pudiera formarse una imagen más completa del hombre que le tenía consumida la cabeza y parte también de su corazón.

Lo que haría con la otra mitad, estaba por ver...

El problema llegó al atardecer.

La ansiedad creció y Kayla empezó a estar verdaderamente ansiosa y a echar de menos al maldito hombre que la había dejado así.

Y decidió que el mejor modo de hacer que pasasen las horas era ir al gimnasio, ejercitarse, sudar y sacarse estrés de encima. Allí se encontró a la guapa Kim bailando el *Sin Pijama* agarrada a la barra del Pole Dance, mientras las luces de discoteca bañaban su escultural cuerpo al ritmo de la música. No había nadie en esa parte del gimnasio, solo la joven profesora, que se había quedado boca abajo como Spiderman. Su pelo recogido en dos trenzas caía como dos cuerdas, mientras la miraba con curiosidad y una fabulosa sonrisa de complicidad en sus labios.

Esa chica era escandalosamente bonita y también atrevida. Llevaba un culot negro, un top del mismo color y unas botas altas de tacón fino. Tenía un *piercing* en el ombligo que relucía, otro en la lengua y uno más en la nariz, además de un precioso tatuaje en forma de rosa y zarzal, nada grotesco, que rodeaba su hombro derecho y le llegaba hasta el codo.

—Hola —la saludó con ese particular carisma que tenía.

—Hola —contestó Kayla.

—¿Vienes a entrenar un poco? —seguía bocaabajo.

—Sí —suspiró.

Kim sonrió y alzó una ceja perfecta de color rubio.

—Necesitas distracción, ¿verdad? Por tu... —señaló su vientre haciendo círculos con el índice—. Por lo que Hunter y tú tenéis...

Kayla abrió la boca de par en par.

—¿Pero es que ese bocazas os lo ha contado a todos?

Kim dejó ir una carcajada, y con una habilidad innata, se dio la vuelta en la barra y cayó de pie.

—No nos lo ha contado... Lo sé por otro hermano —dijo dando un saltito y bajándose de la tarima donde estaba la barra.

—¿Yael?

—No. El otro.

—Pero si el otro no habla...

Ella dejó ir una risita escéptica y se acercó a Kayla.

—Sí habla. Habla y gruñe. Pero te tienes que acercar mucho para oírlo. En fin... ¿qué necesitas? ¿En qué te puedo ayudar?

Kayla frunció el ceño ante aquella inesperada respuesta.

—Solo venía aquí a distraerme un poco.

—Ah, pues yo te puedo distraer —Kim enlazó su brazo con el de Kayla—. Ya he acabado de entrenar. Si me acompañas, podemos ir a dar un paseo. Yo te puedo contar mi historia y tú me puedes contar la tuya.

Kayla la miró de arriba abajo.

—¿Y vas a salir así? Refresca un poco.

—Claro que no —contestó animándola a que la acompañase al vestuario—. Me ducho, me cambio, y nos vamos.

Kim era igual de guapa y llamativa aunque fuera vestida de calle y no llevase esa ropa tan sexi como la que mostraba en la barra. Un sencillo tejano, unas Converse altas negras de piel, una camiseta blanca y una chupa de cuero y parecía una modelo.

Y también resultó ser muy extrovertida y dicharachera, con mucha iniciativa en las conversaciones y muy recíproca. Mostraba verdadero interés por todo lo que decía Kayla.

—Así que eres investigadora privada... —dijo con admiración.

—Bueno —contestó mirando al horizonte que tenían frente a ellas. Habían ido caminando por una ruta del bosque que llevaba al mirador, y a través del cual se veía Otsagabia—, al menos, lo era antes de que todo esto me explotase en la cara...

—Lo sigues siendo —Kim reforzó su idea—. Eso no se va si forma parte de ti. Yo sigo teniendo mi sueño, ¿sabes?

—¿Cuál es tu sueño?

—Tener mi propio espectáculo de Pole Dance profesional —contestó con sinceridad y ojos soñadores—. Nada de bailar en un antro, medio desnuda, para tíos que me llenen el tanga. Lo que hago es arte, no es venta de carne, y me gustaría que vieran mis espectáculos de ese modo. Pero... —observó todo como si se sintiera encerrada—, no sé cómo salir de aquí sin que me miren como si estuviera loca o fuera una desagradecida.

Kayla contempló el hermoso perfil de elfa de Kim y de algún modo empatizó con ella, no sabía muy bien por qué. Tal vez, porque era ese su miedo. El sentirse encerrada y demasiado en deuda con los Lowell como para no ser capaz de alejarse de ellos cuando lo necesitase.

—¿Es difícil irse de Otsagabia?

—Es que, hasta la fecha, nadie ha querido hacerlo... —suspiró—. Todo el mundo está aquí de lujo. Viven su segunda oportunidad sin preocupaciones, sin problemas, tienen trabajo, el pueblo se sustenta solo... Y vienen todos de vidas muy difíciles y pasados tormentosos. ¿Por qué iban a querer complicársela y salir de la protección de los Lowell?

—Pero, tú quieres más.

—No quiero más —aseguró contrariada—. Pero tampoco me merezco menos. Hay cosas aquí... que no puedo tener —dijo muy críptica, aunque lo que fuese que no podía tener, le dolía mucho—. De hecho, aquí ejerzo mi profesión con las chicas, les enseño lo que me gusta... me va bien. Pero es como una burbuja de cristal. Tengo veintitrés años... No quiero estar aquí toda mi vida. Tengo mis sueños y mis inquietudes.

Kayla torció el cuerpo hacia ella y la miró fijamente.

—¿De qué te salvaron a ti?

—Hace un año me sacaron del Club nocturno que se suponía que nos iba a vender a unos jeques. Ninguna de nosotras lo sabíamos, pero Pascal, el director del Club, lo tenía todo acordado. Esa noche, antes de que saliéramos a hacer nuestro espectáculo, nos obligaron a meternos, a punta de pistola, en un camión y de allí nos llevaron a un contenedor en el puerto. Nos llevaban a Arabia... Pero Asher y sus hermanos nos liberaron. Yo no supe lo que estaba pasando hasta ese momento. Después, mis compañeras me explicaron que habían sido víctimas de abusos y que muchas estaban allí como víctimas de trata, y las tenían extorsionadas con matar a sus familiares si no hacían lo que les decían.

—¿Cómo no sabías nada de eso? —inquirió Kayla.

—Porque la noche que nos metieron a punta de pistola en el camión, era mi primera actuación en el Club. Era completamente nueva y solo había hecho la noche anterior una prueba frente al público. Solo eso. No sabía nada de lo que se cocía allí. Así que fue toda una sorpresa para mí.

—Entonces, a ti te salvaron, pero tú no sufriste las calamidades que pudieron sufrir tus compañeras...

—Sí. A mí no me habían hecho nada, aún. Pero, si no llega a ser por Asher, seguramente, me lo hubieran acabado haciendo.

—Entiendo... Y tú no querías ir a Otsagabia.

—Sí quería —aseguró rememorando ese momento. Era evidente que no le iba a decir todo lo que le pasaba por la cabeza—. Pero, es solo que... pensé que sería distinto —se encogió de hombros sin más—. Creo que me hice mis castillitos en la cabeza, ya sabes... Ha pasado un año desde que llegué y no es lo que yo creía, y me... me he cansado de esperar...

—¿Te has cansado de esperar?

—Sí... —la miró como si no tuviera remedio—. Si te digo la verdad, creo que soy una mantenida de los Lowell.

—Pero, cumples un servicio aquí por el que te remuneran, ¿no?

—Sí. Pero tengo la sensación de que se lo debo todo a ellos. Sabemos que hacemos una función como tapadera para los Lowell, porque ellos necesitan la comunidad y la manada para no llamar la atención. Y créeme que nos pagan muy bien por ello. Pero estoy ahorrando mucho dinero y, en realidad, no sé para qué porque no sé cuándo podré gastármelo. No quiero comprarme otra casa aquí. Aquí ya tengo una —explicó—. Si no tengo lo que quiero tener dentro, espero conseguir la vida que sé que puedo tener afuera —asumió con mucha dignidad—. Pero, para ello, me tengo que ir de aquí.

—¿Y has hablado con ellos sobre esto? ¿Crees que te dirían que no te fueras por miedo a que aireases lo que son?

—Jamás haría eso. Nadie de aquí lo haría. Ellos saben que tienen la fidelidad y la palabra de todos los que están aquí. Porque estamos en deuda. Son héroes, Kayla. Antes de delatarles, me cortaría la lengua. Y no quiero ver la decepción en su cara...

—¿En la cara de quién?

—De... Asher —dijo a desgana—. Él... Da igual.

¡No daba igual! Kayla era una mujer y captaba muy bien lo que Kim quería decir. Aquella era la vibración de una chica enamorada.

—¿Te gusta Asher?

Ella se echó a reír porque el verbo le sonaba a broma.

—Gustar es un juego de niños comparado con lo que siento por ese borde silencioso y cabezón.

Kayla se asombró ante la respuesta tan sincera que acababa de recibir.

—Vaya...

—Síp.

—¿Y él...?

—Él nada en absoluto. Nada. No siente nada. No me ve. Nunca, jamás, me tocaría.

—Lo dudo —espetó soltando una risita escéptica—. ¿Tú te has visto, Kim? Cualquiera te vería desde un kilómetro de distancia.

—No lo conoces. Ese hombre tiene la cabeza frita con prejuicios que no le hacen ningún bien. Y... no es un lobo. Es un gallina. Pero no quiero hablar de ello —admitió sin darse más importancia—. No hay nada de lo que hablar.

Kayla no se lo creía, pero no iba a seguir insistiendo.

—Tengo un plan, Kayla —murmuró Kim cruzándose de brazos y mirando al frente—. No debería contártelo porque eres la compañera del alfa de los alfas... —bromeó.

—Me puedes contar lo que quieras. Soy una tumba, y no sabes lo bien que me está yendo que me distraigas de la mala pasada que me ha liado el alfa de los alfas —repitió. Estaba sola y empezaba a encontrarse mal—. Pasar por este estado en el que me encuentro, no es nada agradable...

—Sé que nunca lo voy a experimentar. Hunter debió ser muy valiente contigo. Te ofreció el *wolfsanker* —asumió con tristeza—. La marca del lobo. Su... mordisco —la miró con curiosidad.

—Sabes muchas cosas... —dijo Kayla impresionada.

—Su hermano no se parece en nada a Hunter. Él nunca me la daría a mí...

—Es que no me lo creo.

—Mira, una vez... —se iba a envalentonar a hablarle de su experiencia con Asher. Pero prefirió callarse. Porque le daba vergüenza—. No importa.

Kayla captó la energía triste y derrotada de la hermosa y orgullosa Kim y quiso animarla.

—No creo que debas darlo por perdido. Hoy, mamá Joana ha dicho que todos tienen sus sombras. Y que la mujer que se quede con ellos, debe saber iluminarlas y ahuyentarlas.

—Pues a mí se me ha apagado la luz —contestó sin más—. Me voy a ir. Me iré sin avisar —aseguró contemplando el valle de Otsagabia—. Sé que Asher es un psicópata de la seguridad cibernética y que los Lowell le ponen localizadores hasta a sus padres... Pero llevo paseando por estos montes todo un año. Sé cuáles son los caminos a seguir. A unos veinte kilómetros hay una carretera de transporte, solo para camiones. Haré autostop para que me lleven al aeropuerto.

—Creo que no les va a hacer ninguna gracia. Te aprecian. Lo he visto en el modo en que Hunter habla de ti y en cómo estás integrada en el pueblo.

—Por eso no lo deben saber. No debe saberlo nadie.

—Pues me temo que no se quedarán de brazos cruzados cuando descubran que te has ido.

—Para entonces, si quieren tratarme como a una rehén, ya estaré muy lejos de aquí.

De repente, Kayla se contrajo por un fuerte pinchazo en los ovarios, y Kim, asustada, la sujetó por los codos para que no se cayera.

—¿Estás bien?!

—Oh, joder... Ya está. No ha sido nada —dijo incorporándose de nuevo. El pinchazo había desaparecido, menos mal, pero palideció de miedo al pensar que pudiera experimentar otra noche

de fiebre sin Hunter cerca.

—Caramba, ha sido como una contracción... me ha dolido hasta a mí.

—Sí, más o menos —dijo tomando aire profundamente—. Es uno de los regalitos que me ha dejado Hunter...

—No fastidies —murmuró con curiosidad—. ¿Así de mal te dejan?

«Si no se consuma el nudo y encima él se larga dos días, sí», pensó Kayla amargamente.

—¿Me acompañas a la casa de los Lowell? —le pidió empezando a sentir dolor—. Creo que me quiero estirar y reposar un poco tranquila en la habitación.

—Por supuesto que sí. Te acompaño, vamos.

Sí, lo mejor era que llegase cuanto antes cerca de algún luperco que pudiera ayudarla. Yael era el de las medicinas, y esperaba que estuviera trabajando en ellas como le había prometido, porque Kayla intuía que cuantas más horas pasase sin Hunter, peor se iba a encontrar.

Y le tenía pavor a la fiebre.

No pensaba perdonarle a Hunter otro día de tortura extrema y más, cuando le había asegurado que después de no haberla dejado dormir en casi toda la noche, su fiebre iba a desaparecer unos días y él se iba a quedar a su lado.

Si le mentía, lo mataría.

A la mañana siguiente

Yael había pasado toda la noche y parte de la mañana encerrado en el laboratorio. Y había sido una pesadilla.

Kayla había vuelto el día anterior a la casa acompañada de Kim, y se había encerrado en la habitación.

Nunca imaginó que la joven volvería a sufrir un celo tan temprano... pero todo era nuevo con esa mujer. Lo que conocían y lo que no. Era una hembra especial, genéticamente modificada, un cóctel de atracción y locura para los lupercos... y, lamentablemente, marcada e imprimada, pero no anudada, con sus feromonas en la cresta de la ola y bajo la influencia de la próxima luna llena, su sufrimiento había sido atroz y continuaba siéndolo.

Yael se compadecía mucho de ella, deseaba poder ayudarla, pero estaba obrando el milagro de idear un tratamiento adecuado a su sangre, su sistema endocrino y su metabolismo en menos de un día.

Se merecía el puto Pulitzer. Sería la primera vez que lo ganase un lobo.

Después de que Kim se fuese, empezó la tortura para Kayla. Yael no podía ayudarla, y fue Rita quien se encargó de cuidarla durante toda la noche mientras le iba pasando el parte por teléfono.

Kayla no había dormido más dos horas en toda la noche. Eran las dos del mediodía y era la tercera vez que se desmayaba. Estaba empapada en sudor, gritaba y mordía la almohada como una salvaje, y cuando el dolor se hacía insoportable, se desmayaba... y se quedaba dormida. Pero el sueño no duraba más de tres cuartos de hora. Después, lamentablemente, se despertaba con dolor y aguantaba y capeaba la tormenta como podía.

Yael ya tenía la medicina, y esperó a que Rita fuese a por ella. Iría a ver a Kayla en cuanto se

la tomase y le empezase a hacer efecto. No pensaba arriesgarse, porque el efecto de esa mujer era extremadamente poderoso.

Rita entró corriendo en el laboratorio, sudada y con los ojos llenos de lágrimas. Los perros no dejaban de lloriquear y ladrar porque también olían a la joven.

Yael le dio la medicina a la ama de llaves de la casa, y le explicó que lo primero eran las gominolas y después el nuevo aplicador. Que subiría a ver a Kayla en unas dos horas.

Pero Rita tomó los medicamentos con muy mala cara y mucho genio, sorprendiendo a Yael.

—¡No hay derecho! —le gritó la señora, regañándolo como a un hijo—. ¡No hay ningún derecho a que esa chica haya tenido que pasar por todo eso esta noche y parte de este día! ¡Ninguno! ¡¿Por qué Hunter la ha dejado sola?! ¡Ha sido terrible! —abría y cerraba los brazos como unas tijeras—. ¡Terrible! ¡Nadie se merece eso! ¡Nadie!

—Rita, tranquilízate, va a estar bien —dijo Yael poniéndole las manos sobre los hombros para calmarla.

—¡Tú no la has visto! —replicó—. ¡No habéis sido responsables con ella! ¡Os habéis portado muy mal! ¡La pobre angelita, cómo lloraba! ¡Está rota!

Yael se asustó al escuchar aquello. Debía haber sido un suplicio. El dolor de la fiebre en alguien como Kayla, se veía aumentado exponencialmente, y ninguno lo había visto venir ni había sido preparado para ello. Ni siquiera él, que había actuado lo más rápido que supo.

—Lo sé. Asumo mi parte de responsabilidad...

—Tú no eres el responsable. ¡Es Hunter! ¡¿Acaso no es él su compañero?! ¡¿Por qué se ha ido sabiendo que podía pasar por algo así?!!

—No pensábamos que iba a suceder tan pronto. Ha sido un fallo de cálculo. La naturaleza de Kayla nos ha pasado factura... —reconoció con pesar—. ¿Ahora cómo está?

—Durmiendo lo poco que le ha dejado el desmayo. Es la tercera vez —alzó tres veces—. ¡Tres! ¡Tres desmayos, temblores, problemas para respirar...! ¡Ha pasado una noche infernal esa niña! Y cuando no se desmayaba gritaba y tiritaba... decía que era como si alguien le estuviera clavando puñales en los ovarios constantemente.

—Sí... —Era normal. La fiebre enardecía y preparaba al cuerpo para la invasión. Pero si no culminaba, acumulaba inflamación y todo el aparato reproductor y sexual de Kayla se retorció de dolor—. Rita, ahora corre y dale lo que te he dado. Le clavas este adaptador en la parte de atrás del brazo. Solo tienes que apretar aquí —le enseñó— y se le quedará pegado, como cuando te tomas el azúcar con tu dispositivo...

—Está bien —contestó ojerosa.

—Y le das dos gominolas.

—¡Esa niña no quiere chucherías! —protestó.

—Hazme caso —bajó la voz para que lo escuchase con más atención.

—Sí.

—Corre. Empezará a encontrarse bien dentro de poco.

Rita asintió, se secó las lágrimas lamentándolo profundamente por Kayla, y salió del laboratorio de Yael con la solución para sus males.

Yael recibió en ese momento la llamada de Hunter, y el luperco cogió el móvil con manos temblorosas.

—¿Cómo va todo por ahí, Yael?

—Hunter, tío...

—No quiero llamar a Kayla, porque oírnos la voz ya es un activador de la fiebre en los dos. Y

solo quiero que esté bien. Aunque, si te digo la verdad, yo estoy hecho un lobo rabioso y con muchas ganas de verla... y de oírla.

Yael lo escuchaba en silencio, observando todo el *pack* de medicinas que había preparado para Kayla. Hunter no tenía ni idea de lo que había pasado con Kayla y no le iba a gustar saberlo.

—Ya tengo su tratamiento, Hunter, lo he conseguido. Nada en Kayla es normal, ni su fiebre, ni sus ciclos, ni su modo de absorber la necesidad, nada...

Hunter se quedó en silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué ha pasado? Yael, habla, joder...

—La fiebre de Kayla se activó ayer por la tarde... hasta ahora.

—¿Qué estás diciendo?

—Te lo he dicho.

—Eso es... es mucho tiempo —dijo aterrado.

—Ella es diferente. Ha pasado una noche malísima, Hunter y he tenido que darme prisa en encontrar un tratamiento.

—No, joder... —lamentó muy afligido—. ¿Dónde está? ¿Cómo...?

—En la casa. En la habitación. No he podido ir a verla todavía. Se ha hecho cargo de ella Rita. Lo siento, pero no puedo aguantar las feromonas que suelta y he estado encerrado trabajando solo para encontrar una fórmula especial... y... no lo ha pasado bien. Solo puedo decirte eso.

La línea volvió a quedarse en silencio durante largos segundos.

—¿Hunter?

—Sigo aquí.

—Acabad lo que estáis haciendo. Cerrad ya en nombre de los tres el maldito episodio de La Fábrica y volved. Vuelve, Hunter.

—Mañana estaremos allí. Intenta hablar con Kayla, y tranquilízala...

—La medicina le funcionará —aseguró—, o eso espero —convino pasándose la mano por la nuca—, de lo contrario no podré salir de aquí, porque mi lobo no entiende que es tuya si no está anudada...

—No me toques los cojones, Yael, no le toques ni un solo pelo... Está imprimada.

—Ya sé que está imprimada. ¿Por quién me has tomado? ¿Por qué crees que estoy aquí encerrado? Pero no es fácil. Tío, esto es una tortura... volved aquí en cuanto acabéis con esos hijos de la gran puta —Yael iba a colgar el teléfono para no seguir hablando con su hermano y añadió—: Anúdala ya. No puedo más.

Conocía a Hunter. Sabía lo mucho que iba a estar reprendiéndose a sí mismo por haber dejado a Kayla sin saber que iba a pasar una experiencia tan mala con su sexualidad y sus ansias de verlo. Eso podía afectar mucho la mente de una persona. Todo eran hormonas... y todo afectaba a los pensamientos y a las emociones.

Kayla debía estar destruida en ese instante, y sintiéndose sola y abandonada por su alfa.

Capítulo 17

Cuando Kayla abrió los ojos, no estaba en la habitación. Era de noche y se hallaba en el interior de un bosque. A unos pocos metros de ella, se encontraba una mujer con una túnica larga y roja y una capucha que cubría su pelo negro. Era joven, de piel bronceada y ojos de color marrón claros. Sonreía a Kayla y la invitaba a que la siguiese.

Kayla no sabía muy bien qué sucedía, pero sabía que el dolor que la estaba matando hacía horas había remitido y le estaba dando una tregua momentánea. Y tenía la necesidad de seguir a esa mujer.

Kayla siguió sus pasos, hasta que llegaron a una casa. Era una mansión en medio de la montaña. El exterior estaba repleto de coches de lujo aparcados, y sonaba música en el interior del edificio. En la elegante entrada había cuatro hombres postrados como gorilas, en calidad de miembros de seguridad.

Kayla no sabía qué hacía ahí. Hasta que sintió la mano de la mujer en el hombro y Kayla la miró con atención.

—Ven. Sígueme —le dijo. Sus ojos de ese color marrón mutaron a uno amarillo que ella ya conocía y había visto en el hombre que se había grabado en ella y que tanto tormento le provocaba—. No hay tiempo que perder.

Kayla asintió y decidió ir tras ella, resiguiendo sus pasos mientras rodeaban el palacete de la sierra. Se fiaba de la desconocida y sabía que lo que quería decirle o mostrarle era muy importante.

Entonces, al rodear la casa, llegaron a una caja metálica y roja, externa, empotrada en la pared. La mujer se dirigió a la caja y, como por arte de magia, apareció en sus manos un pata de cabra metálica de color negro, para hacer palanca. La mujer abrió la caja a la fuerza con la herramienta, observó el cuadro eléctrico con su unidad de fusibles, y ubicó el general. Miró a Kayla y le sonrió con dulzura mientras bajaba el fusible y entonces, todo, absolutamente todo, quedó a oscuras.

Ella intentó ubicar a la mujer de nuevo, pero no la encontró, aunque sí escuchó su voz.

—Hazlo, Kayla. Haz lo que sientes que tienes que hacer. No salgas del coche sin tu pistola. Sigue tu instinto. Te necesitan.

El eco y la reverberación de la hermosa voz de la mujer se coló en su subconsciente, conectando con ella, con su esencia. Y supo, sin lugar a dudas, que le transmitía algo de vital importancia que solo ella debía oír; una verdad, por encima de todas.

«Tener la suerte de ser marcada por un luperco no puede significar solo desesperación. Él debe darte la libertad de correr a su lado. Las relaciones lupercas no son encierros ni tristeza. Si la mujer del lobo se siente así, debe romper el vínculo. El lobo elige y marca. Pero es la mujer del lobo quien tiene la última palabra. Si el *wolfsanker* no es correspondido y ha sido un error, se

puede revocar, el nudo se puede deshacer. Debes pintar con tu propia sangre en el pecho de tu lobo, las cuatro runas del *wolfsanker* —en ese instante, Kayla las vio en su cabeza, y vio el símbolo al completo y también desglosado—. Esta es una información única y secreta, ni los *alphas* la conocen, y te la ofrezco a ti, porque una creadora de *nadís* es también una líder, y debes tener el poder de decidir lo que quieres hacer. Puedes liderar sola, o hacerlo junto a él. Pero, recuerda que, para deshacer un nudo, debe haberlo. Viene la noche de la brama para ti, es el ciclo más caliente de la mujer del lobo, perfecto para la anudación. Y él sufre el ciclo eustral en luna llena. Aprovéchalo. Y después, toma tu decisión».

Cuando Kayla abrió los ojos, estaba llorando. Se incorporó en la cama y se quedó sentada sobre el colchón. Tenía el pijama empapado de sudor, y sabía que, con la conciencia, también acabaría llegando el dolor de nuevo. Pero ahora también era consciente de algo mucho más profundo: Luperca la había visitado en sueños para decirle que tenía algo que hacer y darle una información que ni los lupercos conocían. Era un arma, en realidad y un gran poder. Y todo poder conllevaba una gran responsabilidad.

Y sabía dónde tenía que ir y, sobre todo, que no podía perder el tiempo.

Y Kayla estaba deseosa de hacerlo y de moverse, pero no sabía si podría llevarlo a cabo por los malditos cólicos que la inhabilitaban.

En ese momento, se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla encima de ellas.

Estaba muy dolorida y también dolida. Sentía una gran decepción y enfado con Hunter, y en su interior luchaba la necesidad de plantarle cara y de dejarle claro que no le podía hacer eso. La había engañado, y no había pensado en ella. Pero, ante todo, tenía que ir donde ellos estaban porque iban a estar en peligro. Eso era lo que le había transmitido Luperca en su sueño.

La puerta de la habitación se abrió, y la regordeta y afable cara de Rita asomó para ver si estaba despierta. Cuando la vio sentada en la cama con los ojos abiertos y ojerosos, la mujer hizo una exclamación de alivio y entró corriendo en la habitación para sentarse a su lado, en el colchón.

—Ay, mi niña... —le acarició la mejilla y después le puso la mano en la frente para ver si tenía fiebre— te ha bajado la temperatura... menos mal. ¿Cómo te encuentras? Yael ha preparado tu tratamiento y me ha pedido que te lo dé inmediatamente. Él no puede salir del laboratorio hasta dentro de un par de horas —Rita le mostró el nuevo bote de gominolas y el nuevo dosificador del brazo.

Kayla se había arrancado el que tenía durante la noche, desesperada por la agonía y el dolor corporal.

La joven entornó la mirada como si fuera una depredadora y la clavó en el tratamiento que su buena y adorable cuidadora le ofrecía.

Actuó rápido, y le arrancó las gominolas de las manos. Abrió el bote y se metió cuatro lobitos de fresa en la boca. El cabrón de Yael encima tenía las santas narices de bromear y hacer moldes de animalitos de lobo con sus medicinas. Eso la enfureció. Pero no lo suficiente como para que la ira que sentía hacia Hunter desapareciese. Tenía ira para todos, pero principalmente, para el rubio.

—Chica, cuidado... me ha dicho que te tomes solo dos...

—El aplicador —exigió con voz muy dura.

—¿Qué? ¿Esto? —miró el aparatito blanco.

—Sí. Dámelo, por favor.

Rita se lo ofreció y Kayla no tardó ni cinco segundos en aplicarse el dispositivo ella sola detrás del bíceps derecho.

Cerró los ojos unos segundos y se obligó a calmarse y a permitir que la medicina hiciese efecto, pero debía serenarse aunque fuera unos segundos.

—Niña... ¿mejor? —Rita estaba realmente preocupada.

Kayla estiró la mano, aún con los ojos cerrados y movió los dedos para que Rita se la cogiese en señal de apoyo.

—Has sido mi ángel de la guarda... —le dijo.

Rita sonrió con tristeza.

—No he podido hacer nada por ti —reconoció emocionándose—. Ojalá supiese qué hacer en estas situaciones, por si vuelve a pasar en un futuro... pero esto es nuevo para mí.

—Para mí también. Todo es nuevo, inesperado y muy desagradable —dijo sintiéndose engañada por Hunter.

—Me ha dado mucha pena verte así. Nadie debería pasar por esa agonía.

—Has hecho mucho por mí —abrió un ojo gatuno y agotado y le sonrió—. Más de lo que deberías y todo lo que has podido. Has estado, y te lo agradezco desde el fondo de mi corazón. Me alegra mucho que estés aquí, Rita. Gracias.

La mujer asintió agradecida por oír esas palabras tan sinceras y le besó el dorso de la mano.

—Has sido increíblemente fuerte, Kayla.

—Estoy rota —admitió resoplando. Las lágrimas cayeron por sus mejillas y no tuvo fuerzas ni siquiera para levantar la mano y limpiárselas. Se le había descompuesto el espíritu durante esa noche, como si fuera víctima de un parto doloroso constante y sin epidural.

—No pasa nada por romperse. Nos recomponemos y seguimos, niña. ¿Qué necesitas ahora?

Rita era pura energía y positivismo.

—Has dicho que Yael tardará unas dos horas en salir... ¿verdad?

—Sí. Debo ir a informarle en un rato sobre cómo estás.

Kayla se tomó unos segundos para pensar en su estrategia y en lo que debía hacer.

—Voy a ducharme y a esperar a que esto me haga efecto. Me cambiaré, y después bajaré a desayunar. ¿Crees que puedes prepararme un desayuno rico y mucho café para llevar? Quiero salir afuera y pasear y que me dé el aire un poco. Me irá bien.

—Claro que sí —contestó feliz de poder darle ese servicio—. Te prepararé algo delicioso y después informaré a Yael de que estás mejor...

—Bueno, no cantemos victoria tan pronto —susurró precavida.

—Sí —Rita se levantó de la cama y salió de la habitación dispuesta a seguir su cometido.

Kayla sorbió por la nariz y esta vez sí encontró fuerzas para alzar la mano y secarse la humedad salada del rostro. Después miró su reloj. Eran las dos del mediodía. Había pasado más de dieciocho horas en pleno celo. Y Hunter no había estado... se había ido sin más, sin decirle nada.

Debía ponerse en marcha inmediatamente. Luperca le había dicho que no había tiempo que perder.

Y no pensaba hacerlo.

Estaban en peligro. Y, aunque el disgusto y el desengaño sufrido durante todas esas horas de

padecimiento le habían pasado factura, no estaba lo suficientemente desvalida para no actuar, ni tampoco era tan rencorosa como para no hacer lo correcto.

Hunter y Asher la necesitaban. Y tenía que irse de allí sin que Yael la detuviera. No la creería y tampoco la dejaría marchar.

Por eso debía ir rápido y salir de allí inmediatamente.

Algo iba a pasar en el Encuentro en El Bisonte.

Y Luperca le había dicho que fuese ella sola.

El Bisonte

Hunter no estaba por lo que tenía que estar.

Desde que se fueron de Otsagabia y tuvo que salir de la cama y alejarse del calor de Kayla, su necesidad y su añoranza había crecido a cada hora que transcurría sin ella. Y para colmo había hablado con Yael para que le diera la peor de las noticias. Su chica había sufrido otro ataque de fiebre... y él no había estado a su lado para ayudarla.

Se sentía mezquino y miserable, esa era la verdad.

Con ese pensamiento sobre sí mismo y esa carencia había tenido que preparar su ofensiva. Tenían todo listo para que Atlas y toda su corrupción volara por los aires, nunca mejor dicho. Asher era un mago, el hombre invisible que estaba en todas partes, silencioso, letal, metódico... se movía entre redes, viajaba a la velocidad de la luz, y *hackeaba* todo a gran velocidad.

Sus objetivos eran la base militar, y el Bisonte, donde se iba a encontrar la columna vertebral de La Fábrica.

Asher había preparado una invitación a medida para Hunter, con el código QR adecuado, que habían sacado de los buzones privados de Vini.

Hunter, que era un hombre de acción, se iba a hacer pasar por un financiador de obras benéficas que quería participar activamente y ofrecer una gran suma para la creación de hospitales benéficos para niños con enfermedades raras y sin medios para afrontarlas. Lo que sería, sin lugar a dudas, otro nido más de niños desaparecidos en un futuro. Y con todo lo que sabían sobre el Rh ahora, no dudaban que también fuesen poseedores de ese tipo de sangre.

Ese era el motivo del Encuentro del Bisonte. Una cena benéfica organizada por Alvur. Una tapadera que ocultaba el verdadero motivo de la reunión del núcleo duro de La Fábrica, altos cargos políticos y militares, y personalidades de gran poder adquisitivo, y la vestían de obra benéfica, que no era tal, cuando lo que se presentaba allí era la posibilidad de tener acciones y participaciones en lo que ellos estaban intentando crear a nivel genético con los quimeras. Y Hunter estaba muy por la labor de que empezase la acción. Nadie lo reconocería. Él había cambiado mucho, ya no era aquel niño que se convirtió en preadolescente en una celda, encerrado, con el pelo rubio siempre rasurado, y en los huesos por las situaciones a las que lo exponían.

No. Ya no estaba indefenso. Era un hombre fuerte y poderoso, y estaba allí para acabar con todos ellos, de una vez por todas.

En aquel palacete de alto standing en el que se celebraban todo tipo de eventos de élite, el aire olía a dinero y ambición. Todos iban exquisitamente vestidos de etiqueta, hombres y mujeres

de todas las edades pero de mismo poder adquisitivo, y algunos que también lo querían tener y a los que no les importaba hacer sus primeras inversiones sucias.

Hunter tenía la tarjeta de invitación en el móvil. Y pasaba perfectamente por uno más de ese grupo social acaudalado, pero además, mucho más hermoso y llamativo que el resto. Llevaba un traje negro de corte italiano, con una camisa blanca debajo y unos mocasines que, en caso de necesitarlo, tenía unas navajas retráctiles en las puntas y en los talones, perfectas para cortar cuellos.

Así que solo le hizo falta mostrar la invitación a través de la pantalla, y los de seguridad, lo escanearon y lo dejaron pasar con un nombre impostado: Señor Roberts, propietario de un gran fondo de inversión. Allí no iban a comprobar si lo que se decía era cierto o no, dado que si tenía la invitación era porque estaba «invitado». Gracias al código QR, Asher había hackeado la base de datos a la que estaban afiliados y extraído de ahí los nombres de todos los invitados el Encuentro. Y confirmaron una verdad a gritos: Atlas era un gran foco de corrupción, pero los invitados venían de todas partes del mundo. El diminuto comunicador que tenía a modo de pegatina transparente detrás del lóbulo de la oreja estaba abierto continuamente para recibir las órdenes de Asher que, desde el interior de su furgoneta, aparcada a un kilómetro de El Bisonte, seguía con su equipo el plano de la casa y veía por dónde avanzaba Hunter y escuchaba lo que él oía, como aquella música de violines y piano que a Asher le ponía la piel de gallina.

Hunter avanzó al interior del Bisonte. Todo estaba perfectamente dispuesto en mesas circulares para un máximo de ocho comensales cada una. La mantelería blanca, la cubertería de oro y plata, la cerámica de los platos vacíos que los mejores sirvientes llenarían de comida, alumbrados bajo la luz de las velas... Aquello tenía un aire *vintage* indiscutible. Todo era perfecto. Pero aún no era momento de tomar asiento. Un guía los llevaba a todos a la sala contigua, en la que había un enorme escenario con un micro, y donde todos los invitados esperaban a escuchar el discurso, mientras degustaban la primera copa de *champagne* con la que recibían a todos.

Hunter debía tener la cabeza y la concentración en ese lugar. Estaba a nada de enfrentarse a sus verdugos. Los Aro, enemigos de los lupercos, estaban ahí. Dan y Ari, supervivientes del incendio de hacía un año, iban a reunirse en aquel lugar, pero dudaba que lo hicieran a la vista de todos.

Sin embargo, Hunter no podía pensar en nada que no fuera Kayla. La conversación con Yael lo había dejado muy tocado. No se podía imaginar a Kayla sufriendo de nuevo el celo, durante tantas horas, sin él... No debió sentarle nada bien despertarse sola, y mucho menos quedarse aislada y torturada durante horas en la habitación, sin que él pudiera ayudarla a remitir el maldito dolor. Pero eso debía acabar. Acabaría de inmediato en cuanto llegase. Iba a encerrarse con Kayla durante una semana y a anudarse con ella una y otra vez para que no volviese a pasar por nada parecido. Se sentía como una mierda como compañero. Le había fallado.

En ese momento, alguien apareció en el escenario. No era otro que Alvur.

Iba vestido con un americana negra y camisa y corbata, como todos, y llevaba un reloj de oro enorme que destellaba cada vez que la luz reflejaba en él. Sus ojos de ese color azul parecían más claros con la luz del foco apuntando directamente hacia él. Y era tal y como parecía en la foto. Alto, con un cráneo grande, corpulento y con gafas redondas.

Se acercó al micro y se aseguró de que funcionase bien. Y entonces, hizo su *speech*.

—Bienvenidos al Encuentro que se celebra cada lustro en Atlas —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Es un honor para mí recibir a cada uno de estos maravillosos inversores que no

les importa rascarse el bolsillo para hacer de este, un mundo mejor —La gente empezó a aplaudir y otros, medios afines de Atlas, immortalizaban el evento con sus fotos y los flashes que saltaban en cada esquina—. Como personas con un estatus especial, tenemos la responsabilidad de ayudar a los que más lo necesitan. Y los niños sin hogar y en centros de acogida son los grupos de más riesgo dentro de la población y los que más ayuda necesitan. Es por eso, que gracias a la colaboración de esta sociedad que conformamos entre todos, a finales de año inauguraremos el primer hospital benéfico y de acogida para niños sin hogar en Atlas.

Detrás de él, una pantalla se iluminó y mostró de forma muy épica, con música emotiva e inspiradora, un hospital de vanguardia muy grande que aparecía entre las montañas, en lo alto de Atlas.

De nuevo, la comitiva empezó a aplaudir emocionada, y Thomas Alvur también.

—...udo arié... —oyó que decía Asher por el comunicador.

—Asher, tío —dijo Hunter por lo bajini, agachando la cabeza—, esfuérzate más, que no te tengo delante y tienes que hablarme por el dispositivo. Fuerza un poco más tus cuerdas vocales, no seas vago.

Escuchó como su hermano carraspeaba al otro lado de la línea y al final dijo con aquella voz rota y susurrante:

—He dicho que menudo paripé... —murmuró para que Asher lo escuchase.

Hunter sonrió y no le quitó la razón.

Un minuto después, Thomas volvió a sujetar el micrófono y añadió:

—Ahora, me gustaría invitar a los inversores que tengan su acreditación a la sala colindante de caballeros. Tenemos asuntos que tratar. Por favor, síganme. El resto, por favor, pueden socializar y hacer... ya saben... esas cosas que se hace en cenas benéficas. —Se oyó alguna que otra risa y carcajada, que acompañaron a Alvur hasta que bajó del escenario y desapareció por la puerta trasera.

Hunter tomó aire profundamente, se estiró los puños de la camisa y decidió seguir al principal cabeza pensante de toda aquella trama de experimentos sádicos. Alvur y su padre crearon una teoría que les valía a los Aro para perseguir a los lupercos y extraer de ellos lo que necesitasen para su proyecto.

Aquello acababa hoy, allí mismo.

Y una vez diera a todos y cada uno de esos engendros el fin que merecía, volvería al lado de Kayla, que era donde su corazón quería estar, y no allí, rodeado de todos esos hijos de puta.

—Empieza el juego, Asher. Prepárate —susurró cubriéndose la boca.

En la sala de caballeros, fue donde se veía bien de qué iba el juego y de qué iban cada uno de los personajes. En aquel salón que parecía sacado de otra época, se encontraba reunida la columna vertebral de La Fábrica con todos aquellos que deseaban sacar tajada de su negocio genético fármaco militar.

De izquierda a derecha, juntos en los sofás de corte regente, con sendas copas de brandy entre sus manos, se encontraban los Spencer, padres del malogrado Vini; el jefe de urbanismo y medio ambiente, Álex Turión; el Señor Mirror, productor de Chips y Miranda, la dueña de La Agencia. Miranda y la Señora Spencer hablaban en voz baja sobre la desaparición de Vini. La mulata le

preguntaba a la de piel más blanquita si no se sabía nada del paradero de su hijo, dado que no habían encontrado el cuerpo, y la madre de Vini decía que no, cariacontecida. En otras circunstancias, Hunter tendría compasión de una madre, pero no de esa. Para él, esas mujeres eran tan diabólicas como ellos. Y de repente, vio aparecer a Dan y a Ari, que acompañaban a Alvur y se sentaban uno a cada lado suyo, como custodios.

Hunter sintió que los colmillos le estallaban en la boca y que estaba peleando por no dejar salir al lobo y matarlos a todos. Estaban ahí todos juntitos, y Hunter iría uno por uno, pero se tomaría su tiempo con estos tres últimos.

—Les prometimos que les enseñaríamos nuestro gran logro. Aquello por lo que, verdaderamente, van a invertir todos ustedes —dijo Alvur orgulloso—. Pero lo mejor es que mis manos derechas al mando os lo muestren. Dan Aro y Ari Aro han sido los científicos genéticos al cargo del proyecto Quimera —los presentó a los inversores en medio de los generosos aplausos de todos los que allí se habían reunido.

Hunter se medio ocultó entre uno de ellos, para seguir escondiendo su tapadera.

Ari no lo reconocería, pero sabían que un año atrás estuvieron a punto de morir quemados por ellos, que iban detrás de ellos, por eso hacían todo lo que hacían de modo secreto y oculto, como aquella reunión.

—Les presentamos el proyecto Quimera, un arma militar mejorada que vale millones de euros ahora mismo —anunció Ari mirando hacia atrás para que uno de sus lacayos dejase entrar a la sala a tres militares cortados por el mismo patrón, con pelo rasurado, ários y con los cuerpos perfectamente trabajados y equipados para ser máquinas de guerra—. El proyecto Quimera es un hallazgo genético que encontramos tras muchos años de trabajo y estudio de unos animales fascinantes que tenían habilidades únicas. Copiamos su ADN y extraímos lo que más nos interesaba para poder hibridar sus virtudes a las de los humanos.

Me cago en la puta, pensó Hunter. Que hay tres quimeras dentro del salón. Si están bien adiestrados no tardarían demasiado en olerlo.

—Ahora mismo están bajo los efectos de los husos del sueño, que son unas ondas muy bajas, entre 12hz y 14hz emitidas a través del circuito craneal de última generación que tienen insertado en el cerebelo, cortesía de nuestro amigo Mirror —le dio su reconocimiento público al ingeniero de los circuitos—. Los ven que están despiertos, pero solo están en esa fase, adormecidos. Estos militares son armas de guerra, y tienen que estar en alerta para funcionar. Sus capacidades son muchas: velocidad inhumana, fuerza, rápida recuperación, saltos de muchos metros de altura y mucha resistencia al dolor. Cuando cambiamos las ondas de su circuito —Ari se sacó del bolsillo un mando plateado diminuto parecido al del Apple Tv—, y si las alteramos, los pasamos a un estado de alerta activa. Y entonces es cuando se transforman. Ah... y... tienen colmillos y garras.

Se oyeron exclamaciones de asombro. Y Hunter deseó desgarrarlos a todos. No tenían ni idea de lo que les habían hecho a esos hombres para que hoy fueran esas aberraciones controladas a distancia. Eran un peligro para la humanidad.

—Nos gustaría verlo —exigió uno de los inversores, con una panza considerable y el pelo blanco rizado muy repeinado hacia atrás.

Ari sonrió y asintió.

—Claro, Arthur. Pero quieres estropearnos la sorpresa de este pastel muy pronto —todos se rieron ante el chascarrillo.

—Putá —dijo Asher por el pinganillo.

—¿Cómo vamos a creernos que les salen colmillos y garras como si fueran perros? —insistió Arthur.

—Lobos —le corrigió Dan Aro—. No son perros. Son lobos. Hombres lobo.

Escuchar la voz de Dan hizo que el lobo de Hunter aullara de ira.

Arthur se rio con sorpresa.

—¿Es una broma porque hoy es luna llena?

—Yo no bromeo nunca, señor.

—¿Es en serio? —El señor Arthur estaba tan impresionado como el resto de asistentes a aquella reunión privada.

—Lo es. Son lobos. Esta es una pequeña muestra de lo que tenemos en la base militar de Atlas. Tenemos cincuenta soldados mejorados listos para la acción y ofrecer servicio a nuestro gobierno y a cualquier otro. El que más pague, ya saben —sonrió y todos le copiaron el gesto. Dan siempre había sido muy persuasivo—. Podemos replicar lo que hemos hecho con ellos, y conseguir pelotones enteros de quimeras.

—¿Por qué se retrasó tanto el proyecto? Invertimos hace bastante tiempo en la idea de Alvur —preguntó otro que se parecía a Robert de Niro y tenía un puro sin encender en la boca, y una mujer cuarenta años más joven cogida de su brazo.

—Debido a problemas logísticos y ataques inesperados, tuvimos que mover nuestro trabajo en la base, y hacer todo lo que veníamos haciendo bajo tierra. Nosotros también tenemos nuestros enemigos. El hijo de los Spencer, Vini, el inspector jefe de la Comisaría de Atlas ha desaparecido y lo estamos buscando. Su casa se incendió y no hay rastro de su paradero. ¿Por qué creéis que fingimos nuestra muerte mi hija y yo? Cuando nos recuperamos del último ataque, tuvimos que reiniciar algunos proyectos, dado que la explosión en Terracota malogró mucho de lo que ya habíamos conseguido. Pero todavía teníamos muestras de la sangre original con la que trabajábamos y pudimos seguir avanzando en nuestras pesquisas... Daniel, nuestro Jefe de Estado Mayor de la Defensa está deseando probar a nuestros «quimeras». Convencerá a los miembros del Gobierno para que prueben su uso. Y si no son ellos, otro país se interesará, sin duda. No vamos a pensar en banderas a estas alturas...

La sangre original de la que hablaban, era toda la que le extrajeron a él y a sus hermanos durante años.

—Los lobos —dijo Arthur haciéndose el sabio— son muy sensibles a un tipo de sonido que nosotros no percibimos.

—Lo sabemos —contestó Ari, a sabiendas de que era infinitamente más lista que él—. ¿Quieres ver lo que les pasa cuando lo escuchan?

—Por supuesto.

—Antes tenemos que cambiar las ondas de su circuito —Ari se sacó del bolsillo el mando plateado y diminuto—, y si las alteramos, los pasamos a un estado de alerta activa. Y entonces oirán el pitido, pero... también es cuando se transforman.

Hunter no contaba con eso. No entendía lo que estaba pasando.

—Hunter, sal de ahí —le ordenó Asher.

Se preparó por si tenía que actuar más rápido de lo esperado.

—Esta sala está preparada para que el pitido se escuche con ondas binaurales. Nos protegemos de todo y de todos —aclaró con una sonrisa. Miró al lacayo y este apretó un botón de la pared.

El pitido atronador se le coló en la cabeza a Hunter y provocó que se encogiese y se

tambalease, al mismo tiempo que Ari apretaba el botón activador de los quimeras.

Los tres quimeras se despertaron después de que Ari presionara el botón.

Y mutaron ante los ojos atónitos y atemorizados de todos, que se apartaron para guardar distancias.

Pero no se encogieron como Hunter. Ni los humanos ni los quimeras. La frecuencia maldita de los lobos... ese sonido le destrozaba los tímpanos y le provocaba cefaleas. Habían usado contra ellos otros en La Fábrica a los que los Lowell se acostumbraron. Pero este estaba mejorado y era terrible.

Los quimeras analizaron la situación y empezaron a usar sus olfatos para detectar aquello que iba mal en aquella reunión. Y lo estaban detectando, porque era olor a luperco.

—¿De verdad crees que vamos a crear guerreros que sean tan frágiles ante un sonido radioactivo a baja frecuencia? —dijo Ari mostrando que iba pasos por delante del resto—. El sonido, a nuestros quimeras, no les afecta.

—Pues aquí hay un tipo que parece que oye el sonido... y le molesta mucho —señaló un hombre riéndose de Hunter, pensando que aquello no era serio o que formaba parte de una broma.

Hunter estaba oculto detrás de él, sudoroso y cubriéndose las orejas con las manos.

Ari sintió curiosidad ante lo que decía el inversor, y levantó la cabeza para ver de quién se trataba.

Pero, al mismo tiempo que lo hacía Ari, también lo hacían los quimeras.

Antes de que Ari se acercase a él, los tres bestias detectaron la amenaza y se cernieron sobre él, dando un salto por encima de las cabezas de los inversores y cayendo a cuatro patas, completamente transformados, frente a Hunter.

—Mierda —gruñó Hunter.

—Mierda —dijo Asher—. ¡Sal de ahí ahora mismo! ¡El sistema no está conectado a ningún dispositivo que pueda *hackear*, Hunter! ¡No lo puedo apagar!

Pero era demasiado tarde.

El sonido lo debilitaba y no le permitía pensar. Los quimeras empezaron a golpearle, y él se defendió como podía. ¿Cómo iba a acabar todo allí y de ese modo tan miserable y ruin? ¿De verdad iba a ser tan triste, sometido por la frecuencia diabólica manipulada por Ari...? Al menos, tenía que golpear primero. Algo tenía que hacer...

—Asher, activa el plan B —ordenó Hunter levantándose y mutando a luperco frente a todos.

Capítulo 18

Asher activó la primera sorpresa de su plan de venganza. Y Hunter intentó, como fuera, plantar cara a esos quimeras bajo el efecto del sonido radioactivo que no podía desconectarse. Buscó con su mirada los altavoces desde los cuales salía aquel sonido de Satán, pero no los divisaba bien, dado que lo que le afectaba los tímpanos, también reverberaba en su visión.

El primer quimera se le echó encima con los dientes expuestos y la boca salivosa... Hunter se agachó lo suficiente para esquivar su ataque, después le hizo la cama y lo lanzó por los aires. Mientras tanto, Ari se acercaba a ellos con aspecto descolocado... lentamente, intentando identificar a aquel hombre que, por sus habilidades, demostraba ser un excelente luchador.

¿Lo conocía?

Y en ese momento que se abalanzaron los tres contra él, algo increíble sucedió... Se apagó la luz de todo el recinto. Se fue la electricidad, y el sonido desapareció por completo.

En ese instante, fue Hunter quien sonrió como el lobo que era, mirando a los quimeras con ojos asesinos y bajos, y con dos movimientos muy veloces, les golpeó la tráquea a los dos más cercanos, envueltos en la total oscuridad, menos para él, que era un lobo y veía muy bien de noche. Quimeras o no, cayeron de rodillas, agarrándose el cuello porque no podían respirar ni ver demasiado bien. A La Fábrica se les había olvidado modificar los ojos a los quimeras y no eran tan máquinas de matar como pretendían vender. Los lupercos eran mejores.

Hunter escuchó cómo sonaba el teléfono móvil de Aro y alguien le daba la buena nueva.

La Base Militar de Atlas había quedado sepultada bajo una secuencia de explosiones que no podían determinar.

Hunter pensó que ese era su momento. Saltó por encima de la multitud y se plantó frente a los Spencer. Nadie veía lo que estaba pasando.

Y Hunter se encargó primero de rebanarles la garganta con sus garras a los Spencer, después al señor Mirror, a Miranda y por último a Álex Turia. Dejaría a Alvur y a los Aro para el final, porque quería disfrutar de ese momento.

Los gritos resonaban en toda la sala, y muchos intentaban huir a trompicones, empujándose unos a otros, pisándose sin ningún decoro.

Y en ese instante, sonó la primera explosión. En el parking del Bisonte. Lo primero que iban a implosionar iba a ser los vehículos de esos hijos del demonio.

Y después de eso llegó el caos más absoluto.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Ari en dirección a su padre y a Alvur.

Los quimeras que se estaban recuperando volvieron a ir a por Hunter, pero este los esquivó sin problemas. Faltaba uno... ¿dónde estaba el otro?

Se plantó frente a Ari que iba a ciegas en busca de la puerta de salida, y justo cuando la iba a agarrar del cuello... algo lo paralizó.

Lo paralizó por completo.

Porque no era posible detectar aquel aroma allí.

La sangre se le fue del corazón, y sintió que el alma se le quedaba vacía.

—¿Kayla? —susurró.

Los quimeras estaban oliendo lo mismo que él, así que Hunter no tenía tiempo para encargarse de toda esa basura humana del Bisonte.

Lo primero era Kayla. Y ella, su compañera, estaba allí.

Corrió tras los quimeras presionándose el oído para decirle a Asher:

—¡Asher! ¡Es Kayla! ¡Está aquí! ¡No actives los explosivos!

—Demasiado tarde, Hunter —dijo Asher—. Saldré a buscarla.

—¡Los quimeras también la han oído y van a por ella!

Hunter corrió por la sala del restaurante vacía y a oscuras. El suelo estaba lleno de cristales de vasos y platos rotos por una estampida humana, huida por miedo a otra explosión. Lamentablemente, o no, no habían podido escapar y las paredes y todo el mobiliario estaba teñido de sangre, y de humo, porque lo que no sabían todos aquellos cómplices de la malicia y adictos al dinero era que de allí no saldría ninguno vivo.

Pero Hunter solo quería que Kayla estuviera a salvo. Su olor lo noqueaba y lo ponía en alerta. ¿Qué estaba haciendo allí, por Dios?

Él encontraría a Kayla antes que esos quimeras, porque era suya, su amor, su compañera.

Salió al exterior y solo dejó que su lobo fuera a por ella. Se encontró a un quimera delante de él que iba en busca de su chica, y dio un salto de ocho metros de largada y le clavó los dedos en la nuca, profusamente, hasta extraerle el circuito de cuajo. Esos cabrones lo habían perfeccionado y hecho más pequeño, nada que ver con los que sacaron de las cabezas de los quimeras huidos. La Fábrica había mejorado su producto.

Hunter continuó corriendo, rodeando la casa, impulsándose en las mismas paredes que la conformaban. Hasta que encontró el foco de su locura y de su tormento.

Kayla estaba frente a la caja roja de electricidad. Su coche estaba aparcado a solo unos metros de los fusibles. Había sido ella. ¡Ella! ¡Ella había desconectado la luz y la electricidad! Vestía con unas deportivas, un sencillo pantalón ancho negro, y una camiseta de manga corta del mismo color. Hacía frío, pero ella no lo tenía. Y a Hunter se le contrajo todo el cuerpo de lo guapa que era y lo mucho que lo excitaba con solo un parpadeo.

Pero uno de los quimeras la había encontrado también. Sin embargo, Hunter no se imaginaba lo que iba a pasar.

Kayla no estaba asustada. Tenía a esa bestia que le doblaba en tamaño, en frente de ella, y esa mujer lo miraba fijamente. Estaba mirando fijamente a la muerte, cara a cara.

Hunter aceleró, y justo cuando iba a agarrar al quimera, la cabeza de este estalló por el impacto de una bala. La cara de Hunter estaba manchada de sangre, de los de dentro, de los de fuera, de los no humanos y de los humanos que ya no vivían.

Pero lo que acababa de ver lo dejó sin palabras y descuadrado.

Kayla tenía un revólver en la mano, de gran calibre. Y con él había reventado el cráneo del quimera.

¿De dónde había sacado esa pistola?

Kayla miró a Hunter de frente, y lo apuntó a la cara.

Él se detuvo en seco y alzó las manos para sosegarla, en señal de indefensión.

—Eh, Kay... Nena, está bien... no pasa nada.

Kayla se mordió el labio inferior y ahogó un puchero rabioso.

—No... —contestó con un sollozo—. Tú, cabrón arrogante y mentiroso... ¡Nada ha estado bien!

Hunter desvió la mirada unos metros por encima del bonito rostro de Kayla, y se encontró al tercer quimera, reptando la pared, bajándola como una araña para ir a por Kayla.

Hunter mostró los colmillos y Kayla le dijo:

—A mí no me enseñes los colmillos, porque no sabes lo mucho que deseo agujerearte con esto ahora mismo...

—¿De dónde has sacado la pistola?

—De mi guantera. Olvidas que soy detective privada y que tengo permiso de armas.

Hunter dio un salto por encima de Kayla y su cuerpo impactó con el del quimera en el aire. Kayla ahogó un grito, se agachó y se hizo un ovillo en el suelo, al ver que la amenaza no era para ella, sino para el militar mutado que se la quería comer.

Al menos, sabía que Hunter no iba a dejar que nadie la tocara. Eso lo sabía y lo tenía claro. El lobo era capaz de todo si se sentía amenazado y la protegería con su propia vida.

El rubio agarró la garganta del quimera y el extrajo toda la tráquea. Después le dio la vuelta, y con la misma exactitud, le arrancó el circuito de la cabeza. El mutante se quedó arrodillado en el suelo y después, puso los ojos en blanco, se desplomó de cara contra la dura superficie encharcada de sangre.

Hunter respiraba agitadamente cuando se encaró de nuevo con ella.

Pero Kayla se levantó del suelo y volvió a apuntarle.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber deseando atraerla y abrazarla—. ¡Es una insensatez! ¿Por qué Yael te ha permitido salir?

—Porque me he ido mientras él seguía encerrado, encelado por culpa de mis feromonas... como un lobo miedoso —se burló con acidez.

—Baja el arma —le ordenó Hunter.

—No —Lo odiaba tanto... Él la había dejado sola, y había una parte irracional que eso no se lo perdonaba.

—Kayla... hay que salir de aquí. El Bisonte va a volar por los aires.

—Yo he venido solo a esto.

—¿A qué? ¿A bajar los fusibles?

—Sí.

Hunter arrugó el ceño consternado.

—¿Cómo lo sabías?

El Defender de Asher aparcó frente a ellos. La mirada de Asher pasó de Kayla a Hunter, alternativamente.

Asher alzó un dedo. Quedaba un minuto para la total desaparición del Bisonte y de todos los

que seguían dentro.

—Sube con nosotros al coche —ordenó Hunter.

—No.

Hunter la desafió acercándose amenazantemente. Pero ya sabía que ella no tenía intención de escucharlo ni obedecerlo. Podía oler su enfado y su decepción con total nitidez. Se sintió mal y mezquino por haber hecho que ella experimentase esas cosas.

Estaba llorando. Kayla lloraba desolada y él quería morirse.

—A la granja, Asher —ordenó el rubio.

Este les hizo el saludo militar y arrancó rápidamente.

Hunter le quitó el arma a Kayla, sorprendiéndola, y la cargó sobre el hombro subiéndose con ella en el Mini Countryman de la joven.

Ella no dejaba de golpearle en la espalda y en el culo, profiriendo todo tipo de insultos, hecha una fiera.

—¡Bájame, Hunter! ¡Que me bajes, traidor mentiroso!

Y no cesó de golpearle, incluso cuando la sentó en el asiento del copiloto y arrancó el coche para salir de ese lugar que se iba a convertir en el Infierno.

Arrancaron rápidamente, derrapando y, veinte segundos después, todo el Bisonte y las personas que iban a invertir en el proyecto de la Fábrica, más la mayoría de sus miembros, desaparecieron bajo el peso de las explosiones que Asher había repartido por todo el recinto.

¿Qué era esa desazón? ¿Qué eran esas emociones que la habían embargado al ver a Hunter? No estaba bien. La fiebre la había destruido y ahora sentía que lo odiaba y que lo deseaba con la misma intensidad o más que antes.

Avanzaban por la carretera oscura, en un silencio pesado y abrumador, iluminados solo por la luna que levitaba en lo alto. Una luna llena enorme.

Fue en ese momento que Hunter recibió una llamada entrante a su móvil. Tuvo que removerse en el asiento para atender la llamada, cuando vio que era Yael.

Kayla observó la pantalla con algo de culpa, y se puso a mirar a través de la ventana. Yael estaría enfadado con ella, pero ya le daba igual todo. Ellos no sabían por lo que había tenido que pasar. Ni lo mucho que había llorado en las casi cuatro horas de trayecto que había conducido hasta el Bisonte, pensando en cómo acabar con la relación con Hunter y con los Lowell, porque jamás pensaba volver a pasar por nada parecido, y que la hubiera dejado sufrir así no se lo podía perdonar.

—Dime que Kayla está contigo —la voz de Yael sonaba ansiosa.

—Sí, está aquí —contestó Hunter muy tenso.

Yael resopló, aliviado.

—Esa rebelde escapista va a tener que darme muchas explicaciones... Su localizador la sitúa de camino a la Granja. ¿Estáis de vuelta?

—Sí.

—¿Habéis cerrado todos los flecos?

—No —Hunter no perdía de vista la carretera y sujetaba el volante con una sola mano—. En el interior de la sala donde se reunían los inversores activaron la frecuencia radioactiva de los

lobos... una bastante mejorada —recalcó—, y me jodieron el tímpano mientras mostraban su nueva versión de los quimeras.

—¿Y es mejor?

—Al menos, ahora los controlan con ondas de frecuencia y los mantienen en un estado casi REM, excepto cuando los activan. Allí los activaron y tuve que solucionar lo que pude... Vi a Dan, Ari y Alvur escapar de la sala. Y no los pude seguir, no pude acabar con ellos porque olí a Kayla, y salí a toda prisa del Bisonte, igual que los quimeras, que se la querían llevar...

—Joder, vaya movida... ¿Qué demonios hacía Kayla ahí? ¿Qué estaba haciendo?

Hunter no podía echarle nada en cara a ella. Suficiente mal lo había pasado y él no había estado a su lado.

—Creo que... salvarnos el pellejo —se rascó la barbilla—. Nos ha salvado. Me ha salvado a mí de ser cazado y a todos de ser descubiertos. Ella bajó los plomos del cuadro eléctrico y yo dejé de oír la frecuencia y me recompuse. Por eso pude salir de la trampa para lobos...

—¿Y cómo sabía ella...?

—No tengo ni idea —sus ojos la revisaban con suspicacia—. Ahora se lo preguntaré.

—Bien... Bien... —Hunter podía oír cómo la mente analista de Yael intentaba cuadrar todas las piezas al comportamiento de Kayla—. Voy de camino, Hunter. Pronto estaré en la Granja con vosotros.

—Habla con Asher... él te explicará cuál es el plan a seguir. Y ven preparado.

—Siempre estoy preparado, hermano. Oye, y enseña a mi cuñada a obedecer.

Kayla estaba escuchando toda la conversación por el altavoz, se inclinó sobre el teléfono y dijo:

—Que te follen, Yael. Obedece tú a tu putísim...

Hunter colgó el teléfono, obligándose a no reírse. Kayla no estaba de humor, y tenía toda la razón del mundo para no estarlo. Pero él tampoco se sentía en sus cabales. Debían hablar y aclarar toda aquella situación.

—Kayla... —susurró—. Sé que estás enfadada.

—¿Enfadada? —repitió ella girando el rostro hacia él. Sus ojos echaban chispas y también escupían lágrimas sin remisión—. ¿Enfadada, dices?

Verla así era un puñetazo tras otro. Era su culpa. Él se responsabilizaba de su malestar y su desencanto.

—¿¿Sabes lo que he pasado?! —le gritó—. ¿¿Sabes cómo han sido mis últimas veinticuatro horas, Hunter?! ¡He pasado un día de mierda, con un ataque de ansiedad de órdago, sintiendo que me moría de dolor y de agonía...!

A cada palabra él se sentía peor consigo mismo.

—Necesitaba hacer esto solo. Y mantenerte alejada para que no te pusieras en peligro. Pensaba acabar con todo esto hoy... y luego volver a ti... Estaba deseando volver a ti.

—Pues todo lo que pensabas ha sido un fracaso. Vuestro plan ha sido un fracaso. ¿Volver a mí cuando te diera a ti la gana, Hunter, esas son tus reglas? —repitió con ironía—. ¿¿Y mientras tanto yo retorciéndome de dolor en la cama, replanteándome hasta mi nombre, como una bipolar llorándote y odiándote minuto sí y minuto también?! —reprochó recordando la tortura—. ¡Estoy aquí porque es evidente que tenía que venir para salvaros la vida! ¡Y no te lo mereces! —le gritó dando un golpe con la mano en el salpicadero—. ¡No te lo mereces, Hunter! ¡No te mereces que después de dejarme sola y sufriendo la agonía de la fiebre... después de no dormir y de acabar abatida, cogiera mi coche y escapase de vuestra cárcel de oro para venir a ayudarte y a salvarte el

pellejo!

—Seguramente no me lo merezca. Pero... has venido —admitió intentando mantenerse cuerdo. Kayla lo enloquecía con su olor y en lo único que pensaba era en poseerla.

—He venido, sí —sorbió por la nariz y se pasó el antebrazo por los ojos para secar la humedad—. He venido para salvarte y para acabar con esto —confesó con decisión y congoja.

—¿Para acabar con qué...? —la escaneó con la mirada

—No voy a pasar otra vez por una noche como la que he pasado sola. Me mentiste, dijiste que te quedarías conmigo, y te largaste. No pienso darte otra oportunidad, esto me supera —admitió descompuesta emocionalmente—. Sabía que tenía que hacer lo de los fusibles porque, después de desmayarme del dolor por tercera vez, tuve un sueño y Luperca apareció en él.

Hunter frenó en seco el coche y se la quedó mirando atónito.

—¿Cómo dices?

—Que Luperca apareció en mi sueño. Me dijo que tenía que venir a ayudaros porque estabais en peligro. Que debía hacer eso de los fusibles y también coger el arma de la guantera porque la iba a necesitar. Me dijo lo que tenía que hacer... —sonrió como si le pareciese un milagro maravilloso y difícil de comprender—. Por eso vine corriendo. Sabía que el lugar del sueño se trataba del Bidente, y eso que jamás he estado aquí.

—Pero, Kayla, que hayas soñado con Luperca te convierte en una de sus mensajeras... en una portadora real... es... maravilloso —contestó admirado y muy emocionado por ella. Menuda compañera tenía—. Los antiguos decían que...

—Me importa un comino lo que dijeran los antiguos —cortó su charla con dureza—. Estoy harta de vuestras leyendas. Esto no me convierte en nada. Luperca me dijo muchas más cosas —reconoció. Jamás lo olvidaría. Fijó su mirada en el rostro de Hunter, porque ella no tenía nada por lo que agachar la vista. Él sí—. Me dijo que el lobo no podía transmitirme tristeza y que él me ofrecía la libertad de correr con él, que jamás debía sentirme encerrada ni desesperada a su lado. Y que, si no me sentía así, si solo era tormento lo que tenía contigo, debía romper contigo. Debía romper el *wolfsanker*.

Kayla se echó a llorar con un desconsuelo que afectó a Hunter en lo más profundo. A ella hablar de la ruptura le dolía muchísimo, y ni siquiera entendía por qué. Si tenía claro que no quería eso, ¿por qué estaba tan abatida? Tenía que dejar de llorar. Estaba decidida a hacerlo.

Hunter comprendió que estaba asustada. Y él también empezó a tener miedo. No había nada que pudiera romper el vínculo del lobo. Absolutamente nada. Eso era una blasfemia. Debía haber alguna equivocación. Y menos, si se anudaba, que era lo que él pensaba hacer esa noche, cuando las cosas entre ellos se hubiesen calmado.

Kayla tenía miedo de ser infeliz con él, de seguir sufriendo castigos físicos, de que volviese a mentirle, de no poder llegar a acuerdos con él por lo inflexible que era... Había sentido durante horas que la partían en dos y que destrozaban su vientre. No quería pasar por todo eso nunca más.

Hunter sabía que había sido su responsabilidad. No la había cuidado pero, en su defensa, debía decir que tampoco sabía cómo proceder con una mujer con las características especiales de esa joven. ¿Y ahora ella le decía que había un método que le había enseñado Luperca, que ni ellos conocían, para romper su marca? Era una trola. Era mentira, solo quería amenazarlo.

Lo que ellos dos tenían era real, no se podía romper ni quebrantar.

—Me he sentido abandonada, Hunter —dijo con honestidad y mucho dolor—. No quiero volver a pasar por algo así.

Él se apresuró a intentar recuperarla.

—Te juro que nunca jamás volveré a...

—¡No! —le gritó Kayla deshecha por la pena que sentía en el corazón—. No quiero las emociones que me despiertas, ni quiero la dependencia y el dolor gratuito —alzó la mirada de pestañas húmedas y largas, y la imantó a la de él—. No quiero esto —se señaló el aplicador y después, le mostró el bote de gominolas, abrió la ventana y los lanzó con rabia—. Ni quiero estos sentimientos contradictorios y tan intensos —admitió tragando el nudo que le oprimía el estómago—. Me has hecho creer algo, me hiciste confiar y ayer me destruiste. No estoy preparada para este tipo de relación, no la quiero y no quiero depender tanto de nadie, no quiero esperarte ni depender de ti nunca más —sorbió por la nariz con rendición y añadió—: no quiero ser la mujer del lobo. Prefiero la calma y la tranquilidad de mi vida de antes y, cuando pueda y todo esto se solucione, quiero volver a mi casa, en Montlán.

Hunter agarró el volante con fuerza y se aclaró la garganta. Sus hermosos ojos se habían teñido de desesperación y tormento y parecía que se iba a echar a llorar.

—Kayla... Maldición, no hables así. Perdóname por no haber actuado bien ni haberte contado nuestros planes. Y siento en el alma, siento muchísimo lo que has tenido que pasar... Yo también he experimentado mucho dolor —ella chasqueó con la lengua contra sus dientes, riéndose como si se burlase de él—, pero soy luperco y soy más fuerte que tú, así que entiendo que la intensidad no es la misma. Ojalá hubiese podido adivinar que tus ciclos de fiebre, por tu condición, eran más continuos. Pensaba que después de todo lo que hicimos, ibas a estar tranquila hasta que volviese...

—Ese es vuestro problema, y el tuyo, sobre todo —le echó en cara—. Que creéis que lo sabéis todo y que tenéis razón siempre y que vuestra manera de llevar las cosas es la mejor. Pero no es así. Debiste hablar conmigo, debiste prepararme e informarme, y nunca dejarme al margen.

Hunter se mantuvo en silencio y no replicó. Le dolía la garganta y el pecho ante la idea de que ella quisiese acabar con su marca, con su imprimación. Pero, entonces, miró a la luna llena insultantemente hermosa que tenían sobre sus cabezas y sus ojos se aclararon.

No iba a renunciar a ella.

No pensaba hacerlo.

La quería. Quería a Kayla, a esa mujer que había ido a salvarlo como una guerrera. La quería para él. A su lado. Siempre.

—Has elegido un mal día para decir que no quieres estar conmigo. No he podido matar a tu padre ni a tu hermana, y Alvur también ha escapado. Si siguen teniendo quimeras, rastrearán tu olor. La única manera de anularlo es con la imprimación completa, con el nudo —asumió mirando al frente—. Ahora mismo, eso es lo principal para mí.

—¿Camuflar y tapar mi olor? ¿Eso es lo principal para ti después de todo lo que te he dicho?

Hunter le lanzó una mirada paralizante y llena de verdades, pero también de frustración.

—Podré arreglar las cosas si te mantengo con vida, y para ello no pueden encontrarnos ni acecharnos más veces. El nudo nos quitará ese problema de encima.

—Yo no soluciono jamás los problemas así.

—¿Sabes lo que pasa en luna llena, Kayla? —dijo nervioso, obligándose a mantener la calma.

—Seguro que tú me lo explicas... —ah, pero ya lo sabía. Porque todos conocían las historias de hombres lobo, pero ella, además, tenía información privilegiada de la original. Y no solo eso. Estar a solas con Hunter, después de haberlo echado tanto de menos, despertaba su interior y esa parte salvaje suya de querer entregarse a él. Y quería tocarlo con las mismas ganas que lo quería

alejarse de su vida.

—Que me anudaré a ti si te follo. Y eso no es compatible con querer romper conmigo. Porque si me anudo a ti hoy, ya es para toda la vida. Sé que estás disgustada, pero piensa bien lo que dices, porque no podrás alejarte de mí. Tú no has venido aquí solo para decirme que quieres romper con lo que tenemos. Has venido aquí para reclamar lo que es tuyo. Lo que quieres y te pertenece.

Aunque, no le gustaba aquella forma de hablarle, Kayla sabía muy bien lo que iba a pasar esa noche. Se lo había dicho Luperca. Y por eso estaba allí y no se había querido esperar a verlo mañana o cuando él se dignase a volver. En luna llena aparecía algo a lo que llamaban la *brama*, que era el ciclo de celo más intenso de la mujer del lobo. Y en el lobo se despertaba el *ciclo eustral*, que era un frenesí también sexual y que obligaba a la anudación en la pareja. Kayla tenía un plan. No iba a ponerse jamás en manos de Hunter otra vez. Ni de nadie. Su salud y su bienestar solo debían depender de ella, no de ese hombre, por eso necesitaba pasar esa noche con él y no alargarlo hasta el mes siguiente. Iba a pasar esa noche con Hunter, iba a permitir que él se anudase a ella, porque, la verdad era que romper el *Wolfsanker*, como le había dicho Luperca, solo era posible si se habían anudado. Un nudo se deshacía si había nudo. Sino no. En realidad, le estaba tendiendo una trampa a Hunter, pero no pensaba dar marcha atrás. Kayla iba a sacrificarse y llegar hasta el final, con el nudo luperco, para poder poner fin a esa relación que tenía con Hunter y el universo de los Lowell. Les agradecería toda la vida que acabasen con La Fábrica y que aniquilasen cualquier mala hierba de Atlas pero, en lo que su salud mental y emocional se refería, ya había tenido suficiente.

Su mente y su corazón no soportaban ser desgarrados así. Era inhumano, irracional y altamente tóxico.

Por eso, porque necesitaba dejar lo de ellos cerrado, hizo caso a Luperca. En luna llena solo tenía que ser ella misma y ofrecerse al lobo, dado que él jamás la rechazaría. Para Hunter ella era un principio y un final, y para ella también lo sería.

—Los nudos se pueden deshacer, Hunter. Pero esta fiebre que tengo... —lo miró seductoramente—, no. ¿Vas a dejarme otra vez sin complacerme?

Él gruñó, arrancó el coche de nuevo para recolocararlo y frenar en seco fuera de la cuneta, en una parte abierta entre la arboleda que mostraba la luna en todo su esplendor.

—No es la fiebre lo que estás sintiendo, pequeña —aseguró bajando la mirada—. ... Es la brama. Que es mucho más carnal, cruda y poderosa. No te haces a una idea.

Ella sonrió, aunque sus ojos no se iluminaron. Lo estaba retando.

—Tienes una energía muy peligrosa, Kayla —la señaló regañándola—. No sé a qué juegas. ¿Quieres que nos anudemos ahora mismo? ¿Aquí?

Ella se sacó la camiseta por la cabeza y le mostró el sujetador negro que llevaba, dejando que su glorioso pelo cayera sobre sus hombros y enmarcase su cara.

Era verdad lo de la brama. Estaba más caliente que nunca, y eso la sorprendía, dado que seguía enfadada y decidida a no tener ese tipo de relación dependiente con Hunter, pero, por otro lado, su cuerpo iba solo.

Abrió la puerta del coche y salió para que la brisa nocturna la refrescase.

Sentía la piel sensible y volvía a aparecer el hormigueo en los senos y en la vagina y el vientre. Al principio era gustoso, pero sabía lo que pasaba si pasaban las horas y Hunter no la tocaba... que el placer se convertía en un dolor criminal.

Kayla se colocó delante de coche. Los focos iluminaban su perfecto y sinuoso cuerpo. Hunter

vio que llevaba el nuevo aplicador en el brazo y varios pinchazos de culpabilidad agujonearon el centro de su pecho.

Hunter agarró la camiseta que había dejado sobre el asiento y se la llevó a la nariz, para olerla con intensidad y drogarse de ella. Pero no dejaría esa prenda en el coche, se la llevaría con él para seguir con su plan más tarde.

Kayla solo tuvo que dirigirle una mirada torneada y desafiante para que el lobo de Hunter saltase, saliese del coche y fuera a por ella.

Así de fácil era él en sus manos, no tendría nunca ninguna resistencia contra ella.

Y no solo era por lo mucho que le atraía y que le gustaba.

Era porque estaba enamorado.

Kayla encarnaba todo lo que admiraba. Y Hunter sonrió pensando que era una deliciosa contradicción. Una contradicción que estaba en su derecho de sentirse furiosa pero que aceptaba el deseo y también estaba dispuesta a recibirlo, y eso le daba la confianza y la seguridad a Hunter de que harían las paces y de que ella sería incapaz de romper con él, porque no podría. Porque ella también se estaba enamorando. A lo mejor no tan fulminantemente como él había caído por ella, pero lo que sentía también era muy intenso. Lo notaba en el modo que tenía de mirarlo, de escucharlo y de tocarlo inconscientemente.

La verdad era que no podía culparla de temer aquella realidad luperca, pero Hunter no tenía otra, no podía ser de otro modo y, si era su mujer de verdad, la acabaría aceptando.

Hunter alcanzó a Kayla delante del coche y la atrajo por las caderas hasta rodearla con los brazos.

—Esto va a ser diferente a todo —le aseguró dejando que sus ojos mutasen, sus colmillos apareciesen y sus orejas se volviesen algo puntiagudas para ella—. No puedes arrepentirte después. No voy a poder parar.

Kayla sonrió con algo de frialdad y dijo:

—No me des órdenes sobre cómo puedo sentirme o no después de esto. Yo decido lo que quiero, Hunter, como tu lobo hace —enredó sus dedos en su pelo rubio—. Hagámoslo y quítame este maldito olor que me pone en peligro —estaba siendo mezquina, le estaba tendiendo una trampa, porque sabía que para el luperco era imposible resistirse.

Hunter la miró como si quisiera ver más allá de sus ojos y de su alma. Como si no se fiase.

Apagó el coche con el mando y Kayla pensó que así verían menos, pero entonces él hundió las manos en su pelo, tomándola desprevenida y le dijo entre dientes:

—Un día como hoy, con esta luna llena, estaría persiguiéndote por el bosque, follándote sin darte descanso, hasta que no fueses capaz de caminar —a ella los ojos se le dilataron de la impresión y la pasión descarnada que mostraba—. Y no me mires así, sorprendida por cómo te hablo... Todavía no sabes nada de lo que soy.

—Créeme, después de lo de ayer, me hago una idea... Un polvo en el bosque no es nada del otro mundo.

—¿Un polvo dices? —aseguró él sabiendo que aquello iba a ser explosivo—. No voy a hacerte nada en el bosque. Resulta que nos van a perseguir, que hay que dejar los coches ocultos para que nunca identifiquen las matrículas ni extraigan información de nosotros, que tenemos un señuelo sin pérdida para los quimeras, que eres tú, y que prefiero que la trampa, esta vez, se la pongamos nosotros a ellos.

—¿De qué estás hablan...?

La atrajo sujetándola del pelo, y le dio un beso duro y apasionado, colando la lengua en su

boca para darle esas endorfinas y esa sustancia afrodisíaca por la que tanto había llorado Kayla. Haciéndola callar.

—Si quieres mi nudo —le advirtió contra sus labios—. Lo vas a tener, cosita. Pero aquí no.

Después se agachó y la colgó sobre su hombro, para acelerar con ella por el bosque y llegar a la Granja, la casa en la que se habían hospedado los Lowell y donde la secuestraron cuando toda aquella aventura empezó para los dos.

Kayla jamás había solucionado problemas sentimentales en la cama, porque no era la mejor manera. Pero, aquel ardid debía funcionarle, le daba la posibilidad de desvincularse de él... y, además, ¿a quién quería engañar a esas alturas? Estaba deseando estar con él desde que lo vio sano y salvo acercándose a la caja de fusibles donde ella estaba. Sería el recuerdo que atesoraría cuando rompiese el *wolfsanker*.

Capítulo 19

Kayla nunca tuvo tiempo de ver aquella casa donde la tuvieron presa hacía ya una semana. Y ahora la estaba viendo de pasada, mientras colgaba del hombro de Hunter como un saco de patatas. Aquel lugar no estaba a más de tres cuartos de hora del Bisonte.

Era como viajar a toda velocidad en el espacio y el tiempo. Hasta que entraron en una habitación, en la planta de arriba de la casa, y Hunter la lanzó sobre la cama.

Kayla se apartó el pelo de la cara, y cuando lo retiró, ya tenía a Hunter encima de ella, entre sus piernas. Le desabrochó el sostén y expuso sus pechos para abrir la boca y empezar a succionar el que tenía su marca.

Kayla gimió y echó la cabeza hacia atrás.

Con la otra mano, Hunter empezó a masajearle el otro pecho, alterando pellizcos y caricias, lametazos y mordiscos, hasta que un calor horrible y sofocante se apoderó de ella.

Hunter la levantó por la cintura y se la sentó sobre el pubis, sin dejar de atender a sus pechos, que se inflamaban...

—Hunter... —ella se agarró a su cabeza, abrazándola fuertemente contra ella. Era enfermizo. Sabía que, por su bienestar y su salud emocional, debía acabar la relación con ese hombre y romper la marca como fuese, pero... También sabía que jamás conocería a nadie como él, y que nunca volvería a sentir todas las cosas que sentía cuando él la tocaba o la miraba. Como fuera... tenía que disfrutarlo. Si esa iba a ser su última vez, la disfrutaría. Tenían que hacerlo bien y que el nudo se formalizara. Kayla se mordió el labio inferior y expuso su garganta, para que Hunter dejase de lamer su pezón, y deslizase la boca para besar su cuello de mil maneras distintas. Nada era tan excitante como estar con él.

Él le abrió el pantalón y coló su mano por detrás, metiéndosela dentro de sus braguitas para empezar a acariciarla en todas sus entradas... En todas. Ella abrió los ojos en alerta y Hunter la besó para que no pensase y no le diera tiempo a temer nada.

Y Kayla se entregó a ese beso como nunca.

Le encantaba el pelo rubio de Hunter, le gustaba que se enredase entre sus dedos, que fuese tan largo, y fuerte y espeso para que ella pudiera agarrarse a él. Gimió con gusto contra su boca cuando sintió un dedo de Hunter acariciando su entrada y después introduciéndose en el interior. Le empezó a hacer el amor con el dedo, y ella aguantó la respiración segundos antes de correrse contra su dedo... ¿Cómo podía ser?

—Dios... —susurró asombrada, mirando hacia abajo—. Solo han sido unos segundos... Solo me has tocado y...

—Es la brama, nena —dijo sacando la mano de su pantalón. La empujó suavemente y la hizo caer de espaldas sobre el colchón. Acto seguido, se apresuró a quitarle la ropa y a desnudarla.

Kayla brillaba entre las piernas, porque estaba húmeda y porque lo quería a él. Y él no iba a

hacer nada sin probar antes sus mieles e inflamarla y dilatarla más, dado que lo iba a necesitar.

Así que la agarró de los muslos y la levantó para que su trasero estuviera apoyado en su pecho, y su cara se ubicase entre sus piernas bien abiertas.

Así se podían mirar a la cara y ella vería todo lo que él le hacía, cómo se la comía. Los ojos amarillos de Hunter refulgían y la dejaban sin palabras. Su lengua rosada y húmeda salió en busca de su clítoris, azotándolo haciendo círculos lentos y suaves, y se zambulló entre los labios internos de su vagina, alimentándose de ella y absorbiendo toda su excitación.

Él dejaba ir unos sonidos de placer y de gusto, degustando algo sabroso, y Kayla no podía hacer otra cosa que gemir y sollozar de aquella experiencia que activaba todos sus sentidos. Estaba tan resbaladiza... La lengua de Hunter se coló dentro de ella, y sus ojos no dejaron de mirarla mientras lo hacía, así podía adivinar por dónde debía hurgar y hasta dónde se podía introducir. Sujetó su vientre con las manos, y alargó los pulgares para tocarle el clítoris, suavemente, mientras zambullía poderosamente su lengua en su interior.

Kayla se agarró a las sábanas y dejó ir un largo gemido... La posición era extraña. Abierta como estaba, Hunter podía ver todo su mundo si quería, pero él estaba concentrado y disfrutando de su sabor, de su textura... De ser el privilegiado de poder hacerle eso.

Y con ese ritmo sin pausa, con su lengua contorsionando en su vagina, Kayla alcanzó el segundo orgasmo. Hunter la abrazó bien y la levantó para que su cabeza quedase colgando sobre el colchón y él acoplara toda la boca en su sexo. Se apoyó con las manos, bocabajo en el colchón y con la cabeza de Hunter entre sus piernas.

Cuando aún disfrutaba del orgasmo, Kayla le dijo:

—Hunter... —apoyó las manos en sus muslos duros y musculosos y ligeramente velludos.

—¿Hum? —él seguía a lo suyo, lamiendo y saboreándola, disfrutando de su limbo.

—Dame la vuelta. Déjame verte, por favor.

Él abrió los ojos y los fijó en ella como un depredador. Y lo era.

Tardó unos segundos en darle la vuelta como ella pedía.

Esta vez, la cara de Kayla miraba hacia su miembro, pero él llevaba los pantalones negros, así que los desabrochó como pudo y metió la mano dentro de los calzoncillos del mismo color que llevaba tipo slip. No eran ni boxers, y marcaban aquel poderoso paquete colosal que Kayla iba a tocar y ver por primera vez.

Era muy grueso y estaba duro y caliente. Kayla sacó su miembro y este quedó ante ella como una espada de Damocles. Tragó saliva y parpadeó verdaderamente impresionada. No eran humanos del todo en eso. No había nadie que pudiera tener ese tamaño a no ser que fuese un «Monster Cock».

Pero en ese momento, en un sesenta y nueve vertical, Hunter volvió a pasar la lengua por todos sus orificios y ella dio un respingo.

—Hunter, no —lloriqueó.

—¿No? Ya lo creo que sí. Algún día... —murmuró sacando la lengua y colando la punta por el orificio apretado de la puerta de atrás—, este va a ser mío. Hoy voy a estar aquí —desplazó la lengua hasta su vagina y la coló dentro para hacerle el amor con la boca—, pero algún día... —después la sacó y volvió a acariciar el otro agujero. Así, de un lado al otro se pasó un buen rato.

Kayla pensó que ella también podía torturarlo.

—Ah... —La estaba volviendo loca.

Agarró el miembro de Hunter con las dos manos y le dio un largo y lento lametazo desde la base hasta la punta. No era una experta. Sabía lo que tenía que hacer, pero... no había hecho

aquello nunca. Notó cómo Hunter se hinchaba más en sus manos, y percibió en la base, una pelota más gruesa... Como un nudo. No supo por qué, pero Kayla sintió ternura hacia él, hacia Hunter y todo lo que él representaba, y volvió a pasar la lengua por esa parte, disfrutando de sus gruñidos y sus ronroneos. A pesar de la posición, pendida por las manos de Hunter, se sintió osada y poderosa. Era aquello. Ella tenía el poder de verdad en ese momento. Abrió la boca y succionó la cabeza, animándose a engullir más de lo que podía mientras lo masturbaba con la mano. Y se animó a introducirse más profundamente hasta la garganta, para después extraerlo sin dejar de lamerlo. Su sabor no se parecía en nada que ella hubiera probado antes. No era sexual, ni dulce ni salado... Era, definitivamente, de otro mundo, y le gustó. Le gustaba la sustancia que él iba dejando gotear en su boca.

Hunter temblaba por las sensaciones y por aquella fantástica estimulación.

No se podía creer eso. Disfrutar de la compañera en aquel plan, con una actitud abierta ante el sexo y el intercambio, era un regalo divino. La lengua de Kayla era dulce y muy estimulante, y ojalá tuvieran todo el tiempo del mundo para dejarse ir y explorarse... pero no podía. Tenía que anudarla inmediatamente.

—Kayla... —él la apartó y la obligó a que lo soltara, para dejarla a cuatro patas sobre la cama.

—¿Qué? ¿Por qué? —lo miró por encima del hombro, drogada de él.

—No te muevas... No tengas miedo, ahora —le pidió dirigiendo su cara hacia la luna que veían a través del ventanal. Después, tomó todo su pelo en una mano. Pegó su pecho en su espalda y la cubrió completamente, dado que era mucho más grande que ella—. Puede que sea un poco doloroso... —él unió su rostro al de ella, mientras guiaba su miembro desnudo y lubricado por la boca de Kayla a su vagina—. Pero te he dilatado con mi lengua y espero que me dejes entrar. Vas a notar que crezco dentro, con cada embestida...

—Hunter... —dijo asustada, pero enseguida, él la acalló torciéndole el rostro y dándole un beso narcótico.

El glándulo de Hunter presionó la entrada con certeza e insistencia, y entró con resistencia, solo la cabeza, estirando aquel anillo de músculos como nada lo había estirado antes. Kayla siseó dolorida, dado que su circunferencia era notable. Ella no tenía experiencia con hombres tan grandes y dotados, y aquello le pareció dantesco.

Se quejó con la primera embestida, que solo hizo que se deslizara en su interior un par de centímetros y sollozó superada por las sensaciones. La mano de Hunter cubrió su sexo y sus dedos se dedicaron a sujetar su clítoris y a acariciarlo y, de ese modo, con cada vaivén, su miembro fluctuó mejor hacia su interior.

—Así, nena... Me voy a anudar a ti, Kay... Y esto no se puede romper —le dijo al oído, agarrándola mejor del pelo mientras avanzaba sin remisión llenando cada centímetro de su útero y estirando las paredes interiores para hacer más sitio. Su posesión, su dominancia lobuna era una de sus características, y era inevitable en luna llena—. Soy un luperco y si estás conmigo en luna llena, lo estás con todas las consecuencias.

Ella tendría algo que decir en esa sentencia tan imperativa, pero no podía rebatirle ni un punto ni una coma. Porque algo se había apoderado de ella, de su conciencia y de su espíritu. En ese momento solo había la luna y Hunter, y una promesa en el horizonte de algo mucho más grande.

Ellos juntos. Ellos, los dos, podían ser eternos.

Hunter se introdujo hasta el fondo con varias estocadas más, y se quedó muy quieto para

darle tiempo a acostumbrarse. Kayla se desplomó sobre el colchón, apoyando los antebrazos y los hombros en él, como si buscara protección, completamente sometida.

Le faltaba el aire, y Hunter lo sabía. Por eso, él apoyó su mano en su vientre y le dio el calor y la calma que ahí necesitaba.

—Acógeme, Kay... —murmuró con mucha ternura, ronroneando—. Siénteme.

A ella se le estaban saltando las lágrimas por cruzar esa línea de placer y dolor que nunca había orbitado. Hasta que llegó Hunter, que era el que echaba por tierra todos sus «nuncas». Y ella era el de él.

El luperco le alzó más las caderas y gruñó:

—Así... —se movió de nuevo para profundizar su penetración y hacerse más sitio y acarició la espalda de Kayla con la mano—. Eres preciosa para mí. Preciada. Deseada —enumeró penetrándola como le gustaba, con intensidad y llevándola al límite.

Kayla hizo puños con las sábanas y la apretó con los dientes...

—No lo aguanto... —lloriqueó.

—Sí lo aguantas. Acostúmbrate... Estoy todo dentro, preciosa.

Ella percibía cómo el líquido preseminal y afrodisíaco del luperco llenaba su útero y se deslizaba por su vagina, hasta que se desprendía entre sus muslos. Era una locura obscena y maravillosa, libre de juicios y normas.

—Yo nunca te haré daño —le recordó agarrándola de las caderas y mirando a la luna. Entrecerró los ojos amarillos y abrió la boca, muerto de placer. Kayla lo apretaba y lo acogía, por fin—. Eres mía. Dilo.

Kayla sacudió la cabeza haciendo noes.

Ella se incorporó poco a poco y apoyó las palmas en el colchón. El pelo de Kayla caía hacia un lado, largo, liso, escalado y espeso, de ese color que no se sabía si era rojo o negro... No había nada más bonito que ella en ese mundo ni en los que pudieran existir más allá.

Ella estaba recuperando el aire y lo que había sido tensión y dolor insoportable, empezaba a convertirse en algo mágico y sinuoso, en un placer para el que no había palabras descriptivas.

Miró a la luna, como hacía Hunter, y pensó que una escena así solo se vería en películas de ficción, pero aquello le estaba pasando a ella, y era verdad. Estaba siendo sometida y poseída por un hombre lobo. Veía el reflejo de la cara de Hunter a través de los cristales de la ventana, y se quedó imantada a su expresión. Era hermoso y único. Arrebatador, como un guerrero salvaje, y mucho más... Estaba emocionado, tanto como ella. Y eso le llegó al corazón. Entendió que era también la primera vez de él, y que ese acto de anudación era sagrado.

Sentía cada centímetro de Hunter y cómo bamboleaba su cuerpo por dentro, de un lado al otro, estirándolo, desafiándolo, sacudiéndolo y marcándolo.

Hunter se dejó caer encima de ella y cubrió sus manos con las de él, entrelazando sus dedos. La carne contra la carne chocaba y el eco rebotaba en las paredes de esa habitación.

Kayla sudaba y su espalda estaba fría, pero el pecho de Hunter era caliente y se pegaba a ella como una ventosa.

—Kayla... sé que estás confundida y que te niegas a lo que hay entre tú y yo —la penetró hasta el fondo y ella dejó ir un alarido de gusto y de dolor.

—No puedo más... —aseguró ella con los ojos llorosos y enrojecidos.

—Sí, puedes. Tú eres mi compañera y puedes con todo.

—Basta... —Necesitaba que no le dijese esas cosas. Hunter le leía la mente, era como si supiera en todo momento lo que ella estaba pensando.

—Soy un luperco, y jamás me anudaría a una mujer que no fuese el alma de mi vida — susurró en su oído, llenándole la cara, el cuello y los hombros de besos.

—Cállate, por favor...

Él le mordió en el cuello con fuerza, marcándola de nuevo, al tiempo que dejaba ir otro chorro preseminal y afrodisíaco en su interior, el último antes del nudo.

Kayla gritó y se puso a temblar presa del placer y de la sobredosis de sensaciones de gusto doloroso que la barrían.

Sin dejar de morderla, Hunter posó su otra mano en su garganta y la obligó a alzar la barbilla y a tirar el cuerpo hacia atrás, hasta tenerla sentada encima de él, ensartada en él. Miró hacia la luna y miró a su mujer que tenía los ojos cerrados por el placer, aunque las lágrimas se deslizaban por sus mejillas... Ella tragaba compungida, superada por la posesión del luperco.

Hunter desclavó los colmillos de su cuello, y después pasó la lengua para cicatrizar las hendiduras. Y así, manteniéndola agarrada del pelo y de la garganta, de un modo apasionado y posesivo, sin estrangularla ni asfixiarla, sino para que ella notase que era dominante y que era un lobo, Hunter besó su mejilla mirando a la luna de reojo. Sacudió las caderas contra Kayla, anidándose y anudándose en su interior, cuando, por fin, aquella bola que Kayla había detectado, se hizo grande en su base y a empujones, entró en su interior también, como un ancla, como un nudo marinero.

Ella se empezó a correr, y lo que experimentó no fue un orgasmo. Ella conocía los orgasmos, pero no aquello. Sus ojos se llenaron de colores que no había visto antes, y vio cientos de fotogramas de Hunter en su mente; de cómo era cuando era pequeño, de su vida con su padre, de la infancia junto a sus hermanos. Kayla lo vio todo; cuando los secuestraron, cuando los maltrataron, y a través de su experiencia vio mucho de lo que él callaba y todas las horripilantes cosas que le habían hecho allí. Que Ari y Dan habían dirigido, no solo contra él, sino también contra sus hermanos. Y también vio una imagen, la última, que era cuando él la vio por primera vez en la casa cubicular. Y sintió lo que él sintió al verla, y se quedó sin palabras.

Hunter podía haber sido un monstruo después de La Fábrica. Todos sus hermanos podrían haberlo sido, porque los monstruos nacían pero también se hacían, sobre todo si les habían tratado mal cuando eran pequeños. Y, en vez de eso, los Lowell, liderados por Hunter, siguieron adelante en pos de un mundo mejor, ayudando a quienes ellos consideraban que merecían ayuda.

Kayla se acongojó, mientras el orgasmo la arrasaba, y se agarró al pelo de Hunter, levantando los codos, echando las manos hacia atrás, permitiendo que él hiciese con ella lo que quisiera, que la marcara, que le diera de él lo que considerase...

Ella debería tomar la última decisión al respecto. Luperca le había dicho que tenía la última palabra.

Pero, en esa habitación, en ese momento, sería sincera y admitiría que admiraba a Hunter, y que despertaba en ella unas emociones de posesión y deseo, amor y consideración, que nunca había sentido hacia nadie. No obstante, las grandes historias de amor exigían sacrificios. Y ella no estaba segura de perder lo que había construido, de que su yo se difuminara y se perdiera en él.

Porque, si eso era así, ¿dónde empezaba uno y acababa el otro?

¿Kayla sería Kayla, o se perdería para siempre en Hunter, sin llegar a encontrar su individualidad?

Lo había pasado muy mal después de ser marcada. Nadie la había enseñado a soportar eso. Y no quería pasarlo peor después del nudo.

Hunter se dejó caer sobre el colchón, y la cubrió con su propio cuerpo, abrazándola posesivamente mientras temblaba, rodeándola con los brazos, pidiéndole perdón por si le había hecho daño, y disculpándose con ella por la agonía que le había hecho pasar con su ausencia, asegurándole que eso nunca más iba a suceder.

—Lo lamento mucho. Lamento haberte hecho sufrir. Lo siento, Kay... No volveré a hacerte llorar así más.

Kayla no se esperaba aquello... Necesitaba esa disculpa, aunque hubiese llegado tarde. Por eso se desahogó y abrazada por él, se permitió llorar al comprobar que él comprendía que lo había hecho mal. Su compañero no podía hacerle pasar por eso, no se hacía una idea de lo agónico que había sido... Y no era la primera vez, pero sí la más desesperante. Para ella había sido una falta de respeto.

Sin embargo, él lo entendía y reconocía su enorme cagada.

Minutos después, aún en la misma posición, la trataba con ternura después de una posesión tan salvaje, y cerraba sus heridas internas, la piropeaba y le decía cosas que la deshacían, porque las sentía ciertas.

—Eres única, cosita... eres preciosa y perfecta, y haces que quiera aullar de amor y de agradecimiento.

Kayla se quedó de piedra al oír eso. ¿Hablaban de amor? Parecía tan sincero...

Estaban empapados y agotados por el intercambio. Hunter no podía salir de ella todavía, pero no quería aplastarla. Kayla estaba con las piernas abiertas y él, que parecía un gigante, estaba muy alojado en su interior y se apoyaba entre ellas. Se incorporó sobre las manos para no aplastarla, pero ella llevó la mano a su trasero y solo le dijo que no, que no se moviera. Temía que se fuera otra vez.

—No quiero aplastarte. No puedo salirme. Tengo que esperar unos minutos, Kayla —dijo afligido—. Aún estoy eyaculando dentro...

—Lo noto —susurró Kayla apoyando la mejilla en el colchón—. Pero no te apartes. Quédate encima de mí. Me da frío.

Hunter sonrió y se dejó caer encima de ella. Le gustaba estar así, y más aún, que a Kayla le gustase sentir su peso encima de ella.

—Querría estar toda la noche así, contigo —le dijo Hunter al oído—. Querría hacer todo esta noche y demostrarte lo increíble que es lo que tú y yo tenemos, aunque no lo quieras creer. Querría decirte todas las cosas que siento por ti, todo lo que has hecho en mí desde que te conocí...

Ella hundió el rostro contra el colchón, escuchando atentamente lo que él le decía.

—Pero no podemos —susurró en su oído, acariciándole el pelo y uniéndolo su frente a su sien—. Cuando el nudo se desinflen, saldré de ti, y tenemos que darnos prisa y salir de esta casa. Tienes que hacerme caso en todo lo que te diga, Kayla. Porque van a venir a por nosotros. Esos no se van a quedar de brazos cruzados viendo que hemos arruinado todo aquello por lo que han trabajado durante tantos años. Estoy absorbiendo tu olor para siempre y tu cuerpo se está modulando y ya no vas a llamar más la atención, al menos, no más de la cuenta —le pasó el dedo con suavidad por las marcas de su mordisco en el cuello—. Pero tenemos que ser inteligentes. ¿Vas a portarte bien y, solo por esta vez, vas a hacerme caso?

Ella asintió, porque no tenía otra opción. Y porque, si alguien podía protegerla de los tentáculos de su padre y de Ari, eran ellos.

—Así me gusta, cosita —ronroneó y se tumbó encima de ella de nuevo—. Pero aún me

quedan unos tres minutos —dijo satisfecho y cansado—. Quedémonos así —impulsó las caderas hacia delante para que sintiera lo que estaba pasando dentro—, hasta que me calme.

Kayla no podía ni hablar. Era incapaz.

Se sentía sobrecogida y rebasada por esa experiencia y también por Hunter.

Llevó las manos hacia atrás, de nuevo y las posó en el duro trasero desnudo del luperco, como en un abrazo invertido.

Tenía mucho en lo que pensar. Y poco tiempo que disfrutar, por eso cerraría los ojos y sería consciente de cada segundo de su cuerpo y del de ese hombre en ella, hasta que la magia se rompiera y afrontasen lo que tenían que afrontar.

A Dan. A Ari. A Alvur.

Y a la sombra del *wolfsanker*.

Media hora después, a las doce de la noche, Kayla llevaba una sudadera enorme de Hunter de color negro, que la cubría como si fuera un vestido, y el mismo calzado deportivo que se había puesto al salir de Otsagabia. No se había podido poner la misma ropa de antes, porque Hunter la necesitaba como señuelo, ya que estaba impregnada de sus feromonas. La habían dejado en el interior de la habitación, en la planta de arriba.

—Esa ropa —le había dicho Hunter llevando a Kayla hasta su Countryman donde se debía resguardar, alejándola del foco de acción—, atraerá a los quimeras. Y los llevaremos al lugar al que queremos llevarlos. La casa se va a convertir en un infierno, y es mejor que te mantengas al margen.

—Pero... ¿me quedo aquí sola?

Hunter le abrió la puerta del coche y después le señaló la guantera.

—No estás sola. Tienes seis ojos lupercos controlándote por el rabillo del ojo. Y tienes a tu Wesson & Smith de calibre 22 que revienta cabezas como bazucas —eso hizo sonreír a Kayla—. Ya he visto que la sabes utilizar. Nadie tiene que venir a husmear por aquí, así que, probablemente, no tendrás que usarla. Pero, por si acaso, no la pierdas de vista.

Eso era un cambio. Estaba confiando en ella y en sus capacidades.

Hunter aguantó la puerta mientras ella se sentaba en el asiento del piloto y después la miró con intensidad. Deslizó sus ojos por su marca del cuello y se sintió orgulloso de ella y también de él. Se habían anudado. Se reconocían y sabían que había algo muy fuerte entre ellos.

—¿Por qué estás tan seguro de que todo va a salir bien?

—Porque Asher ha confirmado la aniquilación de todos los quimeras de la base militar. Tenían 50, y los cincuenta están fuera de cobertura. Tendrán alguno más con ellos, eso no lo dudo, pero se les ha acabado el material e irán con todo. Además... si te llamas Asher y eres luperco, vas muchos pasos por delante del resto.

La certeza y la admiración con la que Hunter hablaba de Asher, le daba a entender que el hermano no tan silencioso era un genio. Como lo era Yael en su rama.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás. Mis hermanos son siempre mi gran seguro de vida, Kayla. Es mi mejor equipo. Yo puedo estudiar la estrategia, y saber qué hacer o hacia dónde dirigirnos... Pero Yael y Asher hacen mucho de todo ese trabajo. Son genios. Y no pensamos perder esta oportunidad.

Solo te ruego que, veas lo que veas, por desagradable que te parezca, no intercedas en nada, ¿entendido?

—No pienso sacar la cabeza si no es estrictamente necesario.

—Los Aro irán a la desesperada. Y cuando alguien va a la desesperada, no se cubre bien las espaldas. Se quedarán expuestos. Ari se muere de la curiosidad por saber quién era yo... Y también se muere de la curiosidad por entender qué es lo que hace que los circuitos de los quimeras registren altas dosis de feromonas, querrán saber de dónde salen. Una vez nos tuvieron —reconoció ya sin dolor—, y estarían encantados de volver a dar con nosotros. Por eso sé que vienen de camino. Pero vienen de camino al nido del lobo. Y aquí mandamos nosotros.

Bien. Kayla no dudaba de la eficiencia de los Lowell. Allá por donde pasaban, había fuegos artificiales y cientos de entierros. Lo mejor era que nunca te convirtieras en uno de sus enemigos.

—Dices que tengo seis ojos lupercos encima. ¿Dónde está Yael? ¿Ya ha llegado? —Seguro que estaba muy enfadado con ella por haberse escapado.

—Yael aparecerá cuando lo necesitemos. Él tiene a su propio objetivo entre ceja y ceja y no lo va a dejar escapar. Solo espera aquí —le pidió alzando la cabeza para fijarla en dirección a la casa—. Ya vienen.

Kayla se puso nerviosa y agarró la pistola, para tener algo de lo que tirar, llegado el caso.

—Bien —susurró Kayla mirándolo fijamente.

—No enciendas el motor del coche, ¿entendido? Ni las luces. Nada.

—No soy tonta, no voy a ponerme una diana.

—No, claro que no. Tú eres una cosita demasiado guapa y lista —reconoció con sinceridad—. En nada te veo... —Hunter se obligó a sonreír y se dio la vuelta para alejarse de allí, ante la atenta mirada de Kayla. Pero, entonces, se detuvo un segundo, se dio la vuelta y se dirigió hacia ella.

—¿Qué pasa?

Él alargó la mano, la sujetó por la pechera de la sudadera y la levantó un poco para darle un beso poderoso en los labios. No era un beso de despedida, pero sí era un beso que marcaba y que recordaba que él sí iba en serio.

—Solo para que no se te olvide. Sé que aún no confías en mí y que lo que te dijo Luperca te ronda por la cabeza... Sé que aún tenemos cosas de las que hablar. Pero, pase lo que pase, debes saber que nunca, jamás, volverás a sufrir ni a pasar dolor, Kayla. El nudo lo ha cambiado todo. Yo me haré cargo de ti. Te lo prometo.

Ella se humedeció los labios y se aclaró la garganta porque esa intensidad la había puesto muy nerviosa. Lo peor era que oír a Hunter hablar de ese modo le encantaba. Pero ella no quería que nadie se hiciera cargo de ella, porque se sabía cuidar solita. No era una niña para que se hicieran cargo. Era una mujer, con sus defectos, sus virtudes, y su independencia... Y lo que más la aterraba era verse envuelta en una relación tan vinculante y tan condicionada a estar tan atada a otro.

Tenía muy presente los resquicios del martirio sufrido por no ver a Hunter o por necesitarlo y no tenerlo. Y, aunque la anudación había provocado en ella algo nuevo, y se sentía cada vez mejor y alineada con cómo quería ser, no dejaba de ser una relación con una dinámica impetuosa, vigorosa y demasiado exaltada.

Y era una locura querer tener un amor así. ¿No?

Hunter estaba oculto, subido a las ramas de un arce, uno de los árboles más prolíficos en ese bosque selvático que delimitaba el territorio de Atlas.

Los desodorizantes que usaban funcionaban para tapar su esencia, pero lo que mejor resultado daba era la ropa de Kayla, que habían dejado en la planta superior. Eso era lo que hacía que aquel grupo de diez quimeras se acercasen a la casa, decididos a ir a por su presa y abusarla entre todos ellos. Porque no podían pensar en otra cosa, porque Kayla era la piedra filosofal para cualquier hombre con genes de lobo. Sin embargo, sabían que esas bestias no podían tener autonomía cuando se les sacaba de casa, por eso sus circuitos cerebrales estaban controlados por un sistema y un mando que uno de sus creadores tendría en mano, probablemente, viendo ocultos, desde otro lugar no muy lejano, lo mismo que Hunter veía con sus propios ojos, pero desde otra perspectiva.

—Hunter.

Ese era Yael, que le hablaba a través del comunicador.

—Ya sé que no me puedes contestar para que los quimeras no te oigan. Pero te informo; tengo localizado el Jeep negro en el que van los Aro. Están a unos cien metros de la casa, oculto entre la arboleda, en dirección norte. Alvur y Ari están sentados delante. No veo a Dan, pero debe ir detrás. ¿Qué hago? ¿Intervengo? Toca el comunicador dos veces si crees que debo hacerlo. Y una, si aún no.

Hunter lo tocó una vez. Necesitaba tener a todos los quimeras a la vista para que Asher obrase su magia y controlasen el primer foco de infección. Lo primero que debían hacer era entrar todos en la casa.

Y cuando vio que todos, uno a uno, entraban en pelotón en la Granja, fue cuando le dijo a Asher:

—Ahora.

Capítulo 20

Ari Aro y el profesor Alvur contemplaban desde el portátil la monitorización de sus quimeras. Habían avanzado mucho en perfeccionar sus circuitos cerebrales y en evitar los daños colaterales que su descontrol y su falta de razón humana provocaba a su alrededor.

La rubia de pelo corto era una apasionada de su nuevo juguete, el mando a distancia que los podía regular a su gusto. Y el programa con el que estudiaban todo lo que registraba su cerebro y todo lo que veían sus ojos, había dejado increíbles datos grabados en su ordenador.

Gracias a eso, habían identificado al cambiante de El Bisonte. Era Hunter, el animal número uno, el primero con el que habían experimentado. Había cambiado muchísimo, le parecía muy atractivo y muy seductor, y con una gran habilidad para el camuflaje y el cuerpo a cuerpo. Sería una excelente prueba que demostrase que los lupercos sí existían, dado que todo lo que una vez habían recopilado sobre ellos, había ardido en Terracota o había sido robado en Cerro Grande, muchos años atrás. Sus socios inversores iban a ciegas, creyendo en sus palabras y en todos los avances que conseguían gracias a sus estudios y a su experimentación. Pero no tenían pruebas fehacientes actuales de su existencia, excepto los cambios mutantes e increíbles a los que habían sido expuestos los soldados.

Esos licántropos hijos de perra les habían robado datos valiosos. Ari y Dan seguían buscando a más cambiantes para volver a reiniciar todos los estudios y sacar más información de sus genomas, pero parecía que los habían borrado de la faz de la tierra. Nunca más dieron con ellos.

Hasta que un año atrás, los cambiantes fueron en su busca, y casi acabaron el trabajo. Prueba de ello eran las quemaduras que Ari tenía en sus piernas. De ahí que tuvieran que fingir su muerte. Porque Ari y su padre sabían que, tarde o temprano, iban a ir a por ellos de nuevo. Y ese momento había llegado.

Pero lo que no se imaginaban por nada del mundo era ver una reacción así en las ondas cerebrales de sus quimeras. Ahí estaba pasando algo más.

Se trataba del proyecto Rheszero K, una teoría originada por el padre de Thomas y puesta a prueba por su padre Dan. Una actividad anormal así, en los quimeras, con esos picos de testosterona, solo podía significar eso. Estrógenos, progestinas y andrógenos se volvían locos en los cuerpos de los soldados mutados... Y era por la existencia de una hembra que tenía la capacidad de someterlos y volverlos locos con su presencia. Una hembra cero negativo, con unas peculiaridades distintivas, que había sido tratada para convertirse en un arma contra los cambiantes, en un imán, en una maldita ratonera a la que serían incapaces de dar la espalda dada su naturaleza lobuna. Un proyecto cuyo nombre original conocían muy bien. Se trataba de Kayla, el engendro de su padre Dan con Tessa Mihura.

Lo que indicaba su monitor era que ella, y nadie más, debía estar cerca, y eso la ponía muy cachonda y muy emocionada, no por reencontrarse con su hermana desaparecida, sino por

comprobar que el experimento de su padre Dan dio sus frutos, ¡y de qué manera, joder!

—Mira cómo se acercan... —susurró Alvur impresionado al ver todos los puntos rojos que eran quimeras, acercándose a un solo foco de atención—. Dios mío... si es ella de verdad, es como Caperucita con la flauta de Hammelin.

—Por eso sabemos que esos cambiantes están aquí también. Por ella. Los debe tener comiendo de su mano. O quién sabe —se echó a reír—, tal vez la tengan a ella atada a la cama para su uso y disfrute. Las feromonas de Kayla son dinamita.

—Ábreme el campo de visión de alguno de ellos —pidió Alvur sin apartar la vista de la emocionante imagen de la pantalla.

Era como ver una película. Estaban con vista 3D, en la cabeza de un quimera. El sujeto subía las escaleras de esa casa, por delante tenía a varios sujetos más. Llegaban a la planta superior y todos se amontonaban en la puerta de entrada de una habitación.

—Cuando la encontremos, nos la tenemos que llevar, esté en las condiciones que esté —Ari estaba muy excitada ante la idea de dar con su hermana desaparecida—. Los quimeras se encargarán de esos cambiantes y, si no pueden, tenemos el botón rojo —sacudió el mando ante los ojos de Alvur—. Ya sabes... ¡Boom!

Alvur asintió conforme. *Boom*. Como habían hecho horas antes con ellos.

Tenían un plan, que era el único al que podían agarrarse. Los miembros del grupo de financiación habían muerto, junto a los que conformaban la cúpula de su proyecto. La base militar había caído, el Bisonte también y, sin saber cómo, sus cuentas bancarias se habían bloqueado. Aquel era un ataque físico y cibernético en toda regla. Tendrían pocos recursos para seguir adelante, pero, si lograban cazar a los cambiantes originales y, sobre todo, a la pieza que cambiaba todo el juego, que era Kayla, entonces, podrían resarcirse y podrían resurgir.

El quimera abrió la puerta de esa habitación y todos rodearon la cama, hasta que el objetivo que monitoreaban miró hacia el punto que tenían todos enfocados, y se encontraron solo con ropa interior, una camiseta y unos pantalones de color negro.

Alvur y Ari se acercaron a la pantalla para ver mejor. Y se dieron cuenta de que allí no había nadie. Era solo un maldito señuelo.

—Joder... nos han tendido una trampa —gruñó Ari a punto de entrar en pánico—. Ahí no hay nadie. Kayla no está ahí.

—Ordénales que vengan. A todos. Necesitamos protección —ordenó Alvur, nervioso, divisando los horizontes a su alrededor con los ojos de color azul fuera de órbita.

Sin embargo, la sorpresa mayor aún estaba por llegar. Ari utilizó el mando para que regresaran al punto en el que ellos estaban, al furgón negro con el que habían movilizado a sus quimeras... Pero palideció todavía más.

—Alvur... Está pasando algo... —apretó el botón del mando colectivo con más fuerza, y lo encendió y lo apagó para ver si podía reiniciar a los quimeras.

—Ari, no me jodas...

—Los quimeras no responden. No vienen... —señaló la pantalla—. ¡No se mueven, joder!

—Entonces, dale al explosivo —la urgíó—. Si los cambiantes están aquí, podemos herirles así...

Ari asintió y obedeció. Pero ninguna explosión tuvo lugar. Aquel botón tampoco funcionaba.

—¡No va! —repetía nerviosa, presionando el botón.

—¡Entonces... sácanos de aquí! ¡Sácanos de aquí corriendo!

—Pero...

—Ari, ¿no te das cuenta? Estamos en su coto de caza —su nuez subió y bajó con dificultad—. Somos sus presas. ¡Da marcha atrás y vayámonos de aquí!

—Pero mi padre...

—Con suerte, tu padre puede encontrar a lo único que nos puede salvar... nosotros tenemos que irnos de aquí.

Ari echó marcha atrás para salir de aquella zona del bosque en el que se habían ocultado para seguir el instinto de los quimeras y su detector de feromonas. Pero no habían encontrado nada. Solo ropa.

La rueda de la furgoneta de Ari empezó a girar con fuerza y a resbalar sobre la tierra, provocando una nube de humo alrededor.

—¡Mierda, la rueda resbala! No puedo...

—La rueda no resbala —sentenció Alvur desabrochándose el cuello de la camisa, porque sentía que se ahogaba y que estaba en apuros—. No quieren que salgamos de aquí.

Ari atendió lo que miraba Alvur con el rostro descompuesto, con tanto pavor, a través del retrovisor. Tenía razón. La rueda no resbalaba. Había un Hummer negro militar, con el morro plateado apoyado en la parte trasera de su coche, y no le dejaba echar marcha atrás.

Tenían que salir de ahí corriendo. Tomaron sus pistolas con dardos somníferos que habían cargado esperando haber sido ellos quienes dieran con los cambiantes y llevárselos como trofeo... Pero nada salía como esperaban. Nada en toda esa maldita noche había tenido el final que querían. Abrieron la puerta y salieron del coche esperando tener una oportunidad para, al menos, escapar de esa encerrona con vida.

Ari se agachó y reptó por el suelo, manchando las ropas con las que habían salido a toda prisa del Bisonte... No habían tenido tiempo para cambiarse y en cambio, sí mucha prisa para soltar a los quimeras que guardaban en la casona en la que se escondían y dejar que las feromonas los volvieran locos.

Y entonces escuchó el grito desgarrador de Alvur. Un grito largo, escalofriante... y después de eso, el chasquido de los huesos romperse... Ari reconocía ese sonido dado que había roto muchos para sus investigaciones.

Empezó a arrastrarse con más rapidez, como la gusana que era, pero se detuvo en seco cuando la cabeza de Alvur, cuyo rictus de muerte era horrible, cayó a medio metro delante de ella.

¡La hostia puta! ¡Que se lo habían cargado! Al gran maestro de la teoría de Rheszero. Los Alvur eran los que habían instigado a los Aro a estudiar la sangre de los cambiantes.

Y ahora, el último Alvur estaba muerto.

Unas Air Jordan de bota alta rojas y negras se interpusieron en su camino. Ari levantó la mirada lentamente, haciendo una radiografía completa, hasta que se detuvo en el rostro perfecto, equilibrado y bien parecido del hombre que la miraba como si no valiese nada.

—Hola, doctora sádica —dijo pateando la pistola que tenía entre las manos. Le rompió dos dedos con el impacto y Ari gritó consternada y dolorida, agarrándose la mano con los dedos colgando—. Oh... ¿lloras tanto con tan poco? —Yael se acucilló y se burló de ella—. Pues esto acaba de empezar —la agarró del cuello del abrigo largo que llevaba para cubrir ese vestido tan caro, la levantó como si no pesase nada y abrió el maletero del Jeep para lanzarla de mala manera en el interior y encerrarla.

Yael se apoyó en el maletero y se cruzó de brazos, mirando al horizonte.

Para ellos, para los Lowell, aquella noche iban a cerrar una puerta del pasado para siempre.

Y Yael esperaba que sirviera para exorcizar las historias pasadas de todos, porque suficiente tenían con lidiar con los lobos de cada uno, como para también pelear con sus demonios.

Se presionó el comunicador del oído y les dijo a sus hermanos que estaban escuchando:

—Objetivo tres ha causado baja. Objetivo dos en el maletero. No veo al objetivo uno. Hay que localizarlo.

Kayla había salido del Countryman solo un momento, para hacer pis. Se estaba orinando mucho.

Se suponía que allí iba a tener lugar un enfrentamiento, un altercado... pero no escuchaba nada, ni explosiones, ni disparos... Nada. Estaba nerviosa, intranquila por ellos, por Hunter... quería que toda esa historia acabase ya. Que los Lowell acabasen con quien tuviesen que acabar, y que su padre Dan y Ari pagasen por todo el daño que habían causado.

Ella no quería ver a ninguno de los dos. Esa era la realidad. No estaba lista. Y si les hacían algo, prefería no verlos... no iba a ser agradable mirarlos a la cara y pensar en que jugaron con su estradiol y con sus hormonas y que esperaban que ella naciese para ser uno de sus sujetos de laboratorio.

Cuando acabó de orinar, se limpió con una servilleta de papel, se subió las braguitas, colocó su pistola en el lateral de su ropa interior, sujeta por la costura y dejó que la sudadera enorme de Hunter cubriese su cuerpo como un vestido. Después corrió a meterse en el coche de nuevo y, justo cuando iba a abrir la puerta, un brazo le rodeó el cuello, la inmovilizó y la encañonó en la sien.

—No me puedo creer que vuelva a verte, hija mía.

Era su padre. Dan Aro.

Reconocería su timbre monótono y sin entonación a un kilómetro de distancia.

Kayla abrió los ojos de par en par y estuvo a punto de desmayarse de la impresión. Al menos, tenía el mando del coche en la mano, y le dio a encender y apagar varias veces, para que las luces titilaran. Con un poco de suerte, Hunter vería los destellos y alguno vendría a ayudarla. O eso esperaba.

Dan acababa de cazarla en el único momento en el que se había despistado. No se lo podía creer...

Obviamente, las braguitas era el lugar menos inadecuado para guardar un arma de fuego, pero la sudadera no tenía bolsillos.

—¿Dan?

Él se echó a reír apretándole el cuello ligeramente.

—Soy doctor para ti, ¿recuerdas?

—¿Cómo me has reconocido?

—Oh... no te he reconocido. No sé ni qué aspecto tienes, sujeto Rheszero K. Ese siempre fue tu nombre para mí y para Ari.

Ella cerró los ojos consternada por el dolor. No tenía ni nombre real para ellos.

—A ver... déjame ver qué han hecho los años contigo —la soltó sin dejar de encañonarla—. Date la vuelta con mucho cuidado.

Kayla se dio la vuelta muy poco a poco, y Dan silbó impresionado al verla.

—Pero menudo ejemplar hermoso de hembra beta, alfa y omega... —se cacareó—. Tienes una estructura perfecta. Fíjate qué cara y qué ojos. Y —la miró de arriba abajo—, buena fisionomía, sí señor.

Kayla miró a los ojos a su padre mientras hablaba, y tuvo una mezcla de pena y asco que acabó convirtiéndose en furia contenida. No se había dado cuenta tampoco de su pequeña rinoplastia.

—Has envejecido, Dan. Mucho —lo aguijoneó Kayla—. Tantos experimentos ¿y no has encontrado nada que te rejuvenezca o que te dé la inmortalidad?

—Te estaba esperando para ponerme con ello, hija —dijo con retintín—. Tu madre te llevó de mi lado e interrumpió todo lo que tenía preparado para ti.

Kayla alzó la barbilla con desprecio.

—¿Cómo me has encontrado y cómo sabes quién soy?

—Porque la vida siempre te devuelve lo que te quita... ¿no te enseñó esos dichos mamá?

—Mi madre me enseñó que hay que alejarse de los padres diabólicos como tú.

Dan sonrió y se rascó la barbilla con el cañón de la pistola.

—Me ofendes.

—Lo sé todo, Dan. Sé lo que me hicisteis, sé el tratamiento para alterar mis hormonas que me inoculasteis durante tanto tiempo... Sé lo mucho que intentasteis replicar a los lupercos que tuvisteis secuestrados durante años. Y también sé que ellos son irreplicables.

Él asintió orgulloso.

—Eres tenaz y lista. Como yo.

—No tengo nada de ti.

—Tienes una cadena entera de ADN que es muy parecida a la mía. Por supuesto que tienes cosas de mí. Lo que no sabes es que tú eras mi mejor creación, porque, contigo, sí puedo replicar a esos cambiantes. Por eso te modifiqué. Por eso te preparé. ¿Sabes por qué?

Kayla hizo negaciones con la cabeza, asustada al oírlo.

—No sé por qué un padre querría hacerle eso a su hija. Explícamelo.

—Porque ibas a ser la Aro que cambiaría el juego. Mi hija iba a ser la trampa mortal de los cambiantes. Los iba a atraer, los iba a hacer que salieran de sus cuevas, porque su olor iba a ser irresistible. Te creé como un arma letal contra ellos, poderosamente atractiva. Pero también como la respuesta a todo lo que queríamos conseguir. Tú ibas a ser capaz de concebir con la semilla de los cambiantes, y gracias a tu placenta, conseguiríamos células madre de cambiantes originales con las que sí podríamos trabajar y conseguir replicarlos desde bebés. Ese era mi plan de vida contigo.

—¿Me ibas a usar como... vientre de alquiler de los lupercos? Dios... —sacudió la cabeza, sin palabras y consternada por la crudeza de su maldad y su indiferencia—, eres mucho peor de lo que pensaba.

Oír aquello fue un jarro de agua fría. Su padre la había usado como arma arrojadiza para los lupercos. Y quería su placenta de embarazada para obtener células madre.

Pero tenía razón. La vida tenía golpes escondidos. Y Hunter la había encontrado antes, y la había salvado de un destino peor. Al final, el luperco sí era un ángel de la guarda.

Y mucho más. Mucho más de lo que se veía capaz de admitir en ese momento.

—No soy peor. Solo soy visionario. Supe de las cualidades de la sangre por el estudio Rheszero de los Alvur, y empecé a indagar en que, tal vez, el tipo de sangre tenía algo que ver en la aceptación de la modificación genética de los cambiantes. Encontré a tu madre, con sus

cualidades de Rh cero negativo... y dije que era en ese momento o en ninguno. Debía probar conmigo mismo, tratarme e intentar embarazarla. Y llegaste tú. Sujeto Rhescero K. Desapareciste a los nueve años y ahora estás aquí ante mí. Te he encontrado por una sencilla razón: el estudio cerebral de los quimeras de El Bisonte detectaban picos inusuales de excitación. Todos al mismo tiempo. Esos picos solo se podían dar si alguien como tú, con todas tus feromonas, estuviera cerca. Nos salvamos del atentado en el Bisonte y recordé que te puse un localizador a los ocho años de edad, para tenerte monitorizada.

—¿Un localizador?

—Sí —sonrió triunfador—. Lo tienes justo debajo del dedo meñique del pie.

A Kayla se le llenaron los ojos de lágrimas por la frustración que sentía ante lo que Dan le explicaba.

—Pero el localizador solo servía para radios muy cortos de unos veinte kilómetros de diámetro. Sin embargo, tenía una vida útil de unos treinta años. Así que corrí a buscar el programa, lo encendí, lo tuve que actualizar —aclaró— y busqué tu número de localizador. Y... aquí estabas... en este lugar. Justo en esta posición. Hemos venido corriendo con los quimeras en cuanto hemos visto que estabas aquí.

Ella no quería pensar que era la responsable de que los hubieran encontrado. Pero, por lo visto, así era. Y eso la hizo sentirse muy culpable.

—¿Y qué quieres ahora?

—Quiero que me expliques qué tienes que ver tú con los cambiantes. ¿Te estás acostando con alguno? ¿Te están follando, K? No me extrañaría, porque estás hecha para eso, para volver locos a los lobos.

—Que te follen, Dan —se limpió las lágrimas de un manotazo.

—Tendremos tiempo para conversar. Vamos, acompáñame. Tenemos la furgoneta no muy lejos de aquí.

—Ellos no van a dejar que me lleves. Y no permitirán que te escapes.

—Te aseguro que ahora estarán muertos. Todos. Nuestros quimeras son hoy por hoy mucho más rápidos y perfectos que antes... —se encogió de hombros—. Venga —movió la pistola urgiéndola a obedecerle—. Andando, K. Estás sola.

Pensar que habían acabado con Hunter o que le habían hecho daño, la resquebrajó por dentro, y la destruyó. Hunter no podía estar muerto.

—No los habéis matado.

—Ya lo creo que sí.

—¡No! —gritó clavada en el sitio, sin poder detener sus lágrimas.

Se sintió vacía al imaginar que él ya no estaba y empezó a temblar. Ningún Lowell podía estarlo porque, no era justo que los buenos murieran.

—¿Qué te pasa? ¿Has cogido cariño a tus lobitos? —se rio de ella con mucha maldad.

Kayla sintió que explotaba presa de la furia. Así que se movió con rapidez porque sabía que él estaba solo y, si era tan preciada como decía, no la mataría. No porque la quisiese, que no era el caso. Era porque ella valía millones para él.

Kayla sacó la pistola de debajo de la sudadera y apuntó a su padre a la cabeza, igual que él hacía con ella.

Lo tomó por sorpresa, dejándolo estupefacto.

—¿Qué coño estás haciendo? Baja la pistola, niña.

—No la pienso bajar. Uno de los dos sale de aquí con los pies por delante, y sea quien sea —

aseguró—, yo gano. Si te mato, se acaba todo. Si me matas, no habrá placenta y también se acabará todo para ti. Pero lo que tengo claro es que no me voy a ir contigo, Dan —retiró el seguro y le dirigió una mirada llena de advertencia y amenaza.

Él tragó saliva, algo desorientado. No sabía qué hacer. Quería llevarse a Kayla viva, y tampoco quería morir. No le costó mucho meditarlo.

—Creo que ya sé lo que tengo que hacer.

Dan disparó a Kayla en el hombro que el quimera de la casa de Vini hirió. ¿Por qué iban todos los golpes, los disparos y los arañazos al mismo lugar?

Ella no tiró el arma, y en vez de eso, disparó a su padre en la cabeza, pero la bala rozó la oreja, reventándole la parte inferior.

Dan trastabilló hacia atrás y se cubrió la oreja sangrante con la mano. Después miró a su hija horrorizado y volvió a apuntarla colérico.

—No me va a importar dispararte otra vez. Te subiré en este coche y te llevaré...

Dan disparó a Kayla apuntando al muslo, pero la bala nunca impactó en Kayla. En vez de eso, un hombre de pelo rubio y largo vestido de negro, que se mimetizaba con la noche, llegó como caído del cielo y se colocó delante de Kayla como escudo protector.

Hunter la miró por encima del hombro y vio que ella estaba de rodillas sujetándose el hombro, a través del cual no dejaba de emanar sangre.

El luperco enloqueció al verla herida y mutó a su aspecto más salvaje enfrentando a Dan. Sus ojos se aclararon, sus colmillos explotaron detrás de sus labios, sus orejas se hicieron puntiagudas, y las uñas de sus manos se afilaron.

—Vamos, dispárame a mí, doctor —gruñó Hunter cara a cara con su verdugo—. Alvur ha perdido la cabeza, la doctora sádica está en el maletero de un Jeep y va a ser comida para lobos —le juró—, y para ti... también habrá una muerte creativa, seguro.

—¿Eres... eres uno de ellos? ¿Uno de los sujetos que escaparon de La Fábrica original? —se le veía el miedo en la mirada negra y oscura.

—Lo soy. Mi nombre es Hunter Lowell. Tus cazadores mataron a mi padre Eriko, y nos llevaron a mí y a mis hermanos Yael y Asher ante ti, para que fuéramos tus cobayas y las de la perra de tu hija. Pero escapamos y sobrevivimos. Hoy soy el compañero real de Kayla. Y debo darte las gracias, Dan, porque crees que tu hija llegó al mundo para ser un arma letal contra los lupercos pero, en realidad, llegó al mundo para ayudarnos a acabar contigo y con los tuyos. Ella es lo más increíble que me ha pasado en la vida. Y me ha robado el corazón para siempre.

La decepción, la angustia y la frustración, hicieron mella en Dan. Las venas de cuello se le hincharon y gritó de rabia mientras descargó la pistola en el cuerpo de Hunter.

—¡Hunter! ¡Hunter, no! —gritó Kayla presa de la desesperación y el miedo.

Sin embargo, Hunter no cayó. Con tantos impactos, Kayla pensó que debería retroceder y caer en redondo.

Pero olvidaba que era un luperco.

—Tus torturas nos han hecho increíblemente fuertes —dijo dirigiéndose con frialdad ante él—. Un carrito entero de balas no va a hacer que me detenga, *doc*.

—No... ¡No!

Hunter alzó la mano, enseñándole las garras afiladas, y la movió de un lado al otro, como una espada. Abrió la garganta de Dan, cortando también la tráquea y el esófago, y su cabeza llena de rizos canosos quedó colgando hacia atrás de mala manera, mientras una fuente de sangre salía disparada como un aspersor.

El cuerpo de Dan se mantuvo solo unos segundos en pie, para después, acabar cayendo como peso muerto en el arcén de la carretera.

Hunter se dio la vuelta para socorrer a Kayla, y esta lo miró atónita, impresionada por las cosas que le había dicho, y en las que ella no había pensado. Y enmudecida también por lo apasionado que había sonado en su declaración. Y estaba tan aliviada de verlo vivo que no podía dejar de llorar... por un momento pensó en lo peor, y todo su mundo se apagó de golpe.

¿Tan difícil era para ella vivir una vida sin Hunter?

Lamentaba tanto no haberlo conocido antes...

Él la cargó en brazos y la subió al asiento del copiloto mientras hablaba con sus hermanos por el comunicador.

—Chicos —tosió un poco y escupió sangre—, han herido a Kayla. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Recoged todo, no dejéis pruebas de ningún tipo y cerrad este episodio sin levantar ningún tipo de sospechas.

—¿Dónde la han herido? —preguntó Yael preocupado.

—En el hombro...

—¿Es profunda?

—Tiene orificio de salida por la espalda —lamentaba mucho que hubiera salido herida de allí—. Pero no ha alcanzado ningún órgano vital y solo hay un músculo algo desgarrado.

—Bien. Cuando acabemos, nos iremos a casa y me haré cargo de ella.

—No. Yo me haré cargo de ella —corrigió sentándose en el asiento del piloto y arrancando el coche para salir de allí—. Cuando llegues, tú podrás coserla, si quieres. Ahora pasadlo bien con la doctora.

—Me parece increíble que no quieras animarte a cortarla en pedacitos.

La verdad era que Hunter no tenía esa necesidad.

—Creo que la diversión os la dejaré a vosotros. Mi venganza, para mí, ha sido consumada... Y ahora tengo que centrarme en lo más importante —acarició con los ojos el cuerpo y el rostro de Kayla.

Cuando Hunter colgó, ella se apretaba la herida con un trapo azul claro que Hunter le había dado de la guantería. Lo tenía ahí por si algún día debía limpiar los cristales o algo que se ensuciase.

—Hunter... —susurró Kayla dirigiéndole una mirada cristalina y aprensiva—. Tienes once disparos en el cuerpo... ¿quién se va a ocupar de ti?

—¿Los has contado, cariño?

¿Qué si los había contado? No se los podía sacar de la cabeza.

Él la miró con ternura y le dijo:

—Cuando estés bien, tú lo harás. Pero ahora, cosita, intenta no moverte mucho y no hablar...

—Tienes que quitarme un localizador que tengo en el meñique del pie. Así ha sido como Dan me ha encontrado... No... no lo sabía... —el trapo se estaba empapando de rojo.

—Me encargaré de todo —le prometió.

—Me... me estoy desmayando creo.

Él la inspeccionó. Sí, pero no se moriría.

—Duerme, cosita. Te está dando el bajón de adrenalina y eso, sumado a la herida, va a hacer que te desconectes —posó su mano en su frente y después le acarició la mejilla—. Pronto llegaremos a casa. Y podrás descansar y sanar. Todo lo malo se ha acabado para ti. Después, podrás elegir la vida que quieres y te mereces, amor.

Ella estiró la mano izquierda de manera inconsciente y la apoyó en su muslo, como si necesitase su contacto.

Y así, cerró los ojos y, desmayada o no, se desconectó.

Y Hunter solo pensaba en que ellos tenían algo muy serio de lo que hablar. No sabía qué haría si Kayla, al despertarse, decidiera seguir con la idea de romper su *wolfsanker*. Se lo había dicho muy claro y él se pondría en lo peor. Podía perder a Kayla.

Pero tampoco podía prohibírselo.

Estaba en sus manos. Desde que la conoció, supo que siempre estaría en sus manos.

Y que solo ella tenía el poder de darle o quitarle todo.

Lo que no sabía Kayla era que él estaba dispuesto a hacer el mayor sacrificio por ella: iba a darle la libertad que necesitaba.

Capítulo 21

Un día después *Otsagabia*

Kayla estaba sentada en un banco marrón, rodeado de un campo lleno de margaritas blancas y amarillas. Se encontraba tomando el sol, en calma, satisfecha, recibiendo sus rayos en el rostro... Y creía estar sola, hasta que la voz de una mujer conocida le dijo:

—Hay historias de amor que existen para ofrecer paz a las personas. Hay personas que deben conocerse, enamorarse y estar juntas, porque eso hace que el mundo sea mejor.

Kayla miró a su derecha y se encontró a Luperca, con su capa roja y su capucha, sentada a su lado, igual de contemplativa que ella.

—¿Qué dices?

—Hay hombres y mujeres que se encuentran y se aman porque el uno saca lo mejor del otro. Y hay almas destinadas a encontrarse, muchas veces de la manera más inverosímil que existe. Porque lo que es de uno, lo es —sonrió como si esa verdad fuera universal—. Es la verdad del Dios Universo. Y debe ser dado y esperado. Encontrarse y reconocerse es lo más difícil, y es una ofrenda. Un regalo. Hunter es tu regalo, *maitía*. Y tú eres un regalo para él. Un regalo que le ha abierto los ojos de muchas maneras y le está enseñando a crecer. El amor golpea muchas veces, antes que el conocimiento, al igual que, el valor aparece antes que el sentido común. Pero es que, querida, el valor solo se puede tener para la vida y para el amor. Solo plantéate una cosa: ¿cómo te sentirías si abrieses los ojos en un mundo donde él nunca hubiese existido? ¿Y si, de un día para otro, él desapareciese? La respuesta te dirá qué es lo que tienes que hacer y decidir. Te dije que el *wolfsanker* podía romperse si había un nudo injusto. Pero jamás funcionaría cuando el amor es real. Ese nudo no lo rompe nadie, *maitía*, ni siquiera la muerte. Recuérdalo. Tú y mi luperco Hunter tenéis mi bendición —Luperca se acercó a su mejilla y le dio un beso.

Y ese beso la despertó, como a La Bella Durmiente. Kayla abrió los ojos y lo primero en lo que pensó fue en Hunter. Quería verlo, quería tocarlo... antes de Luperca había soñado con él, con lo que él le había dicho a su padre. Y esas frases se repetían como un eco en su cabeza. Y también acababa de soñar con esa mujer loba, y la primera loba la estaba intentando ayudar de nuevo. Kayla meditaba sobre todo lo que le había dicho, y había llegado a la conclusión de que ella tenía razón.

Pero Hunter no estaba a su lado, en su cama, y eso la decepcionó. También le extrañó darse cuenta de que no estaba en la habitación de Hunter. Sino en una que habían preparado solo para ella.

¿Otra vez? ¿Otra vez se lo estaba haciendo?

Se hallaba en Otsagabia. Llevaba una camiseta blanca de manga corta y un *short* negro de dormir. Le habían vendado el hombro y estaba segura de que también le habían dado algún punto. Pero estaba bien. Podía moverlo, aunque le dolía un poco y la herida le tensaba.

Se levantó poco a poco. ¿Qué hora debía ser? ¿Mediodía? El sol brillaba mucho en Otsagabia, y lo teñía todo de color.

Rita entró en la habitación y, cuando la vio despierta, saltó de alegría.

—¡Ay, niña! ¡Qué bien que ya has abierto los ojos! ¿Cómo te encuentras?

—Bien... creo —contestó con voz ronca—. ¿Cuánto he dormido? —bostezó y se frotó los ojos.

—Casi un día y medio.

Kayla se dio la vuelta por la impresión y miró de hito en hito a la ama de llaves.

—¿Estás de coña?

—No. Estabas muy cansada, herida, habías pasado un gran estrés... es normal que tu cuerpo haya hibernado un poco. Dormir va muy bien para recuperarse.

Casi un día y medio. Caramba...

—¿Dónde está...? ¿Dónde está Hunter?

Rita sonrió con complicidad.

—Ah... Bueno, él me dijo que te dijese que te esperaba abajo, en el parquin. Ha preparado tus maletas y ya están en el maletero. Te ha... te ha dejado una muda para cambiarte —señaló la silla en la que había unos tejanos, una camiseta lila oscuro y una chupa de cuero. Y una de sus *sneakers* deportivas.

—¿En el parquin? —repitió sin comprender. Hunter esperaba que ella se despertase sobre esa hora—. ¿Nos vamos a algún sitio?

—Sí —contestó. Aunque se notaba que lo que iba a decir la apenaba—. Dice que te acompaña de regreso a tu casa, en Montlán. Que no vas a tener el hombro bien para conducir tantas horas. Que te vas de Otsagabia. ¿Te vas? —preguntó esperando una no confirmación por su parte.

Ella reaccionó tarde y se tomó un segundo para parpadear. ¿Se iba? Ya no sentía ganas de irse. Ahora... solo quería ver a Hunter. Solo eso, para hablarle y confirmar lo que sentía por él.

Pero él había decidido que se iba. Ella no se lo había confirmado, pero él lo estaba dando por hecho.

La noche de luna llena ella le dijo que no estaba preparada para ese tipo de relación, que no la quería y que no quería depender tanto de nadie nunca. Que lo sentía, pero ella no quería ser la mujer de un lobo. También añadió que, cuando tuviera la posibilidad y toda aquella trama encontrase su fin, también sería el fin para ella y volvería a su antigua vida. No quería otra.

Por lo visto, Hunter no se había olvidado de eso y se había tomado muy en serio sus palabras. Al pie de la letra.

Pero eso fue antes de la anudación. Antes de la vinculación, cuando aún coleteaban en ella las horribles sensaciones de la fiebre... Y cuando tenía presente la posibilidad de romper el *wolfsanker* según había dicho Luperca.

Pero Kayla había cambiado en todos esos días. Y ahora era más valiente en cuanto a

reconocer sus emociones. Y también era más atrevida... y se lo tenía que agradecer a Hunter y a aquella increíble aventura vivida al lado de los Lowell.

Sentía el nudo, la anudación, en su corazón. Lo sentía en el alma. Pensaba en Hunter y era como un abrazo, como un fuego lento... Era la casa y el amor que, en el fondo, nunca había tenido, y que encontraba en la belleza de Otsagabia, y en la belleza y la bondad de Hunter, incluso en sus sombras.

Había sido una aventura que, a pesar de las muertes que habían dejado por el camino, había acabado bien y, por una vez, con todos los héroes vivos.

Se asomó a la puerta del balcón que daba al porche en el que su coche estaba aparcado y vio a Hunter apoyado en la puerta del piloto, con una pierna cruzada sobre la otra, con su pelo rubio recogido en un moño bajo y sexi, los mechones que se le caían rebeldemente por la cara, un jersey blanco de algodón ancho que enmarcaba su increíble espalda y hombros, los tejanos desgastados y manchados de lejía y unas deportivas blancas.

Y al contemplarlo, sintió una bomba en el corazón, y que alguien la sacudía y que la elevaba para dejarla caer.

Él tenía la cabeza agachada y daba la sensación de que estaba triste y resignado.

Ella se frotó el pecho, porque le dolía ser la responsable de su aflicción, y le dijo a Rita:

—¿Puedes avisar a Hunter y decirle que suba a ayudarme un momento? Dile... dile que se me han abierto los puntos.

—¿Y se te han abierto los puntos, niña? —su gesto reflejaba incredulidad y picardía.

Kayla la miró por encima del hombro y sonrió:

—Tú dile que suba, por favor.

Rita dio dos palmadas de felicidad y salió de allí escopeteada para comunicar a Hunter lo que le había dicho Kayla.

Hunter pensaba en todo lo que a Kayla le gustaría escuchar. Teniendo en cuenta lo curiosa que era y lo mucho que le gustaba recabar información, lo que salía en las noticias la tendría satisfecha.

Las noticias hablaban de la tragedia del Bisoñe. Donde mucha de la florinata de Atlas había muerto en un incendio provocado por una explosión en las cocinas. Todos habían muerto, no había ni un superviviente. También mencionaban las explosiones en la base militar y cómo todo se había derrumbado creando un socavón enorme en el suelo donde habían encontrado en salas contiguas subterráneas cuerpos de mujeres muertas y abusadas salvajemente por militares. Uno de esos cuerpos era el de la amiga de Jenni y Susana, Sandra. La Agencia, además, había sido clausurada al descubrir que las chicas habían salido de allí. Miranda había muerto en El Bisoñe, junto a los demás palmeros de Alvur y Aro.

En las noticias, salía la muerte por accidente automovilístico de Thomas Alvur, y no decían nada de los Aro, porque ya se recordaban muertos hacía un año.

Y, seguramente, le gustaría saber que el cuerpo de Ari se usó para dar de comer a una manada de lobos abandonados de los cerros de Atlas. O tal vez no, porque Kay, en el fondo, era muy compasiva.

Él se había encargado de averiguar si Jenni y Susana seguían una buena recuperación, y así

estaba siendo. Y también les dijo que pronto Kayla hablaría con ellas, porque se imaginó que a ella le gustaría hacerlo.

Hunter se había encargado de todo. Su venganza había sido consumada y los problemas que durante tanto tiempo les persiguieron, los habían eliminado de cuajo.

Era momento, probablemente, de hacer otras cosas y de ayudar a otras personas, porque nunca dejarían de hacer el bien siempre que pudieran.

El problema que veía Hunter en su nueva situación era que nada iba a tener sentido sin Kayla. ¿Cómo iba a vivir un lobo anudado como él sin su compañera? No sabía cómo iba a vivir sin ella... y estaba tan ofuscado y deprimido que no tenía ganas de hablar con nadie. Se le estaba rompiendo el corazón aquel día.

—Hunter.

Este levantó la cabeza al ver a Rita en el porche, con su delantal puesto y una expresión de alarma en la cara.

—¿Qué sucede?

—Kayla dice que subas un momento. Que se le han salido los puntos del hombro.

Él pasó por el lado de Rita como una exhalación, subió las escaleras a toda prisa y en unos segundos estaba abriendo la puerta de la habitación de Kayla para ver qué sucedía.

—¿Qué le han pasado a tus... —se calló cuando se encontró a la joven, medio tumbada en la cama, con el rostro adorable de recién levantada y el hermoso pelo suelto dibujando ondas alrededor de sus facciones y reposando en sus hombros—... puntos? —Coño. ¿Podía ser más bonita su compañera? No. ¿Podía desearla y quererla más? No. ¿Podía ella haber hecho el esfuerzo de pelear por ellos un poco? Sí. Pero había preferido no hacerlo porque, según ella, no quería ese tipo de relación. Eso laceraba y ofendía el orgullo de Hunter, pero no podía obligarla ni encerrarla. En otros tiempos lo habría hecho. Pero ella era. Era el amor de su vida. No la podía tratar así. Y debía darle la libertad que merecía.

Kayla lo miró a la cara, sin titubear, y se frotó la venda del hombro, sobreactuando un poco.

—Me escuece, Hunter. Y creo que se me han abierto los puntos. ¿Puedes echarle un ojo?

Él se puso nervioso. Kayla irradiaba una energía distinta, que aún no le había visto. Estaba más segura, más relajada, y tenía un aura de reina que a Hunter lo hipnotizaba.

Él asintió. Pero no se movió del sitio.

—Pues ven, que no muerdo —dijo ella sorprendida.

Hunter entrecerró los ojos y se acercó a ella, con actitud precavida, para sentarse a su lado, en el colchón. Él decidió tomar la actitud más seria y profesional.

—¿Te has rascado esta noche sin querer?

—No. —La mirada de Kayla era penetrante y no la apartaba de sus ojos ni de su cara, porque quería que él la mirase, pero Hunter la rehuía.

—¿Has hecho algún movimiento brusco?

—No creo.

Si Hunter la tocaba, se iba a poner a llorar ahí como un niño pequeño al que no querían, así que se frotó las manos contra sus muslos y dijo:

—Le diré a Yael que venga y te lo mire.

Se iba a levantar de la cama pero Kayla lo sujetó por la muñeca y se lo impidió.

—¿A Yael? No he llamado a Yael. Te he llamado a ti —inquirió poniéndolo muy nervioso.

Él resopló, y procedió de mala gana a revisar su herida.

—Al margen de que te duela el hombro... ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien —contestó ella tanteando su humor—. ¿Ya ha salido por las noticias lo que ha pasado?

—Sí. Ya se ha emitido todo —retiró el esparadrapo suavemente y se dio cuenta de que le escocía porque se le había pegado un poco en la herida—. La Fábrica, El Bisonte, la base militar... Todo ha acabado para nosotros.

Kayla apretó los dientes con lástima y frustración. Esperaba que eso no lo dijese por ella, porque, aunque le dijo claramente lo que no quería, todo había cambiado. La verdad era la que lo había cambiado todo para ella.

—Jenni y Susana están bien, al menos, todo lo bien que pueden estar después de lo que han pasado. Siguen recuperándose en sus casas. Tienen ganas de hablar contigo...

—Ya... las llamaré cuando sepa cómo explicarles todo sin mentir demasiado.

Él asintió de acuerdo con ella.

—¿Y... qué va a pasar ahora que todo ha acabado? —Kayla necesitaba que él le hablase. Parecía frío y muy distante, porque estaba claro que se quería despedir—. ¿Cuál va a ser vuestro propósito de vida ahora que vuestra venganza ha llegado a su fin?

—Siempre hay cosas que hacer, personas a las que ayudar, justicias que tomar por la mano cuando otros no lo hacen... Siempre hay gente mala a la que castigar.

—Al final, sí sois como superhéroes —reconoció admirada—. No os veo sentados en un porche viendo la vida pasar, disfrutando de la paz y la tranquilidad de Otsagabia... Queréis usar vuestro poder para hacer cosas buenas.

—Es lo que hemos hecho siempre. Y sí pienso disfrutar de Otsagabia —la corrigió. Sus ojos plateados echaron chispas, pero estaban teñidos de tristeza, porque estaba seguro de que ella se iba a querer ir de su lado—. Al menos, yo pienso hacerlo. Me encanta este sitio y es donde siempre quiero regresar después de algún viaje o alguna misión. Eso no ha cambiado.

—Au... —se quejó al sentir los dedos de Hunter muy cerca de la herida de bala.

Él guardó silencio y le retiró la gasa para observar la herida. Estaba perfecta, no tenía ni un solo punto saltado.

—Tus puntos —dijo poniéndole bien de nuevo la gasa del hombro—, están bien. La herida está cicatrizando perfectamente.

—¿Te has hecho cargo de mí, Hunter?

Él se encogió de hombros, sin darse importancia alguna.

—Como te dije, mi saliva es muy cicatrizante.

Kayla estaba harta de tanta tensión y quería ser sincera con él y que él, de una maldita vez, la mirase a los ojos.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó ella de frente.

—Están en el maletero de tu coche.

—¿Y qué hacen ahí?

—Estoy esperando a que bajes para llevarte a tu casa —Hunter se iba a levantar para alejarse de ella otra vez, pero Kayla lo volvió a agarrar de la muñeca para detenerlo.

—Hunter. —Se estaba poniendo nerviosa al verlo tan esquivo—. ¿Quién te ha dicho que quiero irme a casa?

—Tú. En la luna llena —contestó con voz inflexible. Kayla parecía arrepentida—. Sé que es donde quieres estar. En Montlán. Y yo no quiero que seas infeliz por mi culpa... porque, aunque no lo creas, a mí me hará feliz lo que a ti te haga feliz, aunque eso sea que no estés conmigo. Así que, supongo que me gustaría que te dieras prisa, hicieras eso mágico de romper el *wolfsanker* y

acabaras con esto.

—¿Eso quieres? —insistió sin soltarle la muñeca.

—Esto no va de mí ni de lo que yo quiera —Hunter la miró con decisión, sin ocultar su tristeza—. Va de ti. He aprendido que amar también es dejar elegir a la otra persona, a riesgo de que nunca te elija a ti.

Kayla se humedeció los labios. Se estaba acongojando de ver a Hunter así. Era la primera vez que lo veía rendido. Y todo por ella.

Ella repitió en su cabeza las palabras de Luperca: «Solo plantéate una cosa: ¿cómo te sentirías si abrieses los ojos en un mundo donde él nunca hubiese existido? ¿Y si, de un día para otro, él desapareciese? La respuesta te dirá qué es lo que tienes que hacer. Te dije que el *wolfsanker* funciona para romper nudos. Pero jamás funcionaría cuando el amor es real. Ese nudo no lo rompe nadie, querida, ni siquiera la muerte».

—Hunter... Has preparado mi equipaje y lo tienes todo en el coche. Parece que tienes prisa de que me vaya —agachó la cabeza con incomodidad—. ¿Es que... —se aclaró la garganta con miedo a pensar que él hubiese cambiado de opinión y ya no la quisiera— es que quieres que me vaya?

Él la miró indignado y se levantó de la cama de golpe.

—No juegues, Kayla. ¿De qué coño estás hablando? Deja de torturarme.

La frustración espoleó su brío. Kayla se puso de pie en la cama y resultó que, así, casi eran los dos de la misma estatura.

—No juego. Pensaba que teníamos cosas de las que hablar, no que tú ya hubieras decidido que me iba —reprochó—. Pero es que yo... —volvió a agachar la cabeza, con gesto de vergüenza y de pesar.

—¿Tú qué? —dijo impaciente.

—Es que... no me quiero ir. No me quiero ir de aquí.

La expresión de Hunter empezó a mutar a una un poco más peligrosa y menos transigente, pero llena de esperanza.

—No digas tonterías. Tú quieres tu vida en Montlán y no tener nada que ver conmigo ni con los lupercos. Te he visto herida muchas veces, llorando demasiadas y sufriendo lo indecible por mi culpa. Te estoy dando la oportunidad de que escapes, aunque sea lo más doloroso que vaya a hacer en mi vida y esto, al final, me mate de tristeza. Pero te mereces elegir tu propio destino. Además, no quieres ser la mujer de un lobo y...

Oírle hablar así hizo comprender a Kayla que ella también lo había herido mucho con las cosas que le había dicho. Pero, entonces, no sabía lo mucho que él la había afectado y había cambiado su vida.

—Yo... —se intentó alejar de ella, nervioso—. Creo que lo mejor es que te cambies, que bajes y me dejes llevarte a tu ciudad, bien lejos de aquí.

—Hunter, maldita sea...

Kayla lo agarró de la pechera de su jersey, y lo sorprendió lanzándolo contra la cama. Rápidamente, se sentó encima de sus caderas y le sujetó las muñecas contra el colchón a cada lado de su cabeza.

—¿Qué... qué estás...? —Él se había quedado sin palabras ante su reacción.

—¿Tú qué crees, Hunter?! —Kayla acercó su rostro al de él y su pelo largo los escondió a ambos—. Lo que te dije lo dije antes de saber qué me pasaba y cómo me sentía. Dan me hizo creer que te había matado, y fue como si se hundiera el mundo a mis pies. Me destrozó pensar

que tú ya no estabas —admitió clavando su mirada gatuna en la suya de acero—. No ha sido fácil para mí. Los lupercos sois muy intensos. Nunca he conocido personalidades así y reconozco que me acobardé. Tengo derecho a tener miedo y dudas, aunque tú nunca las hayas tenido. Pero... —unió su frente a la de él—. Pero ya no. Ya no tengo miedo. Vengo de una infancia que ya has visto que no es buena, de unos padres disfuncionales que jamás se quisieron... Nunca conocí a nadie que me lo diera absolutamente todo. Y tú lo has hecho. Y no supe cómo... cómo gestionarlo —admitió ella muy afectada, con los ojos llenos de lágrimas de emoción—. Pero ahora sé qué tengo que hacer.

—¿Y qué tienes que hacer, Kayla? —Madre mía, es que la miraba y solo la quería tener desnuda debajo, de lado, encima, como fuera... pero la quería tener—. Ten cuidado con lo que vas a decir o hacer porque te juro que no voy a darte otra oportunidad de huir de mí y de lo nuestro. Me estoy arrancando el corazón con esto —advirtió haciéndole ver el terrible sacrificio que suponía para él renunciar a ella.

Kayla se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza, incrédula y maravillada de tenerlo debajo de su cuerpo.

Iba a dejárselo muy claro.

—Quiero esto. —Lo tomó del rostro y lo besó dulcemente en los labios, aunque, pronto, la situación se le fue de las manos. Porque eran compañeros y se deseaban, y el fuego, entre ellos, siempre se avivaría—. Te quiero a ti —pronunció sobre sus labios—. No quiero irme. Quiero quedarme aquí contigo y formar parte de tu vida y de una casa que nunca he tenido. Quiero descubrir esta vida, disfrutar de Otsagabia y mirar juntos a la luna —Hunter se estaba emocionando y ella también—. Estar contigo no tiene por qué estar reñido con seguir siendo quien soy. Puedo continuar haciendo lo que me gusta y ayudar a quien lo necesite. Aunque sea desde aquí. No lo creía posible —admitió desnudando sus emociones como nunca—, pero me... haces que me duela el corazón y que lata así —agarró su mano y se la apoyó en su pecho—. ¿Lo notas? —Hunter asintió enmudecido y ensimismado—. Creo... creo que está así de loco desde que te vi en El Mirador y no sabía el tipo de asesino en serie que eras.

Hunter no se atrevía a moverse. Se rio por el comentario, pero creía que estaba soñando. Gruñó y se liberó del agarre de Kayla para clavarle los dedos en las nalgas y sujetarla bien por el trasero. Ella exhaló agradecida por ese contacto.

—¿Estás segura? ¿Estás segura de que quieres quedarte conmigo? Luperca te ha elegido y tú puedes ser quien quieras y hacer lo que...

Kayla posó un dedo sobre sus labios, adorándolo con todo su corazón.

—Sé cómo se rompe el *wolfsanker* —le aseguró—. Y es un secreto que me lo guardaré para mí eternamente, por si alguien, en algún momento, lo necesita. Pero yo no voy a usarlo. Porque no he tenido nada más verdadero que tú. Y no tengo que romper nada. Esto solo es el principio, y seguro que peharemos y me sacarás de mis casillas muchas veces, pero prefiero pelearme contigo que aburrirme toda la vida. Hunter Lowell, quiero empezar una nueva aventura a tu lado y quiero que vivamos juntos... Y el otro día me dijiste que querías hijos y yo me aterroricé. Pero es que ahora, sé que, si los quiero en algún momento, los querré contigo.

—No se te ocurra engañarme —advirtió acongojado—. No me digas solo las cosas que quiero oír para después irte a las primeras de cambio. El corazón de un lobo es muy sensible.

Ella sonrió llena de amor y le acarició los labios con las puntas de los dedos mientras él pasaba sus manos ardientes por los globos perfectos de su trasero.

—No te engañó, mi lobo enorme y bueno. —Lo besó de nuevo en los labios, más

profundamente que antes y añadió contra su boca, dirigiéndole una mirada de fuego y de redención mientras él cambiaba sus ojos al tono amarillo más subyugante—: Mírame.

—No quiero hacer otra cosa en toda mi vida.

Kayla sonrió agradecida por esas palabras y susurró:

—Qué ojos más grandes tienes...

Él tragó saliva, hipnotizado por la mujer loba que tenía encima y contestó con voz ronca y afectada por su emoción.

—*Para verte mejor* —sonrió, mostrándole sus espléndidos colmillos que pronto clavaría en su carne más tierna y deliciosa.

—No me lleves a casa, Hunter. Llévame a la cama.

Y a él, aquellas palabras tan francas y llenas de sinceridad y seducción acabaron por convencerle y por derribar su inseguridad.

Besó a Kayla profundamente, alzando su mano para posarla en la parte posterior de su cabeza, sujetándola, hundiendo sus dedos en su pelo mientras sus lenguas se enzarzaron en una pelea antigua donde no había perdedor.

—Si te duele el hombro me avisas...

—¿Qué hombro? —bromeó ella.

Hunter le quitó la camiseta y la desnudó y ella hizo lo mismo con su ropa a toda prisa. Ardían de ganas de tocarse y de poseerse.

Cuando se quedó completamente desnudo, atrajo a Kayla, la abrazó, se sentó en la cama y la sentó a ella abierta de piernas encima de su pubis.

—Te dije que el nudo es para siempre —le recordó acariciándola entre las piernas para prepararla. Pero ella ya estaba lista, porque él estaba allí, con ella, y se deseaban demasiado.

Kayla asintió, y dejó que Hunter la levantara suavemente y la penetrara poco a poco en aquella posición. Iría con paciencia, para no hacerle daño, pero fue ella quien movió las caderas más agresivamente, apresurándose por sentirlo dentro por completo.

—Sí, Hunter —dijo aguantando la respiración, sujetándose a sus anchos hombros para mantener la profundidad de la penetración de un modo que no fuese demasiado violenta—, lo sé. El nudo es para siempre.

—¿Quieres mi nudo ahora? —Hunter la agarró por las caderas y adelantó las suyas para internarse en ese punto donde parecía imposible llegar.

—Sí —dijo temblando.

Él cerró los ojos bendecido y la abrazó como si fuera la cosa más bonita del mundo. Porque lo era.

—Me matas con lo caliente y lo apretada que estás.

Ella sonrió contra su oreja puntiaguda y le dijo:

—Me encanta sentirte dentro de mí, Hunter. Me gusta saber que te tengo.

Él la miró a los ojos apasionadamente.

—Mi corazón y mi alma son para ti eternamente si los quieres, cosita mala y sexi.

Kayla sonrió mientras su cuerpo se acostumbraba a aquella rápida invasión. Y lo besó dulcemente en los labios, mientras él le hacía el amor.

Meciéndose contra él y empezando a sentir el *nadís* en sus senos, ella respondió:

—Acepto el para siempre, solo si es contigo. Estoy enamorada de ti, Hunter Lowell.

—Y yo estoy enamorado de ti, Kayla Mihura. Madre de lobos, asesina de quimeras y señora del Alfa. Haces que quiera aullar a la luna. —Echó el cuello hacia atrás y cubrió sus pechos

desnudos con las manos, al tiempo que dejaba ir un aullido que a Kayla le pareció hermoso.

—Oh... Dios —Hundió sus dedos en su melena rubia y empezó a cabalgarlo a un ritmo lento y sensual, lleno de complicidad y entendimiento—. Enséñame a hacerlo en la próxima luna llena —le pidió entregada a él por completo.

—Queda lejos, cosita. Ahora te enseñaré a gritar hasta que te quedes ronca —sonrió maliciosamente.

Ella le devolvió la sonrisa cómplice y se abrazó fuertemente a él, mientras Hunter la poseía y la hacía suya.

Estaría encantada de aullar a la luna algún día con él.

Kayla y Hunter habían tenido el final que se merecían, con una continuación que escribirían juntos día a día, en Otsagabia, o donde ellos quisieran.

Por delante quedaba la aventura más grande de todas: la vida.

A veces, uno sabe lo que quiere su corazón, solo cuando abre bien los ojos del alma, para ver mucho mejor.

Y ellos se verían todo el tiempo que la eternidad se lo permitiese.

FIN

*El universo de los Lowell y las Sombras del Alpha no acaba aquí. Decidle a la autora cuánto os ha gustado esta historia y pedid a la editorial la continuación.
Seguro que Lena ya está preparando el siguiente.
El Lenaverso es gigante y no se detiene.*